UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

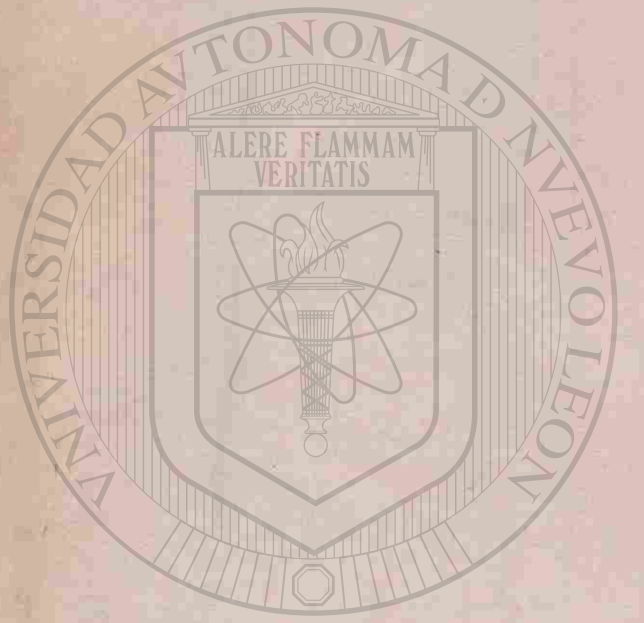
EMILIO CASTELAR

LA CIVILIZACION

CB331
C3
v. 2
c. 1

AU
C348c
V.2

1080008085



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA
CIVILIZACION

EN LOS

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

LECCIONES PRONUNCIADAS

EN EL ATENEO DE MADRID

POR

DON EMILIO CASTELAR

EDICION DE LA "BIBLIOTECA UNIVERSAL" DE M. VILLANUEVA

TOMO SEGUNDO

MEXICO

IMP. DE M. VILLANUEVA, CALLE DE S. FELIPE NERI NUM. 14.

1869

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

901
C348c
v.2
10-17-I-79

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS.

FSRM
8085

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Al comenzar de nuevo en esta noche mis lecciones cortadas por larga interrupcion, mucho mayor de lo que consentia mi deseo de tornar á ver este ilustrado público, pido con mas razon que nunca la benevolencia del público, pues si en un momento de arrojo ó de ceguera, puede emprender esta obra, hoy que veo los obstáculos y mido las dificultades, siento decaer mis fuerzas y toco ya en los últimos límites de la desconfianza y del desaliento. Sin embargo, cuando veo la inmensa trascendencia del asunto encomendado á mi criterio; un mundo que muere y otro mundo que nace; altares adorados por la humanidad deshechos en el rio de los tiempos, heridos por el rayo del cielo; la gran lira clásica, estallando de dolor, rotas sus cuerdas, extinguida su voz, como los últimos gemidos de un corazon que se apaga; la raza heleno-latina, dueña del mundo, artífice de la civilizacion, interrumpida en su obra por las irrupciones de los pueblos bárbaros, atada vilmente á su propio carro por las manos de sus esclavos; el génio de Oriente, génio poético, mago, fantástico, uniéndose al génio práctico de Grecia para desvanecerse unidos como el humo de un holocausto; la primera luz del cristianismo, apareciendo por los últimos límites de este desolado horizonte, los circos poblados, no de fieras, sino de mártires, los desiertos de eremitas, las calles de apóstoles, la tri-

buna romana rota por la espada de los emperadores, exhalando la voz de los apologistas y los doctores cristianos; cuando veo dibujarse á mis ojos este cuadro, si bien me desalienta su estension y su variedad, me anima pensar que delante de los hechos, de los grandes hechos que vamos á contemplar, sentiremos la providencia de Dios que nunca se aparta del mundo, y la eficacia divina de ese gran principio, ingénito á nuestro sér, atributo de nuestra alma, de ese eterno protagonista en la naturaleza y en la sociedad, del principio de libertad, que llena como luz sin ocaso desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia. (Aplausos.)

En todas estas lecciones nos proponemos un fin práctico, positivo, tangible, para evitar procelosos escollos y ocurrir á gravísimos males y así como en el año anterior, cuando una escuela arrogante, en todo el apogeo de su mentido poder, de su falsa gloria, amenazaba arrancarnos nuestra libertad y nuestro derecho, y para conseguirlo, se refugiaba en el sentimiento religioso, último asilo de los penates de los pueblos, y nosotros la arrojábamos de aquel reducto mostrando que el cristianismo y la nocion de libertad descendieron á un tiempo del cielo y se dilataron merced á un mismo sacrificio, por la tierra; así como en el año anterior, rendimos este ser vicio á la causa de la libertad de nuestra patria; hoy, que nuestro mal toma un aspecto mas grave y mas profundo; hoy que la duda cae sobre tantas inteligencias, y el interes domina tantos corazones; hoy, que hombres encanecidos en el servicio de grandes causas, las abandonan, por seguir á un ídolo sin espíritu y sin nombre, debemos abrir las páginas del martirologio cristiano, ver al débil niño, á la pobre mujer, al vacilante anciano, triunfando en el potro, en el tormento, en la hoguera; para enseñar así á esos hombres que sacrifican á su vida de hoy su vida de todos los tiempos, que la duda y la apostasía nunca han tenido mártires, y que la fé en las grandes ideas religiosas, políticas y sociales, ha hecho todos los milagros y ha obrado todas las maravillas que nos admiran en la tierra. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Yo no lo siento por esos hombres que se van, columnas destrozadas de templos que se arruinan; piedras caidas de altares que se deshacen; no lo siento por ellos, aunque me lastima que manchen los títulos que tienen al agradecimiento de los pueblos; esta confusion moral me duele por la juventud; porque si la edad de las grandes pasiones, de la generosidad; la edad que siente rebosar la vida en su seno y atrae á su imaginacion todas las ilusiones; esa edad, en que el hombre ama el sacrificio, porque ve su sér dilatarse en horizontes infinitos; esa edad del amor, de la fé, en que el corazon late de entusiasmo, y la idea como el águila se cierne en los espacios mas allá de las nubes, como en pos de que el aliento de las tempestades, agite sus alas y acompañe sus cánticos; si esa edad feliz, se entrega tambien al descreimiento y á la duda, si se consume en la impotencia, si no ama la libertad y el progreso, es necesario renunciar al último reflejo de la vida, á la esperanza, y caer en el marasmo y en la duda, muerte pavorosa y terrible, mas terrible y pavorosa que la descomposicion de nuestro cuerpo, señores, porque es la muerte de la conciencia, la triste muerte del alma. (Aplausos.)

La ciencia, que nos anuncia el porvenir; la historia, que nos señala los grandes y estraordinarios esfuerzos que los hombres han empleado para llegar á la libertad; el recuerdo de las catástrofes por que ha pasado la especie humana: la vista de ese largo camino sembrado de abrojos que el hombre ha pisado, camino en que le ha sostenido siempre la esperanza de llegar á la tierra prometida, que se esconde como una estrella indecisa en el fondo de todos los tiempos, en las tinieblas de todos los siglos; la seguridad, de que nada ha habido durable y fuerte en la tierra, sino aquello que se ha cimentado en el bien universal de la especie humana; el ruido de las cadenas que se quiebran y se pulverizan á cada paso que da el hombre para llegar á su fin, que es realizar su naturaleza en verdad, bondad y hermosura sobre la tierra; todas estas ideas, todos estos sentimientos, que se desprenden de las páginas de la historia y del estudio de nuestra conciencia, pueden servirnos como de preservativo para los males presentes, como de guía para acercarnos resueltamente á lo porvenir, seguros de que en su seno se ha de encontrar la libertad y la justicia, que nos recuerda la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. El estudio de la ciencia histórica es muy idóneo para nuestro carácter. La raza latina, hija de aquellas razas que divinizaron la naturaleza, como en prueba de que habia de ser siempre suyo el mundo material; artista de fantasía poderosísima y de intenso amor á la realidad y á la vida; mas fácil para la inspiracion que para el raciocinio; pronta siempre á encarnar en el espacio las ideas que cruzan por su conciencia; espansiva, como que su corazon es una lira que suena al menor beso del sentimiento; dada á verter la esencia de su alma, no en abstracciones vagas é indecisas sino en grandes empresas y en obras, que maravillan y suspenden los sentidos; guerrera,

que ha abrevado la tierra con su sangre; navegante audaz, que ha descubierto los secretos que Dios ocultaba en el inmenso manto de los mares; raza humanitaria, como que ha dado á todas sus ideas principales, al derecho, al arte; ese gran sello de unidad, que las levanta sobre todas las obras de la historia; criada en blanda naturaleza, que ha sido parte á dar fuerza creadora á su imaginacion y encantos á su vida; preparada con todas estas disposiciones, nuestra raza verá siempre en cada hecho una idea y tendrá siempre por su principal ciencia y filosofía la ciencia de la historia, entrando la primera en la ciudad de Dios, de lo porvenir, en la ciudad de la libertad y del derecho.

En efecto, señores, en la historia se encierra esa filosofía que ha sido de todos los tiempos de la humanidad; esa filosofía, esa ciencia práctica, que nos muestra la série de ideas, por que ha pasado el espíritu para seguir en su desarrollo y llegar á su perfeccionamiento. Cada hecho es una idea, ora positiva, ora negativa; cada época y cada nacion un sistema; la historia toda de la humanidad una ciencia acabada y completa. En las diversas escuelas filosóficas y políticas, en las varias instituciones, en las artes, en las ciencias, el espíritu observador y elevado ve las leyes de nuestra rica y variada naturaleza. Desarrollando á un mismo tiempo estas leyes, viviendo en todas las esferas de la vida, dilatándose en toda la fuerza de su sér, el espíritu humano se realiza en la historia. En los primeros tiempos, estaba encerrado en la naturaleza como en su capullo, dormido en el seno de la materia como el inocente niño en el maternal regazo; pero mas tarde el aura de la libertad lo estiende y lo dilata, y su vida se encarna en brillantes manifestaciones; entónces nace él ángel de la creacion, el hombre. El hombre es la armonía viva del espíritu y la naturaleza, la union de la idea y la materia, el lazo que liga al cielo y la tierra; y por eso su vida es varia, rica, inagotable y multiforme; y en su primer albor, reposa en la creacion como el pajarillo que en su nido aletea, sin ser osado á desplegar sus vuelos; y herida luego por el amor va en pos de la familia, que es para la vida como la jugosa tierra para el árbol; y no cabiendo en la familia, porque rebosa en tan pequeño espacio, se dilata en la sociedad; y para hacer la sociedad á su imágen halla el derecho, como para hacer la naturaleza á su semejanza tiene en sus manos el cincel del trabajo; y anhelante de armonías encuentra en su sér escondida la imaginacion que en sus alas de oro le trae todos los átomos de la naturaleza, y en su arpada voz los

cánticos de todos los séres, hasta que por fin desasosegada, inquieta, ansiosa de mas luz, penetra con su razon en los eternos tipos del mundo, y en las eternas leyes de la naturaleza, en el santuario de la religion y de la ciencia, y en todas estas varias ideas, en todos esos diversos grados, en la familia, en la sociedad, en el trabajo, en el derecho, en el arte, en la ciencia, en la religion, se estiende esta vida humana, que así compendia la esplendidez de la naturaleza como refleja cual mar en calma, todas las luminarias del cielo. Así, pues, señores, para continuar nuestras lecciones, debemos demostrar el estado, de la familia, de la sociedad, del derecho, del trabajo, del arte, de la religion y de la ciencia en los cinco primeros siglos del cristianismo. Es necesario presentar este cuadro frente por frente del cuadro que ofrecerá mas tarde la familia cristiana.

El mundo antiguo iba á perecer, iba á ser destruido. En todas sus manifestaciones debia conocerse esta decadencia que tocaba ya en los últimos límites de la descomposicion y de la ruina. Señores: así como la sociedad se resume en el hombre, la familia se resume en la mujer. El alma de la familia es, pues, la mujer. Compañera del hombre; rosa que embalsama todo nuestro ambiente; cielo claro, sereno, que nos ilumina con su mirar y nos refrigera con el dulce rocío de sus lágrimas; vaso de bendicion, que contiene la miel de los mas dulces y puros sentimientos; casta musa, que inspira nuestros mágicos ensueños nuestras mas caras ilusiones; sin su hermosura, sin su amor, el mundo seria como un desierto, el hombre como una fiera, pues la mujer es fortaleza en el combate, fé en la incertidumbre, consuelo en la desgracia; único sér que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas, y así su voz resuena en los oidos como regalada blanda música; su palabra serena el mar tempestuoso de nuestras pasiones; su presencia mata toda mala idea en la mente, todo avieso sentimiento en el pecho, su hermosura nos inspira ese éstasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; como que su destino es perfumar con ideas purísimas la conciencia, hermosear con el amor á la virtud el corazon, dirigir como una estrella la voluntad al bien; ángel de paz que apareciéndose al lado de nuestra cuna cuando niños, en la mansion del dolor, si enfermos, en todos los combates del hombre, y mas cuando es derrotado y herido; sobre la removida tierra de nuestras sepulturas, despues de muertos; conserva y purifica bajo sus nacaradas alas el fuego de nuestras almas. (Ruidosos aplausos.) ¿Y qué es la mujer romana en tiempo de la destruccion de Roma, en

tiempo del Imperio? Aquella antigua matrona, cuya majestad severa tenia algo de la majestad de la República, cuyas costumbres eran austerísimas y sóbrias; encerrada en lo mas hondo del hogar; dispuestas siempre á hilar la ruda lana para cubrir el cuerpo fatigado del guerrero, y á atizar la tosca lámpara, que ardia en el ara de los dioses patrios; sujeta como á un yugo de hierro, primero á la autoridad de su padre, y despues á la autoridad de su esposo; consagrada al matrimonio por una ceremonia religiosa, en que intervenia el númen augusto de la antigua Roma; saliendo rara vez de su casa, y solo para asistir, cubierta de tupido velo y envuelta en larga túnica, á las ceremonias religiosas, á las procesiones del Capitolio, á los funerales de los héroes republicanos; recatada en su castidad, pues su castidad interesaba, no solo á la familia, sino tambien al estado para mejor conservar la pureza de la sangre romana; aquella mujer, querida de sus hijos, respetada de su esposo, cuando llega la hora del mundo antiguo, abandona su templo, el hogar; se aparta de la vida privada; asiste á la puerta Capenna en carro de marfil y oro, mal envuelta en púrpura, seguida de esclavas abisinias, que renuevan el aire con sus abanicos de plumas de mil colores; va al circo á escitar al gladiador con su sonrisa, al campamento á entusiasmar á los soldados, al teatro á refrigerar con vino de Falerno la cansada garganta del farsante: abandona la antigua severidad, se acostumbra al divorcio y al concubinato; rompe la conferreacion por una ceremonia fúnebre, y la coemption por una una nueva venta; se deja llevar de grado desde el tálamo nupcial al palacio de los Cesares, para pasar desnuda en su presencia y aguijonear sus brutales instintos; baja á la ergástula á buscar en los brazos de sus esclavos nuevas sensaciones, nuevos placeres; se disgusta de la maternidad, y para no marchitar su hermosura ahoga en el vientre el fruto de sus amores, ó si tiene hijos, los entrega á sus esclavas, para que los eduquen; y asi corrompiendo la familia que es la raiz de la vida, corrompe la sociedad; y corrompiendo la sociedad, la apareja para la servidumbre, porque cuando los pueblos son tan viles, que pierden la virtud y la conciencia de su derecho, caen faltos de esa virilidad que necesita la práctica de las libertades, rendidos por el brutal sueño de los vicios, bajo la coyunda infame y vil de los tiranos. [Prolongados aplausos].

De la familia pasemos á la sociedad. El Imperio era toda la sociedad, el Imperio. Esta institucion continuaba siendo fiel á su idea, á su pensamiento capital. No habiendo podido los Gracos realizar la

revolucion social en el Senado, ni Saturnino y Druso en los comicios ni Mario y Sertorio en los campos de batalla, una dictadura permanente iniciada por César, y seguida con empeño por sus sucesores, vino á absorber la vida toda de Roma, para estender los privilegios de la ciudad al mundo; abrir el cerrado pœmerium á los estrangeros; matar la oligarquía del Senado, la preponderancia de los ricos, el orgullo de los nobles; destruir la antigua familia patricia, emancipar á la mujer y al esclavo; llamar al ejército á todos los pueblos; establecer la igualdad ante el fisco de todos los hombres; hacer la justicia uniforme, la ciudad universal, el derecho humanitario; suprimir ya para siempre, las antiguas fórmulas; realizar, en una palabra, una gran revolucion en el mundo, prueba cierta de que las grandes ideas, que vienen á renovar la vida del mundo, y el alma del hombre, con un nuevo soplo de libertad, han de ser pacíficamente admitidas en las leyes, porque de lo contrario rompen, destrozan todos los obstáculos y consiguen por las revoluciones y por la fuerza las victorias que no han podido conseguir por la persuasion y por sus derechos. La idea justa, saludable, de la revolucion plebeya, tomó una forma asquerosa y repugnante cuando tomó la forma de dictadura omnipotente, y llegó á las consecuencias de asqueroso despotismo. "Roma entregó su poder á un hombre, le hizo imágen de su libertad, centro de su fuerza, encarnacion de su derecho, símbolo de su justicia, sombra de la misma augusta magestad del pueblo, depositario de todas sus riquezas; le ciñó la corona en que estaban engastadas todas las naciones, le dió por centro el eje mismo del mundo, le envolvió en púrpura teñida en la sangre de todas las razas, le alzó un trono, cuya peana era la tierra, cuyo dosel era el cielo; y como nada hay tan fuera de razon y tan contra naturaleza como el despotismo y la autoridad ilimitada de un solo hombre, aquellos emperadores, al tocar la cumbre del poder, eran desgraciados ó infames, como lo prueban Tiberio, alma grande, convertido en sediento tigre; Neron, espíritu tierno y poético, trasformado hasta el punto de matar á su madre y quemar á Roma; Calígula, loco que hace á su caballo cónsul y á la luna su amante; Caracalla, que mata á su hermano al mismo tiempo que le acaricia y que goza en ver correr la sangre de veinte mil hombres; Cómmodo encerrado en su palacio con trescientas prostitutas y otros tantos mancebos; Vitelio tendido en su cocina, gastando en comer todas las rentas del imperio, apegado *al plato* gruñendo y devorando; Claudio, el imbécil Claudio, viendo con epilépca risa en los labios y la estupi-

dez en el semblante morir diez y seis mil gladiadores; Diocleciano huyendo á Nicomedia á ocultar su remordimientos; el pio Antonio, devorado por el escepticismo; Trajano, el gran Trajano, recorriendo la tierra por ver si puede arrojar de sí el peso de la desesperacion que le consume; ejemplos vivos, eternos, de que el hombre levantado sobre los demas hombres que aplasta bajo sus piés la libertad y el derecho, el hombre que desde su trono menosprecia á la humanidad, al ceñirse una corona autocrática se ciñe una serpiente que le muerde las sienes, al tocar los límites de la omnipotencia, toca los límites de la abyeccion y de la miseria, y al creerse un Dios se convierte en miserable bestia. (Ruidosos aplausos.)

Veamos las edades del imperio. La primera edad que se dilata desde César hasta Neron, es una edad revolucionaria. Los Césares revolucionarios, violentos, de accion, bien al revés de los Gracos que eran revolucionarios idealistas, platónicos, soñadores, rompen, destrozan todas las antiguas instituciones; la familia, por sagrada y austera; la propiedad, por inmóvil; los comicios, por tumultuarios; los cónsules, por aristócratas; los tribunos, por violentos; el Senado, por tradicional é histórico; el patriciado, por egoista; el derecho formulario y religioso, por oscuro y privilegiado; la diferencia de clases, por antigua y gastada; y así quebrantándolo todo, destruyéndolo todo, renovándolo todo, abren paso á una nueva idea política y social, que sube majestuosamente á posesionarse del alto Capitolio, para unir á todos los hombres dispersos y celebrar el nacimiento de una nueva humanidad refundida por la revolucion, por el hierro y el fuego, instrumentos de las ideas, en un solo cuerpo, sobre el cual va á descender pronto el espíritu de Dios envuelto en el soplo inmortal del cristianismo.

La época que comprende desde la muerte de Neron hasta la ascension al trono de Trajano, es una época confusa de indecision y de duda, es un caos en que luchan contrarios y opuestos elementos; el recuerdo de lo antiguo, el temor y la esperanza de lo porvenir. Apénas muere Neron, el grito de libertad llena los aires de Roma; la imágen de la República se aparece á los ojos de los nobles; unos gritan por la resurreccion de la antigua sociedad, otros por el acrecentamiento y gloria del imperio; el Senado se mueve y palpita en su sepulcro; la aristocracia quiere rasgar su negro sudario; la familia cesárea desaparece como si la hubiera devorado un abismo; el bosque de laureles de donde cortaban sus armas los dueños del mundo, es consumido por el fuego del cielo; las estátuas de Tiberio, Calígula y Claudio, pierden su corona; y la de Augusto es herida en el cetro por un rayo; la tumba de Neron se levanta en el Campo de Marte, dominando á Roma, cubierta de flores; las muchedumbres mas ínfimas de la ciudad eterna, recorren las calles pidiendo á grandes voces su hijo, su emperador, su Neron, en cuya muerte no pueden creer, porque Neron era su vida; y en medio de este desórden ora sube al Capitolio un soldado porque tiene lanzas, y que cae porque no da juegos ni gladiadores, ni comida al pueblo; ora un mancebo, porque es amigo de Neron, mancebo que deja en las gradas del trono vida, honra y corona, ora un gloton, enviado por los ejércitos de Occidente; ora un filósofo que mandan las regiones de Oriente; ora un mónstruo, que se entretiene en matar moscas y en matar hombres; siempre la indecision, siempre la duda; enseñanza verdadera, señores, de lo calamitosas y tristes que son esas épocas en que la sociedad no tiene un principio absoluto, no abraza una idea fija, y luchando entre diversos elementos, se quebranta y se destroza, aplastando las mas altas inteligencias y los mas heróicos y grandes corazones bajo el peso de sus ruinas. (Aplausos.)

Pero así como la época que se estiende desde César hasta Neron, es la época revolucionaria del imperio, y la época que se estiende desde Neron hasta Trajano, es la época de incertidumbre y de duda, la época que se estiende desde Trajano hasta Marco Aurelio, es la época filosófica del imperio, la época en que domina la inteligencia y la razon, en que parece próximo á cumplirse el gran sueño platónico del gobierno del mundo, por los mas sábios y los mas virtuosos. La idea filosófica de la escuela estóica, idea eminentemente práctica, idea de organizacion social y de gobierno, se encarna en hombres como Trajano, Adriano, Antonio Pio y Marco Aurelio. La nocion del derecho tan oscura ántes, se esclarece y alumbra al mundo. El antiguo derecho patricio es sustituido por el nuevo derecho civil, que pone al hombre sobre el ciudadano. En las mismas doce tablas donde escribió el génio severo de la antigua Roma la idea del derecho, pero del derecho patrio, del derecho esclusivo, escribe con indelebles caractéres, la mano de Marco Aurelio la idea del derecho universal, del derecho humanitario. La razon de Estado, esa divinidad que habia vivido devorando pueblos, es eclipsada por un principio mas sublime y mas humanitario, por el gran principio de justicia. El emperador no es e magistrado que levanta á Roma sobre las demas naciones de la tierra; es el padre que levanta en Roma toda la humanidad, que llama á todas

las razas, que comparte su vida con todos los pueblos, que anuncia el ideal de justicia; edad feliz, en que parecia que toda la filosofia griega, todos los grandes pensamientos que han cruzado por la conciencia humana, se habian encarnado en el imperio. Marco Aurelio, educado para reinar por un esclavo, por un estóico que le enseñaba á creer mas fuerte la virtud que todos los poderes de la tierra, y mas justa la conciencia que todos los códigos escritos, Marco Aurelio llevaba al trono la idea filosófica de la antigüedad, el estoicismo, que era á un mismo tiempo una protesta contra las clases elevadas y egoistas; y una preparacion maravillosa para la doctrina del verdadero derecho, y así el emperador creia que las leyes civiles debian tener por norma la eterna ley de lo justo; que el hombre debia formar con sus hermanos una gran familia; que la libertad interior, esta voz secreta y augusta, no puede ser nunca ahogada por la tiranía; que cada una de nuestras acciones, léjos de mirar al bien particular del individuo, debe mirar al bien de la humanidad, como cada una de las partes del mundo se enlaza en el universo; doctrina santa que era el presentimiento del cristianismo; doctrina que se reflejaba en la vida de Marco Aurelio, como la vida de Marco Aurelio se reflejaba con resplandores de los hombres nunca ántes vistos, en el imperio.

Pero así como la época que abraza desde César hasta Neron es la época de las revoluciones contra la vieja sociedad, y la época que abraza desde Neron hasta Trajano es la época de la incertidumbre en la nueva sociedad, y la época que abraza desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época de la filosofia y de la idea y de la organizacion; la época que abraza desde la muerte de Marco Aurelio hasta la ascension al trono de Probo es la época de los pretorianos y de los sacerdotes y de los jurisconsultos, la época en que la fuerza de la sociedad antigua personificada en los ejércitos y la fuerza en la religion personificada en los theurgos y en los jurisconsultos luchan; predominando siempre los pretorianos; y así la iniciacion de la fuerza militar se ve en Cómmodo, la reaccion religiosa se ve tímida en Alejandro Severo, desentrenada en Heliogábalo, el triunfo absoluto del poder militar en Maximino, la organizacion civil de ese mismo poder en Probo; época tremenda, cuyo recuerdo llena de angustia el corazon, de sombras la inteligencia; época en que lucha el fanatismo con la fuerza, y á cualquier lado que se inclina la victoria, ora á la teocracia mágica, ora á la fuerza bruta, se inclina siempre á la tiranía y á la barbarie.

El Imperio, como todo poder que se funda en una violacion del derecho, que es al mismo tiempo una gran violacion de la naturaleza humana, habia menester numerosísimas huestes, inmensas legiones, poderosas en verdad para sustentarlo, pero mas poderosas aún para destruirlo; porque así como el error lleva en sus lógicas consecuencias la muerte, la tiranía, que es la encarnacion viva de todos los errores, encuentra su debilidad, su ruina en lo mismo que cree su fuerza; y crecido desmedidamente su ejército, para sostener con cadenas de hierro siempre frágiles aquella sociedad que no acertaba á sostenerse en la ley de armonía que entrañan la libertad y la justicia; cuando ocupaba el trono un emperador como el bárbaro Cómmodo, mas ganoso de placeres que de glorias, mas amigo de fiestas que de autoridad, mas bien hallado en la tibia atmósfera de los serrallos que entre las inclemencias de los campamentos; un emperador, que para divertir su hastío iba ceñido el pecho con piel de leon, la espalda con arco de cazador, y ocupada la mano con hercúlea maza de oro, á cazar fieras, á disputar el circo á los gladiadores en fingido combate, haciendo que el Senado levantara estátuas y ofreciera incienso al que le habia aventajado en la arena; cuando un emperador de este linaje, decia ocupaba el trono, las guardias pretorianas que conocian al emperador, que presenciaban sus deformes vicios, que sentian en sí el núcleo de todo el poder, que miraban pendientes de sus lanzas toda autoridad y toda justicia, recogian las riendas del Estado, jugaban con ellas al azar, destronaban al emperador, vendian la púrpura cesárea, al que mas la pujaba, sacaban desde lo alto de los muros de la ciudad eterna, resguardo salvador en otro tiempo del derecho, á pública subasta el Imperio, lo vendian á un senador rico, y luego tornaban á destrozar con sus espadas sus mismas hechuras, como para enseñar eternamente á las generaciones, que esos poderes que se creen eternos, porque tienen solo en su abono la fuerza, son débiles cuando les falta la justicia, y haciéndose tiránicos, solo pueden engendrar en su maldita esterilidad la anarquía en el gobierno, la desolacion en los tiempos. (Estrepitosos aplausos.)

Cansados los espíritus de la fuerza, convirtieron sus ojos á una idea á un elemento espiritual, y como el gnosticismo con todos sus mágicos ensueños dominaba el mundo, fueron al interior de un templo del Asia, á buscar entre el humo de los holocaustos y de los sacrificios un; emperador llamado Heliogábalo, que desde el Oriente caminó á Roma en medio de palmas y flores y aromas, en larga procesion religiosa-

y entró en la ciudad Eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellon las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal á su Dios, que era una piedra negra ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel estraño jóven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginacion enflaquecida y exaltada por los placeres á un mismo tiempo era presa de un contínuo delirio, que le llevaba á predicar dogmas religiosos, eróticos, afrodisiacos, á unir y aglomerar nuevas divinidades en el panteon, á crear un senado de sacerdotisas consagradas á Venus, á vestirse de mujer y entregarse á la infamia de vergonzosas liviandades, á salir desnudo en un carro circundado de mujeres tambien desnudas, á unir en confusion horrible todos los sexos, todos los animales en sus goces, á violar las vestales y divinizar las prostitutas, á confundirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendia á prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una civilizacion corroida por el despotismo. (Aplausos.)

Los sacerdotes, los filósofos neopláticos, los jurisconsultos, habian creado aquel emperador delirante, y habian mostrado su impotencia para sostener en la razon al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba despues de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba despues de una larga tiranía civil. El mundo, cansado de la demencia de los que podiamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo á la guardia pretoriana, á la preponderancia militar. Un dia un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazan del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Ciclope, un Titan, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenia ocho piés romanos de estatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebia el vino que cabia en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacia las piedras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños, una legion de los mas bravos guerreros. La guardia pretoriana habia encontrado su héroe. El la llevaba á pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba á la guerra el dinero de los espectáculos; al mantenimiento de su ejército los ídolos de oro de los templos. Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Pareciale que como los antiguos galos iba á incendiar el Capitolio, y á no dejar en la ciudad reina del mundo, piedra sobre piedra. Maximino habia sido desgraciado en Roma, habia encontrado cerradas á su miseria las puertas de los señores que al verlo emperador, hundian en el polvo la cobarde frente; y se aprestaba á una pronta venganza. Mas el Senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus espediciones, atraviesa los Alpes, baja á los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; ve que hasta las piedras de Italia, se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados, á un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el témpano de hielo que iba á caer sobre el Imperio, y se entrega á la muerte, que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, despues de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse á otra lucha mas grande, á la lucha religiosa que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El imperio siente que el cristianismo va á triunfar. Diocleciano lucha con el cristianismo, Constantino cede á su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio reclama definitivamente su triunfo. La iglesia desde Neron hasta Trajano, y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes persecuciones. Aquellos cristianos encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para renovar el mundo con la esperanza; míseros esclavos que habian roto sus hierros, almas puras que se levantaban del cieno de la sociedad; porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenian fé vivísima; porque en aquella general adulacion á los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del Dios-naturaleza, tenian un Dios-espíritu, que recogia sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacian responsables de los huracanes, de

las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tíber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarles su Dios, arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendian en los mercados, y los bajaban á las minas de la Numidia, y los entregaban á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, si sus carnes eran desgarradas en el garfio, si su sangre era consumida por las llamas, sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, desciñéndose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilos en el eterno árbol de la vida. (Aplausos prolongados.)

Y miéntras esta persecucion se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moria. La naturaleza perdia sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecian entre las ondas de los arroyos; el génio de Apolo no murmuraba ya sus dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de ruiseñores que acompaña el canto plañidero de Edipo á la sombra de los olivos y los mirtos en el Valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los umbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y oteros su caramillo, en el cual aprendieron sus regalados versos los Teócritos y los y Virgilios; la caverna de Delfos yacia tapiada y no hablaba ya en su seno el genio de la antigua religion; la pitonisa habia rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando léjos de sí el áureo tiseo, descendia desesperada de su trípode; porque el fuego de la inspiracion no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentian helarse en sus labios las oraciones consagradas á la luna y á las estrellas, y decian oir entre el rumor de las brisas una voz solemne que decia que los antiguos dioses habian muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, estinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundia en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estátua funeraria sobre los restos del paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

Entónces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entónces del fondo de las catatumbas sale triunfante el cristianismo: entónces la Iglesia Universal se reune; entónces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fé; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se ditundirá hasta el último límite del tiempo, y que resuena hoy

jo las bóvedas de nuestra Iglesia; entónces se declara el triunfo inmortal del cristianismo, que viene á traer la nocion clara de Dios, á romper el cetro férreo del destino, á igualar á todos los hombres ante los altares, á prometer eterna vida á la virtud, á destruir la diferencia de castas, á consagrar la libertad humana, á encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, á renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, á herir para siempre en la frente á los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (Aplausos.)

El triunfo del Cristianismo debia llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio á su corazon para ningun otro sentimiento, ni á su mente para ninguna otra idea. De aquí esa gran exaltacion religiosa, á que llegaron muchos hombres, mal hallados con la vida del mundo. Apénas habian recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habian gustado el maná de esa verdad divina, cuando el cielo se desplegaba á sus ojos, y la eternidad á su pensamiento; pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla á un Dios, que habia dado su vida por los hombres; huian de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrian sus corazones consumidos por el amor divino á la oracion, á la esperanza, y herian y maceraban sus cuerpos como para obligarles á exhalar de sí el espíritu, para que se perdiera como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu humano es muy propio del entusiasmo, que inspira siempre una idea naciente. La revelacion celeste no cabia en la conciencia humana, y rebosando, anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenia ojos, sino para mirar al cielo; ni oido, sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas, sino para la oracion y la penitencia; ni sentimiento, sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea, sino para absorberse en la contemplacion mística del Eterno; ni vida, sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma, sino para perderse en el amor del cielo. Así, los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltacion maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraian á sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracan, del rugir de los leones, y del maullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardia la primer llama del entusiasmo cristiano, á manera de un fuego, que se

levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo. Despues los eremitas debian levantar conventos, contra los cuales se estrellaran en el diluvio del antiguo mundo clásico las revueltas olas de la barbárie. El cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llega á fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el génio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reaccion universal, profunda, inmensa, fué intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre eremitas; su espíritu, sin embargo, tenia una exaltacion tal, una ambicion tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin mas consejo que su razon y su conciencia, concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algun dia el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creia que era necesario devolver á la naturaleza muerta su espíritu, que habia huido al cielo, y á los bosques, á los arroyos, á las praderas, á las ondas sus antiguos dioses, para que volviesen á exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oído de la humanidad. Y para conseguir este fin, se instruye en la antigua ciencia, recibe el espíritu neo-platónico, esplica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina á los ídolos, desciende á las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta á la voz de los sacerdotes paganos, va á Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su empresa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnaldas sobre el altar de Apolo, vuelve á poner sus cuerdas á la rota lira de Grecia, prohibe que los cristianos interpreten los poetas antiguos, predica una teología neo-pitagórica en frente de la teología cristiana, resucita las antiguas procesiones, quema incienso en las aras de los antiguos dioses; empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto á los bárbaros arrodillarse en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encina desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adios dado al paganismo, el altar de Jûpiter Capitolino destrozado, la divina cruz coronando la cima del Capitolio. (Estrepitosos aplausos).

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamene conmovido en una época tan decisiva para la civilizacion. El dogma era objeto

de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que habia perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba á luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellas se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas planteados en el tiempo, se resolvian en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperanza, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fé. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelacion que descendia de la mente divina, caian en la heregía; porque la luz les cegaba como acontece á nuestros débiles ojos que no pueden mirar el sol. Entre todas estas heregías, por su audacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible heregía de Arrio. Esta heregía iba á herir en el corazon el dogma; á destronar la nueva religion. Era una rebelion del pensamiento contra la fé; pero rebelion que tendia á arrancar el espíritu divino á Cristo, y su consustancialidad con el Padre. Esta heregía es una idea capital en la historia de la civilizacion, porque el arrianismo imbuyó su espíritu á los bárbaros, como para prepararlos á la verdadera fé. El arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente, y subió al trono con muchos Emperadores y amenazó absorber el mundo.

Pero, en medio de estas dudas, y de esta incertidumbre, suena en el reloj de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Catolicismo. A esta gloria, á este triunfo de la civilizacion va unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas ideas hacian en el ánimo de las gentes, el paganismo sonreia aûn en sus innumerables templos y altares. La reaccion de Juliano habia dado un calor ficticio á los antiguos dogmas. Parecia esta lucidez de la religion el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se estingue. En Alejandría, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados á los antiguos dioses, y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pié del ara ardia el fuego sagrado que habian alimentado tantas generaciones y que despedia sus últimos destellos. Por un instante parecia que el espíritu humano iba de nuevo á derramarse en la naturaleza para animarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares, los rios y las

fuentes, un génio misterioso, una divinidad. Esta reaccion formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelacion, y el reinado del nuevo derecho, fué detenida y contrastada por el génio sublime de Teodosio, que destrozó las antiguas aras, arrancó á su pedestal los ídolos, deshojó las corolas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caia de las entrañas de las víctimas, hizo suspender los augurios, las adivinaciones, los oráculos; y sobre los restos de esa religion, que habia sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de innumerables artistas; sobre los despedazados restos de esta gran civilizacion levantó el Dios de la verdad y de la justicia; el Dios de los cristianos, que venia á renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el cristianismo habia renovado el espíritu, los bárbaros debian á un tiempo castigar á Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivian en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riente, los bosques embalsamados por el azahar, los templos erigidos en las colinas mas bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenian en sus casas, mas grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las estravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, mónstruos marinos en sus estanques, mancebas traidas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su triclinio de púrpura y marfil, embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello á usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viviendo entre festines, donde tenian vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de ruiseñores, jabalíes con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando mas descuidados estaban, ven de pronto entrar por sus puertas de marfil y de oro, agarrarse á sus paredes pintadas al fresco, manchar sus suelos de mosáico, profanar sus estátuas de mármol, quemar sus espejos de acero bruñido á espantosos bárbaros venidos ora del Rhin ora del Danubio, unos de talla desmensurada, otros rubios y hermosos como leones, otros contrahechos, pequeños, deformes, de color verdoso, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de ojos de buho, vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus lábios la sangre de la carne cruda que habian devorado, exhalando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo

que habian bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo tan perfumados y delicadísimos, como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (Ruidosos aplausos).

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subian á lo mas alto de sus templos á mirar las nubes, las tempestades, que avanzaban. ¿Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos que llenan desde la Dalmacia hasta las puertas de Constantinopla, de pueblos enteros, de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flanquea el monte Athos, quemando sus espesos bosques, para que le sirvan de guia como una gran columna de fuego por la noche; lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Simmium hasta Megara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus aullidos de triunfo en las orillas del mar Egeo teñido de sangre; penetra en Argos y en Esparta, y toma el hierro lacedemonio para herir en el corazon la patria de Licurgo; arrastra á su carro las vírgenes mas hermosas consagradas aun á los dioses y las entrega á su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos, acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa como el águila los Alpes Julianos; lava sus piés heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Annibal no habia visto ningun enemigo; fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel senado de reyes, ante el cual se postró la tierra, y destroza los templos, que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habian sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estátua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilizacion. (Aplausos.)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia que les diese cohesion; de un brazo que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado á ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos: fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos, que brillaban como los del tigre en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos,

echado atras el cuello, erguida la frente; rugiendo mas bien que hablando, despidiendo de su mirar el fuego de la guerra, marcado con el sello del destino desde la cuna para conmover las naciones; Atila disciplina las razas, une los restos de los Ostrogodos, de los Hunnos, de los Alanos, de los Burgundos, de los Escitas, arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos, y la esgrime como el ángel esterminador; se rodea de todas las preocupaciones y mágias del Oriente y del Norte; á la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda el sacrificador ostrogodo, que estudia el porvenir en el corazon palpitante de la víctima; el adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; el mago hunno, que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; el hechicero tártaro que busca el destino en las cenizas de las hogueras; y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye á Metz, á Treves, á Reims, pasa á la Italia, amenaza á Roma, y despues de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios vuelve á sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.

Señores: parecia que el cielo no podia guardar mayores amarguras á la reina de las naciones, á la señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus dioses, Roma no podia descender á mas oprobiosa abyeccion. Los caballos del desierto habian hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habian roto en mil pedazos su corona, y habian profanado su majestad y su hermosura. Abandonada de su númen tutelar, quebrado su cetro, sumida en lodo y sangre, do quier convertia sus ojos, encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo, y toda la cólera del cielo. No habia refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodia, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrian el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecia que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condicion salvaje y ruda, se apercibia á recibir el soplo de la civilizacion y á perdonar á Roma, al punto, el Rhin ó el Danubio, los Apeninos, los Alpes vomitaban nuevos guerreros mas feroces, mas sedientos de sangre, mas dispuestos á amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros tan codiciados un dia de

los romanos, bajaba como un torrente de sangre, un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos tambien bárbaros. Los españoles, amantes siempre de su patrio suelo disputaban con heroismo sin par el paso á los enemigos de la civilizacion romana, y los soterraban bajo sus riscos. Pero, llamados los naturales á otras guerras, y dejando su hermoso suelo á viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros mas feroces que los godos eran los alanos y los vándalos. La muerte precedia estas bandas feroces, que no tenian instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas; los ayes de los moribundos la música mas regalada para sus oídos; la destruccion y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo su destino. Cuando caia una ciudad entre las llamas, y sus habitantes morian en la desesperacion, y ondas de sangre corrian á sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires; aquellos hombres gritaban gozosos, como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiere su olfato, graznan y aletean, y se lanzan gozosas sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió con resignacion esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes: los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos y sus antiguos palacios, y las calles de sus mas populosas ciudades vieron correr en su soledad y en su desolacion sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las fieras del desierto. Las montañas de Leon y Asturias, fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, ó heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí tambien la destruccion y la muerte.

El hombre que personificaba este pueblo bárbaro era Genserico, mas feroz aún y mas batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, deforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni á los hombres ni á los dioses; sin respeto á su propia palabra y á sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el odio á la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces; Genserico era la venganza de Dios, que derramaba con su soplo abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre los hombres. Bien

pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y lo lleva al Africa. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destruccion y la venganza. La presencia del bárbaro en Africa despierta otros bárbaros, que dormian en las arenas del desierto. Los mauritanos, al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan, y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre á la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienhadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se estendian rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía unidos en un mismo sentimiento de ódio y de venganza. El horror que esta irrupcion derramó en los desgraciados habitantes del Africa, fué tal que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, á fin de que emponzoñado por la peste el aire, emponzoñara á los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Cartago, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente, destrozada y reedificada por sus mismos vencedores los romanos. Cartago tenia edificios magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas, y un floreciente comercio; recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago habia representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Habia subido hasta disputar el dominio del mundo á Roma; y el recuerdo de su grandeza era un título de su desgracia. Genserico, impulsado por la providencia á borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilizacion, entra en la ciudad de Annibal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destroza hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los despavoridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilizacion. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caian sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arrastrados á las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de

infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos á los que habian tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban á la vela en los puertos de Africa, llevan hermosas cautivas á los serrallos y á las mancebías. El Africa era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subia al cielo á la manera de un triste holocausto ofrecido al Dios de las venganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aquejaba á los bárbaros. Genserico llegaba á las orillas del mar, estendia su mirada por aquellas azules ondas, y ansioso de domeñar más ciudades y ver mas pueblos sujetos á su voluntad, estendia las velas, y se daba á merced de los vientos, seguro de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrificar á su voracidad, y tesoros con que satisfacer su codicia, como si él mismo sintiera que su voluntad y sus fuerzas y su espada eran los instrumentos con que el Eterno destrozaba un mundo para abrir paso á la eterna idea del progreso, que así se levanta del seno de las escuelas como de la desolacion de los combates. El viento le empujó á Italia, y su deseo le llevó á Roma. La ciudad eterna, la que amedrentó al mundo con su poder, la que tenia en sus manos las coronas de todos los reyes, y en sus templos los dioses de todas las religiones; la que habia llevado á sus escuelas todos los sabios, á sus campamentos todos los guerreros, á su literatura el espíritu de todos los pueblos; la que guardaba la sancion de toda soberanía, el alma de todo derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos sacerdotes, sin sus heróicos guerreros, desposeida de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de sus vicios, vió acercarse á su seno, sin espanto, sin temor, á los últimos bárbaros, á los vándalos, que destrozaron hasta sus ruinas y demolieron sus edificios quebrantados, y pulverizaron sus estátuas rotas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos de todos los siglos, los restos de todos los templos, los cuerpos helados de todos los dioses, como para borrar del espacio hasta las huellas de las ideas y de los poderes que habia condenado la Providencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El patricio romano ya no tiene fuerza para ponerse de pié, ni para buscar en las hogueras las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora tremenda de la guerra abandona el cuidado de su hogar y de sus penates á los mismos bárbaros. El mundo clásico, que habia dominado toda la tierra, se entrega á sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César á contener á

los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos bárbaros que no fueron osados á mirar á Roma, sino de rodillas, y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilizacion moderna, rueda en su cuna, sobre la civilizacion antigua podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma y del fundador del Imperio, como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido Imperio debia morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados á la guerra, sino en los campos consagrados al placer y á la licencia, para significar que los pueblos mueren mas bien que por la espada de sus enemigos por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilizacion antigua se estingue, la reina de las naciones muere.

¿A quién, á quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilizacion un refugio? Si vuelve los ojos á Occidente, ve al bárbaro Genserico, que despues de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante á esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve á Oriente, ve correr á Odoacro, al bárbaro Odoacro á ceñir una cadena á la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos; ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un millar de Romanos, al pié de su ídolos; no hay remedio, el despotismo ha podrido á Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvacion ni esperanza. Pero, señores, sí la hay, sí la hay. En medio de aquella desolacion universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre, cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva á las mismas fieras; en esta desolacion universal, San Agustin se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fé, transfigurado por la esperanza, enseñando á los hombres que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir, la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores

sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (Aplausos.)

Hemos concluido. Así teneis el mundo que vamos á recorrer en el presente curso. Hemos visto la revolucion social, personificada en Neron, el derecho en Marco Aurelio, la iniciacion de la tiranía pretoriana en Cómmodo, el genostisismo oriental en Heliogábalo, la union del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religion en Dioclesiano, el reconocimiento de esa religion en Constantino, el símbolo de la fé en el concilio de Nicea, la reaccion pagana y la filosofía neo-platónica en Juliano, el triunfo del cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la unidad de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Genserico, el triunfo de los bárbaros sobre el imperio en Odoacro; pero el triunfo mas alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la ciudad de Dios, que San Agustin enseña al mundo desolado como una eterna esperanza. (Aplausos.) Busquemes tambien nosotros esa ciudad El hombre antiguo en su desolacion, en su desgracia creia que el mundo de la felicidad y de la razon, quedaba á sus espaldas, que conforme iba caminando hácia adelante, iba huyendo de su bien, que cada generacion seria mas enferma y mas desgraciada, y mas esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del sigio XIX, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros, que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida á nuestros mandatos, la tierra esclava de nuestra voz; nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la nocion sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo de la libertad y de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra propia naturaleza, y en las inviolables promesas del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL IMPERIO.

DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

LECCION SEGUNDA

SEÑORES:

Vamos á describir una de las épocas mas dolorosas del imperio romano, incierta en sus ideas, indecisa en sus luchas, agitada por continuos movimientos y cambios; sin fé, sin virtudes; nacida de una larga servidumbre, y como la servidumbre, flaca y vil; época, en que toda idea de derecho se borra en la mente del pueblo, y todo hábito de obediencia en el ánimo del soldado; época, en que la religion antigua se pierde, sin que las conciencias se aperciban á recibir un nuevo dogma, ni los corazones á sentir el calor de una nueva fé; época en que los lazos de la familia se quebrantan y los dulces y amorosos sentimientos de la amistad se olvidan; época manchada con guerras civiles y estrangeras, con delaciones infames, con asesinatos horribles, con perjuicios, con la rebelion de quien debia obedecer y la esclavitud de quien debia mandar, con el reinado de príncipes, cuyas armas son juguete de las alteradas pasiones; época, que se ahoga en una orgía inmensa de lágrimas y sangre, como suele acontecer á todas las épocas, que olvidadas del principio de libertad, alma de nuestra alma, esencia de nuestro sér, venden la dignidad y la responsabilidad del hombre, móviles de las grandes acciones, de los preclaros hechos, al capricho cambiante y tornadizo de un insensato tirano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La verdad es, señores, que el mundo romano pasaba por una crísis suprema, en la cual ni se avenia con la pérdida de la antigua libertad, ni dejaba la nueva servidumbre. La imágen de la República se alzaba como una sombra querida del seno de todas las tempestades; y los ánimos levantados, los que aun guardaban con amor el recuerdo de los grandes tiempos de Roma, al contemplar el envilecimiento y la prostitucion universal, renunciaban á la grata esperanza de tornar á ver la patria de sus padres. Esta situacion estraordinaria del mundo antiguo, tan digna de nuestro estudio, prueba, señores, que la virtud es la compañera inseparable de la libertad. El patriciado romano se olvidó de los campos, de los campamentos, de su antiguo estoicismo, para acordarse solo de allegar riquezas y saborear placeres; el pueblo, cansado de luchar, se entregó á un hombre que le dirigiese y le representase, cambió su derecho por un bocado de pan, sus armas por las fiestas, sus comicios por el circo y el teatro; y pueblo y patriciado cayeron bajo el peso de las cadenas, rendidos mas bien por sus propios vicios que por el poder y la fuerza de sus señores.

Y sin embargo, cuanto mas miro y estudio la caida de la República romana, mas me afirmo en mis antiguas ideas sobre este grandioso acontecimiento. La República debió haber realizado el ideal del derecho, que traia en su seno la nueva filosofía; no lo realizó, y vino necesariamente á realizarlo la fuerza. La República debió abrir las puertas de Roma á toda la humanidad; se empeñó en cerrarlas, y vió destrozadas esas puertas por el hacha sangrienta de la dictadura. La República debió levantar las clases desheredadas, conseguir la igualdad en la libertad; quiso degradar esas clases, quiso mantener los privilegios, y trajo la igualdad en la servidumbre. La República debió haber cedido á los clamores de los plebeyos en la cuestion social como habia cedido en la cuestion política y en la cuestion religiosa, quiso aherrojar las clases pobres en la abyeccion, en la miseria, y la abyeccion dió de sí la servidumbre, y la miseria, la muerte. Una libertad privilegiada, una libertad aristócrata, una libertad que no se funda en el derecho, que no reconoce y proclama la libertad, condicion de la existencia de todas las libertades, despues de engendrar una lucha estéril, se quebranta y rompe necesariamente; porque esa libertad es una cadena mas pesada para el pueblo que la misma servidumbre; y como la libertad romana, que habia animado los altares con un nuevo fuego, los comicios con un nuevo derecho, la plebe con un nuevo espíritu, al tocar en la organizacion social, que será siempre la raíz

de la libertad, retrocedia, y se tornaba privilegio para el noble, y abyeccion para el pueblo, como queria vivir de una gran injusticia atrajo sobre Roma fatalmente, pues en la sociedad como en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, atrajo la injusticia enorme del imperio. La responsabilidad del imperio cae sobre la frente de la aristocracia romana.

¡Y qué estado, señores, el estado de Roma tan terrible! Las religiones, los ejércitos, habian aprendido con la caida y encumbramiento de los emperadores que era suyo el imperio, y un imperio que solo pertenece á la fuerza, pertenece á la injusticia. Y el ejército, en verdad, no era aquel ejército, precedido de la victoria, disciplinado por una autoridad sagrada, compuesto de ciudadanos nacidos en el recinto del Pomerium, protegido por las divinidades de la antigua Roma, ganoso mas que del botin de ceñir ó una corona de encina ó una corona de laurel, amante de la ciudad, por cuyo engrandecimiento exhalaba de grado la sangre y el espíritu; no era aquel ejército que se movia como un solo hombre á la voz de sus generales, que llevaba en sus lanzas la luz de una nueva idea, que abria los surcos de la tierra para derramar la semilla de la civilizacion; no era aquel ejército, que habia espantado la tierra y sometido las naciones, y arrastrado á su carro todos los reyes; no, señores, era un ejército mercenario, indisciplinado, pronto á la rebelion, tardo á la obediencia, dispuesto á rasgar con sus lanzas la púrpura imperial, reclutado entre los enemigos mismos del nombre romano, sostenido por el cebo del lucro y de las ganancias; sin conocimiento del derecho, sin amor á la libertad, sin respeto siquiera á la reina de las naciones; ejército que aparece siempre despues de las grandes catástrofes en todas las épocas infaustas en que pierden los corazones el sentimiento de la propia dignidad y las conciencias la intuicion divina de la justicia. El pretoriano, cuya influencia social comienza en este supremo instante, ávido de placeres, ganoso de dinero, dado al juego y al vino, poseido de todas las pasiones, amante del peligro, mal hallado con el reposo, anhelando tratar en sus campamentos la política, como si los campamentos fueran comicios, conociendo que á su alrededor solo habia un Senado sin conciencia, y un pueblo sin libertad; ora por probar su poder, ora por divertir su gusto con grandes y entretenidos espectáculos, ora por allegar mas dinero; gozándose en levantar emperadores y derribarlos, en dar cada dia, si era posible, un nuevo dueño al mundo, en mudar gefes como se mudan de vestiduras y de nombre los histriones en el tea-

tro, en demostrar que sus lanzas eran el único título de derecho que tenian los Césares; calamidad tristísima que debia dar en tierra, mas tarde ó mas temprano, con el imperio, porque no hay cosa, para sostener los poderosos Estados, mas débil que la fuerza.

Y aquella sociedad no tenia para estos grandes males remedio. La fuerza de los ejércitos no podia ser compensada por ninguna otra fuerza. Perdido el ideal de la sociedad antigua, aunque el espíritu de un nuevo derecho corria en el fondo de todos los hechos y de todas las instituciones como una sávia oculta, la sociedad llagada, enferma, no sabia ni qué temer, ni qué esperar, y no tenia un instrumento con que contrastar la fuerza de la espada. El trabajo, que es la gran redencion de los pueblos esclavos, de los pueblos desgraciados, no podia salvar á Roma. Aquella sociedad tenia en su seno una idea corrosiva bastante á matarla y destruirla, una idea que la filosofia iba poco á poco desvaneciendo, pero que la sociedad, tarda en seguir el vuelo del pensamiento, conservaba todavia la idea horrible de la desigualdad natural de los hombres. Esta idea infundia en unos aliento, en otros humillacion y vergüenza; levantaba á unos al dominio del hombre, y precipitaba á otros en degradante esclavitud. Los nacidos para dominar, creian que el trabajo les degradaba y envilecia, y pasaban su vida en sus grandes palacios y en la plaza, ora tendidos en sus lechos, ora vagando por sus pórticos, ora en el aromático baño, ora en el teatro, ora en el circo, siempre en la sociedad, nunca en el trabajo. El aristócrata antiguo, al emanciparse del trabajo, rompia una ley de la naturaleza humana, y como el quebrantamiento de las leyes naturales trae siempre consigo el mal, aquellos aristócratas sin trabajo, eran un gravísimo peligro para el imperio, porque su ociosidad corrompia las costumbres é infestaba los aires. Aquellos hombres, llenos de riquezas allegadas sin trabajo y dispendiadas sin consideracion; agenos á las luchas políticas, porque el Foro estaba cerrado y abandonada la plaza pública; indiferentes en religion, pues sentian que el frio de la muerte apagaba el fuego en los altares y la idea celeste en los dioses; corrompidos por aquel epicureismo, que helaba los corazones, y poco á poco les hacia caer en la indiferencia; sin amor á la patria, pues la patria era para ellos un inmenso calabozo, sin respeto al imperio, que temian como se teme á los tiranos; y la tiranía, si infunde miedo, no puede infundir nunca respeto; lastimados de la pérdida de la libertad, pero faltos de valor para recobrarla; derramando muchas lágrimas por la República, pero poco dispuestos á derramar por la República su sangre; nunca aptos para las luchas y siempre dispuestos á recibir el frio beso de los placeres, disgustados de la vida que se arrastraba pesada y turbiamente en los festines; en tan estraordinario estado, en época tan difícil, cuando caian sobre su clase tantos males, cuando se condensaban sobre sus cabezas tantas tempestades; en vez de buscar en el trabajo alivio para sus dolores, fuerzas para sus cuerpos, y robustez para su misma naturaleza, caian en esa indolencia, en esa atonía, que paralizando la vida, corrompia el espíritu, y lo precipitaba fatalmente en la servidumbre. El patricio entregaba toda su vida, toda su fuerza al esclavo. El esclavo le vestia, le bañaba, le seguia en toda la vida, le acompañaba al paseo, le servia de rodillas la comida, le arreglaba las cuentas de la casa, le sostenia en sus brazos hasta pasar de un lado á otro lado de la calle, le cultivaba las tierras, le guardaba los ganados, le divertia, le adulaba, le servia para blanco de sus odios, y muchas veces sentia y pensaba y queria por sus mismos dueños, absorbiendo su fuerza, su inteligencia, toda su personalidad; pues como la naturaleza humana no puede ser nunca engañada, ni eludida, aquellos esclavos, despojados de toda dignidad, de todo derecho, eran realmente los artífices principales de la sociedad, que los arrojaba de su seno, como si Dios quisiera de esta suerte castigar las injusticias de los hombres. El patricio descendia por su indolencia hasta anularse, y el esclavo se alzaba poco á poco á ennoblecerse por su trabajo. Pero la sociedad antigua levantada sobre los privilegios de la aristocracia, en esta flaqueza de las clases superiores, se destrozaba, se perdia. En tiempo de la República, la aristocracia iba á la guerra, y en la guerra ejercitaba su actividad, y vivia la vida tempestuosa, pero fecunda de la libertad; mas despues del imperio, como la señora de las naciones se entregaba vilmente á los mercenarios, y como los ejércitos eran reclutados en estraños paises, el antiguo guerrero, el patricio que habia aterrado al mundo, guardaba su espada enmohecida, sin gloria ya y sin brillo, oprimido por una desesperacion, que no podia aliviarse ni en el seno mismo de los campamentos que eran el gran teatro de la nobleza.

El pueblo romano caia en la misma degradacion, en el mismo abatimiento que la nobleza. Para él no existia en verdad la ley del trabajo. Sin recordar el dia de ayer, sin curarse de hoy, sin pensar en mañana, su vida era vida de placeres y alegria, vida corruptora y venenosa. Seguro de que el pan nunca podia faltarle, ni á él ni á sus hijos, se daba á todos los vicios, que trae consigo la carencia del

trabajo, señores, del trabajo, que es la sal, que conserva sana y pura la vida. ¿Y qué podia inquietarle? El mundo era para el pueblo rey como un inmenso espectàculo; el emperador como un siervo. Desde que la gran dictadura revolucionaria se apoderó del mundo, el plebeyo no tuvo que pensar en política, porque el emperador pensaba por él; ni en leyes agrarias, porque siempre tenia pan; ni en humillar á la nobleza, porque la nobleza habia caido herida á sus plantas; ni en ir á los comicios, porque sus comicios eran el circo y el teatro; ni en las guerras, ni en los campamentos, porque los iberos, los galos, y hasta los mismos germanos velaban con sus armas el sueño de Roma, y la seguridad del imperio. ¿Qué podia faltarle? Pan tenia. La Anmona era su despensa pública; un prefecto perpetuo se encargaba de repartirle trigo, un prefecto, que daba disposiciones para que el romano comiese pan blanco y sabroso; el mundo entero le enviaba sus frutos; una flota inmensa tenia el destino de conducir trigos á Italia: Chipre, la Beozia, las Islas Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y Egipto, vaciaban sus cosechas en el granero de Roma, á cuyas puertas iba el plebeyo á recoger cuidadosamente su alimento, seguro de que nunca habia de faltarle, porque su alimento era la paz del mundo y la salud del imperio; de esa dictadura, que nacida contra las clases superiores, contra la aristocracia, fiaba todo su poder y toda su fuerza al brazo y á la autoridad de los plebeyos.

Y el pueblo se divertia como la misma aristocracia, y su vida era vida ligera gastada en fiestas y placeres. Asegurada la existencia de su cuerpo solo pensaba el plebeyo romano en divertir su alma. La sociedad se curaba de dar pan al pobre y tambien espectáculos, para mas hundirlo en la esclavitud, en el torpe olvido de la dignidad humana. El plebeyo tenia por palacio la ciudad entera; pórticos larguísimos adornados con estátuas de mármoles y bronces eran sus paseos; bosques donde crecian las plantas de todos los climas y volaban las mas raras aves eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en todas clases de jaspes, adornados con cuadros traidos de Grecia, encerrando maravillosas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos, abiertos en las rocas, mas duraderos que el tiempo, capaces de contener todo un pueblo; circos llenos de monolithos del Oriente, de colosos, de obeliscos, egipcios y naumaquias destinadas á los espectáculos navales, alimentadas por las aguas de caudalosos rios, pudiendo recibir en su seno una escuadra, abiertas algunas veces en la cima de las montañas entre nieves eternas, y templos, en que se reunian las mas

hermosas jóvenes á ofrecer sacrificio con los tributos de la naturaleza, á celebrar fiestas; danzas y conciertos eran sus fiestas; y la vida del pueblo, que necesita un cauce donde estenderse y correr, no pudiendo penetrar en los comicios, ni dilatarse por los campos de batalla, se desbordaba por baños, pórticos, bosques, circos, teatros y naumaquias; ansiosa de grandes emociones, que fingiesen la agitacion y el movimiento, ya que no la salud y la grandeza, de las libertades públicas.

Todavía, señores, cuando leo los grandes libros que la antigüedad nos ha legado, me parece que se levanta del polvo de los siglos uno de aquellos teatros, en que el pueblo romano se estendia y se espaciaba; el campo de Marte, por ejemplo, y la fantasía que da vida y color á los recuerdos históricos, finge y pinta en aquel campo los pórticos de cien columnas corintias; los teatros de Balbo y de Pompeyo con sus espaciosas galerías; el mausoleo de Augusto ornado con magníficas estátuas de bronce; el monolitho Egipcio de color de rosa, que se pierde entre los arreboles del cielo; el panteon circular, cortado en severas columnas, reverberando la luz en sus doradas cornisas, en sus chapiteles de bruñido acero; el bosque sagrado, que recuerda las glorias romanas con sus sepulcros de Escipion y otros mil héroes; el Anfiteatro, en que rugen las fieras; veinte y dos templos esparcidos aquí y allá, abiertos siempre, y siempre humeando el fuego del sacrificio; henchido el aire de cánticos, lleno el suelo de flores; el monte Vaticano á un lado, al otro la colina del Janículo con sus fortalezas, como el casco de la ciudad guerrera; y limitado el horizonte y perdiéndose en sus últimas azuladas indecisas líneas, los varios y poblados jardines de Agripa; y en medio de tantos templos, de tantos circos y teatros, de tantos jardines, el esclavo con su túnica corta, el senador con su larga toga, la matrona en su carroza de marfil, el guerrero reflejando el sol en su casco, el gladiador que corre al circo entre los aullidos de la muchedumbre, el farsante que se apercibe á calzarse el coturno y encubrirse con su máscara, el sacerdote con sus guirnaldas de verbena en la mano, la vestal envuelta en su blanco manto, el filósofo epicúreo que se rie de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; en una palabra, el pueblo, sí, el pueblo romano, que allí trasformaba la civilizacion y disponia de los destinos del mundo.

En verdad, señores, nada podia esperarse de este pueblo. La corrupcion penetraba hasta el fondo de su corazon. La política venia á ser, no la ocupacion grave de los espíritus, no, la política venia á

ser un divertimiento. El pueblo gustaba de las luchas de las guardias pretorianas, como de las luchas de los gladiadores en el circo, y asistia á ver la entrada y salida de los emperadores en el trono como á ver entrar y salir los farsantes en el teatro. El pueblo romano del imperio no era, no podia ser el pueblo romano de la República. El pueblo romano de la República era severo, batallador, austerísimo, dado á las inclemencias de los campamentos, gozándose en las batallas como si Dios lo hubiera destinado á las tempestades y la guerra. Sus costumbres eran frugales, su instinto político delicado y seguro, su vida el combate; cuando no peleaba por la patria en los campos, peleaba por la libertad en los comicios. Así ningun pueblo de la tierra ha sido mas porfiado en sus luchas, ni mas feliz en sus victorias. Coronado con la idea de su derecho, comprendiendo los privilegios en que se refugiaban sus enemigos, aquel pueblo llegó felizmente á la mas alta de sus conquistas, á la posesion de sí mismo por su libertad. Desde el polvo, donde estaba sumido, al rayar su historia, se levantó á ser rey, á ser legislador, como artífice de su mismo espíritu. Amaba aquel pueblo á Roma como el buen hijo ama á su madre, con ese cariño mezclado de respeto, que nunca profana, ni con el pensamiento, al objeto amado, y siempre está dispuesto al sacrificio. El carácter del pueblo romano es un carácter singular, único en la historia, lleno de vigor y de fuerza; carácter férreo, apto para el fin providencial á que le llamaba la historia. Dios habia destinado el pueblo romano á un fin supremo; habia destinado su conciencia á poseer la idea del derecho, su voluntad á fundir en un crisol la tierra. El pueblo de la República representa una faz del destino de Roma; y el pueblo del imperio representa otra faz de ese destino universal y humanitario.

El pueblo del imperio no es el antiguo pueblo romano. Este habia desaparecido de la haz de la tierra. Ya creo haberlo dicho en el año anterior. El pueblo romano, como una víctima expiatoria se habia sacrificado en el ara de la tierra, en el altar donde centellaba la idea sagrada de la unidad del mundo. Por fundir toda la tierra, por celebrar la unidad del género humano, por abrazar en su inmenso seno todas las razas, por realizar la primera union de la humanidad, union por la fuerza, para que el cristianismo la completara por el amor y por el espíritu, por cumplir su destino providencial, el pueblo romano habia derramado toda su sangre, se habia despojado de su vida, habia cubierto con sus huesos y con sus restos la tierra. El pueblo romano

del imperio era indolente, y pasaba su vida en la pereza, en sus paseos, en sus jardines, en sus grandiosos espectáculos. Sin costumbre alguna de trabajar, sin aficion á la guerra, tenia que consumirse necesariamente en la debilidad, en la afeminacion. Los pueblos estrangeros le habian infundido su sangre, y aquel pueblo era feroz como el galo, indolente como el oriental, ligero como el griego. El pueblo de la República dominó al mundo, y el mundo entero dominó al pueblo del imperio. Las razas mas bárbaras, las mas enemigas de Roma, las que por fuerza se habian sometido á su coyunda, abandonando sus bosques, sus madrigueras, sus montes, corrian á la Ciudad Eterna, donde encontraban un templo, un hogar, un lecho, y allí, sintiendo su corazon agitado por un amor misterioso, su inteligencia conmovida por una idea sublime y estraordinaria, bebiendo el licor de una nueva vida en la copa de los templos y de los festines romanos, se trasformaba el bárbaro en otro hombre, é ingeria su vida inocente, su vida salvaje, su vida exhuberante en las venas canceradas de Roma; y así la ciudad, en vez de alimentar al mundo, era por el mundo alimentada con nueva sangre; y este maravilloso trabajo, nunca bastante admirado, venía á ser como la gestacion de una nueva ciudad, que perdia el egoismo de razas y de familia, para estender el universal dominio del derecho. Parece que hay aquí una contradiccion, y no la hay, señores. ¿Cómo alabar al pueblo de la República y reconocer que cumplia un destino mas maravilloso el pueblo del imperio? La razon es sencilla. El pueblo republicano mirado desde el punto de vista de Roma es mas grande, pero el pueblo imperial cumplia un destino mas sublime. Dios, que es el eterno artista de la historia, suele con malos instrumentos grabar en el espacio las ideas mas sublimes y mas grandes. Roma abria sus cerrados muros á los hombres que entraban en su recinto á recibir la consagracion de su soberanía.

Pero no nos engañemos, señores. La aristocracia durante la República vició y corrompió al pueblo, y durante el imperio, pagó la aristocracia caramente esta corrupcion. Si el pueblo no trabajaba, culpa era de los nobles, que, llevados de la codicia, habian roto en las manos del plebeyo los instrumentos del trabajo, y para mas lucrarse con sus tierras, habian convertido aquellos hermosos fructíferos campos de Italia, donde la agricultura encontraba manantiales de vida, aquellos campos tan cultivados y tan fecundos, en inmensas praderas para el pasto de sus ganados, con el fin de que un solo esclavo pudie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se cuidar de la tierra y ahorrarse así salarios y jornales; medida económica atroz, señores, pues áun mismo tiempo sumia en la pobreza al pueblo, y en la esterilidad á la tierra; medida que lloraron los nobles con lágrimas de sangre, pues ella planteó el problema social, y atrajo fatalmente la ley agraria; medida que arrojó en las calles y plazas de Roma un pueblo sin trabajo, pronto á toda revolucion que mejorase su triste suerte, dispuesto á levantar en sus brazos á cualquier tribuno, ó á cualquier tirano que le prometiera cuando ménos una segura venganza.

Si el pueblo se habia acostumbrado á los grandiosos espectáculos, la culpa era de los patricios, pues le daban en toda sazon y por cualquier motivo grandes juegos, grandes fiestas, combates de gladiadores, en que sacrificaban á los hombres mas robustos y mas hermosos del mundo; combates navales celebrados en el campo de Marte, en que morian millares de soldados, enrojeciendo las aguas del Tiber; grandes comidas celebradas en las plazas, á la luz del sol entre cánticos alegres y concertadas armonías; luchas de fieras traidas de los mas apartados climas de la tierra; histriones acariciados por los grandes señores como lo era Roscio por Sila; juegos por el recuerdo del triunfo de Roma sobre Annibal, juegos por el triunfo de César sobre Juba, juegos por la batalla de Filipos, juegos para todas las estaciones del año, juegos instituidos por una gran prostituta, y pagados de sus infames caudales, juegos hasta por la rota de Cannas, y por la toma del Capitolio; pero juegos en que el placer se desbordaba, en que el pudor se perdia, en que corria la sangre y el vino mezclados, en que el pueblo se degradaba, complaciendo así á la nobleza: que en la degradacion del pueblo ponia principalmente la nobleza la base de su dominio.

Si el pueblo buscaba un amo, culpa era tambien de la aristocracia, porque ejercia el patronato, esa institucion paternal, de una manera inicua; y léjos de ser la proteccion y el refugio de los plebeyos, se gozaba en verlos ir humildemente con su espórtula á la puerta de la casa; en mofarse de ellos entre los bufones y esclavos; en tenerlos en el atrio al lado de los perros; en obligarlos á que le llamaran señor y hasta rey, nombre odiado siempre por los romanos; en hacerles ir agitados, sin aliento, detras de su litera; en mirarlos con desden y con desprecio, negándoles hasta el saludo; en arrojarles un pedazo de pan con ménos cariño que á sus sabuesos; en tenerlos aherrojados á una cadena, y soltarlos solo en los comicios, en el dia de la eleccion

de las magistraturas, para que devoraseu á sus enemigos, y levantaran á sus tiranos al poder; conducta criminal, que debió dar sus frutos; porque el pueblo, que por el instinto y la intuicion alcanza mas que las altas inteligencias por el lento raciocinio, comprendió que un gran patrono, levantado sobre los patricios habia de humillar á los que le humillaban; y cansado de una tiranía pesadísima, optó por otra tiranía mas liviana, y se entregó á los Césares.

Tal era, señores, el estado de la sociedad romana á la muerte de Neron, con el cual moria la familia de los emperadores. En el año anterior hablé, señores, de esta muerte lastimosa y trágica, que fué tan estraordinaria como habia sido su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia, el último trance de aquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria, y erró en creer que la voluntad consigue todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía mi imaginacion, que pinta á mis ojos con cierta realidad los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Neron, rompiendo la mesa de comer, y quebrando sus mas preciados vasos á la noticia de la insurreccion de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los piés de su enemigo, ó mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin mas patrimonio que su cítara, ni mas ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus cortesanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta á las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias cuando tantos le habian seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto roto, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre espareidas por las auras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber ¡él; que habia pasado su vida en el regalo y en la abundancia; llegando por último á la casa de uno de sus esclavos, y tendiéndose en un pobre colchon sin osar darse pronta muerte; y allí, agitado por sus dolores y sus remordimientos, aprendiendo de los lábios de un sér compasivo la muerte que le decretaba el infame Senado en cuanto le veia vencido, y que consistia en cerrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas; mirando su propia sepultura á su vista cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con es-

fuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira, oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se liberte de la venganza del Senado, y entónces, como poseido de un vértigo, y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdia en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y á la última luz de su vida ve á sus verdugos, que aparecen á la puerta; y que se lanzan sobre su cuerpo todavía caliente, para arrojarlo, como presa codiciada á sus implacables enemigos, que vivo y poderoso le adularon y le maldecian vencido y muerto. Pero no se crea, señores, que las maldiciones contra Neron eran universales; no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no; algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Neron, se dolian de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exequias fueron lujosísimas; y su cuerpo fué envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro; y su sepulcro se alzó en la colina de los jardines, dominando á Roma, tallado en mármoles y pórfiro; y su retrato apareció un dia en la tribuna de las arengas; y el rey de los Parthos pedia desde su apartado imperio que el mundo honrase la memoria de Neron; y todos los dias sobre su tumba aparecian coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Neron, mucho despues de su muerte, ganóse partidarios en el imperio; y algun emperador subió al trono, porque en su frente se veia resplandecer el reflejo de Neron, alma de artista, maldecida de Dios, por haber osado romper el límite infranqueable, donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza.

¡Qué cambio tan súbito y tan universal en el imperio! El reinado de Neron habia sido el reinado del epicureismo romano, fácil y ligero; habia sido, en una palabra, la apoteósis del sensualismo. Aquella sociedad, cansada de luchar y reluchar, caia sin fuerzas en el lecho de los festines, cubierta de flores, dejando errar un cántico voluptuoso por los lábios, en una mano la lira vibrando notas de placer, en la otra la copa llena de hirviente licor; y á pesar de tanta alegría, la inteligencia triste y el corazon desgarrado por un presentimiento de muerte. Yo veo la imágen del estado de aquella sociedad admirablemente representada en un festin. El placer todo lo domina; el romano vestido de blanca túnica se tiende perezosamente en su lecho; coronas compuestas de yedra, amaranto, violetas, rosas, nardo y azafran rodean sus sienes y su garganta, para abrir con sus aromas y su frescura los poros y facilitar así las evaporaciones del vino; el aceite aromático arde en la hermosa lámpara que tiñe con sus reflejos todo el espacio del Triclinio; el rey del festin ofrece libaciones á los Dioses y entona al compás de regalada lejana música cánticos religiosos; los esclavos elegidos entre los mas robustos y hermosos de la ergástula corren aquí y allá, las manos llenas de platos ocupados con humeantes viandas; los niños de la casa, vestidos lujosamente de seda, renuevan el aire con abanicos de fresco follaje; el cráter de plata rebosa vino de Falerno; bailarinas gaditanas, morenas, ardientes, danzan destellando de sus grandes rasgados ojos la luz de su hermoso cielo, y agitando su negra cabellera al compás que se mece como una caña combatida por el viento su flexible cintura; las jóvenes griegas, envueltas en largos velos, entonan cánticos de sus poetas en la lengua de los dioses; los esclavos imitan un gran combate; los histriones, representan una pantomina; la bóveda del Triclinio se abre, y arroja flores entrelazadas con ricas coronas de oro, y da libertad á raras aves, y llueve esencias y aguas olorosas que embriagan; pero, señores, á pesar de tantos placeres, de tanto lujo, de tanta alegría, se ve en medio de la mesa la figura de un esqueleto para recordar al convidado que no hay en la vida nada tan seguro y tan real como la muerte.

Y, á pesar de esto, aquella sociedad tan dada al placer y á la alegría iba á cambiar de faz completamente. De manos de un epicúreo pasaba la sociedad corrompida á manos de un estóico; de la vida placentera á la vida austerísima y aun feroz. El carácter epicúreo de aquella sociedad no podia ser transformado tan pronto en carácter estóico. La lijereza de aquella vida muelle y regalada no podia avenirse bien con la severidad de los guerreros, que iban á dominar á Roma. El pueblo rey cayó tan bajo, que los estraños le impusieron un emperador. Por vez primera, el mundo dictó leyes á Roma en vez de dictar Roma leyes al mundo. Por vez primera se vió que los emperadores ya no necesitaban para pisar el trono, ni aun hipócritamente, invocar la autoridad del pueblo y del Senado. Por vez primera, la cadena, que ligaba el imperio con los tiempos antiguos, cayó hecha trizas á los golpes de las espadas de los pretorianos. El mundo sintió una congoja tan grande como si la vida se le acabara. El mundo conoció que la civilizacion elaboraba lentamente una nueva idea; que le deparaba la Providencia un cambio de rumbo zozobroso en su inmortal destino. Al fin los emperadores que acababan

de dominar el imperio, tenian una sombra de autoridad. La imágen del Capitolio, y el númen de la ciudad eterna los protegia con religiosa proteccion; el recuerdo de Augusto y de César resplandecia como una corona inmortal sobre sus frentes; el Senado los habia visto nacer, y el pueblo los habia aclamado al pié mismo del trono, como reflejos de su poder, como representantes de sus tribunos, como hijos predilectos de la plebe. Pero ¿quién era aquel nuevo emperador? Era un viejo gastado, un viejo decrépito, un viejo moribundo. ¿Quién le habia levantado al trono? El ejército. Triste estado de una sociedad, en que el ejército se apodera de todo poder, y de toda autoridad, porque creyendo que solamente la fuerza puede resolver todos los problemas, cuando no allanan un obstáculo, ni vencen una dificultad, fian derecho, autoridad, justicia, poder, al filo de la espada que solo se satisface con sangre.

Roma se dolia de la inmoralidad de Neron y pretendia curar este mal con otra inmoralidad mas grave. Neron habia ganado con espectáculos al pueblo, y sus enemigos con oro ganaban el ejército. No podia este camino acabar, sino en profundo y pavoroso abismo. Los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, íntimos y propios de nuestra naturaleza; porque si buscan su alimento en el oro, en el placer, en algo estraño á las ideas de justicia grabadas por Dios en nuestra mente, producen, por necesidad, obras raquíticas y perversas. Así el nuevo imperio, que se levantaba sobre la total ruina de la familia de los Césares, sin tener el brillo ni la autoridad del antiguo imperio, tenia en las entrañas un cáncer mas profundo é incurable, la inmoralidad del ejército. El pretoriano, sin mas idea que su propio medro, sin mal móvil que el oro, levantaba y derribaba emperadores, y entregándose á toda la veleidad de sus tornadizos instintos, quemaba un dia lo que adorara otro, y se alistaba allí donde oia sonar, ó mas dinero, ó mas dulces y regaladas promesas. Y para mas confundir el humano entendimiento con estos grandes misterios de la historia, el hombre destinado á representar tan estraordinaria y nueva fase del imperio, era un viejo, sin fuerza, sin poder, sin movimiento; mas preparado para la tumba que para el trono; un viejo, cuyos piés heridos por la gota no podian emprender una marcha, cuyas manos cansadas no podian manejar una espada, cuyo cuerpo devorado casi por sus males no podia sostenerse en un caballo, y cuyo espíritu, si bien conturbado y por la edad oscurecido, era mas para regir

por la ley una República severa y estóica que para sostener por el propio arbitrio un desorganizado é inmoral imperio.

Narremos, señores, los acontecimientos, seguros de encontrar en cada hecho una idea. La caida de Neron habia producido diversos y encontrados sentimientos en la gente romana. Placia ver rodar en el polvo tan alto poder á los senadores perseguidos y humillados por el César; á los patricios, que veian morir todos los dias sus privilegios y su poder; á los infinitos desterrados que desde lejanas playas convertian en vano sus ojos á Roma humedecidos por amargo llanto; á los soldados estrangeros, ufanos con ver sus lanzas estendidas sobre el Capitolio, y con tener bajo su tutela el mundo, que olvidado del derecho se rendia á la fuerza; pero al mismo tiempo desplacia y descontentaba la caida de Neron al pueblo, que le amaba por su franqueza, por su liberalidad, por sus instintos, y por ver en él un tan grande enemigo de sus eternos enemigos; á los jóvenes elegantes y licenciosos de la ciudad, que habian pasado una vida deliciosísima en los festines y juegos, y pantomimas al lado del emperador; á los soldados de la ciudad mal avenidos con la funesta idea de verse reemplazados en poderío é influencia por los soldados estraños; y en general, todas las gentes poco dadas á novedades, que si bien odiaban á Neron, conocian que Roma, como un moribundo que se mueve en su lecho, perdia ánimos y esperanza de salud á cada esfuerzo que hacia por remediar su dolorosa suerte. Pero á los que convenia tener satisfechos y contentos era á los soldados; indicio seguro de la perdicion de una sociedad el querer satisfacer ántes á la fuerza que á la justicia.

De acallar los clamores de esta gente se encargó el infame Ninfidio Sabino, que adulador un dia de Neron, como todos los aduladores, le abandonaba en la hora de los grandes infortunios. Ninfidio Sabino conoció que para mover el ánimo de aquellas gentes á respetar la obra de las estrangeras legiones, que se habian sublevado contra Neron, no necesitaba hablarles de justicia, ni de derechos, ni de amor al imperio romano; que no habia menester de aquella antigua elocuencia patricia, cuyo ardor encendia en santo entusiasmo los corazones, porque todo se habia perdido y se habia gastado en los últimos tiempos de la República, por el escepticismo que consumia á la sociedad romana; conoció que las palabras sacratísimas de los antiguos tiempos quemarian sus lábios, sin animar la conciencia ni la voluntad de los soldados; y perdida toda idea de dignidad y justicia, les arrojó el cebo del dinero para ganarlos á la devocion del nuevo emperador, de Gal-

ba, prometiendo siete mil quinientas dracmas á cada gefe, y doscientas cincuenta á cada soldado; promesas que realizadas y cumplidas, traian la salud del nuevo emperador, pero la perdicion segura é inevitable del imperio. ¡Triste sociedad, sin conciencia, sin derecho; entregada á todas las tempestades, falta de rumbo, incierta en sus ideas, llena de dolores y sin esperanza de remedio; volviendo siempre los ojos atras y sin ver el camino que tenia adelante; elaborando una idea de derecho, pero sin conciencia de esta elaboracion; para mas angustia; suspensa entre dos épocas como el infeliz que padece un vértigo entre dos abismos; sin poder, ni aún para confiar sus dolores al cielo; entregándose en su desesperacion al arbitrio de legionarios feroces, á las intrigas de cortesanos indignos, á las cábalas de mercaderes infames!

El nuevo emperador Galba habia subido al imperio por el camino de una sublevacion militar: camino sembrado de espinas, donde solo podia encontrar males, ó cuando ménos zozobras. Galba habia soñado con el imperio, porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pereza era parte á matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la agena hacienda, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenia el orgullo de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imágen viva de la República; gobernador de estrañas provincias, no las oprimia, pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia, pero el cielo le habia negado hijos; mas sin vicios que con virtudes, como dice admirablemente Tácito; jurisconsulto entendido ántes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues á un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y á un tutor que habia matado á su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el imperio á sus libertos y favoritos; incapaz de hacer daño, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina, pero sin fuerza para cumplir sus intentos; nacido para otra República ménos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas, hubiera sido por universal consentimiento juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa ni su severidad bastante á curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al imperio.

Galba debia levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado á Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia, y hasta de la insolencia de Neron; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veia con entusiasmo cómo Neron dispendiaba sus caudales, cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira; recordaba lastimosamente que Neron era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los séres degradados y envilecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado á todo esto, no podia ver con buenos ojos á un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo, ni dispuesto á juegos y fiestas y teatros; menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro, que daba con desprecio unos cuantos sextercios á un flautista, que revocaba donaciones de Neron, que comia lentejas, que se servia con platos de barro, que mataba á los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo á los soldados, que habia venido á oscurecer ¿qué digo oscurecer? á matar la báquica alegría de Roma.

La entrada en Roma de este hombre habia sido ya funesta. Alguna gente principal habia pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos mas que por la desgracia de los finados, por el desprecio que causaban en el emperador hácia las antiguas prácticas de los tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Neron, que le acompañaban en sus festejos, en sus espediciones por el mar Tirreno, en sus viajes á Grecia, salieron al encuentro de Galba á pedirle el cumplimiento de promesas neronianas, y fueron impiamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre, y por lo mismo cubierto de maldiciones, en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos mas íntimos de Neron, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para mas altos destinos en el cieno, fueron decapitados; pero se salvó, con gran disgusto de Roma, el mas criminal y el mas aborrecido, Tigelino. La vajilla propia de Galba era de barro, mas así que pudo gastar vagilla agena, la gastó de oro, lo cual daba márgen á que el pueblo le cantase sátiras en el teatro, ridiculizando esta mezcla infor-

me de esplendidez y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba; que á fuer de buen patricio no queria estender mucho el recinto de la ciudad, mas le dió de grado á los Galos, no sabemos si por lucro ó por agradecimiento. Llevado de una severidad, que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en alhajas, en prendas de toda clase habia hecho Neron en su afan de prodigar y malversar los caudales públicos; medida, que llevó la confusion al seno de los pueblos, pues la gente, que las habia recibido, gente de poco dinero, las habia enagenado, y los compradores reclamaban con justo título la pertenencia de las alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdia á Galba eran sus favoritos, gente de mal vivir y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querian esplotar á Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista; hombre que habia llevado sus livianadades hasta profanar la esposa de su capitan en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festin del emperador Claudio. Un ladron, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendia todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse; era un peligro permanente para Galba. El escándalo fué tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se salvó de la muerte, por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de este, se levantaba Lacon, prefecto del Pretorio, envidioso, orgullosísimo, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso, y de una arrogancia tal, que humillaba á la gente mas ilustre, y de un amor propio tan desmedido, que creia despreciable y baladí toda idea, que no fuese de su mente, y toda obra, que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres, se encontraba tambien Icelo, para quien la privanza del emperador era como una gran mercancía, y el palacio de los Césares como un gran mercado. Y lo mismo acontecia á todos los esclavos, á todos los libertos, á todos los amigos, á todos los domésticos de Galba que vendian por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales, y hasta la verdad y la justicia.

Y esto era mas de estrañar, tratándose de un emperador como Galba que se distinguia por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenia en realidad el

oro que le habian dicho é hizo añadir á los que se la habian regalado dos onzas que faltaban; que licenció la cohorte germánica, fidelísima, por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veia bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres á los mas fieles y antiguos servidores de su casa; que no queria pagar á las tropas de Roma la sublevacion, porque decia que él habia conquistado, pero no habia comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores, y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran mas dilapidadores que Neron; pero dilapidadores con ménos fausto y ménos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido que Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados, que habian gozado grandes preeminencias bajo Neron, que habian elevado en sus hombros al trono á Claudio, que participaban del general contento y de los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro habian levantado del polvo la púrpura imperial, y la habian puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados á levantarse en armas contra un emperador avaro é ingrato, que solo se curaba de su propio medro, y que habia dejado el timon del mundo en manos de infames esclavos, y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenia alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, tascaban difícilmente el freno: que no hay cosa mas dolorosa que ver convertidas en falsías y engaños, esperanzas acariciadas por la imaginacion como prontas á convertirse en realidad. Así es que en una ocasion, como al ofrecer en los juegos un sacrificio á los dioses, dijese el sacerdote la fórmula de "orad por que los dioses concedan salud al Emperador," los soldados murmuraron en voz baja, "si es de los favores de los dioses digno," palabras que eran un desacato á su autoridad, una amenaza á su poder. Y estos desacatos eran cometidos tambien por el pueblo, que en el circo consagraba el emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas, en que se burlaba de aquella su desmedida avaricia. El emperador así abandonado de todos, estaba en realidad, herido de muerte.

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureismo una idea estóica en el Imperio. A este fin puso

sus ojos en un jóven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este jóven, que se llamaba Pison, habia pasado los dias mas hermosos de la juventud en el destierro, y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria, que cubria sus sienes, y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, á cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos mas hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imágen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche, en que habia huido para siempre la libertad romana. Así lo trasmite á la posteridad, grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imágen fiel y real de la idea estóica, en que gran parte de la aristocracia se habia refugiado despues de las amarguras que le trajera la caida de la República. En todas las palabras que se atribuyen de comun acuerdo á Galba, se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así, encomienda á Pison este legado, y al verlo jóven y fuerte, se conmueven con una grata esperanza sus entrañas. Pison muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus lábios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigia á Pison eran el resúmen de de toda la filosofía estóica. El gran principio de "no hagas á otro lo que no quieras para tí," fué grabado en la conciencia del jóven, Galba muestra deseo de volver á comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre, ni enteramente siervo. La adopcion se verifica ante los soldados; y ante los soldados y ante el Senado, Pison se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el Senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiracion contra la eterna lógica de la historia. En un dia querian destruir dos hombres medio siglo de acontecimientos, y de grandes revelaciones del espíritu. La Naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó á Pison en el campamento, estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuracion del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pison sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se estinguia al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existia la lucha entre dos ideas, entre la idea

estóica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podian estar por largo espacio de tiempo dormidos, y habian de disputar el paso á sus contrarios. La idea epicúrea, que llegara á su apogeo en Neron, personificóse en Othon, que habia ausiliado á Galba con esperanza de sucederle. Cuando vió la adopcion hecha por el César, ardió Othon en ira. Era este Othon un jóven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido á Neron en ideas y en instintos; compañero de los vicios de este; dado á ir por las noches de casa en casa y de calle en calle, inquietando á los pacíficos habitantes; sorprendiendo á las mas hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos, y festines; cargado de deudas, pues á sus ojos Neron era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Neron porque se habian vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al dia siguiente, la derramó Othon delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las mas prostitutas mancebas; supersticioso como convenia á un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter, y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de cuerpo; adulador de la plebe; codicioso del Imperio, no solo por el natural deseo de mandar, sino tambien por libertarse de la infamia, con el pago de sus deudas; imágen fiel del emperador que habia perdido Roma, de Neron, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya, y la humillacion de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma solo habian menester para encenderse un soplo. Los soldados habian perdido la esperanza de cobrar el donativo, pues ni en el dia de la adopcion, dia sagrado, les habia hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aún de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César, y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El Senado, perdida su grandeza, no podia avenirse á su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creia encontrar un nuevo remedio. Las legiones estranjeras, roto ya todo freno, habian en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del gloton Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas ofreciéndolas al primero, que quisiera empuñarlas y esgrimirlas. Galba estaba, pues, como tendido sobre un volcan, que

iba á estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ardiente cráter. Y esta mano audaz era la mano de Othon, sí, de Othon, que no tenia mas ansia que el Imperio, pues sin honra para merecerlo, aún le quedaba aptitud para alcanzarla. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulacion en el pueblo, y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festin de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonaba medio para combatir á Galba, y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero, para preparar la conjuracion, lo allegó pidiéndole prestado á un esclavo del emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo á Galba y del amor del ejército al oro. La conjuracion estaba tan preparada, que una noche al salir de un festin, se hubiera dado el grito á no impedirlo el temor de que se malograse por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un dia de mediados de Enero estaba Galba sacrificando á los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardia en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguia con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y á un lado se veia anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando ora el ara, ora á la puerta, á Othon, que oia de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuracion escuchada con frialdad por Galba, y con espanto por su gente. Despues de esto, á una señal convenida, abandona Othon el templo y el sacrificio, y se dirige al Foro. Una litera le conducia, pero sus esclavos no le podian llevar segun su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse á correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró su carrera. Por fin llegó enmedio del Foro, al pié de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othon volviese los ojos encontraba ejemplos de fidelidad y heroismo, que mudamente condenaban su accion, pues allí se reunian para proteger al Imperio el rey de los sacrificios, que elevaba una incesante plegaria á los dioses para la salud de la Ciudad Eterna que Othon iba á perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othon queria dilapidar; el templo de César, del

fundador de aquel Imperio, que Othon queria profanar; el templo de Castor y Polux, consagrado á la libertad patricia, cuyo renacimiento Othon queria impedir; el tribunal del Pretor, donde se prestaba el juramento que Othon iba á romper; el lago Curcio; la estátua de Clelio y de Marco Trémulo; las imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaron todos los grandes oradores; la estátua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroismo, de grandeza de aquella Roma que Othon iba á prostituir; la imágen de los dioses patrios, del Olimpo romano, la figura de la loba que amamantó á Rómulo, todos los génios que formaban el poema de aquellos dogmas que Othon iba á herir; el monte Capitolino, levantando en su cima los edificios que guardaban el alma de aquel derecho que Othon iba á pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecian animarse enmedio de aquella tempestad para confundir á su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debia atemorizar á Othon; pero su ánimo resuelto no se dió á la duda, ni al desaliento. De un lado á otro corrian unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevacion que debia dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de ménos aliento que Othon, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto; pero la desesperacion tomaba en él la forma del heroismo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así, cuando aquellos veinte soldados, que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othon creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados, que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remision en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas, hambrientos de venganza, aguardaban solo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Neron, al epicúreo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les habia dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo pendiente de su tornadiza voluntad. Y á pesar que en el camino se habian reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar á Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares

venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban á la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitacion, siguieron á los conjurados, y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba, y poner en el sólio á su competidor Othon. Este, con la mano saludaba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundiase en el polvo, doblaba la frente, se rendia, se humillaba, se arrastraba á sus plantas, imprecaba á Galba, traia á la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba á todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

Miéntras Othon subia al trono, Galba importunaba con sus plegarias á los dioses. El estóico emperador no era muy religioso, pues á pesar de las señales contrarias del cielo, habia adoptado á Pison, y en aquel momento supremo en que se acababa su vida y su imperio, renacia como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien habia acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuracion. Galba al pronto, no queria creerlo; dudaba, temia y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacian traicion en aquel instante supremo, y Tito Vinio volvia los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, mas para ver aquella tragedia, que para ausiliar con sus fuerzas ó con sus deseos á Galba. Unos creian que debia echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí autilio del pueblo, herido en su emperador; pero otros creian que debia abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasion á las plantas del amo del mundo. Galba no sabia qué hacer. La guardia germana le era hostil, por haberla despreciado; la guardia marina mas hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocase el corazon á su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Miéntras estos hechos corren y suceden, se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen á su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusion se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearia el abandono, compañero del vencimiento; la soledad única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que habia matado al enemigo del Imperio, á Othon. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar á Galba de su palacio para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose á la insurrecta milicia. El pueblo habia inundado las calles, y llevado de su curiosidad, ocupaba los atrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabia que para él solo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro, cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideracion ninguna á la majestad del Imperio, sin respeto á la vejez del emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si tratasen de vencer algun príncipe estranjero, que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido á los dioses patrios; en medio del Foro, allí donde se levantaban tantos altares, y tantos tribunales, allí donde el númen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos, allí donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo, cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo, en aquella tierra en que dormian tantas generaciones, en que habia brotado la idea del derecho; allí aguardan á su emperador, como para mas ennegrecer su crímen, y le asaltan, y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no habia abierto la mano, para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendia como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus mas grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco, su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le habian aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hálito de la servidumbre.

Mas la muerte por Othon deseada, era la muerte de su verdadero competidor, del hijo adoptivo de Galba; del aristócrata estóico y severo, de Pison. Este, vista la desgracia de su causa y de su gente, huyó á todo huir, y halló asilo en el templo de Vesta, merced á la misericordia de un esclavo. En aquel dia, y en aquel terrible trance, un esclavo no tenido por hombre en el juicio de la sociedad antigua, era el único sér que revelaba sentimientos de humanidad. Así se venga la naturaleza humana de las grandes injusticias sociales, que la desconocen ó la niegan. La obra del esclavo, si meritoria, fué inútil. En el mundo romano, es decir, en la tierra entera, no habia para el vencido un asilo. Al templo llegaron los othonianos, y en el templo fué Pison sacrificado. Cuando Othon vió la cabeza de su enemigo, respiró creyendo sancionada su victoria. Así murió aquella personificacion del estoicismo antiguo, así se disipó aquella insensata idea de restaurar una aristocracia, que habia muerto. Esto nos enseña que las reacciones son imposibles, y que no basta para cohonestarlas una gran idea, ni para conseguirlas un gran esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres pueden nada contra las leyes reales é inquebrantables de la historia.

Othon, fresca la sangre de sus enemigos, cubierto de cadáveres el Foro, entre los últimos gemidos de sus víctimas, subió delicadamente compuesto y ataviado, á posesionarse de la sombra de autoridad, que andaba errante y confusa, á manera de alma sin cuerpo, sobre el Senado, y allí despues de invocar la antigua Roma, como si su alma se hubiera cerrado al remordimiento, y de recibir los loores y los plácemes de aquellos senadores indignos y serviles, declaróse dueño del mundo; y en aquel mismo punto se dirigió á su palacio, seguido de una muchedumbre inmensa, que le saludaba instintivamente por ver reproducida en él, como por predestinacion celeste, la imágen de Neron, y con esta querida imágen la esperanza de un imperio próspero para la plebe, y para la aristocracia trabajoso y adverso. Despues de este dia, el recuerdo de Neron fué una apoteósis, su nombre era repetido de boca en boca, sus estatuas levantadas en calles y plazas, sus hechos referidos por todos los plebeyos, su tumba ornada con mayores ofrendas; llegando á tal estremo el fanatismo, que Othon era llamado Neron por la plebe, y él mismo se gozaba en darse tal título; lo cual prueba que aquella sociedad no habia llegado á la paz, ni aun

en la esclavitud, y que la lucha de patricios y plebeyos iniciadas en los primeros tiempos de Roma, reflejada en los reyes, proseguida en la república, dilatada en las guerras civiles, se encarnaba con mas fuerza en el Imperio, heredero de la idea de los Gracos, los Saturninos, los Drusos y los Catilinas, que tantas revoluciones habian arrojado sobre la aristocracia, para obligarla á recibir el derecho, despues convertido en sangrienta dictadura, y en revolucion permanente por los varios sucesores de César, y en especial por aquellos que, como Neron, eran mas caros á la martirizada plebe.

Ya creo haber hablado del caráter de Othon; pero debemos insistir porque los hechos de estos hombres pintan un siglo y una idea filosófica. Othon era imágen viva del epicureismo. En la niñez se mostró indócil, en la pubertad liviano, en la edad madura ambiciosísimo, siempre desordenado. Su vida pasaba entre liviandades, pues cuando ménos mal hacia, se daba á toda suerte de lijerezas, manteando junmente con Neron á los pacíficos ciudadanos que encontraba por la noches en las calles y encrucijadas. Una vieja esclava, que habia por sus ahorros alcanzado libertad, le dió dinero y la amistad de Neron, en cambio de su amor, si es que puede llamarse amor á ciertos tratos vergonzosos é infames. Suetonio nos pinta la amistad de Othon y de Neron de una manera que no es para dicha, porque el pudor no lo consiente. Neron encontró, cuando la muerte de su madre, en su amigo un cómplice dispuesto al asesinato; y cuando los amores de Popea, en su amigo un encubridor, dispuesto á la tercería. Pero como Othon se enamorase de Popea confiada á su custodia, se atrajo la ira del César. Despues fué desterrado, si bien al gobierno de una provincia. Allí se captó la benevolencia de los soldados con sus donativos, y venido á Roma con Galba, el amor del pueblo por sus dispendios y su lujo. Cuando subió al Imperio, subió el epicureismo con él, y al mismo tiempo las esperanzas del pueblo y del ejército. El pueblo y el ejército, como todas las muchedumbres que no saben distinguir la idea del hecho, que caminan á su fin con perseverancia, que no conocen los matices en su conciencia ni la incertidumbre en su conducta, que no saben amar ni aborrecer á medias, que se inclinan siempre á todo lo estremo, y por eso tienen tanta idoneidad para el heroismo, que caen pronto en los mas grandes crímenes y con igual facilidad se levantan á las mas altas virtudes, habiendo personificado sus ideas, sus aspiraciones, su vida en Othon, querian celarle, guardarle de todas las asechanzas, apartar su corazon del Senado y de

la aristocracia; y como una noche Othon hubiese convidado á sus festines á la gente mas principal de Roma, y al mismo tiempo oyeran ruido de armas; pueblo y ejército temen por la salud de su ídolo, se levantan, corren á palacio, se reunen á sus puertas, piden á grandes gritos la vida de los patricios por traidores al César, y penetran desaforados en el mismo Triclinio donde se hallaba Othon, que pudo salvar á sus convidados con grave peligro, y que en aquel instante debió convencerse de que no era posible paz entre el Senado y el pueblo, ni entre la aristocracia y el Imperio.

Pero las legiones estranjeras no podian sufrir que las legiones de la ciudad tuvieran un César. El pretorianismo con toda su barbarie debia subir al trono del mundo. Las legiones de Vitelio que estaban en el Norte compuestas de germanos, de bárbaros y romanos confundidos, lanzan un grito de guerra, y como poseidos de furor, coronan la cima de los Alpes, lanzando gritos horribles, agitando teas en sus manos. Othon se dirige á su encuentro, porque teme que aquel fuego derrita la corona á tanta costa ganada, y queme su frente. Los ejércitos othonianos se dirigen á buscar al enemigo, mas parecen gente estraña segun caminan, pues donde ponen la planta lo asolan todo y lo aniquilan. Los generales de Vitelio caen sobre Placencia y se retiran. Esto alienta á los othonianos, y por fin los dos ejércitos luchan en las orillas del Pó. Othon aguarda su sentencia en un pueblo vecino, su sentencia es de muerte; la fortuna le vuelve las espaldas.

El epicureismo es tan fácil como el estoicismo para la muerte. Parece imposible que una escuela tan prostituida y mundana infundiera ese gran valor, despreciando la muerte. Su creencia de la nada de la vida obligaba á los epicúreos á mirar como cosa liviana el último trance. Una escuela, que sujeta al hombre á las sensaciones, que le hace esclavo de la materia, átomo perdido en la creacion, pavesa perdida de los astros, sombra que pasa fria y solitaria entre las eternas tinieblas; al ver una vida que se evapora en lo vacío, y se pierde para siempre, debia mirarla como el viajero mira la ráfaga de polvo, que si un instante azota su rostro y ciega sus ojos, se pierde y se disipa en los varios giros del viento. Así habia llegado la escuela epicúrea á sentir hasta voluptuosidad en la muerte, como el que apura en un festin el último sorbo del hirviente aromático vino, como el que aspira la última esencia de una hermosa flor. Othon, fiel imágen y fiel representante de esa escuela, dispuesto á la muerte como á un sueño

feliz, viendo en el sepulcro el único refugio del desgraciado, el postrer asilo del vencido; así que conoce que no le resta salvacion ni esperanza, que las huestes vitelianas le buscan y amenazan; aunque ve fidelidad incomprensible á sus soldados, que le ofrecen la vida, amor en sus esclavos, que lloran en sus plantas para decidirle á la lucha y á la victoria; aunque sabe que ejércitos amigos corren prontos á su auxilio, y regiones lejanas le prestan acatamiento, y el Senado le ofrece su autoridad y su soberanía; por no prolongar un instante mas el combate de la vida, cuando la muerte le ofrece en el no sér un descanso eterno, y un sueño nunca por el afan interrumpido; rompe todos los lazos, reparte sus tesoros entre sus amigos, afila sus puñales, los oculta debajo de la almohada, duerme tranquilamente como si ningun pensamiento le atenaceara el corazon, despierta al despuntar la aurora, mira con tranquilidad su puñal, lo hunde en su garganta; y lanzando un débil suspiro, muere, no como hombre afeminadísimo blando en sus costumbres, ligero en sus acciones, perfumado, vestido siempre de femenil estola; muere la muerte serena y fria de los antiguos héroes.

En la conciencia de la sociedad estaba el epicureismo, en su gobierno los pretorianos. El epicureismo en que se sumia Roma, debia llegar á sus últimas consecuencias. En la historia los hechos llevan en sí mismos sus conclusiones como en la ciencia llevan en sí las ideas su ley lógica. A un epicureismo refinado, artístico, debia seguir un epicureismo brutal y feroz; al gobierno de los civilizados pretorianos de Roma, el gobierno de los bárbaros soldados de las provincias; á Othon, Vitelio. Era este Vitelio hijo de un hombre apreciado en el palacio de los Césares por su liviandad y por su vileza; vencedor de Artabano no por valor, sino por insidias; cónsul dos veces, censor, encargado del gobierno del mundo en ausencia de Claudio; desinteresado, activo, pero prostituido á sus pasiones; siervo de una esclava, que le hacia hasta tragar su saliva; y tan dado al bajo vicio de la adulacion y de la lisonja que fué el primero en levantar altares y sacrificios al emperador Claudio, á cuyos piés se arrastraba con el rostro encubierto á usanza asiática; el cortesano mas adulador de Mesalina, hasta el punto de llevar colgada siempre entre la toga y la túnica una sandalia suya, como si fuera algun amuleto ó alguna reliquia; el mas devoto á los libertos del emperador, pues tenia los bustos de oro de Narciso y Palas entre sus dioses domésticos; el que en aquella general prostitucion del mundo encontró una frase, para pintar en dónde raya el

límite de la lisonja, frase que ha conservado la historia, pues presidiendo Claudio los juegos seculares en el marmóreo atrio del templo de Apolo Capitolino, rodeado de aquellas estátuas, que eran la maravilla de Roma, sacrificando los blancos toros en el altar de bronce al compas de los cánticos, que acompañados por los acordes misteriosos de las liras entonaban las voces de los mancebos y de las vírgenes romanas, miéntras el pueblo en larga procesion dejaba al pié del ara las ofrendas con religioso respeto; presidiendo Claudio, decia, estos juegos que se celebraban una vez cada siglo, y que por lo mismo ningun nacido habia visto, y ninguno los volveria á ver, este adulador le saludó diciendo: "que lo celebreis muchas veces" frase que muestra hasta qué punto se embriaga y dementa el que se arrastra al pié de los tiranos.

Esta familia de Vitelio era pues, la personificacion del desenfreno de la escuela epicúrea. El sensualismo llegó á su último estremo, rayó en lo imposible. La naturaleza humana es tan rica en el mal como en el bien; y así como llega por el amor y el martirio á trasformarse en divina, llega por el odio y el crímen hasta confundirse con las fieras. Vitelio habia sido criado en la isla Capreá al lado de Tiberio, respirando los vapores de sangre y de vino allí mezclados en horribles orgías; y habia crecido en los juegos del circo de Calígula, en los palacios de Claudio, en las fiestas de Neron, embebido en sus máximas, viciado por sus ejemplos, cómplice de sus crímenes. Desde niño se habia mostrado ganoso de dinero, mas no para guardarlo, sino para satisfacer su glotonería. Ejerciendo en Roma un alto destino, apoderóse de las alhajas de los templos, sustituyendo el oro por cobre, la plata por estaño. Su corazon no setian ninguna pasion, ningun afecto humano; pues martirizó á su mujer, y mató á su hijo, y aun á su madre, á una madre que le amaba, que vendia las alhajas de la familia para pagar sus deudas y libertarle de la infamia. La disipacion era su único deseo, la glotonería su único hábito. Recibió de Galba el gobierno de la baja Germania, y se alegró mucho, porque así tenia con las rentas de una provincia para comer bastante. Habia llegado á tal punto en deudas que, á la hora de partirse á gobernar una gran nacion, á regir ejércitos, á disciplinar heróicas razas, dejó á su familia en un zaquizamí desaseado y oscuro, por no poder pagar una casa. Ganábase el corazon de los soldados, abrazándoles, besándolos, comiendo con ellos en las cantinas, jurando, bebiendo, y hasta eructando fuertemente para provocar la risa. Esta franqueza

bárbara le ganó los corazones de sus gentes, que pensaron en tener tambien un César como los ejércitos de España habian tenido su Galba y los de Roma su Othon. Al fin, el César de las legiones hispanas, si era un viejo, era un viejo severo, y el César de los pretorianos, si era un pródigo, era un pródigo inteligente; pero el César de los germanos era un bárbaro sin entrañas, sin ideas, sin ninguna cualidad que no fuese perversa y odiosa.

Una mañana sus bárbaros soldados, pagados de aquella su grandeza, fueron á su tienda, le sacaron del lecho, y tal como estaba, sin dejarle tiempo ni aun para vestirse, le proclamaron emperador. El vicio romano, que hasta entónces se habia mostrado entre púrpura y flores, y juegos, se muestra desde Vitelio en toda su deforme y asquerosa desnudez, llegando á sus últimas naturales consecuencias. Desde este punto creció la ambicion de Vitelio, porque pensó que las rentas del imperio podian ser parte á darle mejor y mas abundante mesa. Dirigióse á Roma en larga procesion, en carro de triunfo, vestido lujosamente, atravesando las montañas en hombros de sus soldados, los rios en barcas de flores ocupadas por altares, entre nubes de aromas. El instinto clásico, que era el amor del arte y de la hermosura, no se desmentia, ni aun en este bárbaro. Así llegó al campo de Betriaco, donde habia sido la rota de Othon. El campo estaba desolado, sus arroyos aun tintos en sangre, sus árboles quemados, su suelo lleno de cadáveres, su atmósfera cargada de miasmas, y Vitelio al verse allí, abria su boca y sus narices para recoger el olor de la putrefaccion y esclamaba: ¡qué bien hueleu los cadáveres de los enemigos! Recogió el puñal con que Othon se habia atravesado la garganta, y le envió al templo de Marte, y á media noche, á la luz de las antorchas, rodeado de bosques y selvas, entre los aullidos de las fieras y los gritos de las aves nocturnas, hizo un sacrificio á los dioses infernales, teniendo por templo la inmensidad de la naturaleza, y por altar las nieves eternas, que se levantan en la cima del Apenino. Entró en Roma, por fin, vestido lujosamente, montado en un caballo, seguido de sus cohortes, que formaban un numeroso ejército, y Roma se asustó al ver en su recinto tantas y tan estrañas gentes. Festejó su ascension al imperio con grandes comidas, y en una de ellas reunió diez mil pescados, diez y siete mil pájaros, y ofreció un plato llamado escudo de Minerva, compuesto de hígados de asedias, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de cisnes y otras aves acuáticas, lechadas de lamprea. Una flota inmensa recorria el mar desde Anda-

lucía hasta la region de los Phartos, para reunir manjares y llevarlos al emperador. Y no se crea que era delicado su gusto, no, comia por comer; en el templo devoraba las viandas ofrecidas á los dioses, y en las tabernas y en las cantinas la comida pasada, fria y podrida que no querian ni aun los perros, y en su impaciencia tomaba muchas veces los alimentos abrasando, hirviendo, cual si tuviera un paladar de hierro. Este hombre era fiel á la política tradicional del imperio, iniciada con gloria por César, continuada con astucia por Augusto, agrandada con crueldad por Tiberio, exaltada por la demencia de Calígula y de Neron, rota un instante por Galba y proseguida por el último César; la política de rebajar la nobleza, de perseguirla, de anonadarla y exaltar sobre sus escombros á la plebe. Los nobles sufrieron mucho bajo la pesada mano de Vitelio. No contento con mandarlos matar, los veia morir, y no contento con verlos morir, les daba muerte por su propia mano. Las propiedades, las riquezas del mundo, las rentas del imperio, las disipaba como humo en su cocina.

Voy, señores, á permitirme una pequeña reflexion. En la sociedad, el bien debe buscarse por el camino del bien, la justicia por la justicia. Los que creen que la grandeza de una causa justifica los crímenes que en pró de esa causa se cometen, ¡ay! se engañan. El nombre del justo queda siempre como en un santuario en la memoria humana, y el nombre del criminal pasa á los siglos rodeado de tinieblas y de maldiciones. La causa mas santa y mas grande se oscurece, cuando la ausilia el crímen. Es preferible el martirio á faltar á la Justicia; es despreciable la victoria que se alcanza injustamente. Y si lo dudais, ahí teneis un ejemplo. La causa de los emperadores, por mas estraño que parezca, es la causa justa y santa del pueblo romano, es aún mas, es la causa de la humanidad. Su idea, sí, la idea de los Césares, al través del imperio, se identifica con la idea de los Gracos, de Saturnino, de Druso, de todos los grandes tribunos. ¿Y por qué los nombres de estos tribunos han pasado á la posteridad gloriosos, incólumes inmaculados? Porque caminaron á su fin con los ojos puestos en a justicia, y si cayeron, sobre sus cabezas yertas se refleja la eterna luz de la vida. ¿Y los emperadores? Los emperadores quisieron alcanzar el mismo fin, pero por el despotismo, por el crímen, por la injusticia. ¿Y qué ha sucedido? Nadie se acuerda de que Tiberio estableció el crédito territorial sin interés para salvar al pobre, y todos se acuerdan de que se bañaba en sangre; nadie se acuerda de que Neron dió la justicia gratuita, y todos se acuerdan que asesinó á su madre; nadie se acuerda de que Domiciano igualó á los caballeros con los plebeyos, y todos se acuerdan de sus crueldades; nadie se acuerda de que Claudio hizo inviolable la vida del esclavo y todos se acuerdan de que mató diez y siete mil hombres en un espectáculo; nadie se acuerda de que Cómmodo salvó á la esclava antigua de la prostitucion devolviéndole su dignidad de mujer, y todos se acuerdan de sus prostituciones; nadie se acuerda de que Caracalla abrió de par en par las puertas de Roma á todos los hombres, y todos se acuerdan de que cerró su corazon á la justicia; y esto prueba, señores, que al bien solo se va por el bien, y que la justicia no se alcanza sino por la justicia misma, que la mancha del crímen oculta y ennegrece las mas altas ideas, y que la verdad y la virtud no descienden á nuestra conciencia sino mezclados entre torrentes de la luz del cielo.

Volvamos de nuevo á nuestro tema, á Vitelio. Decia, señores, que el mundo no podia sufrir tanta servidumbre. Las legiones de Oriente, querian tener un emperador como lo habian tenido las legiones de España y la guardia pretoriana de Roma. Este emperador se llamaba Vespasiano. Las legiones de Egipto, de la Mesia, Pannonia, pusieron á los piés de Vespasiano sus espadas. Por todas partes se levantaba gente en armas que iba á caer sobre el emperador para aniquilarlo. Dentro de la misma Roma, Vespasiano tenia parciales dispuestos á dar la vida por su causa. En este trance, finge Vitelio renunciar al supremo dominio del mundo. Una mañana, vestido de luto, con los ojos llorosos, desarreglado el cabello, tomada de dolor la voz, sube á la tribuna á despedirse de sus fieles compañeros, del pueblo y del ejército. Mas la plebe y el ejército, que veian en Vitelio un continuador de su política, un tribuno, un enemigo del Senado y de la nobleza, le ofrecen sus ausilios, sus armas, sus votos, sus vidas. Entónces el emperador les señala el Capitolio donde estaban los parciales y amigos de su competidor. Las huestes y las muchedumbres se dirigen confusa y atropelladamente al Capitolio. ¡Qué profanacion! El Capitolio fortaleza de la ciudad, depósito de todas sus glorias, testigo de todos sus combates, centro de la tierra: trono de toda autoridad, de todo poder, sombra augusta de la magestad del pueblo, nombre que invocaban las legiones en medio del combate y saludaban despues de la victoria, arca sagrada de todos los recuerdos de Roma, altar donde ardia el génio de la Ciudad Eterna; el Capitolio es asaltado por los vitelianos, es herido, es profanado, y el templo de Júpiter Capitolino; la estátua de la divinidad tutelar de Ro-

ma, con su corona de rayos, su cetro de oro, su manto de p úrpura, y las cien estátuas de bronce dorado, y los chapiteles de acero, y las columnas marmóreas traidas por Sila, y los trofeos, los rostros de las naves de Cartago, la espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Ligures, las flechas de los Alpinos, los dones de Yugurta, Aristóbulo y Mitridates, los jarros de oro, todos los tesoros del Capitolio son rotos ó manchados de sangre, ó consumidos por el fuego, como si Vitelio, no contento con profanar á Roma, quisiera profanar tambien toda la historia romana.

Al ver ardiendo el Capitolio, el pueblo se espanta, porque el Capitolio era el hogar sagrado de la ciudad; al ver rota la estátua de Júpiter Capitoliano, la aristocracia se acongoja, porque Júpiter Capitolino habia sido su númen, su amparo, y en la conjuracion de Catilina, su refugio. Entónces Vitelio, dejándose llevar de la impresion de sus sensaciones, como buen epicúreo, se detuvo en la pendiente, anheló la paz, mandó las vestales al campo enemigo para pedir una reconciliacion, y depuso su espada en el templo de la Concordia. Los enemigos de Vitelio se acercan á mas andar á Roma y llegan á sus puertas. En este instante se traba dentro de la misma sagrada ciudad un combate sangriento y horrible. El pueblo asiste como al circo y al teatro, aulla para escitar á uno y otro bando á la matanza; se arroja sobre los cadáveres á recoger sus despojos, ve con indiferencia como los soldados forman la torturga militar, y esconden y reaparecen y se condensan en pelotones y se desbandan y abren fosos y arremeten á las murallas y rompen las puertas y violan y destrozan los altares, los dioses, y arrojan mechas encendidas, y forman reductos; espectáculo horrible, pues miéntras unos mueren ahogados en sangre, otros á la luz de los incendios, sobre las ruinas, al eco de los quejidos de los moribundos que pueblan los aires, se entregan á los placeres y á los festines, á las orgías en terrible contraste.

Vitelio en esta gran confusion se dirige al monte Aventino, á la casa de su mujer. Arrepiéntese pronto segun su natural veleidoso, y retrocede á su palacio. Entra, y lo halla en la soledad, en completo abandono. En vano recorre sus patios, sus pórticos, sus salones; en vano abre una tras otra sus puertas con miedo y con recelo; en vano interroga á los altares abandonados de sus dioses domésticos; aquella soledad le da frio como la soledad de un sepulcro. Mas súbitamente oye un ruido estraño como de gente en armas, y corre á esconderse en un lugar inmundo con sus compañeros inseparables, con sus confidentes, con su carnicero y su cocinero. Los soldados de Vespasiano le encuentran, y le preguntan por Vitelio. Al pronto les miente, y les engaña; pero viendo que le conocen les revela su nombre. Como se apercibiesen furiosos á herirle y golpearle, cae de rodillas, pidiéndoles la vida cobardemente. Los soldados no le oyen, y le arrastran á la calle. Entónces comienza para Vitelio un verdadero tormento. Medio desnudo, herido, golpeado, lleno de polvo, de barro, con una soga al cuello, escupido, insultado, le arrastran por la via sacra, le presentan á la vergüenza pública, le atormentan con toda clase de tormentos; y unos le escarnecen, otros le pasan por los lábios el cieno de las calles; aquellos le tiran del pelo, estos le hacen levantar la barba á lanzazos; y la multitud á grandes gritos le llama gloton, borracho, infame, y rie de su cara colorada y granujienta, de su inmenso vientre, de su cojera, de su sangre; hasta que por fin, á golpes, á lanzazos, á insultos le acaban como los perros, á la vencida fiera, le hacen pedazos, y arrastran con garfios los restos que se salvan de tanta crueldad á las inmundicias del Tiber. Un rasgo se cuenta de él, que pinta al pueblo rey, un rasgo sublime, de esos, que tan frecuentes son en los hombres de la antigüedad. Como entre un grupo se distinguiera un hombre que le llamaba ladron, borracho, infame, dijo Vitelio dirigiéndose á todo el grupo con sardónica sonrisa: "Y sin embargo de todo esto, he sido vuestro amo."

Despues de la muerte de Vitelio parecia que el mundo iba á gozar algun instante de paz bajo el dominio de Vespasiano. Este príncipe, salido de las últimas esferas sociales, plebeyo por nacimiento, iba á cumplir una idea generosa y grande, iba á democratizar mas y mas á Roma. El imperio tenia dos ideas, una negativa, otra afirmativa. La idea negativa del imperio consistia en destrozar á las clases superiores de la sociedad, en aniquilarlas, alejando cada vez mas la esperanza de la reaparicion de la República. Esta idea negativa la habian cumplido, la habian realizado aquellos emperadores, que como Tiberio, Calígula y Neron, habian pasado la vida destruyendo, matando á la nobleza. Pero al mismo tiempo, el imperio tenia una idea afirmativa, estender los privilegios de las clases aristócratas á todos los ciudadanos, abrir las puertas del Pœmerium á todos los hombres. Así Vespasiano destruia la separacion entre el imperio y el pueblo por medio de una familiaridad contínua con las clases pobres; levantaba al Senado á los nacidos en baja cuna; llamaba á los privilegios de la ciudad á los hijos de las mas apartadas regiones de la Italia, llevando

poco á poco el calor de la vida á todo el Imperio. Era Vespasiano el primer emperador plebeyo que pisó el trono del mundo, y recordando siempre su orígen, se ganaba el corazon del pueblo.

Habia en Vespasiano un carácter especialísimo, que merece toda nuestra atencion. Su vida se habia empapado en el espíritu mágico del Oriente. El gnosticismo, que estaba en gran florecimiento, le habia imbuido ideas religiosas, bien agenas al espíritu positivo y práctico de los romanos. Por todo el Oriente estaba propagada la creencia de que el mundo habia recibido un Salvador con fuerza bastante para domeñar la misma naturaleza en su combate con el hombre. Así que un génio superior se levantaba y se distinguia entre los hombres, creian ver en su frente la marca esplendorosa de la eleccion divina. Esta idea se respiraba en los aires, se exhalaba del cáliz de las flores de Oriente, se oia murmurar en las playas, en los bosques, flotaba sobre las ruinas de los templos; porque era como la nueva alma, que Dios condensaba para derramarla en la humanidad, preparándola á recibir la revelacion de su eterna palabra, que habia resonado ya en la sublime cima del Calvario. Así, muchas gentes sabian que un Salvador habia venido; pero ignoraban quién era y dónde estaba el Salvador. Cuando vieron los de Alejandría, los mas imbuidos en revelaciones místicas, entrar en sus muros el gran general, apercibido para ascender al Capitolio, creyeron que él habia domeñado el destino y la naturaleza; los ciegos le seguian pidiéndole luz, y los paralíticos, pidiéndole fuerzas y movimientos, y los mismos ídolos de los templos se conmovian sobre sus altares, creyendo que habia sonado su última hora, y que habia venido el hombre destinado á descifrar el enigma de sus gastadas teogonías, y á matar la luz celeste en sus frentes. Observo esto con cuidado, señores, esto que nos cuentan Tácito, Suetonio, Plinio y Eutropio, porque prueba como la humanidad buscaba instintivamente el rayo de la luz celeste, la verdad cristiana, que bien pronto habia de penetrar en su conciencia. Vespasiano llevaba en su mente tambien algo de esa exaltacion mística, y de la idea oriental. Por eso, con mas virtudes y mas génio que Galba, no pensó en restaurar la aristocracia, y como hijo de su tiempo, fiel á su siglo, fortificó el imperio.

Este amor de Vespasiano al imperio debia ser contrastado por una secta poderosa y grande, por el estoicismo, que aspiraba á dominar el mundo. Cuando una idea amanece en la conciencia humana por la ley de série que le es propia, toca hasta los últimos límites de la sociedad y de la vida. La filosofía griega y especialmente el movimiento socrático habia tomado una tendencia social en la escuela estóica. La metafísica de esta escuela era esencialmente moral, sus conclusiones esencialmente prácticas. De aquí, por una fuerza dialéctica, esa idea se habia convertido de puramente filosófica, en positiva y social. Era pues el estoicismo no solo una escuela filosófica, era un gran partido político; y no era un partido político doctrinal y especulativo, era un partido político militante y guerrero. Como poseia la idea del alma universal, de la justicia, del derecho humano, comprendia que esta idea encerrada en la ciencia estaba como dormida, y era necesario encerrarla en el mundo. Pero los estóicos creian que sus ideas de justicia universal, de derecho no podian encerrarse en un imperio librado á la absoluta voluntad del hombre, y clamaban por una República libre y fuerte. Vespasiano perseguia á estos hombres, que así turbaban la paz de las conciencias, y muchos de ellos murieron en el destierro; pero no lo olvidemos, señores, para postrarnos de nuevo en este largo camino de la historia ante la Providencia; aquella idea estóica perseguida y proscripta debia subir pronto al dominio del mundo personificada en grandes emperadores.

Y en verdad que si los estóicos pensaban en resucitar la antigua aristocrática República, pensaban una idea pobre y mezquina. La cabeza de esa República era el Senado, y el Senado padecia de una enfermedad incurable; deseaba la libertad, pero no tenia fuerzas para sacudir la servidumbre. En los tiempos de interregno, que habian mediado desde la caida de Vitelio hasta la entrada de Vespasiano en Roma, el Senado habia dirigido al mundo. Y ¿qué habia hecho? Dividirse en parcialidades confusas, aniquilar su propia dignidad, mostrar pequeñas ambiciones, apresurarse á enviar embajadores al príncipe, consentir perjurios horribles, levantar monumentos á la memoria de Galba, sin atreverse á levantar el monumento de la República, mostrarse indeciso, escéptico, aparejado para su eterna esclavitud, digno de su postracion y de su decadencia. En medio de esto, el Senado creia que bastaba para sostener la esperanza de restaurar la antigua Roma, el levantar los signos que recordaban la muerta aristocracia, y trata de alzar el Capitolio destrozado por los vitelianos. Los arúspices mandaban sacar las ruinas del antiguo Capitolio y arrojarlas á las lagunas del Tiber; el espacio del antiguo templo fué cubierto de hermosas cintas y de coronas de flores, los soldados victoriosos, y que mas pruebas habian recibido del cariño de los

dioses, las vestales, los niños cuyos padres aún vivian, rociaban el suelo con agua pura cogida en los arroyos y en las fuentes; los senadores arrrojaban un gran peñasco en un foso para que fuera el asiento inmortal del nuevo templo, y en lo alto de la colina, bajo el cielo riente, alegre, á la luz de un sol hermosísimo, el Pretor sacrificaba sobre el césped un toro y una oveja, y el himno del holocausto se perdia y se disipaba en los aires como el eco de los cantares y las oraciones de los romanos, que se congregaban de nuevo á reedificar aquella fortaleza, á cuyos piés aún habia de estar por muchos siglos rendida y humillada la tierra.

El reinado de Vespasiano, que continuaba la obra del imperio, fué breve, fugaz, y bien pronto le sucedió su hijo Tito. El imperio de Tito no es mas que la continuacion de las ideas y de las tradiciones de Vespasiano, su padre. La familia de los Flavios, cuya cabeza era Vespasiano, ofrecia en dos príncipes una antítesis digna de estudio. Tito era afable y virtuoso, y su hermano Domiciano era duro y cruel. Hablemos de Tito, cuyo gobierno fué un sueño, y como sueño breve, y por breve feliz. Habia sido en sus mocedades compañero de aquel Germánico, hijo de Claudio, sobre cuyo cadáver pasó Neron para llegar al supremo dominio; y conservaba tal aficion á su memoria, que le tuvo en efigie entre los dioses lares, y lo paseaba en estátua en las festividades públicas y en los juegos del Circo. Tito era hábil en manejar el arco, gran caballero, impaciente en la guerra, arrojado hasta la temeridad en las peleas, amigo de cultivar la poesía y las ciencias, un tanto gnóstico, pues habia respirado el aire de Jerusalem y de Alejandría, dado á visitar los templos, á controvertir las religiones, á interrogar los moribundos oráculos, á libar la esencia de todos los dogmas; fastuoso, orientalista; y así gustaba de sacrificar en aras de todos los dioses, vestido de lino como los sacerdotes, coronado con diademas de oro, se inclinaba á las ciencias mágicas, á las que leian lo porvenir en las estrellas, á las que renovaban el espíritu con alguna esperanza infinita, y llevado de esta inclinacion consultaba á Apolonio de Tyana, aquel hermoso jóven que soñaba salvar el mundo con una idea ya estinguida en la conciencia humana, fastuoso, y liberal, y amante del pueblo, y celoso del bien del imperio, y asaltado por continuos febriles delirios de amor á lo desconocido, Tito, infundia en las venas de Roma algo de aquel espíritu misterioso que él habia aspirado en las regiones de Oriente. En sus tiempos y bajo su direccion fué tomada y destruida Jerusalem; mas este suceso estraordinario será tratado, cuando saliendo de Roma, derramemos una mirada sobre el mundo á su poder sujeto, y veamos pasar todas las razas. Su reinado fué breve. Conociendo que Roma estaba soliviantada por contínuas delaciones, que muchas veces caian sobre inocentes, mató á los delatores. Viendo que el conspirar era ya natural en Roma, vence en generosidad á los conspiradores, los convida al circo, les ofrece asiento á su lado, les da las espadas para que las prueben, y casi les enseña el pecho como para probar su atrevimiento, que no llegó á consumar su designio. Si hubiera sido posible un alma mística en aquella Roma tan positiva, tan práctica, tan humana, Tito hubiera sido presa del misticismo; pero no pudiendo por el carácter de aquella civilizacion tan apegada á la vida real esplayarse en lo infinito, con que alguna vez soñaba, se espaciaba en grandes festejos, en festines públicos, donde corria el vino como las aguas del Tíber, en grandes simulacros militares de que gustaban los romanos como recuerdos de su gloria, en batallas navales, que ensangrentaban las aguas, en juegos de gladiadores, en luchas de fieras, pero luchas tales, que en una ocasion cinco mil alimañas feroces, enrojecieron con su sangre las arenas del Circo.

Y este hombre, como su padre Vespasiano, á pesar de tener un carácter filosófico, era odiado por los filósofos cínicos y estóicos, los grandes individualistas de aquella sociedad. Nunca el estoicismo habia hecho una tan cruda guerra á ningun emperador. En tiempo de Claudio, de Neron, las protestas se reducian á escribir un ideal de virtud para que flotara como una esperanza sobre aquella sociedad encenagada en los vicios. Pero en tiempo de los Flavios su oposicion llegó á mas, fué mas poderosa, mas fuerte; el estóico Helvidio Priscio predicó contra Vespasiano en las plazas, Diógenes y Heras contra Tito en el teatro. Estos dos emperadores, que perdonaban á los patricios, no perdonaban á los filósofos. Esta lucha singular, que no he visto caracterizada y descrita, prueba, en mi sentir, que la filosofia práctica positiva de Grecia y Roma temia que el trascendentalismo religioso y místico del Oriente, personificado en los Flavios, pudiera impedir la obra de la libertad de los hombres, y la dilatacion del derecho. En efecto, Tito no puede ser bien juzgado, porque su obra acabó ántes de tiempo. Su hermano menor, ambicioso, malvado, cruel, cortó el hilo de aquellos dias que habian sido las delicias del género humano. Cuéntase que advertia Tito en sus entrañas el presentimiento de su muerte, que en un espectáculo público lloró

amargamente en presencia del pueblo, que se entristeció por haber visto huir la víctima destinada á un sacrificio, que se partió al país de los sabinos, y en el viaje le sorprendió la calentura, que descorrió la cortina de su litera y clavó los ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo, doliéndose de morir tan jóven y de llevarse consigo grandes pensamientos á la madre tierra, que llegó á la quinta donde habia muerto su padre y allí espiró, sin duda ántes de tiempo, cual si la Providencia hubiera gozado en su muerte, como aquel escultor que con su propio martillo quebró su estátua para gozar solo de tanta hermosura.

El último de los hijos de Vespasiano, llamado Domiciano, subió al trono del mundo. El comun sentir de los historiadores le atribuye la muerte de Tito; crueldad horrible, que acusa en Domiciano la naturaleza y los instintos de un tigre. Educado en el odio á la aristocracia; comprendiendo el destino y la idea del Imperio; orgulloso hasta el estremo de creerse un dios y levantarse á sí mismo altares y estátuas; menospreciador de las letras, que cultivan el alma y pulen el corazon; recelando siempre del pueblo y queriendo que el pueblo recelara de él como dos gladiadores que se miran frente á frente; amador de la adulacion y al mismo tiempo enemigo de los aduladores; uniendo á la cobardía la crueldad, y al ódio el ensañamiento y la venganza; gozándose en la memoria de los mas aborrecidos emperadores, y tomándolos por un ideal digno de su imitacion; Domiciano era sombrío y vengativo como Tiberio, viciosísimo y fastuoso como Neron. Sin embargo, justo es recordar que esta naturaleza tan viciada llegaba á sentir el principio de igualdad, y á realizar una faz del derecho. Como hubiese costumbre en Roma de mutilar horriblemente los esclavos para convertirles en eunucos, prohibió esta violacion de la naturaleza humana. Como, á pesar de la revolucion social que trasformaba desde tan luengos tiempos á Roma, se establecieran aún diferencias entre los hijos de los caballeros y los hijos de los libertos para optar á ciertas cargas públicas, borró esta diferencia; idea digna de un heredero del pensamiento y del destino de los Gracos. Y hé aquí, señores, por qué razon el emperador dominaba al Senado, por qué tenía una idea de derecho mas alta, un principio mas divino de justicia. En el mundo puede haber grandes eclipses de la verdad, y gravísimos desfallecimientos del bien; pero en el último término, el triunfo es del derecho; creencia consoladora que enjuga nuestras lágrimas y nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y

la justicia. Pero al mismo tiempo que Domiciano realizaba así lo que hemos llamado la idea afirmativa del Imperio, realizaba la idea negativa, destruia con bárbara crueldad el Senado y la aristocracia, para quienes el Imperio habia sido un eterno suplicio. Rodeábase de infames delatores, de cuya boca pendia la vida de todos los ciudadanos. Se encerraba frecuentemente en lo mas hondo de su casa y se entretenía en matar moscas. Gustaba de bajar á las cárceles á insultar á sus víctimas, y á pesar con sus propias manos sus cadenas. Enviaba á los baños, á las bibliotecas, al Foro, á parciales suyos, á sus amigos, á provocar á las gentes, á que hablaran mal de su gobierno y de su persona, para tener ocasion de cohonestar nuevos asesinatos, nuevas crueldades. Tenia por un crímen el que no amaran á sus gladiadores, el que no saludaran servilmente á sus libertos. Llamaba á los mas poderosos de Roma, los recibia con amor, les sonreia, les acariciaba y los mandaba matar, ó los mataba muchas veces con sus propias manos. Complacíase en ver cómo la sangre salia de la entreabierta herida, cómo la respiracion se perdia en el pecho, cómo la luz de los ojos se estinguia, cómo se apartaba el alma del cuerpo, cómo caian á sus plantas sus víctimas exánimes. Se tenia por muy compasivo y muy humano, cuando dejaba elegir á sus víctimas el género de muerte. Las razones que daba para consumar tantos asesinatos, eran falsísimas. Mató á un discípulo del farsante Paris porque se parecia á su maestro, que habia sido amante de la emperatriz Domicia; á Elio Lama por ser demasiado gracioso; á Coceyano por haber celebrado el dia del nacimiento de Othon, su tio; á Junio Rústico por haber llamado á los estóicos los hombres mas virtuosos de la tierra; á Pompesiano por haber nacido bajo una constelacion que le prometia el Imperio; á Helhidio porque habia hecho una composicion llamada Paris y Enone, en que creia ver una censura de su divorcio; á Flavio Sabino, cónsul y primo suyo, porque en el dia de la eleccion, el heraldo se equivocó, y por llamarle cónsul, le llamó emperador; á casi toda la aristocracia romana por ese odio instintivo, irreconciliable, que los emperadores, los perpetuos tribunos de la plebe, tenian á los antiguos depositarios de la República.

La decadencia del Senado llegó en esta época á su último estremo. Tácito pinta con negros colores en su vida de Agrícola esta angustia de la institucion predilecta de la República. Los senadores, perseguidos, acosados, viendo que todos los dias faltaban algunos de sus colegas á su lado; sin ninguna facultad, sin ningun poder, cómpli-

ces y víctimas de los crímenes del emperador, abandonados á una continua soledad, forzados á bajar por miedo la frente, veian caer en pedazos su antigua autoridad, y se resignaban en su desolacion á perderlo todo, ménos la vida, que á duras penas podian arrancar á las garras de su eterno enemigo, el cual los perdonaba muchas veces por no creerlos dignos ni aun de su odio y sus venganzas. Así cuando veian entrar en el Senado un emisario del emperador, se arremolinaban, se unian, temblaban, y aguardaban con ansiedad á quién tocaria la señal de muerte, y cuando veian elegido para el suplicio á uno de sus compañeros, el egoismo, el amor de su propia conservacion les hacia mirar con indiferencia aquella gran desgracia, como el rebaño no se cura de la pobre oveja destinada al sacrificio. Así tan miserablemente perecen, señores, las instituciones mas altas, cuando han cumplido su destino.

A pesar de todas estas desgracias, la vida de Roma era bajo Domiciano vida placentera y alegre. Para los aristócratas, Domiciano era un Tiberio; para el ejército y el pueblo era un Neron. Daba espectáculos navales, caza de fieras, combates, juegos de gladiadores en que peleaban hasta las mujeres desnudas, y para aumentar la voluptuosidad de estos juegos, los celebraban de noche, á la pálida luz de las antorchas, que aumentaban las facciones del circo, y á los rojos, verdes, azules, y blancos, unia los violetas y amarillos. Repartia grandes dones al pueblo, delicados manjares en hermosas cestas de mimbre. Cubria el Capitolio de ganados, que destinaba á sus propios altares, porque se creia un Dios; flaqueza pròpia del gnosticismo de la familia Flavia. Así el pueblo pasaba su vida yendo del templo al campo de Marte, del campo de Marte á las Naumaquias, de las Naumaquias al Circo á ver morir los gladiadores. Las fiestas del Circo han sido descritas con tal puntualidad por los escritores romanos, que aun parece que las estamos viendo. El circo se puebla, las damas se sientan en lo mas alto resguardadas del sol por los velos de púrpura que hermosean sus rostros de alabastro; los caballeros, los senadores las vestales y el pueblo ocupan sus respectivos asientos, de antiguo designados; los gladiadores entran en carros pintados de varios colores y se lanzan á la arena; unos ejercitan su fuerza, otros ensayan posturas académicas, actitudes clásicas semejantes á las actitudes de las mas renombradas estátuas, y todos juegan con las varillas, con las espadas, con los escudos, lanzándolos al aire y hablando entre sí como hermanos, como amigos, cuando bien pronto van á darse mútuamente

la muerte; el emperador aparece en el centro y comienzan á desfilar en su presencia los jugadores, luciendo unos su tridente de hierro, su casco adornado con plumas de pavo real, sus borceguíes celestes; otros su casco de cuero rematado en un pez, sus espadas anchas, sus crines rojas; algunos su clámide corta, su casco refulgente de acero; y á una señal convenida, se lanzan á la arena, se miran frente á frente, se buscan, se huyen, se arremeten, se hieren, ensangrientan el circo, y caen exánimes unos sobre otros, muriendo académicamente, saludando al César, sonriendo por la gloria que han adquirido, miéntras el pueblo se levanta, palmotea, ruge, y se embriaga de sangre, y llena los aires con sus aullidos, que son la música del combate. Estos juegos tienen un sentido político, porque miéntras así Domiciano festeja al pueblo, convida á los senadores á festividades fúnebres, que concluyen despues de una larga y profusa cena con la muerte de los mas elevados aristócratas.

La crueldad de Domiciano debia atraerle una muerte violenta. La conciencia, que nunca en la vida calla, le asaltaba con remordimientos contínuos y crueles. A cada paso creia encontrar un asesino. Sin duda la sangre que habia vertido le nublaba los ojos con negra nube, y le hacia ver en todas partes la sombra de su conciencia y de su alma. Y razon tenia, en verdad, para temer, porque bajo sus piés hervia una continua conjuracion, que debia estallar á toda costa, con grande y tremendo estallido como la erupcion de un volcan. Hallándose en su habitacion, embebido en leer un libro, la espada de un conjurado le hirió el vientre. Domiciano dió un grito espantoso, llamó á sus esclavos, quiso defenderse; pero en aquel punto varios conjurados domésticos de su palacio, se arrojaron sobre él, y lo remataron con ensañamiento. Así murió aquel hombre, que habia pasado su vida entre muertes, ahogado en sangre, como sucede siempre á los que vierten sangre. Su muerte fué indiferente al pueblo, doloroso al ejército, placentera al Senado, que sin valor para contrastar la tiranía y para oponerse á los tiranos vivos, los perseguia y los insultaba despues de muertos, señal de su vileza.

Señores: hemos llegado al término de nuestro trabajo, que comprende medio siglo. Hemos visto en cada uno de los emperadores que suben al trono, un aspecto, una fase de las ideas que dominaban á Roma. Hemos encontrado en Galba el patriciado, la restauracion de la República; en Othon el epicureismo, la exaltacion de la plebe; en Vitelio el predominio de los pretorianos; en Vespasiano y en Tito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la continuacion de la idea trascendental del Imperio, del derecho y la justicia; en Domiciano el engrandecimiento del ejército y del pueblo, y la condenacion y la muerte del patriciado. Mas en el seno de aquella sociedad existia una secta filosófica, el estoicismo, que necesitaba, ó una república, ó una dinastía fiel á sus ideas. Nunca el estoicismo tomó un aspecto de polémica tan amenazador como en tiempo de la familia Flavia. Sin duda el estoicismo, al sentirse crecido y robusto, presentaba con fuerza una protesta contra el Imperio, y así contribuia á la civilizacion universal y á la libertad de los hombres. La familia Flavia habia perseguido á los estóicos, les habia arrojado de Roma como perturbadores de la tranquilidad pública con sus continuas predicaciones. Tres edictos se dieron contra los estóicos por Vespasiano, por Tito, por Domiciano. En tiempo de este fueron arrojados de Roma Senecion, Epitecto, Arlemidoro, Dion Crisóstomo que se consoló en su destierro con un fragmento de Demóstenes y un diálogo de Platon. Y sin embargo, la persecucion demostraba, como siempre demuestran las persecuciones injustas, que aquella secta tenia gran fuerza y estaba cercana á su victoria. En efecto, el estoicismo iba á subir al trono con Nerva, y con Trajano. Su ascension al trono era un triunfo del derecho racional sobre el derecho escrito, de la humanidad sobre el privilegio de Roma, era la revolucion del Imperio consumada por la conciencia y en amor al bien. En otra leccion estudiaremos el estoicismo romano.

Esta ascension de la escuela estóica al trono del mundo de Neron, ascension que examinaremos mas adelante, prueba la fuerza real que tienen las ideas, fuerza incontrastable, que supera y vence á la materia bruta. Nada hay mas vulgar y estendido que considerar las ideas como séres imaginarios, fuera del mundo, sin fuerza para detener la corriente de los hechos, sin calor para dar vida á ninguna institucion, sin realidad en la vida; pero, señores, cuando abrimos las páginas de la historia, cuando vemos la idea que nace muda y solitaria en la mente de un pensador, herir la conciencia, encender los corazones, formar escuelas y partidos, subir á la legislacion, al gobierno, trasformar la sociedad, convertirse en el lábaro de ejércitos poderosos, centellear en la frente de los magistrados, iluminar las sentencias de los tribunales, venir á ser el alma de infinitas generaciones; cuando vemos este maravilloso espectáculo, nuestra razon se abisma, y herida por tanta luz, confiesa que el hecho en la historia pasa como un relampago, como un soplo de aire, como el instante fugaz en que sucede, y la idea invisible, la idea impalpable, la idea espiritual es la única realidad que existe, así en la conciencia como en el espacio, así en el alma como en el mundo; la idea que todo lo avasalla con su fuerza divina é incontrastable. Así la idea estóica, nacida en un rincon de Grecia, en la mente solitaria de un pensador aislado y silencioso, por esa fuerza real que tienen las ideas, por ese desarrollo que toman, por su misma virtud levanta el vuelo, se posa en la cima del Capitolio, infunde su espíritu á las escuelas, centellea en la frente de los emperadores, transforma la legislacion, vivifica el derecho, y desde el fondo de las clases inferiores sube armada por sublimes resplandores á la cima del Capitolio. El estoicismo llega á la raíz de la vida, el estoicismo entra en la esfera política; con su idea de libertad y de justicia, transforma precisa y necesariamente al Imperio, para el cual ha concluido en Domiciano la hora de la venganza, y empieza con Nerva la hora de la organizacion y del derecho.

La fuerza que las ideas estóicas habian adquirido en Roma se conoce por el súbito cambio que el Imperio sufre bajo Nerva. Hora era ya de que concluyese aquella continua desolacion de la Ciudad Eterna. La aristocracia habia cometido muchos crímenes; pero los habia purgado en un siglo de delaciones, de persecucion, de muerte, de aniquilamiento de sus poderosas huestes. La plebe habia sido insultada y herida por la aristocracia; pero en verdad la dictadura salida de su seno, si no le habia dado remedio, le habia dado venganza. El mundo alzaba sus brazos á Roma pidiendo con desfallecimiento la comunicacion de su derecho. El estoicismo, aunque odiaba al Imperio, habia comprendido el destino providencial del Imperio; y con sus ideas y con su espíritu contribuia á la realizacion del derecho humano, del derecho universal. Nerva es el primer emperador que no es romano, ni descendiente de Italia, y en verdad un estóico para ser fiel á su idea, para destruir el privilegio de la ciudad, debia tener por patria el mundo, por hermanos todos los hombres. En su carácter se nota cierta timidez, que cuadra muy bien á los primeros vacilantes pasos de una idea destinada á romper una tradicion y á plantear un nuevo problema social. Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, con esta ó la otra idea, tienen su orígen en los pretorianos y en las legiones; Nerva es el emperador del Senado. En los primeros dias de su reinado corrió entre los soldados el rumor de que Domiciano habia resucitado; tanta era su popularidad en el ejército; y este rumor fué como un anuncio de graves desórdenes para Nerva, porque no era posible matar en un

dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro, sino imitando la conducta de los pasados emperadores, y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subia al Capitolio, abandonaron sus destierros y se dirigieron á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conoció que un triunfo de la razon era una derrota de la fuerza, se revolvia contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolucion que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como una aura suave, se suspendia sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institucion no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podia renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus mas grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces, en esta série de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crímen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, estendia su mano omnipetente y heria la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y heria el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, estendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

(1) Debo dar algunas esplicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores, ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el soplo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltará á las lecciones escritas, el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para esplicar la continuacion de la obra.

EL MUNDO ROMANO.

LECCION TERCERA.

Señores:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios, que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre el porvenir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aún pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas, y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huestes los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilizacion de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos, á pesar de esta variedad de índole en las razas, y de destino

dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro, sino imitando la conducta de los pasados emperadores, y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subia al Capitolio, abandonaron sus destierros y se dirigieron á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conoció que un triunfo de la razon era una derrota de la fuerza, se revolvia contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolucion que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como una aura suave, se suspendia sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institucion no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podia renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus mas grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces, en esta série de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crímen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, estendia su mano omnipetente y heria la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y heria el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, estendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

(1) Debo dar algunas esplicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores, ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el soplo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltará á las lecciones escritas, el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para esplicar la continuacion de la obra.

EL MUNDO ROMANO.

LECCION TERCERA.

Señores:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios, que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre el porvenir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aún pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas, y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huestes los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilizacion de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos, á pesar de esta variedad de índole en las razas, y de destino

en los pueblos, como todos se convocan al pié del Capitolio para unir é identificar sus almas estudiando y comprendiendo á Roma, hemos estudiado y comprendido todo el mundo. Sin embargo, será bien ver las naciones y estudiarlas en el momento en que la antigua República se transforma en Imperio.

Dos grandes razas se dividen en el mundo, y realizan dos distintas ideas en la sociedad antigua, la raza indo-europea y la raza semítica. La raza indo-europea venida de las orillas del Indo habia sido una raza guerrera y artista. La espada era el símbolo del poder, y la lira el símbolo de su inteligencia. Esta raza ha peleado y ha cantado en toda su larga peregrinacion por la tierra. En verdad que toma diferentes caractéres, segun las regiones por donde pasa; pero siempre lleva impreso en la frente el sello de su orígen. Cuando llega á Grecia, su privilegiada imaginacion se baña con el rocío de la mañana, en los resplandores del sol, en las ondas de aquellos celestes mares; y recogiendo toda la hermosura de la naturaleza, se transforma en artista, y el mármol y las tablas no bastan á encerrar todo el fuego y todos los varios colores de su ardiente fantasía. Cuando llega á Roma, el ardor guerrero la posee, y su espada remueve toda la tierra. La imágen mas perfecta y acabada de esta privilegiadísima raza es Alejandro, poeta, artista, cantor como un griego, que descuelga de los árboles del Pindo la lira de Homero, llevado en las alas de la victoria, y seguido de su pueblo y de sus huestes llama á las razas con el regalado acento de su voz al mismo tiempo que va con su espada hiriendo los viejos templos, los altares, los ídolos, y recorriendo la tierra para abrir surcos donde sembrar una idea poderosa y grande, á cuya sombra puedan respirar todos los pueblos, porque su gran alma, llena de sublimes presentimientos, estalla por parecerle estrecho al seno de su raza, y quiere dilatarse y crecer y tomar mas fuego, y mas vivos colores en el eterno seno de la humanidad. A esta raza pertenecian los persas, los medos, los griegos, los latinos, los germanos, los celtas.

La raza indo-europea se veia contrastada en la historia antigua por la raza semítica. Nacida á orillas del Tigris, la mente de esta raza no se habia perdido en el seno de la naturaleza como la mente de la raza su antagonista. Su idea madre, la idea de toda su civilizacion, era la idea divina. Así como á la raza indo-europea pertenecen los artistas, á la raza semítica pertenecen los reveladores, los theurgos. Así como el símbolo de la raza indo europea es la espada, el símbolo de la raza semítica es la espada y el altar. Raza encerrada en sus designios, imaginacion ardiente y poderosa, de pensamientos profundos, dada á la meditacion, dispuesta siempre al sacrificio, la raza semítica debia derramar la idea religiosa en el mundo. Alejandro, poeta y guerrero, es el símbolo de la raza indo-europea, y Moisés, guerrero, pastor y sacerdote, es el símbolo de la raza semítica. La raza indo-europea debia crear la idea de la humanidad; la raza semítica debia ser la escojida del cielo para revelar la idea de Dios. Por eso, su filosofía era teológica, su gobierno la teocracia, su guerra una eterna guerra de religion. Los pueblos que pertenecian á esta raza eran los hebreos, los árabes, los fenicios y los cartagineses.

Notadlo, señores, todo en la época que vamos historiando tendia á la unidad. El pensamiento semítico y el pensamiento griego se unian en Alejandría. Atenas y Jerusalem caian bajo el yugo de Roma, y enviaban sus dioses al Panteon. Y la humanidad y la divinidad se unian, se reconciliaban en el seno del Verbo, en Jesucristo. El mundo antiguo resolvia todos sus antítesis, todas sus contradicciones en ciencia, en política y en religion, para plantear la tésis de una nueva civilizacion, la primer palabra de una nueva ciencia, el espíritu de una nueva humanidad. Mas, señores, no es nuestro objeto este, nosotros vamos á ver el estado de los diferentes pueblos sometidos al imperio romano.

Veamos el estado de los diferentes pueblos. Ademas de las dos razas principales de que hemos hablado, en Europa se encontraban pueblos indígenas, cuyo orígen era difícil comprender, ni aun adivinar. En estos pueblos se encontraban al Sur los íberos, que habian mezclado su sangre con los celtas, y al Norte los finandeses que habian mezclado su sangre con las tribus germánicas. Los íberos, eternos soldados, velaban sus armas en las cumbres del Pirineo, y corrian á todos los combates, do quier fuese necesario dar su sangre por algun pueblo; hombres, cuya cuna habia sido mecida por los huracanes. Los celtas, pueblos guerreros y mas sacerdotales, pasaban su vida sacrificando á los dioses en el seno de sus oscuros bosques, y poblaban las Galias, la Britania y los desfiladeros de los Alpes. Los germanos se estendian desde las nebulosas orillas del mar del Norte hasta el Caspio; y desde el Rhin y el Danubio, encerrados en sus pajizas chozas, miraban con envidiosos ojos la tierra del sol, del vino y del amor, que sus padres les enseñaban como la herencia de su valor y de su fuerza. La raza helena, asentada á la puerta del Asia con religioso respeto, como un neófito á la puerta de un templo, ago-

tada ya su propia vida y su propio pensamiento, veia los pueblos que se levantaban en el mundo á los golpes de las espadas romanas, é interpretaba su pensamiento, y recogia sus almas; eterna testamentaría de la ciencia en todos los pueblos. En el trono del mundo, en la península italiana, el pueblo romano se levantaba con el eje de la tierra en sus manos, la idea del derecho en su frente, el sentimiento humanitario en su corazon, recibiendo propicio las ideas de todos los pueblos, y trasformándolas y convirtiéndolas en leyes generales, que encerraban el primer boceto de la idea de la personalidad humana, de esa idea borrada por la historia y esclarecida por la conciencia inmortal de nuestro siglo.

Las orillas del Mediterráneo estaban pobladas de numerosas razas semíticas, fieles á su orígen y á su destino. Sin embargo, estas razas solitarias, cenobíticas, se habian unido con otras razas distintas en Egipto, en la Armenia, en Palestina, en la Siria. A pesar de su tendencia á la soledad y al aislamiento, en esta hora suprema de la fusion de las razas, de la unidad de los pueblos, la raza semítica abandonaba sus templos, é iba al pié de las pirámides, á las escuelas de Grecia y Alejandría á respirar gozosa las grandes ideas universales y humanitarias. A todos estos pueblos se mezclaban pueblos guerreros. Al mismo tiempo que los germanos se baten avanzando, los pueblos persas, los guerreros del Asia, se batian en retirada. Los primeros son los soldados de una nueva idea, de una civilizacion jóven, y los segundos son los soldados de una idea que desaparece, de una idea que se estingue. Y léjos de los límites del imperio, apartadas del mundo romano, le encontraban las razas puramente índicas, que alguna vez, desde léjos, veian las espadas de los romanos, y las velas de sus naves, sin poder imaginar nunca que aquesos guerreros, aquellos audaces navegantes, aquellos demeñadores del orbe eran sus hijos y les debian vida y alma. El orbe romano, con su alta inteligencia, con su cortante y victoriosa espada, disciplinaba, unia estas diversas razas; los parthos feroces; los germanos que aullaban en sus carros; los ágiles íberos, rayos de la guerra; los cabelludos galos, los sacerdotes celtas, arrancándoles de sus aras, que destilaban sangre humana; los cimbrios, los teutones, que alfombraron con sus cuerpos, en los campos pútridos el camino del Capitolio; los semitas, que habian recibido en sus venas la sangre de los griegos y de los etiopes: las razas célticas, que sentian helarse en su frente la idea de la inspiracion divina y apagarse en sus lábios las palabras de las antiguas

teogonías; y parthos y germanos, y galos, y celtas, y todos los pueblos ora por la guerra, ora por el comercio, ora por la servidumbre, unidos, mezclados, confundidos, formaban con la sangre de sus venas, con las ideas de su inteligencia, con la identificacion de su recuerdo y de su orígen el cuerpo de la nueva humanidad, que el Cristianismo necesitaba para producir la maravillosa trasformacion del mundo, que venia á cumplir con sus sacratísimos dogmas.

Vamos á ver cada uno de estos pueblos en el instante de la trasformacion del mundo. Al Occidente, en las tierras donde se ponia el sol, se levantaba la hermosa estrella de la tarde, España. El mundo antiguo la adoraba, porque en su seno el sol habia forjado sus rayos de oro; porque en sus deleitosos campos habian los dioses puesto sus Elíseos. Todas las razas, al ver esta privilegiada tierra, alzándose entre dos mares, querida del cielo, besada por el sol, ceñida de todas las flores, llena de amor, de esperanza, de vida, habian creido encontrar en su seno aquella primitiva inocencia, aquel eden, cuna de la humanidad, que lloraban perdido. Y esta tierra hermosa, de vida inagotable, esta tierra saludada por los navegantes antiguos, como la diosa en cuyo seno iba á dormir el sol; querida de los campesinos como el estremo de la fecundidad de la naturaleza; codiciada por el comercio, como el tesoro de la humanidad; bendecida por los poetas, saludada por las antiguas teogonías, como reflejo de otro mundo mejor, es nuestra patria, sí, esta patria querida, que por sus sacrificios, por sus largas guerras, por la sangre que ha dado en aras de la humanidad, por los beneficios que ha hecho al mundo, por su eterno númen; guerrera de la historia moderna, que ha salvado á la civlizacion de mil catástrofes, arrojando á sus amigos con sin igual heroismo sus propios hijos; merece nuestro amor, sí, merece que le consagremos todas las ideas de nuestra inteligencia, todos los sentimientos de nuestro corazon, si hemos de ser dignos de continuar su historia, y de llamarnos con gloria y con orgullo sus hijos. Y el pueblo español habia resistido con sin igual esfuerzo á la dominacion romana, levantándole en su camino guerreros como Yndíbil y Mandonio; héroes como Viriato, que en el caos de la historia antigua, adivinaba la idea de la nacionalidad; ciudades como Numancia, que preferia ahogarse en sangre, y desaparecer entre el humo y las llamas á ser sierva; razas como los lusitanos y los astures, que hacian de sus montañas fortalezas, y de sus bosques lanzas y chuzos para detener á la reina de las naciones; mártires, como los formidables vascos, que peleaban tres

siglos, sin perder fuerza; que morian cantando en la cruz; que se ahogaban en el seno de los mares, ántes que entrar en Roma atados al carro de sus vencedores; ejemplos sublimes, que enseñan que la libertad, alma del siglo XIX, ha sido una idea natural siempre en nuestra patria, el instinto de nuestra infancia, el amor de nuestra juventud, el alma de nuestro carácter, el eterno ideal de nuestra desconocida historia.

Desde los Pirineos á los Alpes se estendian aquellos antiguos pueblos, que abrasaron el Capitolio, que pusieron espanto y terror en el pecho de Roma; dados á descender al seno de la tierra á buscar el oro, y á levantarse á la cima de los muros á buscar la victoria; ligerísimos como el águila en los combates; impetuosos en sus ataques y en sus fugas; amigos de librar su fortuna militar en el primer empuge, aficionados al peligro, dispuestos á desafiar sin armas á sus enemigos, hábiles cazadores, consumados arqueros, ganosos siempre de conservar su inocente primitiva vida; frugales en sus convites, que consisten en asar en una hoguera la carne de los bueyes; habitadores de pajizas cabañas, sin mas lecho que una piel de oso; hospitalarios, entregados á sus sacerdotes hasta el punto de ofrecerse por víctimas expiatorias en el ara del sacrificio; envueltos en su larga y rubia cabellera como en un manto, hábiles en manejar los caballos, en cuyas crines colgaban las cabezas de sus enemigos; y á pesar de esta índole guerrera, vencidos en ocho combates, á diferencia de los españoles, que resistieron tres siglos, y entregados al poder incontrastable de Roma. Todos comprenden que hablo de los galos. Julio César es su conquistador; Augusto funda su administracion; Tiberio y Claudio quieren borrar su idea religiosa. En efecto, sus templos son bosques inmensos y espesos, criados con toda la espontaniedad de la naturaleza; piedras célticas, que indican el curso de los astros, son sus dioses; poetas privilegiados, que encierran en sagrados versos los dogmas de la trasmigracion de las almas, son sus sacerdotes; adivinaciones mágicas de lo porvenir, hechizos, conjuros, fórmulas pavorosas, su teología; aras manchadas de sangre, cubiertas de restos palpitantes, aras que han absorbido por sus poros la vida de infinitas generaciones, son sus altares; y el holocausto mas propicio á sus dioses bárbaros y antropófagos, la vida de un jóven, que se disipa en los aires al par que el humo de sus hogueras. Esta religion bárbara debia ser arrastrada por Roma, destinada á preparar la conciencia para una religion mas sublime.

Los galos se daban la mano con los pueblos y tribus de los Alpes. Esta inmensa cordillera separaba la Italia de las Galias traslapinas, de los pueblos germanos y de la Tracia; y desde sus nevados picos se descubrian á lo léjos las ondas del Mediterráneo, y los bosques umbrosos del Norte, poblados de tribus feroces. Estos pueblos de los Alpes eran un peligro inminente siempre para la Ciudad Eterna; porque desde sus guaridas descendian á talar los felices campos de Italia, y llegando á las riberas, se estendian por el mar, é infestaban de piraterías las costas. Cuando el pueblo rey enviaba contra ellos sus huestes, los riscos les servian de guarida, de fortaleza, como al águila; y cuando no temian á sus enemigos, bajaban, cortaban los troncos de los árboles, los unian gruesa y pobremente, y entregábanse á toda la uria de los elementos; siempre dispuestos á la guerra, á vivir y respirar entre las tempestades. Los restos de los naufragios, las tablas de las naves, que el mar arrojaba á la orilla, servianles para construir sus viviendas. Los Alpes Julianos, los Alpes Armónicos, los Alpes de Pannonia, los Alpes Tracios, estaban poblados de estas tribus, que eran como la vanguardia de los bárbaros. Entre estos, los ilirios eran los enemigos mas irreconciliables y mas audaces de Roma. El Senado, en tiempo de la República, no pudo llevar sus armas contra estos pueblos, porque la conquista de Italia y de España y del Oriente no le consentian punto de reposo para tomar fuerzas y escalar aquellos inmensos desfiladeros. Mas, al espirar la República y comenzar el Imperio, Roma necesitó tener á raya á aquellos pueblos feroces, y obligarles á que pronunciaran su nombre con temor, y vieran su imágen siempre delante de sus ojos con asombro. Así Roma iba por medio de la guerra llevando á todo el mundo la paz, y la unidad á todas las razas.

Estendida en el Pindo, verdadero Apenino de Grecia, se levantaba Macedonia como una fortaleza, contra la irrupcion de los pueblos bárbaros, como centinela que tenia Roma para velar el sueño voluptuoso de Grecia. Macedonia se entregó á los enemigos del César, y divinizó el puñal de Bruto. Pero convirtamos nuestros ojos á un país mas hermoso, á la cuna de la civilizacion. Grecia, fiel á su idea, do quier veia una pavesa de libertad, se inclinaba á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Y sin embargo, Grecia estaba herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, solo daba esclavos al mundo; el monte Eta, cuya cima habian hollado los dioses en sus alegres fiestas, yacia despoblado y solitario como el ara

de un altar destruido; la Etolia no oia resonar en sus espacios los cánticos de los poetas, y los vientos al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un plañidero gemido, que era como el dolor de la naturaleza por la muerte de sus pueblos mas amados; la Arcadia, la feliz Arcadia no tenia una flor en sus rientes campos, convertidos en salvajes bosques, por donde corrian las fieras que ahuyentaran los antiguos pastores de aquel país sereno como una égloga; Thesalia, esa tierra querida de Apolo, centellante de alegría, que guardaba en cada una de sus flores una idea poética, se habia consumido y era un monton de cenizas; Atenas, la diosa de la humanidad, la eterna artista de la historia, yacia en el lodazal de lágrimas y sangre, que habian amasado á sus piés las crueldades de Sila, y solo se curaba de interpretar y leer el pensamiento del Oriente, abandonada de su númen y de su génio; la Mesia, cuyas armas habian sido tan poderosas, yacia sin fuerza y sin valor, muerta sobre su escudo como sus hijos cuando caian en los combates; la antigua Cytheres era un peñasco solitario; las Cycladas, las hermosas islas, que habian dado inspiracion á tantos poetas, pensamiento á tantos filósofos, aquellas islas, que en medio de los mares levantaban templos, que eran la esperanza de los navegantes, se habian convertido en nidos de piratas; la encina sagrada de Dodona ya no veia aparecer bajo sus ramas á la inspirada sacerdotisa á buscar con ávidos ojos la media luna perdida como una nubecilla en el celeste éther; el consejo de los Anfictiones no se reunia á confundir las ideas y los corazones de todos los pueblos griegos; el Júpiter Olímpico de Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura celeste, con su frente inspirada que se perdia en las nubes, solitario y abandonado yacia en la Elida, como decrépito anciano, viviendo con las limosnas de un descendiente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesía de la naturaleza espiraba; y Grecia entera arrancaba á sus aras el fuego de la inspiracion, de la vida, é inundaba con sus reflejos la frente de otros pueblos, quedándose abandonada, moribunda, lanzando aun al morir un gemido que era como el último eco de sus divinos cánticos.

A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aún conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava, aún sentia errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de libertad, tan propio de Grecia como los símbo-

los de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento era aún el pensamiento de los filósofos romanos; su habla las delicias de los señores del mundo; su Parnaso, la inspiracion de los poetas; sus artes el eterno ideal del génio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas, que aún quedaban en el seno del paganismo, iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar mas grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentian que en Grecia estaba la miel de la inspiracion guardada en aquella flor que no habian completamente deshojado los huracanes de la guerra. Ciceron ensayaba al compas de las ondas del Pireo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cimas del Himeto, porque allí estaba escondida su suma, la suma de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su genio, porque allí se escondian aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la via Apia, se oia en tiempos del imperio hablar el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruida, por Grecia agotada, habia llegado á su colmo. Sentiase hácia la Pitonisa de la historia antigua esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estátua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia aumentaba el amor á Grecia. Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Roma, entre las aristocracias del genio y de la cuna, quien no fuese mas de una vez en su vida como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todo, el que amó á Grecia fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al arte, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los héroes y los dioses, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxiteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo embellecido por la inspiracion y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia, con las riendas de cintas arrojadas al viento; seguido de un ejército, que en vez de armas llevaba cítaras flautas y liras; saludado por los coros de las vírgenes que repetian los antiguos ver

sos heróicos de Sofocles y Esquilo; pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro; hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses, Neron revivia en Grecia; y en los templos era un sacerdote; y en la plaza pública un tribuno, que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad; y en el teatro un farsante, un cantor; y en los juegos olímpicos y phithios el mas hábil en manejar el carro; y en los campos un antiguo poeta de la Arcadia; y en las orillas del mar un navegante griego; y delante de toda la Península Griega un Alejandro; pues hasta hirió con azadon de oro el istmo de Corinto para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia: que en su amor al arte creia que abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su seno, Grecia le habia de infundir su génio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.

¡Qué fantasía la de Neron tan exaltada! ¡El! tirano del mundo, dió libertad á las ciudades aqueas. En su imaginacion se creia un tribuno de la antigua Grecia, un habitante de sus ciudades. Para que el pueblo romano jamas pudiera dolerse de esta emancipacion de uno de sus esclavos le dió en cambio otras regiones. Durante los tiempos de Galba, de Othon, de Vitelio, Grecia gozó de libertad que duró hasta los tiempos de Vespasiano. Sin embargo, Grecia no pudo reponerte de su abatimiento y de su triste decadencia. Solo Corinto, desruida por los romanos, reedificada por el pensamiento humanitario de César, alzada entre el mar Jónico y el mar Egeo, que la arrullaban con sus ondas, rival de Alejandría, lazo de union tambien fortísimo entre Europa y Asia; por su comercio, por los navegantes que llegaban á sus puertas, por su magnífica situacion en el Mediterráneo, desafiaba el destino de Grecia, y guardaba un reflejo de aquella vida gloriosa que huia de su patria, perdiéndose como la estela que se desvanece sobre las ondas, en el seno de los antiguos tiempos.

Y la decadencia de Grecia alcanzaba en esta época á sus antiguas colonias, á la hermosa Sicilia, llamada la Gran Grecia. Ciceron nos la pinta en su tiempo rica, floreciente y hermosísima. Teócrito, en su paleta inspirada, llena de colores y de matices, nos describia esta isla con sus volcanes, con sus campos dorados por el sol, con los verdes reflejos de sus oscuras ondas, con sus pastores y sus navegantes. Esta region preciosísima habia sido el refugio de los expatriados de Grecia, el asilo de poetas y artistas, que desde sus riberas creian ver á lo léjos, entre los matices del horizonte, la imágen querida de su patria. Y

sin embargo, esta isla tan hermosa, faro del Mediterráneo, númen de Virgilio y de Teócrito, templo de divinidades campestres, en este primer siglo que hemos examinado se encontraba arruinada y desierta. Las guerras cartaginesas habian talado las riberas que miraban al Africa; las guerras romanas habian talado las riberas que miraban á Italia; las guerras serviles habian talado el centro de la hermosa Sicilia. Solo quedaban en pié Agrigento, aquella colonia fatal á los cartagineses; Siracusa, que habia quedado reducida á triste abandono; Mesina, arruinada por las legiones de Sexto Pompeyo, y algunas otras ciudades, todas abatidas y destrozadas. Los romanos esterilizaban este país, le pedian mas de lo que podia dar, y habian agotado completamente su vida. Pero esta isla tan hermosa aun en su tristísimo abatimiento y postracion, hablaba á la imaginacion con muda elocuencia, porque sus campos y sus ciudades habian sido el templo de grandes ideas; la inspiracion de inmortales poetas; la trípode, desde donde el genio de Grecia enviaba sus dulces rayos á Roma. Entre las islas griegas, mas al Oriente, se alzaba la preciosísima isla de Creta. En la historia del pensamiento humano, Creta cumplia un destino maravilloso, ejercia un misterio sublime. Allí, en aquella tierra de bendicion, las ideas orientales se templaban para pasar á Grecia, y continuar así la historia de la vida de la humanidad. La isla de Creta es en la historia universal como el anillo nupcial de Grecia y el Oriente, como el eslabon de estas dos regiones, como el instante misterioso que unia unos tiempos con otros tiempos, unas civilizaciones con otras civilizaciones. Allí los dogmas mitológicos venidos del Asia, perdieron su larva, y se levantaron en alas de la inspiracion á una nueva vida. Sin Creta, las ideas venidas del Oriente, como esas semillas llevadas por las alas del aire, hubieran ahogado á Grecia, ó tal vez Grecia hubiera devorado esas ideas. Creta templaba un poco la antítesis radical del Oriente y la Grecia. Así, trasformando las ideas orientales, las daba á Grecia. Los dioses del Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carnero, columnas destrozadas, allí en Creta perdian su dura corteza, y se levantaban á tomar la forma humana, para que despues Grecia les ciñera la corona de su inspiracion y los inundara con los resplandores de su misteriosa hermosura. Mas en la época que nosotros describimos, Creta habia acabado su destino. Ya no tenia ninguna idea que comunicar á Grecia, ya nada podia enseñar al mundo. Y como los pueblos que cumplen su destino desaparecen, Creta desaparecia entre las ondas de los

mares, como la poetisa Safo. Aquella isla tan rica en mares, al comenzar el imperio, no tenia una nave. La guerra de los piratas la habia destrozado, como la guerra de Sila destrozó la Atica, y la guerra de César la Thesalia, y la guerra servil la Sicilia. Su espacio, que Aristóteles señalaba como el mas hermoso para fundar un gran imperio, era como un solitario peñasco, donde anidaban las aves marinas. El pueblo mas marítimo de la antigua Grecia no tenia un navío, y este mismo destino cabia casi á todas las islas y colonias griegas, escepto á Byzancio, que presentia ya que en la edad media habia de cumplir para el mundo moderno el mismo maravilloso misterio que Creta habia cumplido para el mundo antiguo; porque siempre que la humanidad siente el anhelo de una nueva idea necesaria para su progreso, Dios entrega á un pueblo la copa de la vida y la llave misteriosa del destino.

Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, como rechazando las olas del Egeo, se estendia el Asia Menor, que merece tambien toda nuestra atencion y estudio. El Haliso, que era el rio principal de esta region, separaba dos grandes razas; al Occidente los pueblos de raza indo-europea; al Oriente pueblos de raza siro-arábiga, de raza semítica. Entre estas dos razas estremas habia una raza intermediaria, los frigios, en cuya lengua se ven caractéres semíticos é indo-europeos. El pueblo frigio habia sido como un profeta de la civilizacion griega. Sus artes fueron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, habia sido invencion de este pueblo. En sus campiñas encontró Apolo un rival mas músico aún, segun los frigios, que el que ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los mundos. Allí nació el culto de Cibeles, la madre-tierra, que despues habia de espiritualizar la Grecia. Sus sacerdotes tenian algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose á las fiestas, en que el misticismo antiguo vagaba en incesante delirio. Y sin embargo, este pueblo, como los Licios sus compañeros y hermanos, habia caído en tal abyeccion y abatimiento, que solo servia para dar esclavos á la tierra, mostrando así cuán infelices son los pueblos que agotan su libertad, verdadera fuente de su vida. Estos pueblos sintieron profundísimo y amargo dolor, cuando los romanos en su carrera triunfal llegaron á sus puertas, y les arrancaron la piedra sagrada de Pesinunto, ennegrecida por las sombras de los pasados tiempos, eterna compañera de sus alegrías y de sus dolores. Pero lo mas hermoso del Asia

Menor eran las colonias griegas, donde el espíritu helénico habia derramado su purísima é incorruptible sávia. Allí estaban las ruinas de la antigua Ilion, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardia libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la mas apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que era como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes que tomaba las armas para defender sus museos, cuando no las habia tomado para defender sus leyes; allí Homero habia sentido el calor de la inspiracion divina, habia derramado sus primeros cánticos, habia pulsado aquella lira, que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos los siglos: allí, en fin, habia nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia habia sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden orgullosas en el cielo, tomando todos sus matices; bosques poblados de los mas hermosos árboles del Asia, de cedros olorosos, de palmeras, cubren sus campos; rios caudalosos y claros despeñándose por sus riscos reflejan el claro horizonte centelleante de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores, y toda aquella hermosa tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipacion del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva al principiar la era cristiana su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad, pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de la igualdad tan arraigado en su corazon, su organizacion democrática, sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaban para conservarlas. Roma, sin embargo, imponia contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi se vieron exhaustos. Roma dividió en tres provincias aquella region; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. El mundo romano llevó allí su gobierno, sus armas, sus ejércitos; pero no pudo grabar en este pueblo tan original su grande y poderosa idea, que era el alma de la humanidad, el destino del mundo.

Entre el mar de Chipre y el Eufrates, en las grandes ramificaciones

del Tauro y del Líbano, en valles dichosos, se estendia el antiguo imperio sirio, cuna de infinitos pueblos, espacio de antiquísimos imperios templo donde guardó por mucho tiempo la humanidad sus destinos, puerta filigranada de ese primitivo Eden, en que corrió pura nuestra inocencia, del misterioso Oriente; semillero de razas, que dirigiéndose ya al Asia, ya á Europa, influyeron maravillosamente en la historia de la humanidad, que ve aparecer y desaparecer los pueblos como las alteradas olas en la superficie de los mares. En aquel riquísimo país se contaban ciudades como Antioquía, Seléucis, Heliópolis, que el mundo recordará siempre como depositarias un dia de su conciencia religiosa, y de sus mas caros dogmas. ¡Cuántas veces los profetas bíblicos, al pulsar su arpa cortada de los cedros del Líbano, recuerdan que su imaginacion cómo una mariposa se ha bañado en los dulces aromas de la Siria! Los últimos dias de este imperio, fueron dias de luto, que lo prepararon para la servidumbre romana. Rota en mil pedazos su corona, repartido su manto de púrpura entre infinitas familias de reyes, arrojadas al viento las cenizas de sus mas populosas ciudades, bañadas en sangre sus campiñas, habitando la guerra hasta el secreto santuario del hogar doméstico, destrozadas las aras de sus antiguos dioses, apagado el fuego de sus sacrificios, cortado en mil pedazos su imperio, pedazos que se movian como los anillos esparcidos de una inmensa serpiente; martirizada en su agonía por las irrupciones continuas de los árabes y de los parthos, que talaban sus campos, destruian sus ciudades, violaban sus mujeres; el imperio Sirio se hallaba en uno de esos momentos, en que la esclavitud es hasta un refugio. En efecto, Roma recorrió en su carro triunfal aquella esclava, herida y moribunda, abandonada en un lodazal, manchada de sangre.

Los primeros dias de la dominacion romana fueron dias de luto y desórden. Los pretores, por su propio lucro, atizaban el fuego devorador de la discordia; los parthos y los árabes descendian á arrancar sus últimas perlas y sus girones de púrpura á la hermosa Siria. Era en vano querer atajar el paso á estos pueblos feroces. Viviendo en la cima de las cordilleras, saltando de roca en roca como tigres ocultos en los peñascos y en las cuevas, alimentados con la leche de las camellas salvajes ó con las frutas que próvidamente ofrecia la naturaleza, hijos de aquel sol ardiente y fecundo, descendian de sus montañas, se lanzaban sobre los pueblos, los devoraban y volvian á perderse en sus bosques inesplorados, en sus nieves eternas, en los cráteres de sus volcanes, en sus cavernas; como el águila que despues de haber agarrado su presa, se pierde lanzando agudos gritos en la inmensidad de la atmósfera. Pero despues que César y Augusto domeñaron aquellas razas y les pusieron una valla, Siria creció como esos árboles que crecen con el limo que las tempestades y las inundaciones depositan en su tronco y en sus raíces.

No eran solamente países sujetos á Roma los que Roma dominaba con absoluto dominio; tenia tambien pueblos regidos por reyes independientes, aunque celados por su soberana autoridad. Entre estos se cuenta el antiguo país de los tracios. Este pueblo era bárbaro. Sus habitantes se pintaban el cuerpo á usanza salvaje, vendian en mercado público sus hijos, compraban sus mujeres, vivian del robo ó de la guerra, se aposentaban en chozas, tenian divinidades bárbaras que se abrevaban en sangre, ofrecian víctimas humanas en el ara de los sacrificios y levantaban sus templos en las grutas de las montañas, en la espesura de los bosques. Roma miró un dia con menosprecio estas tribus salvajes y les dejó sus leyes y sus jefes, contentándose con ejercer una prudente tutela. Pero Tiberio, queriendo hacer de la Tracia una provincia puramente romana, lleva la division á su seno; levanta al hermano contra el hermano, y logra debilitar y enflaquecer este país. San Gerónimo, por último, nos dice que en su tiempo fué incorporada la Tracia al Universo romano. En la misma situacion dejó Roma á Capadocia. Sus reyes estuvieron sometidos al pueblo romano; pero dominaron ál pueblo. Estos reyes eran tiránicos. Cuando les faltaba oro, vendian para allegarlo infamemente los hijos de su pueblo. En una ocasion el Senado romano prometió libertad á este pueblo, y el pueblo la rehusó con escándalo del mundo. Pero ¿qué podia esperarse de un pueblo débil de cuerpo por su miseria, mas débil aún de alma por su antigua servidumbre? Habitando un terreno helado en invierno, calurosísimo y volcanizado en verano, terreno salino difícil para la vegetacion, aquel pueblo se habia hecho incapaz del trabajo, que es el gran cincel de la libertad. Así el pueblo rey, que gustaba de la dignidad hasta en sus esclavos, le abandonó á su triste suerte y le miró siempre con menosprecio. Los habitantes de Capadocia, pues, arrastraban una vida triste y dificultosa al pié de sus altares. En este ó parecido estado se encontraban todas las regiones vecinas, divididas en tribus, mandadas por diversos reyes, ora de orígen jafético, ora de orígen semítico, pueblos que son en la historia como los inmensos desiertos arenales en la naturaleza.

En el interior del Asia habia un pueblo que guardaba en tablas de

bronce la idea de la humanidad que estaba por venir. Este pueblo maravilloso habia resistido constantemente toda estraña influencia, todo ajeno poder. Ni el látigo de los Babilonios pudo hacerle renegar de su idea, ni el beso amoroso de Grecia turbó su pensamiento. De rodillas al piê del santuario, alimentando el fuego que ardia sobre el altar, eterno solitario en la historia antigua, en el arca sagrada de su alianza guardaba la idea sublime de la unidad de Dios. Ningun pueblo de la tierra podia apagar la sed de lo infinito que aquejaba á la humanidad como este pueblo hebreo, cuya idea debia estenderse por las conciencias como la idea romana se habia estendido por el espacio. Su Dios guardado en el santuario, era el Dios de lo porvenir, el Dios de la historia moderna. ¿Qué podia ofrecer mas grande y mas hermoso al mundo moderno el sagrado Oriente? El panteismo índico aniquilaba la humanidad; el dualismo persa llevaba una eterna guerra al espíritu. Solo este Dios personal, este Dios absoluto, este Dios único, este Dios espíritu, este Dios verdad, podia dominar el mundo que estaba en los limbos de lo porvenir. Mas en el instante en que el pueblo hebreo necesitaba abrir su santuario á las gentes, en este mismo instante su antigua constancia le impedia realizar su idea. El verdadero Dios estaba en la Sinagoga; pero su sacerdote no podia ser ya el pueblo hebreo. Dios, compadecido del largo martirio de la humanidad se revelaba con toda su plenitud, con toda su verdad á las naciones, y el pueblo hebreo con su egoismo ahogaba esta revelacion, porque anhelaba sostener su privilegio privativo del sacerdocio. Y el Dios de la verdad habia venido para romper la frente del privilegio. Así vereis, señores, que cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra. El pueblo hebreo se interponia entre el santuario del verdadero Dios y el corazon de la humanidad, y por eso la humanidad personificada en Roma debia arrancarle al pié del santuario. El templo antiguo donde se encerraba este Dios de una raza, que pasaba á ser el Dios de la humanidad, fué destruido para que la luz que guardaba en sus espesos seculares muros alumbrase toda la tierra. Roma hizo su tributario al pueblo judío; pero un dia este pueblo se levantó contra la señora de las gentes. Entónces habia cumplido ya su destino. Dios se habia hecho hombre y habia depositado su revelacion eterna en la mente de otras razas, en el corazon de otros pueblos. El culto antiguo, los antiguos símbolos, habian caido en el polvo, dejando paso á la realidad de la idea y de la vida. Entónces la mano de Tito aplicó á Jerusalem fuego y ardió

la ciudad, y se desvaneció el templo como una nube de humo. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta grande catástrofe de ese pueblo, y todavía cuando leemos á Josefo lloramos tantos horrores; Jerusalem desgarrada por sus propias manos; las perlas de su corona quebradas por las lanzas de sus propios hijos; la peste pesando como la atmósfera de un sepulcro sobre su recinto; las calles cubiertas de cadáveres; el hambre reinando fria como la muerte; sus vírgenes violadas; sus hijuelos comidos por los soldados; su templo, el templo que era su eterno refugio, demolido, quemado, y las piedras del santuario arrojadas en el lodo y la inmundicia. Apartemos nuestros ojos de este pueblo, recordando siempre que su idea ha sido como la raíz de nuestra religion, como el principio de nuestra vida.

Entre los pueblos antiguos ocupa un lugar importantísimo el Egipto. Por mucho tiempo la humanidad creyó que Egipto guardaba el depósito de la ciencia, creyó que su misteriosa Isis, llevaba envuelta entre los pliegues de su blanco velo el alma de la naturaleza. Allí, á su templo, al pié de sus altares, iba la ciencia libre y espontánea de Grecia á recibir el sello de un orígen divino, por ese anhelo que tiene el alma de ligar con lo infinito sus ideas. Sus sacerdotes guardaban una ciencia, que en el desarrollo dialéctico de la idea humana, era como un término medio entre Grecia y el Oriente. ¡Cuántas veces el sacerdote griego se llevaba la mirra egipcia á su templo para quemarla como una ofrenda gratísima á sus dioses; porque les recordaba el aroma misterioso de su patria! Así Egipto fué mirado por mucho tiempo con respeto en Roma, con ese respeto con que Roma trataba todos los oráculos y todos los dioses. Primero las armas romanas se declararon tutoras de Egipto. Pero un dia, en ese gran poema de la historia, el genio de Oriente dejó caer toda su vigorosa vida como un filtro en el pecho de una mujer estraordinaria. Esta mujer era como una Sibila del desierto. Sus ojos centelleaban el fuego del sol africano, sus ideas eran como serpientes ocultas entre flores, su alma tenia toda la vida de aquella colosal naturaleza. Conociendo que no podia vencer á Roma por la fuerza, trató de vencerla por halagos. Fijó sus ojos en los capitanes de los ejércitos romanos, los atrajo á sus brazos, derramó con sus labios ardorosos el fuego de Oriente en sus mismos señores, los embriagó, y viéndolos vencidos por sus encantos, creyó que un inmenso festin podria tambien fascinar y vencer á Roma. Esta mujer estraordinaria era el último destello del alma de Egipto. Pudo seducir el entusiasmo de un soldado; pero no pudo seducir la fria astucia de un

emperador. Roma comprendió que aquella mujer al ofrecerle en la copa de sus festines el hirviente vino, le mezclaba en el vino un veneno. La señora de las gentes temia á sus esclavos, y á pesar de su confianza ciega en la eternidad, se libertaba de sus asechanzas. El pensamiento de la reina egipcia fué conocido; se vió el puñal agudísimo que guardaba entre flores. Entónces, descubierto su secreto, esta mujer se fué al sepulcro de sus padres, se vistió con todas sus galas y joyas como para celebrar sus nupcias con la naturaleza, bebió el cáliz de la muerte y enterró consigo en su hondo sarcófago el pensamiento del Egipto. Era, pues, en vano, pensar resucitar ya aquel pueblo. Habia cumplido su destino, habia educado á los hebreos y á los griegos; habia hecho de tribus nómadas grandes pueblos; habia descifrado los símbolos y geroglíficos orientales; habia sostenido en sus manos la cadena de los hechos, que liga unos pueblos con otros pueblos; habia levantado del fondo de las piedras dormidas del Asia, la esfinge y la columna, como una idealizacion de la materia; habia hecho el primer esfuerzo para unir el Oriente con el Occidente; habia dulcificado la antigua casta, habia querido hacer de su religion una ciencia positiva de la naturaleza; habia, en fin, agotado toda su vida, cumplido y realizado todo su pensamiento; y por eso sus templos, depósitos de tantos dogmas, escuelas de tantas razas, santuario de la naturaleza, faltos de la idea, que es el alma de una civilizacion, yacian abandonados, solitarios, amenazados de caer envueltos entre las arenas del desierto, señalando una revolucion ya estinguida del espíritu como los fósiles en las entrañas de la tierra testifican las grandes revoluciones de la naturaleza. En los tiempos que vamos historiando, aquella ciencia que habia oido con tanto respeto Herodoto, que habia interpretado con tanto entusiasmo Platon, se quedaba reducida al símbolo. Así, cuando al principiar nuestra era, iban los peregrinos de todas las naciones á buscar la sabiduría egipcia, se encontraban con que sus mismos sacerdotes no sabian leer los pensamientos guardados por los geroglíficos de sus templos. Aquellos geroglíficos estaban vivos aún en las paredes de sus templos; y sus ideas se habian perdido, se habian helado en la fria noche de la muerte de aquella civilizacion. El buey Apis no era el símbolo de un dogma, era el buey; el cocodrilo solo era el cocodrilo: y ante el buey y el cocodrilo se postraban de hinojos, adorándole realmente, y no como imágenes de una idea mas alta. Así Roma, que tanto en otro tiempo respetara el Egipto, al verlo caido en tanta degradacion, le selló la frente con el sello de la infamia. El egipcio no podia ser senador, ¡qué senador, ni aun ciudadano! ¡Esta region no se levantaba sobre el ritmo armónico de las leyes romanas como se levantaban todas las regiones de la tierra, no; Roma no queria estrecharla contra su amoroso seno, temiendo que la envenenara con su aliento Solo Alejandría se libertaba de este odio; pero Alejandría era una ciudad griega, ó mejor dicho, una ciudad humana. Hija predilecta del pensamiento de Alejandro, única imágen de su inmensa alma, único destello inmortal de su genio humanitario, hermosa, riente, preparada á los festines como una ciudad griega; inmensa, colosal como una ciudad asiática; asentada entre el Mediterráneo y un lago, como surgiendo del fondo de las aguas; visitada por todas las razas de la tierra, querida de todas las gentes, destinada á recibir el soplo del Asía en su alma y el beso de Grecia en su seno; agitada por un eterno cántico, envidiada de la misma Roma, que no ocupaba un trono tan hermoso en la tierra: resguardada de los bárbaros por un inmenso desierto; bendecida por el Nilo, el rio de los dioses, el rio de los antiguos misterios, que se divide en varios brazos al acercarse á sus muros para mas hermosearla, para mas estenderse por aquella tierra de bendicion; Alejandría era el templo donde se citaban á unirse, á condensarse todas las escuelas de la tierra, todas las ideas que habian cruzado por la mente humana; y allí iban con sus ofrendas, con sus dones, los antiguos sacerdotes del Oriente, que no habian profanado el sueño del pensamiento dormido en la naturaleza; los hebreos que llevaban su Dios errante por el mundo para libertarle de las asechanzas de Roma, y lo guardaban en el santuario de su alma; los cristianos que anhelaban derramar el bautismo sobre la frente de aquella ciudad tan hermosa; los platónicos que soñaban con la idealidad de su ciencia en las bibliotecas de aquella inmensa academia; los estóicos que se habian esparcido por todo el mundo, y en todas partes guardaban con sin igual esfuerzo su elevado pensamiento; los epicúreos que en aquella ciudad de placeres se entregaban á todos los reclamos de sus sentidos; los gnósticos, los verdaderos hijos de esta ciudad, porque como ellos era oriental, griega, platónica, epicúrea, mágica, mística, theúrgica, la inmortal Alejandría.

El Atlas, el Desierto y el Mediterráneo forman al salir de Alejandría para Occidente, un inmenso país, vario, multiforme, ora cubierto de bosques hermosísimos y de ciudades populosas como la region mas feliz de la tierra, ora desolado, y envuelto en inmenso sudario de estéril arena. Allí, en aquella inmensa region se estendian desiertos inesplorados, inesplorables, sin un pueblo, sin una vivienda, sin un

oasis; desiertos, en que de vez en cuando se encontraban algunas piedras arrojadas por los peregrinos de otros dias, como para testificar su angustia, y señalar á los venideros su ruta. El Mediterráneo tan plácido y manso, á pesar de sus llanas riberas, al besar los bordes de ese inmenso y maldito desierto, ocultaba bajíos inmensos, formando, costas inhospitalarias y horribles. La vida de la naturaleza, que se manifiesta en bosques, arroyos, en fuentes, en aves, allí no luce, como si al derramarla Dios, se hubiera evaporado y perdido. La creacion parece allí un inmenso cadáver. Y sin embargo, este inmenso desierto, es cortado muchas veces por las cordilleras del Atlas, que formando grandes vertientes, siembra el Norte del Africa, de países abundantes felices, hermosísimos, adornados con todo el lujo de una espontánea y riquísima vegetacion. Entre el desierto y las vertientes Norte del Atlas se estendian tribus nómadas, guerreras, amantes del peligro, ágiles como el tigre, nobles como el leon; pero feroces como todas las alimañas que se crian en sus selvas y en sus montes. Por aquellas regiones andaba errante ya en esta época que historiamos, el indómito Kabila, envuelto en manto del color mismo de la tierra, centelleando de sus ojos la ardiente luz de su sol, ennegrecido y tostado por el calor del cielo y de sus montañas, pues parecia criado en inmenso y abrasador volcan. Y sin embargo, en estas regiones del Norte de Africa, la graciosa y armoniosa civilizacion griega levantaba sus templos, sus acueductos, sus ciudades, y celebraba sus rientes y hermosas fiestas en Cyrene. Allí, el cielo era mas trasparente y mas claro, la tierra estaba bordada de flores, las montañas cubiertas de celestes reflejos y cortadas por valles dichosísimos; el mar claro, sereno, como si gozara en reflejar la hermosura de las riberas y el esplendor de las ciudades, que se miraban orgullosas en sus aguas; tierra de bendicion semejante á un canastillo de perlas y de flores olvidado y perdido en el desierto. Los poetas epicúreos antiguos, para quienes la vida era ligera y la muerte voluptuosa, creian que en el mundo no se encontraba un lecho tan perfumado, tan hermoso para dormir tranquilamente el último sueño como esta tierra Cyrenaica. Este país tan hermoso fué legado á los romanos. El último de sus reyes, iluminado por esa vision profética, que trasluce el hombre á la hora de la muerte, legó su corona á Roma, y reconoció así su incontrastable soberanía. Estendianse tambien por estas regiones la gran Sirte, la Numidia y la Maurithania, y allí sembradas ciudades que habian guardado los destinos del mundo, como Cartago, último esfuerzo

hecho por el genio de Oriente para sujetar la humanidad; Utica, sepulcro del severo estoicismo republicano de Roma; Tapso, Aquila, Tánger, todos representando grandes fases del comercio y de la vida del Africa. La paz de cinco siglos, que iba á traer el Imperio, estaba destinada á levantar de su abatimiento estas regiones desoladas, y á darles su antiguo esplendor, hasta el dia en que sonó la hora de la venida de los bárbaros.

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus ondas los piés de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles y con sus húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Píndaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo: de ese mar, que sobre sus ondas, semejantes á las palpitaciones de un corazon querido, ha llevado el secreto de la civilizacion de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos que se miran en sus ondas; mar, que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y Africa para unir á los tres continentes, y celebrar así la maravillosa fusion del alma, y del pensamiento de los pueblos; mar que yo amo, porque he pasado mis primeros dias viendo sus ondas, y he creido descubrir en sus estelas, en sus espumas, en su ligera celeste superficie las eternas huellas de su hermosa historia. A orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de todos los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos, y razas perdian sus manchas, su egoismo, y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre, la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, despues de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones, pero tambien tantos esclavos sumidos en el polvo, y tantos altares levantados al error, el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros, cuando la veian surgir entre las ondas pura y hermosa como un asilo reservado á su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos en la larga serie de los siglos á Italia, y recordamos que suya es nuestra legislacion, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hácia ella afecto filial.

tanto mas, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronunciaban su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir á lo léjos su refulgente escudo sin caer heridos en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdon á la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes, que la coronan con nieves eternos, con lagos celestes; con bosques llenos de flores y perfumados por eternas aromas; envuelta en la gasa ligera, hermosa, de un cielo claro y límpido como el alma en la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordan su manto; hundidos los piés en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada de todas las razas que la miraban de rodillas como su diosa, como su oráculo; hollando blasones y trofeos como ni ántes ni despues ha tenido ningun pueblo; Italia dilataba, ausiliada por el genio de la historia, su soberanía por toda la tierra, y elaboraba pensativa y silenciosa la gran obra del derecho. Pero miremos hoy su estado material como hemos hecho con todos los pueblos de que lijeramente hemos tratado. Italia en los primeros tiempos de la República estaba floreciente y hermosa. El trabajo habia hermoseado aquel país; porque el trabajo es la fuente de la vida. Allí se cogia el trigo de Campania y Apulia, el vino de Falerno, el aceite de Venafre; allí la agricultura, primer oficio de los romanos, florecia con singular florecimiento. Mas un dia cambió de aspecto Italia. Los nobles, los poderosos, oprimiendo al pueblo, gravándolo con pesadísimas deudas, se alzaban con todas sus propiedades y constituian inmensos patrimonios, fabulosísimas riquezas. Estas propiedades eran como un cáncer, que devoraba la riqueza de Italia. El señor, así que veia tan dilatados dominios, trataba de esplotarlos con toda suerte de esplotaciones; y queria estraer mucho interes é invertir poco trabajo. El señor, en Roma, en la ciudad, no podia tener por los campos, ese afecto, ese amor paternal, que siente el pobre agrícola cuando les ve trasformados por su trabajo, rociados con el sudor de su frente, como si fueran parte de su vida y de su alma. Poco le importaba al noble romano que la agricultura decayese, que los campos perdieran su vida, que los labradores se murieran de hambre al pié de los instrumentos de su labranza, que perecieran generaciones enteras, y se arruinaran villas populosas, con tal de aumentar su riqueza y dar alimento á su avaricia. Las tierras trabajadas por los plebeyos con trabajo tan fecundo, aquellas tierras, ricas en viñas, en olivares, en sembrados, en huertas de todo linaje,

de regaladas frutas, fueron impiamente taladas, convertidas en praderas para la manutencion de grandes ganados, que se sostenian sin estipendios y sin trabajos, abandonados á la custodia de un esclavo. La madre tierra, que es tan productiva, cuando el amor del hombre la fecunda, abandonada á sí misma, profanada por el trabajo servil, estéril y maldecido como todo cuanto proviene de la servidumbre, se habia esterilizado hasta el punto de no dar de sí ni un átomo de vida. Así, el pueblo romano, ántes tan feliz con los productos de sus tierras, despues que el trabajo servil habia agotado las fuentes de la vida, se quedó á merced de las olas y los vientos, que de estrañas regiones le llevaban el pan para saciar su hambre. Así es que muchas veces, cuando el mar encrespaba sus olas, cuando el viento desataba sus ráfagas, y las galeras romanas no podian arribar á las riberas italianas, el pueblo romano se moria de hambre, golpeando en vano la puerta de la vacía Annona, que habia agotado todo su trigo. Hé ahí, señores, la consecuencia del trabajo servil. Nuestro compatriota Columela miraba con los ojos arrasados de lágrimas aquella tierra infecunda y estéril, y decia que entregada á manos de los esclavos torpemente, los esclavos la trataban como crueles verdugos. Así, el gran Tito Livio se dolia amargamente de que aquella Italia, semillero en otro tiempo de hombres, no pudiese dar á la guerra ni aun diez legiones. Hé aquí el resultado de la concentracion del poder y de la riqueza en manos privilegiadas, y la concentracion del trabajo en manos serviles. Lo cierto, lo indudable es, señores, que Italia estaba agotada. Para deshacer aquella propiedad monstruosa, tiránica, la cuestion social torpemente planteada por el Senado, y las cruentas guerras civiles habian llovido sobre los campos de Italia lluvias de sangre, bastantes á borrar los límites de cada dominio, de cada heredad, y el vencedor, ora se llamase Sila, ora Mario, ora Pompeyo, ora César, daba aquellas tierras á sus parciales, á sus soldados, á sus gentes, preparando así el dia en que el imperio habia de levantarse á revindicar todo el dominio de Italia, y á soterrar toda la antigua aristocracia en el polvo de sus campos. Los veteranos de los ejércitos vencedores eran los propietarios de Italia, y así como con facilidad se levantaban á despojadores, con facilidad venian á despojados. Todavía recuerdo, señores, con plácida ternura, que el cantor de Mantua, ese dulce y tierno poeta de la naturaleza, que reflejaba en su alma la luz del naciente cristianismo como la luna reverbera en su tranquilo disco la luz del sol, lanzó sus primeros gorgeos en Roma,

herido por el dolor de ver en el suelo destrozado el hermoso nido de flores, en que habia desplegado por vez primera las pintadas alas de su divina fantasía. Y ya creo haberlo dicho otras veces, y no necesito repetirlo, Italia estaba despoblada y tambien exhausta, porque en su titánico trabajo de la unidad del mundo y de la fusion de las razas, habia agotado su propia vida, su propia sangre, de suerte que sus guerras sociales y su obra de civilizar á la tierra habian agotado todas las fuerzas de Italia como se agotan las fuerzas del artista cuando acaba de dar la última mano á su obra. En esta Italia tan desolada se estendia una region placentera y serena; la feliz Campania. Allí, á la luz de aquel sol, bajo el claro pabellon de tan hermoso cielo, respirando las auras embalsamadas con las esencias de las rosas y los mirtos, recostados en bellas casas de campo levantadas al pié mismo del Vesubio, dejando errar la vaga mirada por las celestes apacibles ondas que al quebrarse mansamente en la orilla cubierta de caracoles y conchas, lanzan un vago suspiro repetido como un cántico de amor por los ecos de las cercanas montañas; los señores romanos se entregan al placer y al ocio, apuran el vino de sus ánforas etruscas, liban la miel del amor en los labios de sus esclavas griegas, cantan al compas de doradas cítaras los versos amorosos de Tíbulo y de Propercio, juegan con los dioses marinos que la imaginacion finge entre las algas y las espumas, se bañan en el Lucrino para adobar y pulir su cuerpo, se pierden á la luz de la luna como el dios campestre acompañado de sus bacantes en las viñas entrelazadas con los álamos y los cipreses, la alegría en el rostro, la copa en las manos; huyen de los ardores del estío en las frescas grutas humedecidas por las plantas acuáticas; y así dejan errar tranquilamente su vida al acaso, sí, su vida que se parece á una de esas hojas perfumadas desprendidas de las flores sobre la linfa de los arroyos, que juguete de las aguas, despues de flotar sobre la verde grama, y recorrer deleitosos espacios, va á perderse en el seno de los rios, ó entre el oleaje de los mares. Pero, me preguntareis, señores, ¿este mundo romano en esta época no tenia enemigos? Voy á satisfacer esta pregunta. Pasemos, pues á otro asunto.

Ahora, señores, despues de haber examinado el mundo romano en su interior, debemes examinarlo en sus fronteras, en los pueblos que le rodeaban. Al Norte estaban los Britanos, los Germanos y los Dacios; al Oriente los Escitas, los Parthos y los Arminios; al Sur los Arabes y los Nómadas africanos. Veamos estos pueblos. Empezaremos por los del Norte. La religion druídica de la raza céltica habia en-

contrado un refugio en medio de los mares, la isla Británica. Allí sus sacerdotes guardaban la tradicion y la ciencia léjos del ruido de las armas, allí se daban á la meditacion acompañados solo por el rumor de las olas del mar. En la Bretaña la religion druídica habia tomado un carácter mas grave, mas solemne, mas trascendental. La confianza en la transmigracion de las almas, en el cambio de forma en la existencia, pero en la perennidad de la vida, hacia de aquellos sacerdotes una gran escuela filosófica, algo parecida á los cenobitas solitarios del Oriente. La casta sacerdotal se renovaba incesantemente con la admision de jóvenes que le ingerian una nueva vida, y que por espacio de veinte años entregados al silencio, adquiririan la madurez de los ancianos. Y sin embargo, esta religion tan trascendental, no se desvanecia ni se disipaba en el seno del misticismo, como la mayor parte de las religiones orientales, no, era una religion práctica, que daba al hombre amor á la patria, aliento para la guerra. A las orillas de aquel verdoso y oscuro mar, bajo las bóvedas que formaban las encinas, sobre una tierra bendecida y sagrada pero selvática, la raza druídica encendia sus hogueras, predicaba la trasfusion de la vida humana en la naturaleza despues de la muerte, y arrastraba los hombres al pié del ara para ofrecer su sangre, su existencia como un holocausto á sus bárbaras y antropófagas divinidades. Entre aquella isla y las Galias habia siempre misteriosas relaciones. Cuando la tribulacion de la conquista llegaba á su colmo en los galos, iban á buscar un asilo seguro en la Bretaña, y allí encontraban sus sacerdotes, y allí sus dioses, y allí un consuelo á su dolor. César comprendió que no tenia bien domeñadas las Galias, si no ataba á su carro tambien la umbrosa Bretaña. Y como entre su pensamiento y su voluntad no habia distancia, atravesó el Oceano y puso su pié vencedor en la Bretaña. Tácito nos cuenta cómo resistian estos pueblos bárbaros á las huestes romanas; reunidos en grandes pelotones, con los ojos vueltos á sus templos, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, dando gritos espantosos, ahullidos terribles, montados en caballos que relinchaban fuertemente en la pelea, bendecidos por sus sacerdotes, que levantaban los brazos al cielo para invocar la proteccion de los dioses y pedirles su fuego y su cólera contra sus enemigos, desesperados hasta el punto de arrojarse á las ondas del mar en pos de un asilo mas dulce que la patria encadenada, cayendo bajo las armas romanas como bajo la clava del destino, rendidos pero no humillados. César despues de sus dos espediciones, solo habia conseguido de estos pueblos un tributo en

reconocimiento de la soberanía de Roma. Pero este tributo de mal grado rendido, olvidábase bien pronto en aquellos naturales. Y tan cierto es que no daban este tributo, que Augusto reconoció la inutilidad de exigirlo, y renunció á este reconocimiento del poder de Roma por un pueblo bárbaro y oscuro, pues los gastos de la recaudacion escedian á los rendimientos del tributo. Pero Roma no podia consentir que un pueblo se burlase así de su poder, porque no estaba en su pensamiento ceder á ningun pueblo, ni en su destino desmentir la providencia, dejando en pié cruentos cultos. Roma iba á preparar el culto del Dios-espíritu como la Sibila que desde su silencioso templo, y sin conciencia de lo que decia, anunciaba la venida de una nueva religion. Y era necesario que Roma, para preparar el reinado del Dios-espíritu, rompiese, destrozase el ara que destilaba sangre, donde era adorado en todo su horror el Dios-naturaleza. Y así la nueva idea, pura, luminosa, inmaculada, iba hollando los trofeos de las victorias romanas, y alzándose sobre ellos para predicar la verdad y la justicia á los hombres. Era pues, necesario, que Roma no abandonase la conquista de la Gran Bretaña. Claudio, que á pesar de sus grandes crímenes, y de su reconocida imbecilidad, tenia en el trono esa intuicion que el espíritu de Roma daba á todos sus representantes, trató de purificar la tierra del culto druídico, arrojándolo del nido de encinas que se habia formado entre las ondas de los mares. A este fin, mandó allí sus procónsules y sus legiones. Alguna resistencia opusieron los régulos del país, pero resistencia inútil, porque bien pronto las armas romanas los precipitaron en el polvo. Roma vió con asombro entrar por sus puertas encadenados á reyes de la Bretaña, de aquella isla, que Roma creia un mundo desconocido é inmenso. Caratac, régulo de Bretaña, á los piés de Claudio, rendido, le pedia la vida. Claudio, siguiendo la política tradicional de Roma, se valia de estos reyes, para aherrojar á los pueblos. Y de esta suerte, poco á poco se venian á tierra los altares ensangrentados, y espiraban los dioses antropófagos.

El gran peligro para Roma estaba á las orillas del Rhin. Allí se condensaba una nube, que habia de asestar sus rayos sobre el Capitolio, y habia de borrar á Roma de la faz de la tierra. De vez en cuando esta gran tempestad, que Dios guardaba para el dia de los grandes castigos, reflejaba algun lejano relámpago sobre la frente de Roma. La reina de las naciones sentíase herida, y un presentimiento vago de su próxima ruina atenaceaba sus entrañas y mordia su

corazon, y en su amargura enviaba á sus hijos á contener aquel grandioso y devastador torrente. Despues de un siglo todavía mostraban los romanos con horror los campos pútridos, donde los Cimbrios, avanzadas ligeras de los pueblos germanos, habian hallado muerte, merced al heroismo de Mario; pero muerte que indicaba claramente cuánto de vida habia en el seno de aquella formidable raza, eterna enemiga de Roma, y su rival si no por la inteligencia, por la fuerza y por las armas. Allende el Rhin en aquella inmensa inesplorada soledad, entre bosques y riscos, se encendia este pueblo, á quien los galos en su terror habian llamado germano por su furor guerrero; pueblo, cuya cuna era un carro de guerra, cuya infancia una disciplina y apercibimiento perenne para el combate, cuyo patrimonio una espada y un escudo; pueblo, que tenia por única diversion y recreo saltar sobre las puntas de las lanzas y deslizarse de lo alto de las montañas en sus anchos escudos; que adorando á Dios en la inmensidad, en los bosques, en las fuentes, en la naturaleza, sin darle ninguna forma humana, conservaba su espíritu libre de la idolatría; que sin agarrarse al suelo y á la patria, volaba de un punto á otro llevado por su instinto guerrero, verdadera voz de su destino; que no se degradaba bajo ninguna aristocracia sacerdotal, ni se hundia en ningun linaje de esclavitud; en sus mujeres hallaba fuertes heroínas, dispuestas á señalarse siempre en el camino de la guerra y á decirle que es preferible la muerte á la esclavitud; que no tenia sosiego, sino cuando respiraba el vapor de la sangre y oia la música salvaje formada por los combates; pueblo, en fin, rubio, de ojos azules, blanco, de larga cabellera, que mostraba en sus brazos fuerza para destruir un mundo, y en su sereno rostro apacibilidad para dejarse dominar de una idea; pueblo, que Dios guardaba en sus designios entre las nieves y las sombras para confiarle la direccion de la historia, el dia en que Roma descendiera del trono de la tierra, enflaquecida y degradada por sus crímenes. Los romanos, que conocian que este era el destino de los pueblos germanos, se oponian á toda costa á su carrera y á sus victorias. César que resumia la humanidad de su tiempo en su alta inteligencia, trata de cortar con aquella su invencible espada esta continua corriente de pueblos bárbaros, cuyo poder y fuerza desconocia, pero cuyo destino providencial histórico en su alta intuicion adivinaba. Los galos le referian con horror que alguna vez las tribus feroces de allende el Rhin atravesaban el rio, y se lanzaban sobre sus campiñas, talándolas, destruyendo sus chozas y sus villas, disper-

sando y esparciendo sus huestes, y dejando por todas partes como una huella inestinguible de lágrimas y sangre en pos de sus terribles correrías. Los romanos, á su vez, habian advertido que aquellos pueblos formaban dos grandes confederaciones que unidas podian caer como un inmenso témpano de hielo sobre el altar donde ardia el fuego de la vida del mundo, y para evitarlo, Druso se arrojó con sin igual esfuerzo entre ambos pueblos: empresa temeraria, porque era difícil, si no imposible, cortar la corriente de aquellas razas; empresa, en la cual tuvo que contenerse porque un instinto superior le decia que allí podia perder sus gigantes alas el águila romana. Y el peligro era tan cierto, que un dia Varo quiso arrojarse á enfrenar aquellas feroces tribus, y todos sus soldados perecieron en la demanda; desgracia horrible, que heló á Roma, que derramó espanto y terror en todos sus habitantes; que afligió de tal suerte al emperador, que al saberlo quiso, en un rato de dolor, estrellar su frente contra las columnas de su palacio. Un hombre estraordinario, un bárbaro de elevado pensamiento, abrazó en su mente la idea colosal, gigantesca, de unir aquellas razas de disciplinarlas, pero como esta idea era contraria al espíritu y al carácter de los pueblos germánicos, fué asesinado; y asesinada en él la gran liga de los bárbaros. Lo cierto es, señores, que la reina de las naciones no podia gozar en paz sus victorias, miéntras temiese ver á cada instante apareciendo sobre la cumbre de los Alpes como furias evocadas del Averno, aquellos hombres sangrientos, feroces, cuyos aullidos atemorizaban al mundo. Germánico habia conseguido grandes victorias sobre estas indómitas razas; pero la política de Tiberio le arrancó á sus triunfos, por miedo de que una gloria tan grande eclipsara su poder: que los celos son la enfermedad de los tiranos. Tiberio seguia con los bárbaros su política astuta; porque aquel hombre no habia nacido para las grandes empresas, sino para llegar como la serpiente por caminos tortuosos al cumplimiento de su voluntad, al término de sus deseos. Así es, que viendo que con la guerra echaba un cebo al furor de los germanos, mandó á sus legiones pasar el Rhin, aposentarse en la ribera opuesta, velar sus armas, y aguardar allí á que las razas bárbaras no teniendo un enemigo comun y poderoso á quien combatir, volvieran contra sí mismas sus armas sedientas de sangre, y evitaran así á Roma el trabajo de sostener un eterno combate en aquellos umbrosos bosques. Calígula, que todo lo fantaseaba y exageraba, en un rapto de locura, creyéndose un general como César, llevado de ese amor á lo imposible, que era su enfermedad, quiso atajar el paso á los germanos, se armó de todas armas, atravesó los Alpes, se dirigió á las Galias, arrojó al viento palabras de guerra, de ira, de entusiasmo, fingió que iba á volver al Capitolio con los capitanes de aquellas razas encadenados á su carro; pero, como en medio de estos alardes, le sorprendiera la noticia de que los germanos habian atravesado el Rhin, se espanta, no sabe dónde esconderse trata hasta de fletar un barco, para que le llevase á Oriente, léjos, muy léjos de los bárbaros, porque ni Roma le parecia un asilo seguro á su terror. Claudio no imitó la conducta de Calígula; ántes restableciendo la antigua política de Tiberio, mandó á sus capitanes que no acometiesen á los bárbaros, y que los dejaran desgarrarse mútuamente, sin mas que velar por la seguridad de las orillas del Rhin. Y miéntras Roma seguia esta política, los bárbaros se acrecentaban, sus huestes se apercibian con una continua disciplina á grandes combates, y ávidos como todos los pueblos nómadas, que aparecen privados del natural amor á la patria, ávidos de hollar nuevas regiones, y respirar nuevos aires, soñaban allá en el fondo de sus bosques sombríos y de sus pantanos, con una tierra dulce, tranquila, hermosa, cubierta de flores, cargada de riquezas, muellemente reclinada á orillas de un mar apacible y sereno; ornada con todas las riquezas y todas las maravillas del arte; tierra, que destilaba vino y miel, y tenia hermosísimas mujeres y hombres débiles y afeminados; tierra, que al ver la espada de los bárbaros relucir como centella sobre las cumbres de los Alpes caeria sin fuerzas sobre su lecho de rosas. Tal era el pensamiento que Dios habia depositado con su soplo inmortal en aquella raza, para renovar la vida del mundo, y continuar la trama nunca interrumpida de la historia.

Pero no era el Rhin la única puerta por donde la barbárie amenazaba á Roma; el Danubio tambien escondia tras sus riberas pueblos bárbaros, que estaban, nuevos cíclopes, forjando en sus yunques rayos contra la reina de las naciones, rayos, cuyas chispas se veian brillar como una perpetua amenaza del cielo en tan oscuros y dilatados horizontes. Un hormiguero de pueblos inmensos se estendian de un lado á otro del Danubio, recostados muchos de ellos en las vertientes de los Alpes, otros perdidos en los pantanos y en los desiertos, los mas ocultos en desiertos inesplorados é inesplorables, donde el romano temia encontrar terribles rotas como Varo las habia encontrado en la Germania y Craso entre los Parthos; de suerte, señores, que de aquellos pueblos solo se tenian las noticias dadas por los historiadores grie-

gos, que los pintan feroces, indómitos, incapaces de toda disciplina, avezados al peligro y á la guerra, amantes de su libertad fiera y salvaje, constituidos en pequeñas tribus, adoradores de la naturaleza, con un sentido religioso bastante puro; dejándose llevar, sin embargo, de la mágia, del sortilegio, y de los conjuros; y tan atrevidos que cuando el cielo se cubria de nubes, y el aire se cargaba de tormentas, y el granizo cubria sus campos, y el rayo despedazaba sus encinas, en medio del fragor universal que produce naturaleza en estos grandiosos estremecimientos, se lanzaban al huracan, y asestaban sus flechas y sus dardos al cielo, desafiando orgullosos y airados al Dios de las tempestades. Estos pueblos se dividen en varias naciones; los Ilirios, los Tracios, los Dálmatas, los Dacios y los Getas. Un dia se levanta entre ellos un hombre estraordinario, que lleva en su frente la eleccion del destino, en sus manos la espada de la victoria, en su pecho amor inmenso á aquellas razas, y como si presintiera el gran proyecto que mas tarde habia de cumplir Atila, llama en su ausilio la mágia, se reviste de resplandores celestes, levanta á su lado un oráculo, invoca lo estraordinario y lo maravilloso, y por un instante logra someter á un yugo comun aquellas razas, y levantar casi una Roma bárbara en frente de la Roma civilizada; pero aquellos pueblos cegados un instante por un fugaz relámpago de gloria, y cediendo pronto á sus naturales instintos, que los llaman al aislamiento, hieren á su señor, sirviendo de esta suerte á sus eternos enemigos. Sin embargo, en estas razas nunca se agota la vida, y siempre se levantan algunos hombres estraordinarios. Roma habia escalonado en la cima de los alpes, y en las orillas del Danubio legiones, que sirvieran como de límite al encrespado mar de la barbarie. Pero en algunas ocasiones, no pudiendo los bárbaros del Danubio sufrir las depredaciones de aquellas huestes, se levantaban feroces en armas contra su poder. De esto nos dan elocuente testimonio los tiempos de Domiciano. Decébalo, jefe de los Dacios se sublevó contra el emperador. Este abandona á Roma, se dirige á los Alpes, llega á las orillas del Danubio ansioso de guerra y de venganza. Pero los que lanzaban sus flechas contra el cielo airado, mal podian temer la ira del hombre. Resisten, y resisten heróicamente á todas las huestes, que contra ellos manda Roma. Sin embargo, estos pueblos, cuando al primer empuje no han vencido, fácilmente se desmayan y vencen. Decébalo manda á pedir la paz, y Domiciano rehuye concedérsela. Entónces los Marcomenos se sublevan, el emperador quiere llevarles la guerra y pide al jefe

de los Dacios la paz, que él mismo habia rehusado. Entónces el emperador, el que se habia creido un Dios y habia cubierto el Capitolio de víctimas consagradas á humear en sus sacrificios, el que tenia en sus manos el timon de la tierra, y en su cabeza la corona de todas las razas, el que veia en el polvo á sus plantas las naciones mas belicosas, los iberos, los egipcios, los persas, los medas, los galos, todos los pueblos mas indómitos; ese hombre con toda su divinidad, con toda su fuerza, con todo su poder; cuando los bárbaros le miraban con terror, y hasta en los últimos límites del mundo se pronunciaba con miedo su nombre; se hace tributario del rey de los Dacios, rey pobre, oscuro, semi-salvaje, y le manda barras de plata, y le pide infamemente la paz, y despues vuelve á Roma y consigue el triunfo, por haber infamado su gloria, por haber vendido su dignidad, por haber quebrantado su incontrastable omnipotencia; y ¡oh mengua! el Senado le concede la corona de laurel, el pueblo le acompaña con sus aplausos, y los poetas cantan sus victorias, y hasta los sacerdotes le queman el incienso guardado ántes á los Dioses; tristes señales, en verdad, de la ruina de Roma.

Aún habia otros pueblos mas bárbaros. Dios tenia enfrenados todos estos pueblos, porque no habia sonado aún la hora de la descomposicion y ruina del mundo antiguo. Mas allá del espacio, que ocupaban los Getas, dilatándose hasta Palus Meotides, se estendian otros pueblos, de ménos unidad que las razas del Danubio, de mas barbarie é independencia que las razas del Rhin. Herodoto ha dejado una descripcion viva y animada de los escitas, de este pueblo salvaje, que habia de castigar á los romanos. Criados en chozas de paja, viviendo como las fieras abandonadas á su instinto, engendrados al fragor de la guerra y los combates, sin mas Dios que un hierro mohoso y sangriento puesto sobre una pira; montados siempre en sus caballos indómitos é impetuosísimos; devorando carne cruda y fresca, bebiendo la leche de alimañas salvajes, librando sus fétidos licores en los cráneos de sus enemigos, llevando siempre á su lado las cabezas cortadas en los campos de batalla, envueltos en las pieles de víctimas humanas adobadas de una manera desconocida y estraordinaria; estos escitas guardaban en la inmensa soledad de sus dominios el castigo del mundo antiguo, y así eran feroces, apegados á sus negras tradiciones, pues á los horrores que hemos recordado reunian el sacrificar los prisioneros de guerra en las aras de su sangriento Dios, y matar familias enteras de siervos sobre la tumba de sus reyes y de sus prín-

cipes. Y cercanos á estos pueblos se alzaban tambien los piratas del Cáucaso. Estos hacian unas barcas particulares cubiertas, y en ellas se arrojaban á las ondas, cuando mas arreciaba la tempestad y do quier el viento los impelia, allí ejercitaban su rabia y su furor, volviéndose á sus cavernas cargados de despojos. Roma, en realidad, nada podia temer de estas razas, porque para llegar á sus muros tenian que atravesar muchos pueblos tambien bárbaros, escalonados como un gran ejército que espera solo la señal y la hora del combate.

Pero, señores, ántes de concluir debo hacer una advertencia respecto á estos pueblos, que estimo oportuna, muy oportuna. Ellos habian de formar toda la trama de la historia moderna. En toda la civilizacion hay dos elementos; la unidad de la vida social y la variedad de la vida individual. Los pueblos germanos debian traer estos elementos, la variedad de la vida individual para que se viese que cada paso que da la historia es un paso hácia la libertad del hombre; y la unidad de la vida social, para que se viese que la obra maravillosa del Imperio romano de ninguna suerte podia perderse en una hora fatal para el mundo. La idea de la variedad de la vida, del individualismo, debian aportarla á la historia contemporánea los pueblos de las orillas del Rhin, los pueblos descritos por Tácito; al paso que la unidad social, la vida uniforme de la especie, debian representarla los pueblos de las orillas del Danubio, mas disciplinados, mas orientales, los pueblos descritos por Amiano Marcelino. De esta suerte preparaba Dios la trasformacion lógica y necesaria del mundo.

Pero es necesario estudiar otras regiones, que pertenecen mas por la historia, á los tiempos que voy narrando. Hablo de la Armenia. El monte Ararat, centro de esta region, era como el núcleo de todas las grandes cordilleras, que se esparcian por toda el Asia Menor. De sus montañas bajaban el Tigris y el Eufrates, esos rios que han guardado en su seno tantos misterios de religiones y de Imperios; y en sus aguas han arrastrado tantas lágrimas de pueblos y de esclavos. Estas regiones montañosas, pero de una situacion admirable, servian como de nido al espíritu poético de Grecia, para seducir á la raza semítica. Así es, que la sirena griega escondida en aquellos trasparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir al austero semita. Los hebreos, que á la vista de su templo no hubieran sido capaces de un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia á reposar bajo sus cedros, y oian el cántico eterno del espíritu griego que habian dejado los Seléucidas encerrado en

aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevaricaban y ponian en olvido el altar y el Dios de sus padres. Y como el espíritu griego, por una ley general de la historia debia filtrarse en las venas de Asia, para devolverle la vida que de Asia habia recibido, no pudiendo penetrar por las puertas del templo de Salomon cerradas á toda idea estraña, derramaba sus caudales en los desfiladeros de Armenia para que los pueblos asiáticos templaran su ardiente sed de lo infinito, en las mismas corrientes de su vida purificada por el maravilloso genio helénico. La Armenia habia sufrido varias trasformaciones en su historia. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada de los persas era para aquellos pueblos como el cayado del pastor para sus ganados. Pero como la espada persa no podia sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellos montes un nuevo conquistador, que lleva en su frente el sello de la predileccion del destino, y en sus manos cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus lábios palabras de amor para impregnar de un nuevo espíritu aquellos secos aires. Este hombre estraordinario se llama Alejandro. Despues quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los Seléucidas, los sucesores de Alejandro, encargados de velar por la idea, que como un filtro de nueva vida habia llevado el conquistador al Asia. Mas tarde, en aquella larga y oscura historia del Oriente, la Armenia sufre grandes cambios y trasformaciones, ora entregada á los parthos, ora á Mitridates del Ponto, ora á otros pueblos y reyes, pocas veces á sí misma, á su autonomía, á su independencia. La Armenia habia de ser un campo de batalla para Roma. La ciudad eterna tenia á los Germanos del Rhin, á los Getas del Danubio, á los Parthos del Eufrates. Para sujetar á los Germanos habia menester las Galias, para sujetar á los Getas la Panonia, la Iliria y la Tracia; para sujetar á los Parthos la Armenia. Y la razon de estos tres puntos de estrategia militar es sencilla; los necesitaba para tener en paz su dilatado Imperio, para libertar la civilizacion de las irrupciones de la barbarie. Y en efecto, los Germanos, blandiendo sus lanzas, sus espadas; los Getas, lanzando aullidos horrorosos; los Parthos, montados en sus salvajes caballos, con el arco en la mano y el carcax á las espaldas, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y su Imperio, estaban siempre ansiando caer sobre Roma para pisotear sus diademas, fundir en el fuego de su ira aquella su tiránica espada y repartirse sus despojos. Y los Parthos especialmente, cuando poseian la Armenia, comenzaban con amena-

zar temibles las posesiones de Roma. Y en efecto, Artabano, rey de los Parthos, se posesionó de este país, y sacrificó impiamente á Tigranis, que habia abandonado el verdadero Dios, sí, el Dios de los hebreos, para recibir el antiguo espíritu de los Seléucidas. Pero en tiempo de Claudio, el ibero Mitridates se apoderó del trono de la Armenia. Mas bien pronto Rhadamisto, su sobrino, á quien Mitridates habia recibido como un hijo, le ahogó, y se posesionó del trono. Entónces los Parthos proclaman á Tirídates por rey de Armenia. Pero Corbulon, guerrero romano, dice que no consentia que príncipe alguno se sentase en el trono de Armenia, sin haber ántes con toda solemnidad recibido de manos del emperador romano su diadema. Reinaba en este tiempo Neron. Tirídates, convencido de que Roma tenia en sus manos el principio de toda soberanía, la fuerza y el orígen de todo poder, se encaminó á la capital del mundo. Su viaje fué por tierra, y duró mas de nueve meses. Tirídates, montado en un caballo, partióse arrastrando por los campos su púrpura oriental, como para llevar á Roma en los pliegues de sus ropas átomos de polvo de todas las generaciones que Roma necesitaba para formar el cuerpo de la nueva humanidad. Acompañábale su mujer, cuyo rostro iba cubierto con un casco de oro, varios príncipes armenios, tropas de su raza, todo ese lujo que distingue al Oriente. Cuando llegó á Iliria le aguardaban carrozas de marfil que le condujeron á Roma; cuando entró por las puertas de la ciudad eterna, Neron, en traje de triunfo le acompañó, y el pueblo le siguió con sus aplausos y su entusiasmo; cuando llegó el dia de su coronacion, un trono fué levantado en medio del Foro, el emperador vestido de púrpura y seda le ciñó la diadema delante de todo el pueblo: cuando siguieron los festejos por tan estraordinario suceso, Neron, para celebrarlo, entoldó con párpura el teatro, tocó la cítara como un farsante, corrió su carro en el circo como si fuera un gladiador; y cuando llegó la hora de volver al Asia, habiéndose embarcado en Brindis, los pueblos europeos de las orillas del Mediterráneo, las ciudades griegas, las islas cícladas y sicilianas le refirieron sus misterios, le mostraron sus oráculos, le admitieron en sus templos como si vieran en el viaje de aquel rey representada la armonía de dos civilizaciones enteras, la fusion de dos mundos enemigos, la unidad de la especie humana, que todos los pueblos buscaban intuitivamente en esta solemne edad de la historia.

Al lado de la Armenia, se levantaba el gran Imperio de los Parthos. Detengámonos un instante á contemplarlo. Los Arsácidas, sus

señores, hábiles en manejar el caballo y disparar el arco, reyes de reyes, ceñidos con las tiaras que habian llevado los persas, los medos, los babilonios; estendiendo sus dominios desde el Eufrates hasta el Indo; elevados al trono por los sátrapas, sus grandes feudatarios, y por tanto, dependiendo de la voluntad de estos nobles; siempre en la guerra y en la caza, entre festines bárbaros; amenazados de las luchas domésticas que traen consigo los serrallos y las dilatadas familias de los reyes orientales; concentrando la autoridad en sí, pero repartiéndola al mismo tiempo entre mil príncipes, que afilaban en silencio sus puñales para todo linaje de traiciones; menospreciadores del pueblo, que conducen al lado de su caballo á la guerra, y de cuya suerte no se curan; siempre refrenando las ambiciones, que se levantan entre las grandes cortes de sus nobles y de sus príncipes, llegan á componer un estado estraordinario, desconocido, en que se ve al lado del despotismo absorbente, incondicional, guerrero de los pueblos primitivos del Oriente, el feudalismo y el fraccionamiento de los bárbaros pueblos de Germania. Es inútil referir las guerras de estos pueblos con Roma, que nunca llega á domeñarlos; ni las guerras de estos pueblos entre sí, que se reducen á traiciones y serrallos, á venganzas inicuas, á continuas luchas, á tempestades de tormentas desencadenadas por los señores feudales, á remachar la servidumbre y esclavitud en el pueblo, dispuesto á darse la muerte por el mismo señor que le designan los nobles, sus eternos enemigos.

El Eufrates separaba el Imperio Romano del Imperio de los Parthos; pero sus orillas estaban plagadas de árabes, indómitos á todo yugo, indóciles á todo poder, amantes de la vida nómada, verdaderos bandidos derramados por los desiertos. Al Sur de la Palestina erraban los árabes Nabateos, enemigos de los reyes judíos, contra los cuales pedian proteccion á la señora de las naciones, á Roma. Cuando hoy el viajero recorre estos desiertos de las orillas del Eufrates, se espanta de ver en la tierra arenosa que habitaban esos bárbaros; tierra sedienta, ingrata, en que el suelo es infecundo, y el cielo como de bronce; restos de arcos, de columnas, de anfiteatros, de puentes, señales que indican que Roma tenia tanta vida en su pensamiento, que donde ponia el pié, hacia brotar grandes ciudades, venciendo y superando por su ciega confianza en su destino y en su genio, hasta la misma naturaleza. Cerca del Nilo se estendian los árabes nubianos poco temidos, porque eran poco guerreros. Pero al Sur, se estiende un imperio dilatado, rico en tradiciones históricas, enlazado por ideas

comunes y comunes recuerdos con el pueblo hebreo, antiguo amenazador de los Faraones, y en este instante que historiamos, próximo á posesionarse de la Arabia y de domeñar sus tribus salvajes; imperio, que la historia puede conocer, y estudiar bien poco, porque encerrado en su aislamiento apénas tenia parte en la vida universal de nuestra especie, imperio que se conoce con el nombre de Abysinia. Las costas del Mediterráneo africano, pertenecian en verdad á Roma; pero su poder no habia de ninguna suerte alcanzado á tocar el interior de Africa, allí donde habia pueblos salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin nocion de justicia, dados al robo, recluidos en inmensas soledades, ó en cavernosas grutas, asilo de las fieras; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones: que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que el único signo de civilizacion grabado por ellos en el espacio son algunas torres, las cuales les servian como de fortaleza; razas, que aún vagan por las cordilleras del Atlas, por el interior del Africa, á pesar de los muchos civilizadores que han pisado las arenas de sus desiertos desde Omar hasta Almamum, y que aguardan el dia, en que una raza mas privilegiada les lleve la luz de la civilizacion, el néctar precioso de la vida, y las levante por una educacion, superior del fondo de su barbarie á ser razas humanas, capaces de libertad y de derechos.

Hemos concluido esta revista á los pueblos dependientes de Roma, ó enemigos de Roma. Hemos visto el estado, la situacion de todas las razas. Hemos contemplado cómo en el instante mismo, en que la idea cristiana descendia del cielo para unir el espíritu y fortificar la conciencia de la humanidad, los pueblos se unian, los pueblos se acercaban unos á otros, empujados por las legiones romanas. Todas las ciudades, que habian contribuido á esparcir alguna idea grande y progresiva en la conciencia humana, se unian; Jerusalen, que habia dado la idea de Dios; Atenas, que habia esculpido la idea del hombre; Alejandría, que habia interpretado todas las teogonías del Oriente; Roma, que habia reunido y disciplinado todas las razas de la tierra. El mundo callaba como para oir una verdad que todos aguardaban, que nadie conocia, y que el cristianismo llevaba en su seno. Los profetas paganos sentian que aquel mundo tan inmenso y tan uniforme habia menester un espíritu mas alto de libertad y de justicia. Séneca buscaba sobre los dioses del paganismo, sobre los séres individuales y fraccionados de la naturaleza, sobre los cielos y las estrellas un Dios de justicia; Lucano, al pulsar las cuerdas de su robusta lira, no pedia inspiracion al genio pagano, que habia iluminado la frente de todos los poetas desde Homero hasta Horacio, sino á un genio inmortal oculto en la conciencia humana; Tácito levantaba sus ojos al cielo pagano, y lo veia como de bronce á las oraciones y á los clamores de los hombres, vacio de toda divinidad, lleno de sombras; Roma no venia en el Panteon, en aquel templo de todos los dioses, una relijion, una teogonía, sino trofeos amontonados de sus victorias, señales de su soberanía sobre toda la tierra. Y Roma no conocia que su trabajo de unidad, de armonía, no era para sí, no, era para otra idea mas alta, para la idea cristiana.

Hemos visto cómo Roma habia realizado la unidad de la especie humana; atando á su carro los grandes guerreros del mundo antiguo, los españoles, feroces y altivos galos, los dacios y los ilirios, todos los grandes pueblos que se estendian por los Alpes y los Pirineos; hemos contemplado á la ciudad eterna, recibiendo en su alma la inspiracion divina de Grecia, trasformando en su pensamiento la filosofía clásica, pulsando la lira de los antiguos poetas, recojiendo las hojas de laurel que caian de la corona de los dioses y las musas; la hemos visto interpretar los oráculos del Egipto, recojer las ideas de Alejandría, aspirar los aromas de Cyrene, ceñirse la frente de flores en el Asia Helénica; y á pesar de tanta gloria, de tanto poder, de esta soberanía inquebrantable y cuasi divina, la hemos contemplado triste, zozobrosa, velando siempre á las orillas del Rhin, del Danubio, del Eufrates, temiendo las nubes que allí se condensaban, cortando el paso á los Germanos, á los Getas, á los Parthos; pero con el triste presentimiento de que su imperio se deshacia, á pesar de su fortaleza, para abrir paso á una nueva humanidad, á otra gran civilizacion. —He dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CRISTIANISMO
EN EL SIGLO PRIMERO.

LECCION CUARTA.

Señores:

Hemos estudiado en el siglo primero el estado de Roma y el estado del mundo. Pero el mundo pagano en sí no constituye, no puede constituir toda la civilizacion de esta edad. El mundo pagano sentia en sí como un desfallecimiento que le obligaba á pedir un nuevo principio de vida, un nuevo elemento de progreso. Las sociedades espresan por signos infalibles, como los individuos, el instante en que el frio de la muerte se estiende sobre su cuerpo, y la sombra de la duda por su alma. Y aquella paz del mundo pagano, en tiempo de Augusto, que todos han considerado como una señal de vida, era en realidad una señal de muerte. Cuando la gran lucha entre los elementos orientales y griegos concluyó, cuando enmudeció la tribuna, cuando la filosofia buscaba instintivamente un nuevo Dios en el cielo, una nueva idea en la conciencia humana, cuando los templos estaban desiertos y los oráculos mudos, solo una idea nueva, una idea pura, una idea descendida del cielo como un rayo del sol, podia levantar á la humanidad de su abatimiento y abrir nuevos espacios á su incesante progreso. La idea religiosa solo podia venir de Oriente. La patria de la religion es Asia, como la patria de la filosofia es Grecia. Y Asia, en uno de sus santuarios, guardaba la única idea que podia servir como de raiz al cristianismo, la idea de la unidad de Dios idea cuyo sacerdote era el pueblo hebreo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este pueblo tenia sobre todos los pueblos de la historia una constancia que era su incontrastable fuerza; una fé purísima en la unidad de aquel Dios, que bajo su aspecto moral, era justo y próbido, y bajo su aspecto metafísico, el sér por escelencia; Dios, que ninguna imágen podia representar, que ninguna palabra humana podia contener; Dios, que habia formado en el alto Sinaí un pacto con su pueblo, que el pueblo no podia romper sin ser castigado por la divina cólera; pero sobre esta constancia, sobre esta fé, sobre este pacto solemne, el pueblo hebreo tenia una virtud que le habia de hacer superior á todos los pueblos, dueño de la conciencia religiosa de la humanidad, depositario de las promesas del Eterno, padre temporal del Verbo; y esta virtud era su esperanza en la renovacion de su vida, en el progreso de su raza, en el triunfo del Justo, en el descendimiento á la tierra del que habia de ser su amparo y su salvacion, pues miéntras los demas pueblos de la historia volvian sus ojos á lo pasado, y suspiraban por la edad de oro que habian dejado á sus espaldas, el pueblo hebreo, lleno de esperanza, se espaciaba en el seno de lo porvenir, y se unia mas y mas á su Dios, convencido de que habia de exaltarle y protegerle con el cumplimiento de sus consoladoras promesas.

Un dia el pueblo puso en olvido esta fé y esta esperanza. Su corazon se abrió á la idolatría. Cambió la miel depositada en su alma por el veneno corrosivo de una idea estraña á su civilizacion. La idea de Dios solo centelleaba en algunas almas grandes, en algunos corazones enteros y rectos. Entónces apareció por las montañas un soldado feroz, y cayó con su espada mas poderosa que el rayo sobre Jerusalem. El santuario se conmovió en sus cimientos, el pueblo alzó los brazos al cielo, clamando por su Dios. Pero ya era tarde. Las piedras del santuario rodaron por las plazas y las calles, la peste y el hambre vinieron sobre la ciudad santa, y el terror fué tal, que hasta los pechos de las madres se secaron y no pudieron lactar á sus hijuelos, como si Dios hubiera querido esterminar á Israel. El poderoso conquistador, azote de Dios, arrancó á los hijos de Jerusalem su templo y sus hogares; descalzó sus piés para que sintiera las espinas de la tierra, ató sus manos á las espaldas, y los arrastró por el desierto á las profanas orillas de estraugero rio. El dolor fué como una gran revelacion para el pueblo. En el abrasado desierto se acordó de que solo su fé podia refrigerar su alma; en la soledad comprendió que solo sus cánticos religiosos podian acompañar sus suspiros y sus gemidos. En vano sus amos le señalaban sus ídolos y los templos deslumbradores de Babilonia; el pueblo llevaba á Dios en otro templo mas grande y mas hermoso, en su alma. En aquella tristeza, en aquella desesperacion, en el fondo de aquellos calabozos, mas oscuros que la negra noche de la muerte, allí, donde solo se oia á lo léjos el sordo rumor de las ondas del Eufrates, ó el gemido del viento entre los sauces, allí penetró el rayo del cielo, la inspiracion profética. Los profetas sienten que aún es posible restaurar el templo, que aún es dable volver á orar sobre la montaña de Sion. Las tinieblas que rodean sus cuerpos no caen sobre sus almas, ántes reconcentraban la luz en el seno de la conciencia. Sus manos, comprimidas por las cadenas, se levantan hácia Jerusalem; sus ojos, cegados por una eterna oscuridad, ven la luz que baja de las montañas; sus oidos, heridos por los lamentos, aún sienten las ondas del Jordan y el arroyo de Cedron; sus almas atribuladas, aún respiran en el seno de la esperanza. Pero no es una esperanza vaga y mística, no, es una esperanza de restaurar el templo, de afirmar la legislacion, de sacar al pueblo del cautiverio, de esclarecer en su alma la nocion divina, de tornar á los tiempos de Moises, de hacerle concebir mas claramente la venida del Justo, del prometido á las naciones.

Por fin, la esperanza se cumple. La tribu de Judá vuelve á sentarse sobre las montañas de Sion. Todos los que no adoran al verdadero y único Dios, son separados de su contacto. El culto se concentra en Jerusalem. Allí han de ir todos los hijos de Dios á ofrecer en sus aras el becerro y todas las víctimas. La tribu de Judá fué el sacerdote de Dios. Es verdad que Efraim se apartaba del verdadero culto; pero en cambio los samaritanos se acercaban al templo. El pueblo habia adquirido en el cautiverio una fé mas pura, habia dejado en sus calabozos aquella movible sensibilidad del niño, que le llevaba á dejarse halagár y seducir por el falso cántico de la idolatría, y habia fortificado lo que era su salvacion, lo que era el secreto de su vida y la esencia de su alma; su dulce y consoladora esperanza. La educacion religiosa se estendió mas por el pueblo. Los antiguos profetas eran leidos en la plaza pública y mantenian viva la llama de la fé. La historia formaba parte de la educacion nacional. El pueblo curaba las heridas abiertas por la reciente servidumbre con el bálsamo de los recuerdos de lo que padecieron sus padres en Egipto. Su corazon se llenaba de esperanza oyendo las victorias de Moises y de Josué. Así conquistaban el suelo patrio por las armas del espíritu; así levantaban una patria ideal, á do volvian los ojos arrasados de

lágrimas sus hijos, aunque estuviesen dispersos. Su sinagoga se alzaba como un templo, como una escuela á los ojos de todos los hebreos. De esta suerte conservaban la pureza del culto, que debia ser la semilla del cristianismo.

El destino de Israel era conservar su fé pura hasta el dia en que de esa fé brotara la idea religiosa de la nueva humanidad. Para separar el pueblo de todo contacto con los pueblos estrangeros, nacieron los fariseos. Esta secta, á pesar de que su doctrina era la tradicion, de que sus interpretaciones se atenian á la letra de la ley mas bien que á su espíritu, de que su ciencia se perdia en un casuismo muchas veces ridículo, conservaba la religion hebrea libre de todo influje pagano, el pueblo salvo de todo contacto estrangero, la ciencia incólume y léjos de toda escuela filosófica, el amor patrio encendido en todos los corazones, la Sinagoga levantada sobre todas las tempestades; y así, cuando los pueblos conquistadores pasaban á su lado en rápida carrera, como las ondas de arena arrastradas por el Simoun, los fariseos sostenian á Jerusalem que se elevaba serena como la palmera en el desierto, como el cedro en el monte; y cuando los seléucidas arrasaron los templos, y prohibieron el culto, y pisotearon las piedras del santuario, los fariseos engendraron una raza de héroes, que sobre la colina de Sion oiera el grito de la libertad al pueblo escogido; y cuando los romanos avanzaron al Asia y estendieron las alas de su águila sobre el templo de Salomon, los fariseos lucharon desesperadamente, y si cayeron aplastados bajo la maza incontrastable de Roma, mostraron haber sido á su idea y á su destino fieles hasta la muerte. Solo cuando Jesucristo apareció en Jerusalem, los fariseos se engañaron, y apegados á su doctrina desconocieron al Hijo del Hombre. Entónces como su idea era un obstáculo al plan divino de la historia, un mentís á la lógica de los hechos, los fariseos decayeron, y se mostraron corrompidos y viciosos. Volvemos á repetirlo, en el continuo oleaje de los hechos, en la inmensa série de las ideas, así se pierden, así se acaban todas las instituciones, todas las escuelas, que no sirven al progreso.

Frente á frente del Fariseo se levantaba el Saduceo. Así como los fariseos conservaban la antigua disciplina de Israel, su religion, su Dios, la pureza de sus dogmas; los saduceos estendian el espíritu de Israel por todas las razas, transigian con los pueblos enemigos, se postraban ante la tiranía de los hechos, mezclaban las tradiciones de aquella su nacion única en la historia con las tradiciones de todos los

pueblos de la tierra. Ellos creian que el instinto de conservacion de la raza farisáica era dañino á los dogmas, porque los petrificaba; y creian tambien que la esperanza de una resurreccion era ilusoria y quimérica. Bossuet nos refiere que no creian los saduceos en la inmortalidad del alma, que no esperaban otra vida mejor allende el sepulcro, ni siquiera aquella vida de tinieblas reservada á los judíos hasta el dia en que el Salvador viniera á encadenar á la muerte. Así los saduceos, plegándose á los hechos, dejándose llevar por su empuje y movimiento, como la hoja caida en la corriente, fueron aliados de los persas, cortesanos de los seléucidas, esclavos de los romanos. Cuando el culto de la luz se levantaba sobre el altar del Dios único, en aquella luz adoraban la ciencia de Yhowath; cuando el canto de las divinidades paganas resonaba en el Jordan, en Jericó, en las calles mismas de Jerusalem, confundian su Dios-espíritu con el Dios-naturaleza, adorado por los griegos; cuando los Macabeos hacian brillar sus espadas contra los enemigos de su Dios, ellos iban á besar humildemente los piés de sus enemigos que habian hollado las leyes de sus padres; cuando Herodes se alzaba á destruir la antigua República teocrática y sagrada, eran cómplices de Herodes; cuando el carro triunfal de Roma crugia sobre las piedras de Palestina, iban á presentar sus manos á las cadenas romanas, prefiriendo siempre esa muerte deshonrosa que trae consigo la esclavitud, á esa vida gloriosísima, que se esconde en el seno de una heróica y buena muerte. Digan lo que quieran aquellos que tratan de medir la historia escepcional del pueblo hebreo por las ideas aplicables á todos los pueblos; los que trataron de guardar aislada la luz, esos acertaron, y los que trataron de sacarla del santuario, esos erraron á los ojos de la filosofía y de la historia. La luz se hubiera perdido en los altares de Astarte, se hubiera convertido en un rayo de la corona de Júpiter, se hubiera apagado al violento empuje de los huracanes romanos, se hubiera confundido en el caos de las escuelas de Alejandría, ó en el Panteon universal, donde espiraban todos los antiguos dioses, si no la hubiera guardado contra todos los huracanes, contra todas las guerras, el instinto sublime de la conservacion, que Dios puso en su pueblo elegido, en el pueblo hebreo. A los saduceos pertenecia Caifás, que miraba de hito en hito los ojos del gobernador romano para conocer su voluntad, y seguirla; de los saduceos era Josefo, aunque se llamaba fariseo; Josefo, que prefirió contar á las generaciones las desgracias de su patria á morir entre sus ruinas. El saduceo desmentia el destino de su raza.

Era necesario, sin embargo, que la humanidad conociese el camino por donde habian los hombres de buscar al verdadero Dios; ó por donde el verdadero Dios habia de buscar á los hombres. Este destino de abrir el mundo oriental, templo cerrado, al mundo occidental, fué admirablemente cumplido por Alejandro. Su espada llamó á las puertas de Oriente, y las puertas de Oriente se abrieron de par en par para recibir el genio victorioso de la humanidad. La entrada de Alejandro en el Oriente es como una trasformacion del genio de la historia. Aquel templo misterioso habia dado de sí muchos dioses, muchas teogonías; pero los dioses habian visto esclavos, nunca hombres; habian oido las plegarias de sus sacerdotes, nunca el grito audaz del pensamiento humano. Era necesario que la mitad de la historia no se perdiera, que la idea trabajosamente engendrada en el Asia no se evaporara como las emanaciones de sus lagos, como las esencias de sus flores. El hombre, sí, el hombre debia ir allí á celebrar su reconciliacion con la naturaleza, á recibir en su alma el beso amorosísimo de Dios. ¿Para qué crecian aquellos gigantescos árboles y se criaban aquellos sabrosos frutos, y abrian sus cálices aquellas hermosísimas flores, y arrastraban sus caudales aquellos inmensos rios, y flotaban en aquella atmósfera tantos séres, el aroma de tantos bosques, el fuego de tantos sacrificios, el alma de tantos dioses, si todo aquel mundo era como un mundo aéreo, fantástico, miéntras no entrara en su seno el hombre, el verdadero hombre, sí, el hombre de Grecia á interpretar todos aquellos pensamientos, á comentar aquella ruda historia, á recoger el espíritu de aquella civilizacion? Alejandro entró, y Alejandro despertó la vida, el alma inmortal en el seno de aquel mundo, porque llevaba en sus labios la idea humana, que era la idea de Grecia, como el Oriente guardaba en sus templos la idea divina, alma de toda su civilizacion. La idea divina y la idea humana se buscaban instintivamente en el mundo cuando Dios preparaba las vías para la venida de su eterno Hijo desde el cielo. Así que Alejandro abrió el camino á las razas, los griegos comenzaron á internarse en Oriente. Allí, el templo de Jerusalem les sorprendió, como si presintieran que de aquel templo habia de salir la idea, heredera de toda la historia futura. Y al mismo tiempo los judíos sentian deseo de ver el mundo griego, de esparcirse en otros horizontes; y apoyados en su báculo, ceñidos los riñones en señal de pureza, llevando consigo el libro de sus padres, el testamento de su Dios, iban de region en region, hasta que llegaban á las rientes campiñas de

Grecia, á las islas mas hermosas del mar de la Jonia y del mar Egeo; y en aquella tierra, donde habia brotado natural, espontáneamente el paganismo, en la cuna de todas las divinidades griegas, allí donde habian sonreido Venus en el mar, Cibeles en la tierra, Juno en los aires; en medio del universal antropomorfismo, que ponia un Dios, un genio en cada gota de agua, en cada hoja del árbol, en cada matiz del cielo, en cada destello de la luz, allí los hijos de Jerusalem, los semitas severos, menospreciadores de la naturaleza, levantaban el Dios único, ante el cual la tierra es como una sombra vaga; y con esta idea tan contraria á todas las religiones indo-europeas, preparaban el mundo y la conciencia á sufrir la trasformacion mas grande y mas maravillosa que há presenciado la historia.

Dentro del mismo pueblo hebreo sentianse las señales de un cambio religioso, de un nuevo rumbo en la direccion de la vida. Los espíritus estaban sedientos de paz y anhelaban por un Dios de amor, El Dios de los hebreos era un Dios de venganzas, el Dios del castigo; su voz era mas pavorosa que el estampido del trueno en las concavidades del cielo y que el rugir del leon en la soledad del desierto; su mirada encendia el universo como el relámpago; su diestra estaba siempre apercibida para descargar el rayo; su nombre quemaba el lábio del mortal, y su aparicion confundia en el polvo y en la nada la tierra y todos los mundos; porque aquel Dios solo tenia presente la primer culpa del hombre, que habia degradado en el Paraiso la divina imágen impresa por el beso creador en su espléndida alma; porque aquel Dios era como un implacable juez, y el hombre como un reo que temblaba siempre bajo el peso de su culpa y sus remordimientos. El hombre necesitaba un Dios que fuese Dios de amor; necesitaba un Dios que secase sus lágrimas con un nuevo beso creador, que recogiese sus amargos suspiros, dulce como las brisas, que le acariciase como la tierna madre acaricia á sus hijos, que se compadeciese de sus dolores y lavara sus culpas; porque despues de aquella larga peregrinacion por la tierra en que habia llovido de sus venas torrentes de sangre, despues de su martirio incesante, infinito, hora ciertamente era ya de que Dios mandase su único hijo, y convirtiera la ley antigua del castigo y de la venganza en la nueva ley del perdon y del amor. En Israel sentiase la suprema necesidad de esta nueva revelacion, de esta nueva ley de amor y de esperanza. Del seno del pueblo tan unido y disciplinado se habian desgajado sectas, individuos que formaban como una familia aparte. Estas sectas indicaban el naci-

miento de un carácter particular, desconocido, del individualismo. El Dios bíblico, el Dios verdadero no se habia revelado á la humanidad se habia revelado al pueblo. No escogia para su tabernáculo el individuo; escogia toda la raza de Israel No era el Dios del hombre, era el Dios de la nacion. A la nacion hablaba, á la nacion dirigia sus promesas á la nacion sus esperanzas. Así todos los hijos de Judá formaban como una sola familia, como un solo individuo. Pero los muchos dolores, las grandes penas que agitaban á Israel, hicieron nacer en el corazon de algunos de sus hijos el sentimiento del individualismo. Pero este sentimiento saludable, exagerado en su orígen, dió de sí sectas, que se maceraban en la soledad para atraer la misericordia de Dios, y su infinito amor. En aquel pueblo de Judá tan unido, tan disciplinado, tan uniforme, se levantaba una secta, cuyos discípulos habian abandonado unos las armas, otros la ciencia, otros el sacerdocio mismo, y apartados del sentido social y religioso de los hebreos, perdidos en la soledad de los desiertos, dados al culto del dolor, humildes, pobres, pero libres, santifican la miseria, odian y condenan la guerra, destruyen el egoismo de razas, reciben adeptos entre los hombres mas virtuosos y mas pobres, exaltan la caridad y el amor al prójimo, se condenan al celibato como si no quisieran engendrar hijos hasta que tuvieran la seguridad de ser mas felices que sus padres, y si bien admiten errores de los saléucidas y de los saduceos, preparan el corazon á la verdad con sus dulces y consoladoras esperanzas.

No eran solamente estas sectas las que esperaban en el Mesías. Esperaba todo el pueblo del Señor con anhelo sin fin. El Mesías era su salud, el Mesías su salvacion. Los místicos creian ver venir de nuevo á Elías en su carro de fuego á traer sobre la tierra la paz y la salud del Señor. Los patriotas aguardaban un restaurador político, que recogiese del polvo la corona de David hollada por los griegos y los romanos. Los históricos creian que la casa de Jacob aún habia de dar mas reyes á la tierra, mas glorias al mundo con la venida del restaurador de su nombre. Los guerreros se gozaban en pensar que Dios habia de venir sobre la tierra en la persona de su hijo, sentado en nubes ardientes, con el rayo en la mano, y una corona de fuego en la cabeza, precedido del trueno y del relámpago, acompañado de legiones de ángeles esterminadores que blandieran espadas sangrientas, llevando tras de sí la peste, el hambre, la guerra, para aniquilar á los enemigos de su pueblo, á los que habian profanado el templo, á los que habian salpicado de sangre el altar, y despues de haberlos

aniquilado, levantar sobre sus huestes y sobre los restos de sus tronos al escogido de Dios, al pueblo de Israel, único depositario de su amor, único objeto de sus promesas. Los que encerraban un sentido religioso mas puro, los judíos espirituales, como los ha llamado la ciencia eclesiástica, creian ver venir un hombre, en quien se uniria un carácter divino, á restaurar moralmente á Israel, castigando á los malvados, enalteciendo á los justos, dispensando una nueva enseñanza, resarciendo de sus largos dolores al pueblo, resucitando el sentido puro y abandonado de la ley, erigiendo una nueva mística Jerusalen, para llevar á sus hijos á otra vida mejor, para darles la posesion entera de Dios, para conducirles á un eternal descanso, para refrigerar sus labios con el rocío de una nueva vida infinita. Lo cierto es que la esperanza en un Mesías, en un enviado del cielo, en un hijo de Dios era una esperanza universalmente estendida en Israel, cuando apareció el hijo del hombre, una esperanza celeste, que se reflejaba en todas las conciencias, que latía en todos los corazones, que se respiraba en el aire, que trascendia hasta el pagano Occidente.

La esperanza mesiánica tiene una gran personificacion al aparecer Jesucristo en la historia. Esta personificacion estraordinaria es San Juan Bautista. Apartado del mundo, recluido en el seno del desierto, vestido con pieles de animales, sin mas vivienda que la concedida por la providencia á las aves y á las fieras, macerado, acariciando siempre la esperanza en el Redentor que habia de venir á levantar á Israel, San Juan es el que va separando los abrojos del camino, el que llama la atencion de los pueblos hácia la buena nueva, el que anuncia con sus palabras y con sus virtudes el reino de Dios, el que conmueve el pueblo caido en profundo abatimiento moral y religioso, el que predica la fé á los tíbios, la enmienda á los descarriados, el que anuncia á los fariseos la para ellos terrible verdad de que el pueblo de Abraham será herido por Dios, si desprecia á su enviado, porque Dios sacará un nuevo pueblo hasta de las piedras del desierto, en una palabra, el que rasga la nube teñida de indecisos matices, en que los profetas habian envuelto al Justo, y desde las orillas del Jordan, en toda su claridad lo predice á las naciones. San Juan es el último de los Profetas. De él dijo Jesucristo: *Amen dico vobis, non surrexit inter natos mulierum major Joani Baptista: qui autem minus est in regno cælorum major est illo.*

El que habia de venir, el esperado por todos los Profetas desde Elías hasta San Juan, llama con regalado acento á las puertas de la

vida. Una hermosa mujer lo da á luz en el seno de miserable establo, cuando podia haber tenido por cuna el sol y por cendales la primera luz que brotó sobre el Universo. Es imposible, señores, absolutamente imposible, mirar esta gran figura de Jesucristo, sin sentir la conciencia como abismada en un mar profundísimo de grandes é indecibles sentimientos religiosos. Si el pensamiento de todos los reformadores venidos á la tierra ha sido en su primer aparicion superior á la inteligencia humana, ¿qué diremos de este reformador divino, que trae no una nueva doctrina, sino una nueva vida? Hijo del pueblo, criado como el esclavo en el trabajo, desconocido de los que habia de salvar, perseguido por los tiranos de su patria, insultado por los sacerdotes de su Dios, sin una piedra donde reclinar la cabeza en esta tierra hechura de sus manos, sin un amigo que lea en su frente el pensamiento divino en ella grabado, comienza la predicacion de su doctrina santísima, que es una nueva alma para el hombre, un eterno ideal para la civilizacion, y atrae para sí las muchedumbres maravilladas, y derrama una esperanza infinita en el ácimo del esclavo, del enfermo, del desvalido, del pobre, de todos los que lloran, de todos los que padecen la injusticia en la tierra; y cuando llega la hora de dar un eterno ejemplo á todos los desheredados, abre sus brazos y los estiende en la cruz como para estrechar en su divino seno á la humanidad, y darle la verdadera vida, la vida del alma con su postrer suspiro, con su último aliento. Ved, señores, lo que habia venido á ser el Mesías esperado por los judíos materialistas y carnales. Su palabra mas pavorosa que el trueno se convierte en dulce palabra de amor, su guerra á los enemigos de Judá en lágrimas y oraciones, su rayo vengador en olvido y perdon de las humanas culpas, sus ángeles esterminadores en pobres Apóstoles sedientos de paz y de justicia, su nube de tempestad en una cruz, su diadema de fuego en una corona de espinas, su odio á todas las razas enemigas de Israel en una efusion, en un abrazo eterno á toda la humanidad, su sed de sangre y de esterminio y de venganza, en dar su propia sangre, su propia vida por la salud del humano linaje; porque el Dios de las venganzas se ha aplacado, desde el instante en que cayó su eterna palabra de amor sobre el tempestuoso y emponzoñado mar de nuestra vida.

Señores: Detengámonos á contemplar de nuevo la figura de Jesucristo. Esto podria parecer un retroceso en mis lecciones, y no lo es, señores. En el año anterior arrojé mis ideas generales sobre la época, objeto de mis estudios. En este año debo confirmar esas mismas

ideas, debo demostrar que son leyes reales objetivas, inquebrantables de la historia. Y como la figura que se levanta sobre toda la civilizacion; la figura á cuyos piés se desploma el Templo y el Capitolio; la figura que se ve radiante de gloria sobre todas las ruinas; la figura que contiene y troncha las ensangrentadas armas de los bárbaros, es la figura divina de Jesucristo, nosotros debemos detenernos á contemplarla; porque hemos venido á la vida bajo su manto, y esperamos dormir el sueño de la muerte en su regazo. Jesucristo esplica á sus discípulos y al mundo que su ley no ha venido á destruir la antigua ley, sino á esclarecerla y completarla con otra mas santa doctrina. Así el Salvador plantea su doctrina, separándola de todas las doctrinas de su tiempo. Contra el sentido materialista de los saduceos, predica la inmortalidad del alma ciertamente mas duradera que el cielo y el sol y las estrellas. Contra los fariseos atenidos á la letra de la ley, verdaderas mómias que petrifican la doctrina antigua, robándole su esencia divina, predica el culto del espíritu. Contra los esenios predica la necesidad de salvar al mundo, no retirándose de él, sino yendo amorosamente á buscarle en sus enfermedades y en sus errores. Pero, á pesar de esta diferencia de doctrina, une su ley de amor, su ley de esperanza con la antigua ley, regenera el mosaico con la sávia de su doctrina. La ley antigua es la ley de los símbolos, la ley moderna es la ley de las ideas. Así en el desierto, sobre la montaña, rodeado de sus discípulos, viendo el pueblo que se aglomera para recoger su palabra, Jesus santifica á todos los débiles, á todos los desgraciados, prometiendo á los ignorantes el cielo, á los oprimidos la libertad, á los pobres la posesion de la tierra, á los que han hambre y sed de justicia el pan de la vida para que satisfagan su hambre, el rocío del bien para que sacien su sed, á los limpios de corazon su eterna felicidad, á los pacíficos eterno amor, á los perseguidos injustamente un asilo en sus brazos; y así esplica, y esclarece y amplía la antigua ley, diciendo que sobre el rito primitivo está la conciencia, y sobre el sacrificio de sangre el sacrificio del espíritu; que Jerusalen delante del Señor es igual á todas las ciudades, tanto como la última aldea, como Garizim; que no se falta solo en cometer el delito, sino que se falta con pensar el delito, pues la raiz de toda accion está en el espíritu; que es condenable como el juramento falso el juramento inútil; que delante de Dios y su justicia, no hay categorías, ni reyes, ni sacerdotes, ni pontífices, ni guerreros, ni castas, ni privilegios, sino hombres; que es necesario no ejercer la

horrible pena del talion, ni vengar los agravios, ni perseguir á nuestros enemigos, sino amar á los que nos aborrecer, hacer bien á los que nos odian, orar por los que nos persiguen y nos calumnian, para ser así perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.

Jesucristo viene á fundar el reino de Dios en la tierra, para abrir al hombre otro reino aún mas elevado en el cielo. El reino de Dios es el reino del espíritu, que flota sobre todas las tempestades del mundo, que se levanta como un ideal sobre todos los hechos de la historia. En ese reino entrará la mujer tenida por esclava, por indigna de compartir el espíritu con el hombre, y será una fuente perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era hombre, el esclavo que habia encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se estenderá por todas las zonas de la tierra, y acogerá á todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo del sol que así corona la cima de las montañas como se estiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazon cerrado á la esperanza verdadera y abierto á falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo mas grande en el espíritu; como prefiere su reino de un dia limitado por las montañas y los desiertos á ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio todas las gentes: será escluido de ese reino, como el mal vendimiador fué arrancado de la viña por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y á la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere á la circuncision del cuerpo la circuncision del espíritu, si no levanta sus brazos á Dios, y le bendice por haber mandado á su hijo, no sobre las nubes y los relámpagos y los rayos, sino sobre el ignominioso madero de la Cruz.

Jesus llama á su reino á todos los hombres. Mas para entrar en su reino les exige renovacion del alma, limpieza del corazon. Es imposible, absolutamente imposible ser dignos del reino divino, si no enderezamos en toda nuestra vida el corazon al bien, y la inteligencia á la verdad. La decadencia del mundo moral solo podia curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. Así para prepararse á esta verdad, el hombre antiguo, el hombre del error necesitaba un bautismo poderoso, que lavara las abominaciones de la tiranía, oscuras manchas de su alma. Este bautismo era como el baño en que perfumaba su alma para recibir dignamente al que venia á dar fin á la muerte, y principio á la eterna verdadera vida. Mas para llegar hasta comprender la verdad cristiana, era necesario separar los ojos del mundo, apercibirse á un continuo cruento sacrificio, aislarse de toda vida que no fuera la vida del espíritu, romper todos los lazos que podian atar al hombre á la tierra, pedir la verdad divina en la seguridad de que todo lo demas seria concedido por añadidura, y sustituyendo á la ley antigua inflexible el sentimiento interior del bien, la norma de moral ingénita á la conciencia, el amor á la justicia en la pureza de los motivos, para que no se mezclara de ninguna suerte á nuestra alma, ni una mancha, ni un átomo del tosco miserable barro de la tierra, que pesando sobre sus alas le quitarian el impulso para llegar al cielo. Mas Jesucristo exigia la fé, la confianza en Dios. El mundo habia confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fé es la virtud por la cual se ha de propagar el Cristianismo. Mas la fé se dirige muy principalmente á los desvalidos, á los enfermos, á los desgraciados, á los ignorantes, á todos los que necesitan una restauracion material ó moral. La restauracion del mundo por la fé va á cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los séres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los lábios, y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de las catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz mas viva que todos los resplandores del dia. Jesucristo era el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama á sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la Providencia y de la historia era necesario que la verdad descendiera á la tierra vestida con nuestra carne, ani-

mada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, espuesta á nuestros dolores, á nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas, y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara á todo el hombre, á nuestra carne, á nuestra sangre, á nuestra palabra, á nuestros dolores, á nuestras tribulaciones, á nuestras lágrimas, á nuestra muerte como hablaba al corazon y á la inteligencia. Y por eso Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y tuvo frio en el establo, y hambre en el desierto, y tentaciones en la soledad, y escarnios en su predicacion, y enemigos en su camino, y discípulos que lo vendieran y lo negaran, y miedo en el instante de apurar su cáliz, y desesperacion cuando preguntaba al cielo por qué le habia abandonado, y amargura cuando apuró la hiel y vinagre, y paciencia cuando el pueblo movia con mofa la cabeza diciéndole que bajara de la cruz: y dolor y angustia sobre todos los dolores y todas las angustias del mundo, cuando su cuerpo desfallecido por la última herida de la muerte se desplomaba bajo sus desgarradores clavos, y su alma se exhalaba de sus cárdenos labios con el último aliento de la vida; y solo así pudo decirnos que le siguiéramos hasta el sacrificio como él nos habia seguido hasta la muerte.

Inmediatamente despues de la fundacion de la Iglesia, debian formularse las promesas de la nueva religion á los mortales. El porvenir debia centellear á los ojos de esta religion con luz desconocida y siempre nueva. El primer paso del cristianismo debia levantar en el mundo una guerra sin tregua; pero una guerra en que no sabrian matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debian levantarse, interponerse en su camino, cerrarles todas las vías con fuego y sangre, porque el espiritualismo cristiano habia de destruir y aniquilar la antigua organizacion religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como en consecuencia precisa, la esclavitud de los hombres. La guerra como decia Jesus, la guerra inmediata es la consecuencia de la predicacion de la doctrina; pero guerra en que unos derramarán sangre humana y otros palabras de amor y de consuelo hasta sobre sus mismos verdugos. De esta guerra saldrá la paz. Jesus reconoce que es necesario luchar para que llegue algun dia la hora del descanso. En su doctrina tiene fé, y aún tiene fé mayor, si cabe, en el triunfo de su doctrina. El grano arrojado en el campo brotará con fuerza. El rayo del sol le dará vida, la tierra jugos, las aguas alimento, y hasta el

huracan y la tempestad, y el soplo abrasador lo sazonarán para el dia feliz de la cosecha. Un poco de levadura arrojado en la harina hará la sabrosa masa del pan de la vida, que ha de hartar las generaciones hambrientas de justicia. Sí, Jesus promete que una lágrima suya caida en nuestra vida, una palabra suya depositada en el seno inmortal de nuestra conciencia, una gota de sangre suya infundida en nuestras venas, un suspiro suyo derramado en nuestro corazon, un beso de eterno amor suspendido en nuestros lábios, un reflejo de conciencia caido como un resplandor del cielo sobre nuestra alma, bastarán para matar la injusticia, para encadenar el privilegio, para unir en paz y amor á todos los hombres, para fundar la libertad natural, para restaurar la nocion del bien borrada de nuestra mente; y esta misma confianza tenemos nosotros, hijos del siglo XIX, en que el Evangelio así como ha sido una idea religiosa para los siglos pasados ha de ser para los siglos futuros, ademas de una idea religiosa, que es su principal carácter, una gran idea social, que haga imposible para siempre la servidumbre entre los hombres, dilatando la verdad hasta los últimos límites y las últimas razas de la tierra. Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra, lo que nos guarda Jesucristo. Su mirada se levanta mas allá, y se pierde en el cielo, de quièn es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra, que se llama hombre. La inmortalidad del alma tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad, que mas ha exaltado nuestra naturaleza. Mas para que el alma no caiga en eternas sombras, en fuego eterno, no es necesario que su tránsito por la tierra sea tan puro como el vuelo de la paloma por el cielo, por que el camino de la vida es áspero, los obstáculos muchos, nuestras fuerzas pocas, los dolores incesantes, el cáliz de amargura siempre está rebosando sobre nuestros lábios, y un dia vendrá á resucitarnos la muerte para conducirnos en presencia de nuestro eterno juez, y es preciso que nos encuentre cumpliendo el deber, practicando la virtud, ocupados en el trabajo, que es la ley de nuestra existencia, con la luz de la conciencia encendida y viva, para que así nuestra alma repose eternamente en el regazo de Dios.

Pero la primer pregunta que al mundo incrédulo de aquella edad se ocurre es ¿quién será este hombre que así se levanta sobre los demas hombres? Jesucristo se ofrece desde luego como el hijo de Dios

porque solo siendo hijo de Dios podia restaurar la inocencia perdida, y encadenar el mal por un medio sobrenatural, y con una eficacia incontrastable, porque solo siendo hijo de Dios era la gracia; y al mismo tiempo, Jesucristo se ofrece como hijo del hombre, porque solo siendo hijo del hombre, sujeto á la ley de nuestra vida, podia ofrecer un modelo imitable para el hombre, un ideal adsequible á nuestra flaca naturaleza; porque si como hijo de Dios era la gracia y el cielo, como hijo del hombre era la libertad y la vida. Así Jesucristo debia hacer su obra permanente, y debia asociar á esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un dia en un rincon del espacio el Dios-Hombre, era necesario que su imágen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. En el hombre hay dos fases; una individual, otra social. Para hacer religiosa la manifestacion individual de nuestra naturaleza, Jesus establece la oracion; para hacer religiosa la manifestacion social, Jesus establece la Iglesia. En ella se deben asociar todos los hombres en ella se debe realizar una de las grandes categorías cristianas la fraternidad universal. Así la Iglesia es como la misteriosa lámpara que ha de guardar la esencia resplandeciente del Cristianismo, como el ara eterna donde ha de recibir el Dios de la humanidad el eterno sacrificio espiritual, distinto de los antiguos sacrificios sangrientos. De la Iglesia antigua, de la Sinagoga, solo quedaba cuando apareció el Salvador ritos sin espíritu, ceremonias sin sentido, prácticas sin trascendencia espiritual, un cuerpo sin alma. Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina mision fué confiada á San Pedro, como atestiguan todos los Evangelistas. Para entrar en la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo en cuyas limpias y trasparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su pristina pureza, toda la trasparencia que tenia, cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creacion; y para perpetuarse en la Iglesia es necesaria la comunion del hombre con su Dios, que en la última cena dejó á los mortales su sangre y su cuerpo como les habia dejado en su testamento su espíritu para que se confundieran con Jesucristo, y se identificaran con su doctrina y con su vida.

No se debe, pues, confundir el Cristianismo con ninguna de las sectas de su tiempo. Dentro del judaismo, donde la doctrina cristiana aparece, no tiene mas precedente que el precedente religioso, los símbolos de la ley, las predicciones de los profetas. Pero el Cristianismo no se parece

al fariseismo, porque este es una religion material del sentido, esclusiva egoista, aislada, que nada dá al espíritu y todo á la letra, que hace constituir el bien en las ceremonias y no en las prácticas de la virtud, que busca en el hombre la obediencia pasiva y no la libertad, que no trata de investigar la bondad del espíritu, sino de la devocion esterior, la oracion dicha á grandes voces, el sacrificio celebrado en medio de grande y portentoso fausto, religion hipócrita, que trata de engañar á Dios como engaña á los hombres, religion que es una recrudescencia del mal, porque hace cómplice de sus vicios las ideas mas venerandas y sagradas, religion que ha sido herida de muerte y condenada para siempre por el Divino fundador del Evangelio. El fariseismo, pues, tal como era en tiempo de Jesus, no podia constituir una religion, no podia ser un precedente de la verdad cristiana. Es verdad que habia hecho un gran servicio al mundo conservando puras las ideas de Israel; es verdad que habia elevado al pueblo sobre todos los pueblos de la tierra, dándole aquella constancia sin la cual nunca hubiera cumplido su destino religioso é histórico; pero tambien es cierto, que sobradamente apegado á sus tradiciones, habia vuelto la vista á sus espaldas, habia petrificado su doctrina, y habia hecho de todas las ideas religiosas de su siglo como altares sin dioses, como símbolos sin sentido, como cuerpos sin alma. Y si del fariseismo no se habia derivado el cristianismo, ménos aún podia derivarse del sentido religioso de los saduceos. Estos querian doblegarse ante todas las gentes, miéntras Jesucristo imponia á todas las gentes sus doctrinas. Estos eran como esclavos que obedecen á todos los señores, y su conciencia como el movible espejo de las aguas, que reflejan todos los objetos, miéntras Jesucristo iba á concluir con toda la esclavitud del espíritu, y á derramar en todas las conciencias oscurecidas y empañadas su divina idea. Con la secta que mas relaciones, segun el vulgar sentir, tiene el cristianismo, es con la secta de los esenios. Nosotros no negamos alguna semejanza en particularidades de las dos doctrinas pero no reconocemos paridad ninguna en el fondo. El cristiano como el esenio es humilde, el cristiano como el esenio desprecia las riquezas, el cristiano como el esenio quiere un culto mas espiritual que el culto antiguo, el cristiano como el esenio se aparta de la sinagoga; pero el cristiano tiene sobre el esenio la verdad de su Dios, la ley moral positiva y práctica, el sentimiento de justicia que acoge á todos los hombres, la universalidad de su doctrina superior á tiempos y á climas, y aquel amor á la humanidad que le hará vencer y dome-

ñar todas las fuerzas del mundo congregadas en su daño, porque el cristiano es el dueño de lporvenir y el soldado de Dios. No queremos hablar de las doctrinas religiosas, que habian perdido el sentido purísimo de Israel, no queremos hablar de la Kábala, que era en el judaismo lo que el panteon de Roma en el paganismo, pues recibiendo todas las theurgias, congregando todos los dioses, admitiendo para interpretar sus ideas, la religion de la Persia, de los Egipcios, de los Caldeos, de los Indios mismos, habian hecho de aquella religion ántes sencilla, concreta, clara, un caos, en que vagaban perdidas, aglomeradas, como en un sábado infernal, todas las ideas religiosas del Oriente. No juzguemos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíriritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situacion estraordinaria. El espíritu humeno habia llegado á sus mas altas ideas, á sus mas sublimes concepciones, en la escuela platónica y en la escuela estóica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentia deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa donde libaba su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al panteon todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia del Oriente iba á Alejandría á pedir ausilio á su eterna enemiga la ciencia de Occidente para contrastar la nueva religion; el mundo, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roma; las razas perdian sus instintos de aislamiento y de egoismo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentia en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van á entrar en grandes luchas, cuando van á cumplir grandiosos destines; y en esta situacion estraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su Verbo, el cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho á su hija predilecta, á la sublime humanidad.

¡Feliz la generacion que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas mas luminosas que la estela en el mar, y oir su palabra mas regalada que la fresca brisa sobre la abrasada faz del caminante perdido en el desierto; y contemplar su figura ideal casta, hermosísima; y

recoger su mirada mas dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinacion por la tierra, su amor al pobre, su compasion por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría; y recibir de sus labios, de sus mismos labios tan puros como la primera flor que abrió su caliz sobre la creacion, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una egloga, y profunda é inagotable como no lo fué ni será nunca la mas sublime filosofia, aquella doctrina, que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina que el Salvador daba á sus discípulos sencilla, amorosamente, ajustándose á sus necesidades y á su espíritu como el ave dá á sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y felices los que recogieron aquella eterna palabra, que habia de ser el eterno eje de la civilizacion, la esencia del espíritu! Pero, señores, no nos dejemos llevar de nuestras preocupaciones, no doblemos la frente al materialismo, no creamos mas felices que nosotros á los que vieron á Jesus, á los que tocaron sus ropas, á los que oyeron su palabra; porque nosotros, que hemos oido su voz repetida por diez y nueve siglos, que hemos visto su doctrina triunfando de todos sus enemigos, que tocamos sus obras, que asistimos á su reino, que vemos la mujer convertida a su dignidad primitiva, el esclavo emancipado, la igualdad religiosa y civil garantida, la civilizacion dilatada, el espiritualismo cristiano reinando en la mayor parte de la tierra, somos mas felices, mucho mas felices que los que vieron á Dios, y no le entendieron, que los que escucharon su doctrina, y no acertaron cómo esa doctrina habia de cambiar el rumbo de la historia; cómo esa doctrina, no era solo una nueva teología, una nueva ciencia, sino tambien una nueva vida.

Y en efecto, señores, los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la estension de su doctrina, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua Sinagoga, no tenian valor para apartarse del pié de su altar. Creian que al pisar las puertas del templo, les habia de sorprender y herir el rayo de la cólera divina, si no conservaban puro el depósito de su antigua fé, de su primera doctrina. Así los primeros discípulos á pesar de haber oido aquella palabra de Cristo tan estensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazon, en el cual cabia toda la humanidad; apegados á sus antiguas tradiciones creian que Jesus habia venido á fundar un reino transitorio, á restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron á ver

á los Apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesus no habia venido á renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino á confirmarlo. Creian que Jesus era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra mas en los fundamentos de la antigua Sinagoga. No comprendian que la ley antigua era un símbolo y la nueva ley un espíritu; que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eter no dia, que la antigua ley era un prólogo, y la nueva ley la fórmula última de toda la verdad religiosa. Jesucristo para ellos habia venido á demostrar la verdad de la ley antigua, á manifestar la gloria del Dios de Judá, á afirmar la vida de Israel y estender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividia Israel, muestran con su conducta respecto á los primitivos cristianos cuán fundada es nuestra observacion. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron á los primeros cristianos predicar transacciones con la Sinagoga, se inclinaron, no á favorecer, pero sí á tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalem sujeta á estrangero yugo, como un nuevo espíritu de revolucion derramado en los aires. Los saduceos eran mas enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados á transigir con Roma, temian que Roma, al ver aquella gran agitacion en los ánimos, aquellas estraordinarias luchas en las conciencias, recrudeciese su persecucion y remachase sus cadenas. Así se levantaba, señores, tímidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado á proteger y amparar bajo su benéfica sombra á toda la humanidad.

Los Apóstoles continuaban la inspiracion de su Divino maestro. El cristianismo tenia una fuerza incontrastable, primero por su carácter divino, despues por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la revolucion de la vida y del espíritu. Las antiguas religiones no podian ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducian á la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofia, que por ser mas humana debia ser mas popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates habia conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solian salir á la plaza á predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogian el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo, como las

religiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el cristianismo, cuando Jesus y sus apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinacion por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su Providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto á la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejasen de ser patrimonio de una clase y pasaran á ser patrimonio de todo el pueblo. Hé aquí por qué, aun humanamente esplicado el cristianismo, su doctrina descendió á todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; porque despues de tanto calumniar á las muchedumbres, solo las muchedumbres dan soldados para las grandes luchas y mártires á las grandes causas. Los Apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, esplicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque miéntras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido á la ley, una interpretacion superior á la doctrina, los Apóstoles que habian encontrado la verdad, que habian visto la doctrina cierta, conocian la interpretacion de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecia que el cántico de los antiguos profetas tomaba un carácter mas solemne, y la ley un aspecto mas majestuoso, y la ciencia un sentido mas universal, con esta interpretacion sublime que esplicaba por lo presente, lo pasado, y por el Dios del Calvario, el Dios de Abraham. Así poco á poco las inteligencias habian seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocian que su doctrina les habia de separar de la Sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre artesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podian imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra y los romanos en el trono eran dos ideas, que se escluian en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidas, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador, todo esto que era la fuente

del consuelo y de la esperanza de los cristianos; toda esta pasion que llamaba con mas fuerza á los elegidos á padecer por el bien de la humanidad y por el desagravio del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío, una prueba de que el cristianismo no pasaba de una secta humana, sujeta á todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podian levantarse á mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del hijo de Dios, cuyo último suspiro envolvia la vida de la humanidad. Hé aquí, señores, cómo la muerte del Salvador que unia en un sentimiento fraternal á los cristianos, separaba y desunia á los fariseos. Los cristianos reconocian que esta separacion era inevitable. Y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crísis del espíritu humano, en esta edad, en este trance superior de la vida, los Apóstoles pintaban á los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube mas sublime que la nube del Sinaí; rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas las sienes de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando á todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba mas y mas el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba mas y mas del cristianismo á los fariseos, que no creian que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no habia desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la Sinagoga era inminente. Los cristianos presentian que el martirio habia de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza, y el dolor por un premio. Presentian que en cambio de aquella verdad, de aquella fé, de aquella esperanza de salud traidas por su palabra y por su ejemplo, el mundo habia de prepararles martirios sin número, y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento eran todo su porvenir en esta vida de dolor y de tribulaciones, y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los labios, se apercibian á abrazarse á su cruz y á tomar el camino sembrado de espinas, que conducia al martirio.

Como se ve, la fé en Jesucristo habia trasformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el cristianismo habia sacado mártires. Una doctrina, que comienza inspirando este

amor á la verdad y este desamor á la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvacion para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, el espíritu no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria de su espíritu. Y por eso los primeros cristianos, á pesar de la enseñanza continua y viva de los Apóstoles, no acertaban á salir de la Sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban á Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veian en el Salvador el hijo de David, el leon de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase mas bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era tambien el hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido á todas las naciones, el Salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos, dió orígen en el nacimiento del cristianismo á una secta, que en mi sentir, es la trasformacion de los esenios, secta, que amaba á Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creia un hombre divinizado, como el ateismo pagano imaginaba á sus dioses, y no un Dios humanizado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus, pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de vida, que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fé de sus elegidos, en la inspiracion divina de sus Apóstoles.

Los judíos convertidos al cristianismo celebraban todos los ritos y todos las ceremonias de la antigua ley, se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos, hacian sus oraciones á las horas prescritas por el antiguo testamento, iban á la Sinagoga y á las asambleas de los judíos, observaban los ayunos mandados por los ritos, ofrecian sacrificios en el ara antigua, celebraban las grandes fiestas nacionales, y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que San Pedro, gefe de la Iglesia visible, va á recibir en la nueva Iglesia al Centurion pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazon, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos á un incircunciso. Esto prueba que si la revelacion es una verdad eterna y absoluta, la inteligencia humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse á las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna

suerte se atrevian á romper con la Sinagoga, á separarse del antiguo templo.

Una de las primeras manifestaciones del cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel Apóstol justo entre los justos, elegido entre los elegidos, á quien el pueblo desde su niñez llamaba santo, que no habia bebido en toda su vida vino ni comido carne, que no se habia cortado nunca el cabello, ni se habia valido de los aceites y perfumes orientales, que vestia de lino, y jamas se habia cubierto de lana ni de púrpura, siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo, y que en una carta dirigida á los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuade á abandonar las riquezas del mundo, y á buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios, y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra cómo los primeros cristianos, que así rompian los lazos del mundo, debian propagar su doctrina, y vencer á todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste, que se llama fé.

Pero como se ve, habia una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la tendencia á conservar unida la Iglesia y la Sinagoga. El gefe, el símbolo de esta idea, será siempre San Pedro. Dios en sus altos designios le habia elegido para gefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se ve claramente en su vida y en su persona ese apego á la tradicion, ese amor al templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservacion, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. San Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos, cree que los circuncidados son mas aptos á recibir la verdad que los incircuncisos, sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia á la sombra del antiguo templo, y reune así á su alrededor, gran parte de los mismos, que meneando la cabeza con incredulidad decian al Salvador "si eres hijo de Dios, baja de la cruz." Ya hemos esplicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia como era natural que los discípulos aún no bien instruidos en la doctrina del divino Maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un dia en un rincon del espacio.

Pero la Iglesia universal, que es la verdad, bien pronto entrará en otra tendencia mas universal, en otra idea mas amplia y mas grande, que corone todo el edificio maravilloso en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta ó la otra tendencia, las sectas caerán en esta ó la otra preocupacion; los apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo templo; pero la Iglesia, que es la verdad eterna, la Iglesia, que es infalible, dirá á los espíritus, reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el espíritu divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van á venir los ritos de la nueva ley; abandonar el Santuario, porque Jesus ha sido el Santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada á la predicacion de los Apóstoles, elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoismo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el proemio, el prólogo de toda revelacion, pero ver en el Evangelio el resúmen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar, no al circunciso, no al griego ni al romano, sino al hombre; recoger á todo el que pida luz sin preguntarle cuál fué su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncision, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior, iba á ser pronto, muy pronto el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debia escitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debia traer sobre los Apóstoles una persecucion encarnizada y cruel. Los fariseos habian visto con indiferencia la predicacion cristiana, la habian oido dentro de sus mismas asambleas y de sus sanhedrines, y Gamaliel habia interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los Apóstoles. Los fariseos creian que la predicacion del cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, habia de traer una sublevacion contra Roma, y una sublevacion entusiasta y heróica. No conocian que el cristianismo, al reves de todas las revoluciones políticas, debia renovar primero el espíritu del hombre, para que despues el espíritu del hompre renovara todo el Universo. Y como creian que el cristianismo era una revolucion política, en su dura servidumbre, lo acariciaban como un auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del Imperio. Pero cuál no habia de ser su espanto, cuando supieran que el cristianismo se apartaba de la Sinagoga, que

no queria la circuncision, que olvidaba los ritos mosáicos, que se dirigia á conquistar tambien para su reino á los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, á los que en aquel instante hollaban la majestad de Jerusalem. Todo el fuego de la tierra, toda la ira de que es capaz el corazon humano, todas las piedras del camino no bastarian para perseguir aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es implacable como las nubes de sus tempestades y abrasador como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo astuto como los tígres de sus bosques. Y el furor semita debia crecer, debia llegar á su colmo, cuando oyera que todos los pueblos se creian hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban á aspirar á la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecucion iba á ser como el látigo, que heria las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles á recorrer toda la tierra para sembrar á los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado, que debia señalar primero la necesidad de apartar la Iglesia de la Sinagoga, era San Estéban. Este jóven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil, abundante y entusiasta, inundado de celeste hermosura, se llevaba tras sí los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendia á dilatar el cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina, que caia como una amenaza de muerte sobre los fariseos, y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un dia que predicaba á la puerta del templo, los fariseos se movieron á indignacion, se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y á la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al jóven como herético, y alejandrino, y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites, y salió de madre. El jóven tribuno del cristianismo, cayó herido bajo aquellas piedras, y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fué la primer sangre cristiana, que despues de la de Jesucristo reció la tierra; sangre fecunda, de la cual habia de brotar una nueva idea en el seno inmortal del cristianismo. Desde este punto ya no habia esperanza de que los cristianos encontraran paz en Jerusalem, y espiacion en su Templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersion de los Apóstoles. Así como en Jerusalem y en el cenáculo habian recibido el espíritu de Dios, en

el destierro, en los pueblos que encontraron á su paso, recibieron el espíritu de la humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito, destilando de sus labios palabras de verdad y de amor, prontos á todo sacrificio, sin temor ni á las persecuciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas y predicando á todos la fé y la esperanza, dejando por los territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos á trasformar el mundo, á ganar la humanidad entera para su causa, aquellos hombres, sin mas arma que su palabra, sin mas escudo que su inocencia, sin mas ausilio que su justicia, pobres pescadores, rudos é incultos, pero llenos del espíritu de Dios, y de amor á su santa causa, desafian el tormento, amenazan á los emperadores, se deslizan en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazon de la mujer, se inclinan sobre el polvo donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y á Dios como padre de su alma, conversan con los sofistas y los ganan á la verdadera ciencia, derraman en los aires sus palabras y hacen temblar á los ídolos que se desploman de sus altares; y á pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas, y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulacion que les rodea, realizan la revolucion mas grande que han presenciado los siglos, sin derramar mas sangre que su propia sangre, y sin pedir mas sacrificios que el sacrificio de su propia vida.

Nada mas tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad tal como la tradicion eclesiástica nos los ha legado. Santiago, aquel Apóstol que habia pasado su vida orando al pié de los altares para pedir á Dios el perdon del pueblo, que habia evangelizado tantas regiones, que habia vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fé, es delatado á Herodes, el cual por complacer á los judíos irritados contra la direccion humanitaria que el cristianismo, lo envia al martirio, y se gozaron en presenciar su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame accion, que fué á pedir perdon de rodillas á Santiago, el cual le dió el beso de paz y lo llevó á su lado, y murieron juntamente, invocando el ausilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el mas tolerante de los apóstoles en la Sinagoga, el que ménos queria apartarse de sus bóvedas y de su culto fué maniatado y puesto en hondo calabozo, para que la voz de su predicacion no trascendiea á las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la Providencia que

velaba por los suyos para ausiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dió libertad, y le señaló el camino de su predicacion: que nunca se ve tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crísis de la vida.

La dispersion de los apóstoles, señores, os esplicará por qué he querido que la leccion anterior precediera á esta relativa al cristianismo en el primer siglo. Así podeis conocer las comarcas que pisan los cristianos. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia y dispuesta á recibir el rocío bendito del amor, que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas y predica á los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige á la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del Dios-naturaleza, en el seno del pensamiento materialista predica y sostiene el Dios espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, va á terrenos inesplorados entre los negros etiopes; San Judas predica á la raza semita, hermana de su raza, á los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos á abrirse á la verdad y al amor, y todos convierten poco á poco, el mundo, no solo con su doctrina, sino tambien con su ejemplo.

Pero, señores, á pesar de esto, la verdad es que el cristianismo en este tiempo tiene un carácter completamente bíblico, y apegado al sentido de la religion antigua. A pesar de la dispersion de los Apóstoles, aún la Iglesia universal no habia decidido, si la circuncision era un precedente necesario del bautismo, y la Sinagoga como el arco triunfal para pasar á la Iglesia. La predicacion de toda esta edad se refiere á los tiempos en que ha de volver el Salvador triunfalmente al mundo el dia del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. Era su palabra: era su idea. El libro que resume admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el Apocalipsis de San Juan; libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre á los ojos del cristiano el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como el resúmen de la fase cristiana presentada en esta leccion, y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba, como hemos dicho, un libro, un gran libro que resumiera las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del cristianismo, un libro que fuera como el resúmen de todos los dolores y de todas las ideas que

agitaban el corazon y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparicion, trasfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo habia visto ninguna generacion, ninguna edad. Esta edad era para los cristianos de tribulacion y de amargura. Predicaban la paz, y solo habian encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con edio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus anatemas sobre aquella renovacion de la vida, que iba á dejar vacíos sus templos, desiertos sus altares. Así, do quier veia el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba á devorarle para devorar tambien su doctrina. Creian como creen todos los déspotas, todos los que viven á la sombra venenosa de una injusticia ó de un privilegio, que con ahogar á los sectarinos de una idea habian ahogado la idea, habian destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo como esa inmanencia de las ideas que viven y crecen, y se agitan mas por su propio impulso, segun mueren sus sectarios, porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el orígen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta aflicion de todos los dias, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecucion, un libro en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenian una piedra donde reclinar su cabeza, las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, sobre sus cabezas caia un continuo bautismo de sangre. Sobre todo, en el Asia Menor; allí, donde el paganismo se habia trasformado para pasar á Grecia; allí, donde la raza helénica habia recogido toda la herencia religiosa de su madre, la raza indo-europea, para formar sus deslumbradoras teogonias; allí, donde cada piedra habia pertenecido ó estaba destinada á un templo, y cada flor destinada á un altar; allí, el paganismo, que no habia recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con estrema exaltacion, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, á pesar de su pobreza y de su humildad, iba á arrancarle la corona de verbena de las sienes, y de las manos el áureo sagrado tirso; y pedia sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas, allí nacientes, solo sentian el rumor del huracan que las azotaba y las perseguia; y su conciencia y su cora-

zon se replegaban en el seno de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo, en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador á juzgar á los hombres, cuya época no podian designar, pero que no debia estar muy lejana para los que veian tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entónces el gran Profeta Evangelista de Patmos, recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y á la luz de las hogueras, mojando su pluma en el eterno iris, escribe el Apocalipsis, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El genio del alma se esconde entre sombras y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia se alzará radiante y victoriosa, cegando á todos sus enemigos.

Abramos este gran libro. Lo primero que aparece es el trono del Señor resplandeciente, asentado sobre el hombre, el leon, el águila y el toro, signo de los atributos esenciales de la divinidad; iluminado por siete grandes hachones que lo inundan de luz, y coronado por ángeles, que se pierden como sombras indecisas, pero bellísimas, en aquella etérea impalpable atmósfera, perfumada por la divina esencia. Delante del Señor se ve el libro del porvenir, sobre el cual no puede poner su mano ningun hombre, y solo Cristo romperá, en el dia señalado por Dios, sus misteriosos sellos. Cuando Cristo coje el libro entre sus manos, los ángeles, los serafines, las gerarquías celestiales, entonan cánticos, que ruedan sobre aquellos espacios henchidos de alegría, y la tierra retiembla sobre sus cimientos, y el Universo se conmueve, y la humanidad palpita bajo su sombrío sudario. Cristo abre los cuatro primeros sellos del libro, y aparecen todas las grandes calamidades que han de agitar la tierra ántes de la venida del Salvador; la conquista, que encadenará las razas con el incendio y la muerte; la guerra, que llevará por todo el mundo su desolacion y su espanto; la peste, que dejará yermos los campos, solitarias las aldeas; el hambre, que agotará la vida de la doliente humanidad, anegada en amargo océano de dolores. Cuando el quinto sello se abre, aparecen los mártires agitando sus palmas y pidiendo un castigo para los que han derramado en la tierra su sangre; pero el Señor les dice que aguarden á que se consume todo el sacrificio. Y cuando rompe el sesto sello, un gran terremoto agita la tierra, el sol se vuelve negro, la luna sangrienta, las estrellas caen sobre la tierra como los frutos

maduros del árbol, el cielo se pliega como un rollo de pergamino; los montes saltan como cabritillos, las islas se sumergen como piedras en el fondo de los mares, los reyes y los esclavos se ocultan en lo mas hondo de la tierra, los hombres gritan que caigan sobre ellos y los sepulten las montañas, porque ha llegado la hora tremenda de la justicia; gran silencio se estiende sobre el Universo, y el ángel del Señor atraviesa los espacios y va á sellar con el sello de su eleccion la frente de los justos para que se liberten de las terribles calamidades que caen sobre la tierra. Rómpese el sétimo sello, y aparece una nueva escena. Entónces se levantan del fondo de aquel revuelto mar de la vida siete ángeles, que toman siete trompetas y que queman delante del Señor las oraciones de los santos, como regalado incienso, y el primero de los ángeles suena su trompeta, y se congela granizo mezclado con fuego y sangre que cae y quema la mitad de la tierra; y al sonido de la segunda trompeta, la mitad del mar se convierte en sangre; y al sonido de la tercera trompeta, cae una estrella que abrasa los rios y las fuentes; y al sonido de la cuarta trompeta se oscurece la tercera parte del sol y de las estrellas; y entónces, una inmensa águila abre sus alas y lanza lastimeros gemidos, anunciando nuevos males; y en efecto, al eco de la quinta trompeta, los profundos abismos se abren y sube como un humo que oscurece el cielo, y los ángeles esterminadores bajan con sus flamígeras espadas á herir á los hombres, que en vano piden á grandes voces la muerte, como única defensa contra aquellas plagas, como único refugio en sus grandes tribulaciones.

El mundo estaba ya preparado para recibir el último secreto que encerraba el libro de la vida. Dios abre el templo de Salomon para que sus elegidos se refugien, miéntras el resto de las habitaciones de Jerusalem y de sus habitantes, por decreto supremo, se ven repentinamente entregados al fuego y al cuchillo de los paganos. Moysés y Elías predican la penitencia, pero el Ante-Cristo los mata, y bien pronto se trasforman y resucitan, y apénas surcan los aires para volar al cielo, la tierra se abre, se traga siete mil hombres, y los judíos, maravillados, se convierten al cristianismo; y miéntras esto sucede en el cielo, aparece saludada por suave música, entre místicos resplandores, el arca de la alianza, señal de la reconciliacion del hombre con su Dios.

Pero aún no ha acabado este gran simbolismo, que encierra una teología. La nueva Iglesia tiene tres grandes enemigos, irreconcilia-

bles, feroces. Una mujer vestida con los resplandores del sol, y apoyada sobre la luna, y ceñida la sien con una diadema de doce estrellas, se resbala silenciosa y sublime sobre los mares y los desiertos; y quieren los enemigos de Dios aniquilarla, porque lleva en su seno la salud de Israel. Sus enemigos son Lucifer escondido traidoramente entre sus sombras; un mónstruo de siete cabezas coronadas con siete diademas, que se revuelca en lo profundo de los mares, y que representa la imágen del imperio romano; y otro engañador animal fantástico que representa á los falsos profetas; pero la mujer se desliza sobre los vientos como llevada por la mano del mismo Dios para dar la gracia y la libertad á los elegidos.

La lucha va á comenzar. Tres voces terribles anuncian las mas pavorosas profecías; el castigo de Roma, el esterminio de los perversos, el juicio universal: y apénas estos clamores se comunican á los vientos, aparecen ángeles con las copas en la mano rebosando la ira celeste; y las arrojan sobre la tierra, el mar, los rios, el cielo; y todo el Universo se emponzoña; y Roma abrasada por el hirviente licor forcejea sobre sus tormentos, y el Eufrates se evapora y seca para abrir paso á las legiones que corren á herir y aniquilar á la reina de las naciones envuelta en humo y llamas; y miéntras se desploma esa impura Babilonia, y lloran los reyes sus vasallos, los comerciantes sus cortesanos; los elegidos entonan cánticos, que se pierden allá en los cielos, alabando la justicia del vengador de los justos. Por fin se desenlaza este terrible libro. El Señor viene montado sobre un caballo blanco, atraviesa con su palabra mas cortante que una espada á sus enemigos; sus ángeles encadenan á Satanás en el fondo de los pavorosos abismos; los mártires se levantan de sus sepulcros y con palmas de luz en las manos, se pierden amorosos en el seno del Padre; los poderes enemigos enmudecen; los muertos se levantan de sus sepulcros, se visten sus carnes, oyen la inalterable sentencia; y Jerusalem celeste se levanta triunfante, compuesta de jaspe de cristal, cercada de diamantes y esmeraldas, iluminada por la claridad eterna del cielo, fluyendo de sus fundamentos el claro y trasparente rio de la vida.

Esta, obra como se ve, resume todo el pensamiento de su época, todo el espíritu de los cristianos en su edad. Se conoce que el escritor evangélico, á las orillas del mar, ha visto abrirse los cielos, se ha abismado en la gloria prometida, y no ha podido en la lengua de los hombres contener todo lo que el Eterno habia revelado á sus ojos.

Así nosotros cuando vemos pasar los ángeles, esos coros de serafines, esas legiones de mártires con sus palmas de luz, esos emisarios del Eterno con sus copas rebosando ira en sus manos, esos monstruos alados, esas nubes de aves de rapiña de mil figuras que van á lanzarse sobre los enemigos de Cristo, nos sentimos como poseidos de un vértigo religioso, en presencia de un mundo superior á nuestros sentidos, y nos abismamos en el fondo de esos misterios sin comprenderlos, aunque sabemos que son misterios del cielo, como el viajero que perdido en ignorado país, en oscura noche solo mira la lejana luz de las estrellas. Pero este libro debia infundir una fé muy viva á los cristianos. La nidra de siete cabezas domeñada, Satanas encadenado, los monstruos desarmados, la Iglesia triunfante rodeada de sus mártires, era un cuadro hermosísimo, que debian ver los perseguidos con mas vivos colores segun fuera mayor la exaltacion de su fé, y la intensidad de sus dolores.

He concluido. Hemos visto el Cristianismo en su nacimiento. En nuestra próxima leccion examinaremos toda la importancia del genio estraordinario cuyo nombre será repetido por las generaciones como uno de los salvadores de la humanidad, del que Dios llamó por su inspiracion al apostolado, del que sacando el Evangelio del fondo de la Sinagoga, iluminara con su luz á todos los hombres, con su calor toda la tierra, para que concluyeran las castas religiosas, los odios sacerdotales, y comenzara á sonreir sobre el mundo el cristianismo como una idea universal, descendida del cielo para realizar la igualdad ante Dios; revolucion inmensa, que ha de llegar hasta la raiz de la vida, que ha de trasformar toda la historia.—He dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO

LECCION QUINTA,

[CONTINUACION DE LA LECCION ANTERIOR.]

SEÑORES:

El tema de nuestra leccion es de suyo tan grande que es imposible agotarlo. El espíritu humano se siente movido de religioso respeto delante de este movimiento de la historia, único en sus anales, que devora los dioses de la naturaleza, los ídolos de Oriente y de Grecia, y aquellos animales simbólicos, aquellas serpientes enroscadas, aquellos cocodrilos de bronce, aquellos dioses de cien brazos y de cien cabezas, aquellas náyades encerradas en los arroyos, aquellas sirenas que gemian en las ondas de los mares, aquellas divinidades ocultas en el cáliz de las flores, aquellos genios, que ora cantaban en las hojas de las encinas, ora se desvanecian como un aroma en el aire; toda aquella vida de la naturaleza que parecia eterna, que parecia la religion propia de los pueblos, la religion del arte y de la hermosura se disipa, se desvanece en presencia del gran sacrificio del Calvario, del Dios perseguido, crucificado; de aquel Dios, que bebe hiel y vinagre, y es en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terrado en hondo sepulcro, para levantarse trasfigurado, lleno de luz, á exaltar la libertad, y la conciencia humana, á dar nueva vida al espíritu, nueva direccion al constante movimiento de los siglos.

Y, señores, en este supremo instante de la historia, todos los ídolos, todos los dioses pasaban en procesion delante de la reina de las naciones como esperando su juicio final, su última sentencia. La flor de Lotho, madre de tantos dioses perdia sus hojas en el fondo de los lagos rizados por el soplo de un nuevo espíritu; la estrella errante, que habia llevado en su etérea luz tantos genios, se detenia en el Capitolio para lanzar su último rayo sobre la frente de la reina de las naciones; los templos de Egipto abandonados de sus antiguos ídolos pedian con la voz del viento, del desierto que se estrellaba en sus desnudos muros, un nuevo Dios; la Grecia sacudia su corona de verbena sobre las ondas del Mediterráneo, y estendia á los cuatro vientos sus dulces suspiros como invocando un nuevo génio, una nueva revolucion de la misma Roma, sí, Roma, la maestra del derecho, así que oye que un filósofo trae un nuevo Dios: recoge su aliento y lo escucha, y hasta le ofrece aras y sacrificios; porque toda la conciencia humana está sedienta de lo infinito, aguardando á que las nubes del cielo lluevan la benéfica lluvia que la refrigere, y sacie su anhelo y apague el ardor de su sed.

Pero en el mundo solo una region tenia la verdad, solo sobre un pueblo habia llovido el rocío de la misericordia divina. En aquella region los ángeles habian preparado una cuna al nuevo Dios; los animales de los bosques habian ido á calentar con su aliento su cuerpo aterido; las palomas de los valles habian cantado al márgen de las fuentes sus alabanzas, con su inocentísimo arrullo, los pastores habian llevado las lanas de sus corderos para cubrir al recien nacido; los reyes de las mas apartadas ciudades le habian regalado la goma olorosa que destilaban sus árboles, el incienso de sus desiertos; los doctores le habian interrogado sobre las verdades que destilaban sus labios; los pobres habian ido á su camino á pedirle pan, los enfermos salud, los esclavos libertad, los ignorantes luz; los pescadores habian abandonado sus redes por oir su doctrina; los mares bajaban sus ondas para que las hollara con su planta mas suave que el aire; los arroyos le habian ofrecido sus cristales para que se mirase en ellos; y en medio de este pueblo, que parecia someterle espíritu y naturaleza, habia apurado el cáliz de amargura, habia vertido lágrimas, habia espirado en una cruz, habia tenido un sepulcro.

Y miéntras el Oriente se entregaba á una orgía sin fin, miéntras en el seno de la ciudad de Alejandro todos los cultos y todos los dioses confundian sus dogmas, sus ritos, sus imágenes; en el seno de la Judea, cerca del mar de Joppé, unos pobres pescadores recogian el postrer aliento, el último suspiro del que habia venido á salvar á los pueblos, á reconciliar unas con otras naciones en el espíritu de la virtud y del amor. Pero esta doctrina se hubiera perdido para el mundo, si se hubiera encerrado en el fondo de la Judea. El destino de los templos de Oriente hubiera alcanzado á su templo, su idea se hubiera muerto al pié de sus altares como una planta sin luz. El viento hubiera levantado las ondas de arena del desierto, y hubiera envuelto sus aras. Hoy de esa doctrina salvadora solo quedaria en la historia un recuerdo ligero é indeciso, á manera de esos fuegos que corren sobre los sarcófagos. Y á pesar de este peligro gravísimo para la buena nueva, algunos de sus propagadores se habian sentado al dintel del templo judío, y no veian el cauce abierto á la nueva doctrina. Apegados á su patria, querian derramar en su patria su doctrina como la palmera deja caer sus dátiles en el lugar de su nacimiento. Las palabras de amor, que habian caido de los labios de Jesus para toda la humanidad, querian encerrarlas en un solo templo. No oian el ruido del mar que iba subiendo poco á poco las gradas del trono de Jerusalem, para arrebatarle de las manos el fuego del sacrificio. No veian que la religion de un pueblo habia caido, y se levantaba como una aureola de imperecedera luz la religion de toda humanidad. No veian la tempestad que los iba á arrojar de la ciudad santa como la espada de fuego, que en vez de cerrar, abria un nuevo paraiso. No veian que Dios removia todas las razas, y todas las religiones para que todas las razas recibieran el bautismo cristiano, y todas las religiones se desvanecieran como una nube de humo delante del Calvario.

Para sacar de este error á los judíos recien convertidos al cristianismo, era preciso que apareciese un hombre estraordinario, que hubiera conocido los dogmas de todos los pueblos, que hubiera estrechado contra su corazon los representantes de todas las razas, que hubiera visto los fundamentos de aquel gran Imperio romano, único en la historia, que hubiera asistido á las escuelas griegas á leer el pensamiento de sus filósofos, que hubiera contemplado la trasformacion maravillosa del mundo pagano en la unidad, que hubiera aprendido á tener sentimientos humanitarios; capaz de levantarse sobre las tradiciones de todos los pueblos, sobre el espíritu de todas las escuelas, pronto á re-

correr la tierra entera para derramar su idea santísima; semita por la fé, por el espíritu religioso; griego por la vehemencia de la palabra, por la alteza de la imaginacion; romano por su majestad, y por sus ideas que abrazaran á toda la humanidad; un hombre, en fin, cuya inmensa alma, á manera de un océano de vida, se dilatase por nuevos infinitos espacios; un hombre batallador, incansable, como cumplia en aquella época de lucha; un hombre, que al registrar todos los templos y todos los santuarios de las divinidades antiguas, los considerara indignos de la idea cristiana, y buscara otro santuario mas hermoso en el seno inmortal de la conciencia.

Cuanto mas miramos á este hombre estraordinario mas nos sorprende el maravilloso destino que representa en la historia inmortal del cristianismo. El habia pertenecido á la religion judía, habia estado entre aquellos doctores que apedrearon á Estéban, su Bautista, su Profeta. En el seno de la Sinagoga se habia indignado muchas veces al oir que aquellos revolucionarios, que habian perturbado á Jerusalem con su doctrina, querian renovar la antigua ley. En su profesion de fariseo era severo, inflexible como un antiguo profeta del desierto. Si el judaismo hubiera podido ser restaurado, Pablo bastaba para restaurarlo: tanta era su constancia. En Roma hubiera sido un estóico, en Grecia un platónico, en Africa un eremita, en todas partes lo mas exaltado. Aquel hombre habia menester el amor de la humanidad; para llenar los abismos de inteligencia una doctrina centellante de vida, que inspirase fé y devocion en los grandes sacrificios. La soledad del templo hebreo, que cada dia estaba mas desierto, y mas abandonado inspiraba tristeza á su alma necesitada de amor, impelida por su misma grandeza á confundirse con el alma de la humanidad. La filosofía griega, que estaba en ese período ecléctico de la escuela de Alejandría, en que reinaba estraordinaria confusion, no podia satisfacer su razon, que amaba la unidad absoluta, y las grandes armonías del espíritu y la naturaleza, que no se pueden encontrar en el caos del antiguo electicismo. Cuando vió aparecer el cristianismo, sus prácticas que creia grandes profanaciones, sus ideas que venian á subvertir los fundamentos eternos de la Sinagoga, sus tendencias que trataban de alterar radicalmente el judaismo, le inspiraron ese odio irreconciliable á los cristianos, en que ejercitó la exaltacion constante de su alma; pero el odio, como pasion ajena á nuestra naturaleza moral, pasó rápidamente: que solo el amor puede animar y sostener la vida. Sin embargo, al ver el Dios que habitaba en los cielos, y tenia por alfombras las estrellas, amenazado por aquellos viles gusanillos de la tierra, que podian morir á un soplo no mas de su justa cólera, y de su indignacion, San Pablo se exaltaba, y se creia el brazo del Dios bíblico, el ministro de sus venganzas, destinado á consumir á los cristianos como el fuego del cielo habia consumido y devorado las ciudades protervas, y las generaciones perversas. Esta idea, que era una idea de lucha y de combate, le sostenia y le alentaba en aquella gran crísis de la historia.

Aquel fariseo, rígido, severo, sanguinario, que perseguia á los cristianos, que se cebaba en despedazarlos, que veia con gozo su sangre correr sobre las piedras de las calles como un holocausto propicio al Dios de las venganzas, que agitaba en su mano la espada hambriento de nuevas víctimas; un dia en el camino de Damasco, en la hora calurosa en que el sol lanza sus rayos desde el zenit como una lluvia de fuego viendo á lo léjos las murallas y las torres de la ciudad medio perdidas en las indecisas brumas y los vapores rojizos levantados por el ardiente calor del abrasado desierto, cuando creia mas próximo el instante de desahogar su cólera en los cristianos, oye una voz lastimera y sobrenatural que sale del centro del fuego, semejante á la voz que en la zarza hablaba Moisés, y le revela, tocando en su corazon, que ha nacido para ser cristiano, para ser apóstol y mártir de la buena nueva; y desde aquel punto, abandona su templo, sus antiguas ceremonias, su culto, sus símbolos; toma su báculo, se calza sus sandalias, deja los sicomoros y las palmeras de Judea, se lanza á la tierra con los brazos abiertos dejándose llevar por la Providencia como la semilla que el viento arrastra; y llama á la choza del pobre para decirle que tiene una herencia en el cielo, y entra en la academia del filósofo para revelarle el Dios de la verdad y del amor, y pisa los dinteles de los antiguos templos para abrirlos á la nueva idea, y conversa con el pastor en el campo, con el soldado, con el esclavo, con todas las gentes para anunciarles el consuelo que les trae en su palabra y en su ejemplo, como testigo de la misericordia divina, que le ha perdonado sus enormes faltas, y de la eficacia de la gracia que le ha revelado sus verdades, fiel á su destino hasta la muerte. Pasma contemplar la vida de este hombre, consagrada toda á la causa del cristianismo. Sin darse punto de reposo, sin sentir nunca desaliento ni duda, emprende su guerra contra toda una civilizacion, que habia sido el alma de muchos siglos, la vida universal de infinitas generaciones Con el pensamiento puesto en el cielo sin mirar los abrojos sembrados en su

largo camino; creyendo que la fé basta para remover las montañas, para abrir una senda triunfal á una nueva idea entre las luchas del mundo; dispuesto á torcer con su palabra y con su doctrina las corrientes de la vida humana hácia los altares del cristianismo; lleno de ese espíritu de propaganda, que poseen los predestinados á difundir una verdad en la conciencia; San Pablo predica en Damasco la buena nueva, la reconciliacion del hombre con Dios y de los hombres entre sí; va á la Arabia y en el seno de sus desiertos, y al pié de sus palmeras, siguiendo las huellas del pastor perdido, ó de la caravana errante les señala con amor la nueva estrella que ha brillado en el cielo; vuelve á los campos donde corrió su infancia, entra en las sinagogas donde se congregaban sus padres, y jadeante de cansancio, y cubierto con el sudor y el polvo del camino, les dice que la ley de Moisés ha sido sellada por la sangre del Salvador; pasa á Chipre, y en aquellas riberas y en aquellos mares todavía conmovidos por el soplo de amor que exhala el pecho de Citerea, sostiene la ley purísima de la caridad universal; llega á Efeso y hace temblar la cuna de los antiguos dioses, y gemir de espanto á los oráculos; pisa á Corinto y estiende los fundamentos de nuevas iglesias; entra en la ciudad querida del mundo antiguo, en la hermosa Atenas, y el Areópago cree que al oirle oye un Dios, y el templo levantado á un genio desconocido abre de par en par sus puertas, para que pueda entrar bajo sus bóvedas la verdad universal, la verdad divina; y en este gran combate, en esta lucha de todos los dias, ni las inclemencias de la naturaleza, ni el odio de los hombres le detiene, porque contra el frio guarda el calor de su alma, contra el desierto, la compañia de sus ideas y de sus esperanzas, contra las tempestades, la dulce serenidad de su conciencia, contra las injusticias de los hombres la confianza, en su propia justicia, contra las hogueras, el tormento y el martirio, la seguridad de una eterna vida en el cielo; y este hombre, dado siempre al trabajo, poseido de este vértigo de lucha, sin mas propiedad que sus fuerzas, pobre, desvalido, humilde, sentado á la puerta de las cabañas, en las piedras del desierto, bajo los árboles que le libertan un instante de los rayos del sol, escribe las páginas de sus epístolas, que son una nueva teología; y va arrojando todas las verdades que allega, todas las ideas que su inspiracion le infunde, á la sedienta alma de la humanidad, próxima á trasformarse. Es necesario examinar las ideas de San Pablo, porque así veremos cómo fué creciendo la nueva religion hasta cubrir con su benéfica sombra todo el mundo.

La primer gran idea que San Pablo difunde en la conciencia humana, es la idea de Dios; base de toda ciencia, raiz de toda vida. Miéntras la idea de Dios fuese como el patrimonio de una sola raza, como el depósito de un solo templo, como el alma de una sola civilizacion, la idea de Dios no se hubiera difundido nunca en conciencia de la humanidad. Era necesario que Dios se manifestase como idea universal una para todos los hombres, idéntica en todos los siglos, igual para todos los pueblos. La suerte del cristianismo estaba reservada á esta idea universal; porque el aislamiento del Dios hebreo hacia imposible la difusion de sus dogmas; y el fraccionamiento del paganismo hacia tambien imposible que la conciencia humana elevada á la idea de la unidad por el trabajo de Roma, pudiese permanecer en esta pobre idea ya próxima á su ocaso, ya cercana á su muerte. El Dios encerrado en el tabernáculo de Judá debia revelarse á todos los pueblos, los dioses fraccionados, esparcidos en las naciones y las islas, debian perecer delante de esta idea universal y divina. Ademas era necesario reconciliar á Dios con la humanidad. El Dios del pueblo hebreo celoso armado del rayo, sentado sobre nubes, cuyo aliento era como la tempestad y el huracan, debia reconciliarse con la humanidad en el Calvario. Por eso el Dios cristiano, el Dios crucificado tiene dos atributos, la justicia y la misericordia. Por su justicia es el Dios de la ley y el Dios de la Biblia; por su misericordia es el Dios de la gracia, el Dios del Evangelio. Así Dios ha enlazado todas las cosas, de suerte que todas cumplan su fin, que es la realizacion del bien. El hombre, como libre, se relaciona con el Dios de Justicia; pero el hombre, como débil, se relaciona con el Dios de Gracia. Sin la justicia de Dios, el hombre no seria libre; pero sin la misericordia de Dios, el hombre no seria salvo El Dios del pueblo hebreo era el Dios de la justicia; y el Dios Cristiano el Dios de la justicia y de la gracia.

San Pablo representa el Dios de Gracia en la persona de Jesucristo. Antes que el mundo fuera, ántes del primer dia de la creacion, el Verbo existia en Dios, como su propia esencia. El Verbo es como la virtud creadora de todas las cosas, la palabra, que cayendo en lo vacío, pobló de luz, de astros, de séres la estéril nada. Esta palabra existia desde la eternidad en Dios, y como Dios, no tiene principio, y como Dios no tendrá fin, siendo su propia esencia. Y esta palabra que creó el mundo, esta palabra, que flotando sobre el caos, dió forma y armonía y vida al Universo, todos los dias renueva su milagro conservando la creacion. Mas para ser el Dios de gracicia, para satisfacer

propia justicia, bajó de su trono de nubes al tiempo, á la tierra, y se encarnó en nuestra misma sustancia, y tomó nuestra misma forma. Como el hombre, Jesus nació desnudo, y lloró al nacer. Como el hombre, creció entre dolores y tribulaciones, teniendo cada dia su trabajo y cada hora su pena. Como el hombre, fué perseguido, y comió el pan del destierro amasado con lágrimas. Como el hombre; necesitó ganarse el propio sustento, y regar con las amargas gotas del sudor la tierra. Como el hombre, sufrió la tentacion, aunque no el pecado. Pero ademas de ser hombre, es Dios, dice San Pablo, y su divinidad se conoce en su resurreccion, como su humanidad se conoce en su muerte. La union de la humanidad y de la divinidad en Jesucristo, es la ley de su naturaleza y de su vida. Es Dios de justicia, que necesita un holocausto, un sacrificio; pero es tambien Dios de misericordia, que ofrece su propia vida en holocausto y en sacrificio. La persona de Jesucristo, su doble naturaleza, no se encuentra esplicada ántes de San Pablo con esta profundidad de miras, con esta alteza de pensamientos. La doctrina del Evangelio habia sido una doctrina moral, y la doctrina de San Pablo una doctrina teológica.

San Pablo mira tambien en Jesucristo el hijo de Dios, que viene á cumplir la obra de su padre. Esta obra no es la predicacion moral, no es la enseñanza de nuevas máximas, pues sin dejar de ser esto, es algo mas grande y mas divino. El hombre era un esclavo encorvado bajo sus culpas, herido por su natural debilidad, sujeto á un continuo tormento, un esclavo sumido en negra noche, y Jesus viene á libertarle, á rescatarle de su esclavitud con su propia vida. Pero la vida del hombre debe levantarse hasta acercarse á Jesus, como el vapor de las aguas se levanta de lo profundo hasta el cielo. Y la vida de Jesus es una vida sin mancha, una vida sin pecado. Y el hombre debe pensar que ya que la vida con pecado le da la muerte, la muerte sin pecado le dará la vida. Jesucristo murió como nosotros aquí en la tierra, para que nosotros resucitáramos como él allá en el cielo. Y para resucitar como él, es necesario seguir su ejemplo, llegar á su vida, hermosear el alma con la virtud, enaltecerla y sublimarla con la fé, amar en Dios el eterno ideal de nuestras acciones, en el Evangelio la norma eterna de nuestra conducta, favorecer al desvalido, amparar al huérfano, compadecer al delincuente, redimir al esclavo, olvidarnos de nosotros mismos para seguir á nuestros hermanos, morir si es preciso ántes que manchar nuestra alma, arrostrar todos los peligros y todas las inclemencias por la causa de la verdad y la

justicia, seguros de que las lágrimas que derramemos sobre los abrojos de la tierra, serán luego los diamantes de nuestra corona en el cielo.

Esta doctrina, no es la doctrina en que se presentaba mas innovador San Pablo. Habia otras ideas, otras cuestiones, que el espíritu no habia querido tocar, como temeroso de su grandeza. El libro antiguo, sí, la antigua Biblia estaba aún abierta, y muchos cristianos creian que encerraba toda la revelacion, toda la vida. Ese libro sagrado habia sido escrito en el camino del desierto, en la cautividad de Babilonia, sobre las montañas de Sion, y encerraba todos los dolores y todas las creencias y todas las esperanzas del pueblo, pues cada profeta habia dejado una página escrita, cada generacion una lágrima, cada santo una oracion, cada sabio un destello en ese gran libro, inspirado por el Dios de Sinaí, como el tesoro de sus revelaciones, como el pacto de su alianza con el pueblo judío, como el cántico eterno, que debia levantar toda la creaccion hasta su trono de estrellas. Si el pueblo se habia quejado, allí estaban sus quejidos; si el pueblo habia sufrido, allí estaban sus dolores; si el pueblo habia dudado, allí estaban sus dudas; si el pueblo habia caido, allí estaban impresas las huellas de sus caidas; si se habia levantado al poder y á la gloria, aquel era su pedestal; si habia orado, las páginas del gran libro eran sus oraciones; si habia sido azotado por la tempestad, el eco de la tempestad resonaba incesantemente en esas páginas; si habia visto á Dios pasar en una nube, el reflejo de Dios, que no quedaba en la naturaleza, ni en el sol, ni en las estrellas, quedaba eternamente como luz sin ocaso, en las letras inefables, sagradas, que componian su nombre escrito por los mismos ángeles en la Biblia. Y los primitivos cristianos veian en este libro tambien toda la revelacion, pues aún no se habian levantado á comprender toda la trascendencia de la palabra y de la idea de Cristo. San Pablo, acercándose á ese libro, que habia sido su consuelo por tanto tiempo, á ese libro que él creia la última palabra de Dios, el último reflejo de su revelacion y de su gloria, á ese libro, en que Job habia dejado sus lamentos, Isaías sus esperanzas, David sus armoniosos cánticos, Moisés sus leyes, Salomon sus sentencias; á ese libro de todos los siglos, de todas las generacianes, señala sus páginas, como el vestíbulo de un nuevo templo, como el símbolo de una nueva idea, como el crepúsculo del dia inmortal de una nueva religion.

En efecto, la ley antigua para San Pablo era como el yugo del es-

clavo. Escrito en el instante mismo en que el hombre acababa de caer en la culpa, esa ley tiene presente siempre la pena, viva siempre la idea del castigo. Es la ley que dictó Dios justamente irritado cuando el hombre acababa de desconocer su justicia y de provocar su cólera. Cuando la tierra se erizaba de espinas, cuando las flores del paraiso eran combatidas por el cierzo ó abrasadas por el sol, cuando se emponzoñaban las puras corrientes aguas, cuando las fieras alimañas ántes sometidas al hombre, volvian á perseguirle y acosarle, cuando el huracan le arrancaba su cabaña, y el rayo culebreando en su camino le borraba con su fuego y con su humo todas las sendas, y el trueno rugia en los espacios con el mismo estruendo que el remordimiento en la conciencia, el Adan pecador, el Adan esclavo de la culpa, azotado por los elementos, herido por las inclemencias de la naturaleza, cargado con el dolor de su delito, martirizado por el recuerdo del mal que habia hecho á su infeliz linaje, oye entre el estruendo de la naturaleza conmovida, la voz celeste que le dicta la ley penosa del trabajo, de la desgracia, y que trae consigo la necesidad inflexible del castigo, última gota de hiel que hace rebosar el cáliz de sus amarguras. Y á pesar de esta ley del castigo, de esta ley que era como el yugo del hombre, como la cadena atada á sus plantas, el mal no disminuye, el mal, forzosa consecuencia del pecado. En el seno del pueblo judío, el sacerdote no busca en el templo á Dios, sino la ofrenda; el intérprete de la ley no dice lo que es verdadero, sino lo que es útil; el jefe del pueblo va á postrarse de hinojos ante el estranjero y á llevarle incienso y mirra como si fuera una divinidad; el padre menosprecia á su hijo y le abandona; la mujer se levanta del hecho conyugal, y va á buscar el calor del adulterio, que consume la vida; la vírgen abre la puerta de su cubículo al amante y le entrega su pudor: el mancebo, deja la espada de sus padres, el Dios de sus mayores, y se corona de flores como vil hembra, y se entrega á la embriaguez del placer; el hombre en todas sus condiciones, en toda su vida degrada aquella imágen de la divinidad, que era como la misteriosa esencia de su alma. Era necesario que una nueva ley viniese á restaurar la imágen de Dios borrada en el alma. Era necesario que la lavadura de una nueva vida viniese á purificar la corrompida vida del hombre. Era necesario que la ley de justicia fuese renovada por la ley de gracia. Y esta ley de gracia es el Evangelio, sí, el Evangelio, que contiene toda la verdad, que resume toda la civilizacion: el Evangelio, que es el testamento del Dios moribundo del Calvario, que es la promesa de la eterna salud,

que es el rescate de la servidumbre, que es el iris de paz entre la tierra y el cielo; el Evangelio, mas grande que todos los cánticos de David, y todas las palabras de Jeremías, y todas las leyes de Moisés, pues ha recogido de los mismos labios de Dios la dulce miel de su doctrina, que es toda la verdad y todo el bien.

Como se ve, todo el pensamiento de San Pablo consistia en señalar las diferencias que hay entre la Biblia y el Evangelio, para mostrar esta segunda revelacion como la esencia de toda revelacion divina. El criterio de una y otra religion debia ser distinto. Para el judío el cumplimiento de su destino religioso se verificaba con cumplir todas las prácticas de la ley, el ayuno, la maceracion, la abstinencia, el sacrificio, la oracion, ateniéndose á la esclavitud de la letra. Para el cristiano es necesario mucho mas; es necesario no solo cumplir con la ley Evangélica, sino hermosear la conciencia, purificar el alma, llevar en lo interior del sér la virtud, porque la conciencia es á los ojos de Dios como claro trasparente lago que enseña todas las piedras y todas las yerbas de su fondo. La ley antigua con sus gerarquías, con señalar deberes distintos á los hombres, segun su dignidad, los separaba, rompia los lazos de los corazones y de las conciencias; pero la nueva ley, la ley cristiana, dirigiéndose solo al hombre, tal como lo creó el soplo divino, inundaba de amor todos los corazones, atraia, juntaba las almas en ley de igualdad y de armonía. Y así como el medio de unir los hombres entre sí es el amor, el medio de unir los hombres con Dios es la fé. Pero la fé, segun San Pablo, no debe limitarse á una manifestacion de la conciencia, á una esfera de la vida, sino llenarla toda con sus purísimos aromas. La fé debe ser la conviccion de la inteligencia, que cree en Dios, y en su eterna palabra; la fé debe ser la confianza del corazon, que ama á Dios y le sigue, y le desea, y le abraza dentro del pecho; la fé debe ser la resignacion de la voluntad y de las pasiones en Dios, para que perdamos la herrumbre de la tierra y nos levantemos hasta identificarnos por nuestra pureza, con el eterno ideal de vida, con Cristo; y de esta suerte la fé será entre las tinieblas del mundo, entre sus escollos, cuando los mares se embravezcan y los orizontes se pierdan en la oscuridad, como la misteriosa solitaria luz, que brillante y segura, nos muestra el refugio del alma, la mansion donde nos aguarda con los brazos abiertos nuestro amoroso Padre.

La fé ha regenerado, segun San Pablo, al hombre, ha purificado toda su vida. El hombre antiguo era como el gusano de un sepulcro, y como el polvo de un cadáver. Alejado de Dios, perdido en el mundo,

llenando con sus lágrimas todo el camino de la vida, suspendida sobre su inteligencia fria noche, esclavo de sus culpas, sin acordarse para su consuelo ni aun de aquellos tiempos en que habia pisado las primitivas flores de la creacion en el paraiso, y habia sonreido en su alma la inocencia como la primera luz sobre la tierra; el hombre de la antigua ley, dolorido, apenado, dejaba caer bajo el peso de la desesperacion la frente sobre el pecho, y esperaba hundido en un monton de cenizas la hora de la muerte, temblando siempre, con el pensamiento puesto en la justicia de Dios, y los ojos en la enormidad de su delito. De aquí, los lamentos de los profetas, los dolores del pueblo, las lágrimas de tantas generaciones, el cilicio con que se atormentaban tantos penitentes, el ayuno, la abstinencia, la cólera de Dios centelleando siempre en el templo, como esas rojizas nubes que el sol inflama desde su ocaso en la callada tarde; y por último, esos libros de Job, de Jeremías, escritos entre sollozos, que son como el eterno gemido del espíritu humano, que forcejea bajo sus cadenas para herir el cielo de bronce, y traer con sus clamores una nueva revelacion, una nueva vida á la tierra. Y esta nueva revelacion viene con el Evangelio, y esta nueva vida viene con la fé. Y la fé para San Pablo no solo regenera el espíritu, sino que trasparenta y hermosea todo el hombre, devolviéndole la gracia que habia perdido con su pecado en el paraiso. En esta gran idea de la generacion se muestra el espíritu innovador que distinguia al Apóstol, encargado de separar la Iglesia de la Sinagoga. Por eso dice: "Todo lo viejo, todo lo antiguo ha pasado." El velo que cubria la verdad se rasga, y brilla la luz. Del fondo del sepulcro de la historia se levanta un nuevo hombre que ha resucitado con Jesucristo. El primitivo Adan del paraiso se ha regenerado en el Adan cristiano. Las lágrimas y la sangre del Salvador, cayendo sobre su alma, la han limpiado de todas las manchas. Y el hombre ha renacido del fondo de sus cenizas por la virtud de su fé y de su esperanza que se dilata y se pierde en el cielo. San Pablo da á todas las verdades de la inteligencia y á todas las leyes de la vida, no solamente un sentido moral, sino tambien un sentido religioso y dogmático. La verdad no solo es la idea de la religion, sino tambien la práctica cristiana de la vida. La justicia no es solo dar á cada uno su derecho, sino someter la propia voluntad á la voluntad de Dios, la propia vida á la vida de Cristo. La castidad no es solo la limpieza del cuerpo y del alma, es tambien la pureza en todos los actos de nuestra voluntad, en todos los móviles de nuestras obras. Por eso la virtud toma un sentido mas general, y

la vida se purifica, y la muerte muere en nosotros con el sacrificio del Calvario. El hombre se ha regenerado, ha cobrado todo su sér. En una palabra, por el pecado habia el hombre muerto con Adan, y por la fé ha resucitado con Cristo.

Pero el hombre nunca se hubiera regenerado sin la redencion que le traia Cristo, segun la doctrina de San Pablo. El hombre era esclavo, y Dios para libertarle del yugo de los antiguos ritos y de la inmensa pesadumbre de la culpa, abandonó su trono de estrellas, y se ofreció en holocausto por su criatura predilecta. Así la tierra se volvió contra el mismo que la habia creado. Los caminos sembrados por su poder de flores, le dieron abrojos; los montes y los valles regados por su fecunda palabra con mil arroyos de cristalinas aguas, le dejaron beber hiel y vinagre; los árboles á que habia infundido su sávia, y habia regalado sus sazonados frutos, sus flores, sus verdes hojas, prestaron madera para su patíbulo; el rayo del cielo, que encendió con su mirada, respetó la cabeza de sus verdugos; el aire, que impulsó y llenó de vida con su aliento, fué sumiso á recoger de sus cárdenos labios el último suspiro; el corazon del hombre, que llenara de amor, solo sintió el odio y la venganza; y la tierra, que le debia vida, se abrió para ofrecer al que no cabia en los espacios, al que habia lanzado de sus manos el rio de los tiempos, un estrecho sepulcro. Pero estos dolores y esta muerte fueron nuestra redencion, fueron el rescate de nuestra culpa. El hombre habia cometido el delito, y Cristo ofreció la satisfaccion de la pena. Al hombre solo le toca creer en la satisfaccion y en la eficacia de esa gran satisfaccion, adorar en la muerte de Cristo el misterio de su propia vida, identificarse con el Salvador por medio de sus buenas obras. Así el yugo del antiguo rito se rompe, la culpa se desvanece, la libertad moral se afirma, la reconciliacion del hombre con Dios se completa, la voluntad se emancipa, la vida se purifica, y la obra divina de nuestra redencion queda sellada con la sangre misma de Dios.

Las promesas de la redencion están depositadas en la Iglesia. La Iglesia es la reunion de todos los que han recibido en su corazon y en su inteligencia la verdad divina. El hombre, solo, aislado, es el mas infeliz de todos los séres creados. Sus pasiones le dominan, y la naturaleza es su mayor enemigo. Su misma grandeza le aplasta bajo su inmensa pesadumbre. El pensamiento se clava en la conciencia como un puñal, el amor muerde el corazon como una serpiente, y todas las grandes pasiones, que vienen á ser como la señal de su gran-

deza, se evaporan en lo vacío, y se pierden, sin llenar el destino que Dios les ha señalado. El hombre necesita de sus semejantes, de sus hermanos. En su inteligencia encuentra la verdad, en su pecho el amor que vivifica la vida, en sus fuerzas nuevas fuerzas, en todo su sér el complemento del propio sér, y el ausilio poderoso de la flaca naturaleza. El dolor en la soledad es mas intenso y mas agudo. La desgracia en triste aislamiento llega á traer consigo como consecuencia forzosa la muerte. El mundo sin la presencia del hombre ó seria como un bosque confuso, ó como un desierto desolado; y el corazon sin el amor del hombre es árido y triste, y no puede dar de sí ni la caridad, ni la compasion, ni el amor. Por eso el cristianismo que tan en armonía está con nuestra naturaleza, ha querido reunir todos los hombres en un solo cuerpo, y ha fundado para reunirlos la institucion divina de la Iglesia. Así como la fé es el amor á Dios, la caridad es el amor al hombre. La fé y el amor se unen como los términos de una misma idea, como la manifestacion de un mismo sentimiento. La fé sin el amor es inútil. El amor sin la fé es infecundo y estéril. Por la fé, el hombre se acerca al pié del altar, ve á Dios, y une su vida transitoria, su vida de un dia, con la vida eterna, que preside á los tiempos. Por la caridad, el hombre estiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, conjura las tempestades que amenazan herir su frente, le ausilia á realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obtáculos, vive vida mas grande, mas intensa, mas hermosa; porque al fundirse por la caridad en uno todos los corazones y al fundirse por la fé en una todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina con incontrastable dominio la naturaleza, que no puede resistir á la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Si amar á Dios es la fé, amar al prójimo es la caridad. Sin la caridad todas las virtudes son como si no fueran. La fé, la castidad, la pureza sin el amor á nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes a vida, ni sirven de ejemplo en la tierra. El hombre encastillado en su egoismo es como el bruto encerrado en su instinto, que le lleva al triste aislamiento. Por eso la Iglesia reune en su seno á todos los hombres; por eso, segun San Pablo, les enseña á tener á Dios por padre, y á sus semejantes por hermanos. La Iglesia es como el ara donde arde eternamente el fuego de ese amor divino, que es la esencia del alma, que es el calor de la vida. Y ese amor divino á nuestros hermanos, amor intensísimo, amor sublime, que es el signo por el cual se distingue el hombre de todos los séres, lleva á satisfacer el hambre del pobre, á engujar las lágrimas del desgraciado, á romper las cadenas del esclavo, á derramar la luz de la inteligencia en el alma oscurecida del ignorante, á hermosear el corazon del perverso, á dilatar por el bien que derramemos sobre la tierra nuestra pobre alma en el seno de la humanidad, que por el amor crece y se trasfigura. La Iglesia, pues, representa el amor. El atributo principal de la Iglesia es la unidad. La unidad de la Iglesia está fundada en la unidad de Cristo.

Y aquí llega el principio capital de la doctrina del gran apóstol de los gentiles, el que le eleva entre todos los hombres de su siglo. Sabido es el espíritu semítico que reinaba en el antiguo pueblo judío y en el nuevo pueblo cristiano. Este espíritu se hallaba caracterizado por una tendencia particular al orgullo aristocrático de raza. El semita, nacido en el desierto, sin ver mas mundo que sus inmensas soledades cortadas por algun oasis, por alguna palmera, por alguna cisterna; con su alma guerrera mas ardiente que el sol, con su corazon ménos compasivo que las abrasadas arenas, adorando un Dios único, creyéndose heredero de este Dios, detestando á todos los pueblos de la tierra por su idolatría, dispuesto siempre á ensangrentar sus armas en el cuerpo de todas las razas, léjos de unirse con sus hermanos, se aparta de ellos, y se aisla, y se pierde en la soledad, como un penitente, como un cenobita, y no quiere unirse á los demas pueblos, porque cree sus ideas errores, y sus costumbres terribles y execrables abominaciones. Este carácter particular producia el odio de pueblos contra pueblos, de civilizaciones contra civilizaciones, de razas contra razas, de dioses contra dioses. La lucha entre la raza semítica y sus enemigos habia poblado de cadáveres los desiertos, habia teñido en sangre los arroyos, habia enterrado en cenizas las mas populosas ciudades. Y el pueblo judío, así educado, no podia admitir en su templo ningun otro pueblo, no podia consentir que el tesoro de sus promesas y de sus esperanzas pasara nunca á otras naciones. Por eso, al nacer el cristianismo en el seno de la Sinagoga, nacia como una protesta contra el espíritu egoista de la raza semítica. Más los primeros cristianos no comprendian esta tendencia; no adivinaban esta idea. Creian que Dios continuaba sellando con el sello de su eleccion la frente de la raza semítica. San Pablo rompió este círculo estrechísimo con su inspirada é incomparable palabra. Como Dios es uno, como es uno Cristo, como la Iglesia es una, la humanidad tambien es una en espíritu.

Ya no hay griegos, romanos y judíos, ya no hay señores y esclavos, ya no hay siervos é ingénuos, ya no hay diferencia de dignidad en los sexos; el judío, el griego y el romano, el señor y el esclavo, el siervo y el ingénuo, el hombre y la mujer son de una misma carne, de una misma sangre, de un mismo espíritu, de una misma familia; están llamados por Cristo á la redencion, llevan en su alma el gérmen de todas las virtudes, y la semilla de todas las esperanzas; pueden, regenerados en Cristo, aspirar á subir por la escala de sus obras, y con el ausilio de la gracia, hasta el cielo, á penetrar con su mirada la esencia de la creacion, á hollar con su planta los mundos, á adorar con su corazon á Dios. ¡Qué remordimientos, señores, tan grandes para los que quieren invocar el cristianismo como sancion de la tiranía, qué remordimientos deben sentir delante de esta doctrina tan sublime! Si los hombres son iguales, si el siervo y su señor son hijos de Dios, si en presencia de la divina justicia no hay categorías, no hay gerarquías: no hay clases; si sobre el judío, el griego y el romano está la humanidad, si todos los hombres son igualmente libres, igualmente responsables de sus obras, si todos son hermanos, ¿con qué derecho os levantais, hijos de las tinieblas, á oscurecer, á borrar en mi alma, lo que es de Dios, lo que he recibido del cielo, mi libertad y mi conciencia? Mas en armonía está con el espíritu del Evangelio levantar del polvo el caido, quebrar la argolla en las manos del esclavo, enjugar sus lágrimas, y vertiendo suave bálsamo en sus heridas, enseñarle que en su alma lleva un eterno derecho, una ley, en virtud de la cual todo aquel que intente robarle su sér, es reo de la divina justicia, que á todos nos hizo libres en nuestra voluntad, iguales en nuestra naturaleza, y hermanos por nuestros sentimientos. Y esta igualdad resalta en toda la doctrina de San Pablo. Por el bautismo todos hemos adquirido libertad en Cristo; por la redencion todos hemos rescatado nuestra culpa; por la gracia todos hemos unido nuestra vida á Dios; por la cena todos hemos recibido el cuerpo y la sangre de Cristo; por la resurreccion todos hemos visto abrirse á nuestros ojos el camino de salvacion, y por la fé y por la esperanza todos confiamos en nuestro Padre, que está en los cielos. La Iglesia cristiana ha de reflejar, segun San Pablo, eternamente la union de nuestras inteligencias en el dogma, de nuestros corazones en la caridad, de nuestras almas en Dios.

El reino de Dios es como el resúmen, como la última palabra de San Pablo. El sentido materialista de los judíos habia comprendido

un reino de Dios limitado en un pequeño espacio. El mar lo lameria con sus ondas, el desierto lo rodearia con sus arenas de oro, las palmeras y los cedros lo cubririan bajo sus verdes ramas, arroyos clarísimos lo bordarian de flores, caravanas cargadas de piedras preciosas lo recorrerian en todo su camino, y soldados fortísimos lo guardarian con sus fuertes lanzas contra todos los reyes de la tierra, que no se atreverian á mirarlo por no quedar ciegos, deslumbrados con el resplandor de su luz y de su gloria. Mas no es de ninguna suerte este reino pequeño, limitado, material, el reino de Dios que nos prometia San Pablo, no. El apóstol de los gentiles promete un reino fuera del tiempo, léjos del espacio, en que la vida es divina, y los lazos de la materia se rompen y el cuerpo se trasparenta y se hermosea, y el alma se cobija bajo las alas de la luz, de la verdad, y nuestro sér se pierde en el éther, y los ángeles recogiéndonos en sus brazos nos llevan, entonando los cantares de que son como perdido eco las armonías de las esferas, delante de Dios, nuestro salvador, nuestro padre. La vida en Dios es la muerte del pecado. Todo lo que hay en la tierra se descompone, como suspirando por una trasformacion gloriosa. Pero el hombre, solo el hombre dejará aquí en la tierra su forma de un dia para perderse en el cielo. Por eso San Pablo suspira dolorido por dejar esta luz que es el velo de la luz divina, esta tierra que le encubre el cielo, este cuerpo que no le deja esplayarse en lo infinito, estos ojos de carne que no consienten ver en esencia á Dios, este corazon, en que no cabe todo el amor divino, este barro amasado con lágrimas y sangre, pobre y frágil que no podia sufrir el fuego de la vida sin quebrarse y fundirse; esta organizacion, que es como una cadena, que ata el alma al solitario peñasco de la tierra, cuando el alma puede volar mas allá de los astros, y eclipsar con su vida y con su lumbre el mismo sol, y ser feliz en el seno del Eterno. Por eso la vida de hoy en el espacio y en el tiempo es como una vida ficticia, engañosa, pasajera, es la sombra de la niebla, que deja suspendidas algunas lágrimas en los árboles del camino; y la vida en el reino de Dios, es una vida pura, eterna, que lucirá siempre entre los ángeles como luce entre los coros de los astros del sol.

Hemos dado una idea muy sucinta de la doctrina de San Pablo. Una secta religiosa ha querido fundar en las ideas de este gran apóstol sobre la eleccion de Dios toda una doctrina, en que la libertad muere, y la gracia y la fé solo se salvan. Yo creo firmemente que nada hay mas contrario al espíritu del cristianismo. La base incon-

trastable de toda moral, de toda religion, es la libertad del hombre. Sin libertad, la revelacion es inútil, la gracia ineficaz, el pecado no existe, la justicia de Dios es una burla, el premio un capricho, el castigo una crueldad, la virtud una mentira, el bien una sombra vana. Si el hombre desde el principio de su vida fuera elegido para el bien ó condenado al mal por una eleccion arbitraria, que repugna á la justicia divina, serian inútiles las predicaciones de los apóstoles, inútil la revelacion, inútil la virtud, inútiles las buenas obras. De una doctrina tan desoladora solo se concluye el aniquilamiento del hombre y la injusticia de Dios. La doctrina de San Pablo, su vida, sus epístolas, su definicion de la fé, sus continuas invocaciones á la libertad cristiana, su constante predicacion para que el hombre y los pueblos abracen la virtud, sus sacrificios, su amor, su apología de la caridad, todas sus obras y todas sus palabras, muestran que aquel apóstol queria armonizar y armonizaba la libertad con la ley, las obras con la gracia, y que creia en el dogma fundamental de la responsabilidad del hombre.

Si San Pablo eleva la gracia, si le da una virtud grande, es para mostrar la eficacia de la redencion, toda la salud, que traia consigo el sacrificio del Verbo. Cuando todavía estaba caliente el sepulcro del Salvador, fresca su sangre en el Gólgota, San Pablo, que representa el principio de la edad en que se exalta la fé, debia tener presente siempre ante sus ojos toda la virtud de estos grandes dogmas que venian á redimir al hombre de la culpa. De otra suerte, la idea de la redencion no hubiera sido claramente comprendida, y los primeros cristianos no hubieran tenido la fuerza que necesitaban para la predicacion y para el martirio. La primera edad de toda gran idea es la edad de entusiasmo y de fé ciega. Y de aquí proviene ese ardor con que San Pablo difunde la gracia para dar fuerza al corazon, y la fé para dar fuerza á la inteligencia, á fin de que los paganos sacudan el sueño del materialismo, y los judíos sus preocupaciones, y unos y otros se confundan al pié de la cruz en el amor, en la esperanza, y alcancen así el único premio, que puede darles la buena nueva predicada por el Salvador, la aureola sagrada del martirio. La fé y la gracia debian ser dos ideas dominantes en este momento capital de la historia del cristianismo.

Veamos las diferencias entre el primitivo sentido de los cristianos sujetos á la Sinagoga, y el sentido de San Pablo. Unos y otros se unen, se identifican en la idea de Dios y sus atributos, de la Creacion

y de la Providencia. En este punto la antigua revelacion era como la raíz, como el tallo de la nueva revelacion, de la nueva idea. Pero la doctrina de San Pablo se diferenciaba en muchos puntos de la profesada por sus antecesores. Estos creian que solamente los judíos estaban destinados á recibir en su frente el bautismo cristiano, y San Pablo creia que las puertas del templo debian abrirse tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. Los primitivos cristianos aún no bien apartados de la Sinagoga, creian que el reino de Dios era un reino de la tierra, poderoso, basado en la gloria temporal del Mesías, y San Pablo vino á señalar el reino del Mesías como oculto entre los resplandores del cielo. Los primitivos cristianos creian que la fuerza de la ley antigua estaba viva, que los ritos debian continuar, que el Evangelio era solo un apéndice de la Biblia; y San Pablo creia que la ley estaba esplicada y completada con la nueva doctrina, que los ritos habian sido abrogados, que el Evangelio contenia en sí toda la revelacion. Los primitivos cristianos creian que en el cumplimiento de las ceremonias de las antiguas prácticas estaba la verdad y el mérito; y San Pablo mostró que la fé debia ser el criterio de la religion, la gracia, la fuerza de la virtud, el reino de Dios, el fin de todas las voluntades, el objeto de todas las acciones y de todas las obras. Esta doctrina, que de una manera tan elocuente y tan sublime venia á revelar muchas ideas, que si bien escondidas en el seno de la revelacion, que es perfecta, no habian llegado hasta la mente de los fieles, debian promover dentro del seno mismo de la nueva comunion ardientes controversias y discusiones hasta el dia feliz en que la Iglesia reunida pronuncia su última palabra, que debia ser la creencia universal.

La doctrina de San Pablo iba á ir á los pueblos paganos, iba á entrar en sus templos, iba á arrancar al pié de sus aras los sacerdotes, iba á llamar á la comunion con Dios á los gentiles, á los que habian tomado por divinidades las brumas de la tarde, el centellar de los astros, los ecos perdidos de la naturaleza. Segun esta idea, el que sacrificaba á Venus, el que asistia á los misterios de Eleusis, el que iba á consultar el oráculo de Delfos, el que cantaba acompañado por las ondas del Egeo las trasformaciones de sus dioses, no habia menester la circuncision en su cuerpo para llegar á poseer la verdad y la gracia en su alma. Esta doctrina tan sumamente amplia, esta doctrina trascendental y vigorosa debia levantar una oposicion fortísima dentro de la primera comunion cristiana. Sabido es que miéntras la

Iglesia no pronunciaba su fallo sobre una tésis, sobre un punto de pública controversia, los fieles discutian siempre sobre su mejor inteligencia. El partido mas amante de la Sinagoga, el que se acercaba al antiguo ideal religioso, el que cumplia todas las prácticas y todos los ritos del culto judío, creyó ver en la doctrina de San Pablo una profanacion, y tembló, porque le parecia que al ver entrar en su templo á los gentiles, Dios los habia de consumir con el fuego de su justa cólera.

Sobre la frente de San Pablo se condensaban muchas y grandes tempestades. Jamas hombre ninguno habia conjurado contra sí tantas terribles pasiones. Se atraia por su palabra y por su doctrina el odio de los paganos, el odio de los judíos, y hasta el odio de los cristianos, que no querian separar su corazon de la Sinagoga, ni su mente de los antiguos ritos. Cuando leyendo sus epístolas, vemos los dolores, las penas que le asaltaban, no podemos dejar de consagrarle algunas lágrimas, como á todos los mártires de la verdad y del progreso. Los paganos le lanzaban sus dardos, porque con sus palabras conmovia los altares de sus dioses. Los judíos le perseguian, porque llevaba al seno de la ley antigua un nuevo espíritu. ¡Cuántas veces en Efeso, en Thesalónica, en Lystra, el antiguo fariseo, perseguidor de los cristianos, estuvo á punto de perecer á manos de los judíos por sostener la misma doctrina que habian sostenido sus víctimas, y las mismas ideas que habia vertido Estéban, el primero de los mártires! El farisaismo que habia creido encontrar en la nueva secta un poderosísimo ausilio para combatir el poder de las ideas griegas en la conciencia, y el poder del pueblo romano en la tierra, ardió en aquella desoladora ira, que tantas veces sintió San Pablo, cuando pudo convencerse de que la nueva secta no buscaba en los idólatras enemigos, sino hermanos, dignos de ver la eterna luz, y participar del reino de Dios en el cielo. El odio que esta doctrina debia inspirar siempre á los fariseos debia acrecentarse, al considerar que Pablo les habia faltado como judío haciéndose cristiano; como cristiano, llamando al nuevo templo á recibir el bautismo á los idólatras. Pero no era esta la guerra que temia San Pablo. El apóstol temia la guerra de sus hermanos, de los que adoraban á Cristo, de los que, en vez de abrirle los brazos para llevarle al templo del Señor á orar juntos, le rechazaban como abominable enemigo. Su ardor animoso, el celo de su fé, su doctrina sobre la gracia, su ansia por llevar á los piés de Cristo los gentiles, su maravillosa predicacion, su lógica mas penetrante que

una espada de dos filos, su sentido humanitario superior á todo orgullo de raza, á toda preocupacion de escuela, estas cualidades que debian ser su gloria en la posteridad, fueron su desgracia entre muchos hombres de su tiempo, incapaces de ver dónde se perdia el vuelo impetuoso de su alma. Preguntábanle de dónde habia recibido su mision, si habia visto á Jesucristo, si habia conversado con él, si habia recibido su doctrina, si habia llorado su muerte, si habia asistido á su resurreccion, si habia participado del Espíritu Santo, como queriendo negarle hasta sus títulos de apóstol. Así San Pablo tenia que recordarles continuamente lo mucho que habia hecho por el cristianismo, su conversion milagrosa, sus continuas luchas, sus discusiones en todas las ciudades de Grecia, su predicacion incesante, sus terribles tres naufragios, su sed en el desierto, su hambre en la peregrinacion sus enfermedades entre el ardor de aquellas batallas espirituales, su, martirios cruentos, las heridas que le habian abierto las varas de los judíos, las piedras de los paganos, los peligros que habia arrostrado en las ciudades por su palabra en la soledad, desafiando los elementos, entre mil tempestades, el testimonio, por fin, que en él se realizaba de la verdad del cristianismo, y de la eficacia de la fé, pues miéntras los hombres le ofrecian honras y placeres, por seguir sus falsos ídolos, él escogia la servidumbre y la desgracia y el dolor por adorar á Jesucristo, y estender por el mundo su salvadora doctrina. El partido opuesto á San Pablo organizó, á pesar de estas continuas protestas, una guerra contra el apóstol de los gentiles; quiso arrancarle las iglesias por él fundadas; lanzó á su paso hombres destinados á detenerle en sus triunfos; llevó la discordia al seno mismo de las comisiones, que solo habian oido su voz; quiso que la iglesia Palestina fuese la norma de todas las iglesias, miéntras el apóstol ponia con mejor consejo y con mas grandes inspiraciones sus ojos en Roma; le afeó que no exigiese para la salud de los fieles la circuncision, los ritos y las abstinencias de la antigua ley, y hasta en el fondo de su calabozo de Roma, allí donde manifestaba en el dolor su corazon lleno del amor divino, y dispuesto á morir por su fé, no le perdonó y le hizo apurar el cáliz de todas las amarguras, haciendo tristísima su suerte, no tanto por el odio y la persecucion de sus enemigos, como por los celos y los combates de los que debian llamarse sus hermanos. En estas luchas terribles, continuas, diarias, San Pablo muestra la elevacion de su espíritu, la grandeza de su fé. Pero preciso es confesar que su doctrina era muy grande, muy trascendental para ser comprendi-

da por los que no se decidian á abandonar el ara de la Sinagoga. Estos recelaban de su antiguo perseguidor, y le tenian por herege. Sustituir al templo, toda la tierra, al sacerdocio de una sola raza, el sacerdocio de todos los hombres, al rito, el Evangelio, á la legalidad antigua, la gracia, á la práctica bíblica, la fé, era una idea tan viva y tan grande, que necesariamente habia de provocar todas las iras que provocan siempre las nuevas ideas en la tierra. San Pablo, como dice con razon un grave y erudito autor, no tiene en este combate aquella serenidad, aquella mansedumbre que muestra Jesucristo; su sangre hirviente le lleva muchas veces hasta la amenaza y la violencia; pero no pidamos nunca al hombre lo que solo es propio de Dios.

San Pablo para contener esta oposicion siempre creciente escribe su famosísima epístola á los hombres, resúmen de todo su pensamiento y de toda su vida. En ella presenta el paralelo entre la religion antigua y la nueva religion, entre Moisés y Jesucristo, entre la Biblia y el Evangelio. La religion bíblica fué predicada por profetas como Moisés, como Abraham, como Jeremías, como Isaías; la religion cristiana por el mismo Dios, en la persona de su único Hijo. La religion bíblica es la inspiracion de Dios; pero la religion cristiana es la luz misma de Dios. La religion bíblica es servida y propagada por elegidos del Señor para servir y prolongar la religion cristiana; Dios no encontró á ningun profeta mas digno que él mismo, su propia persona, su eterna palabra. Entre Dios y el pueblo está en el judaismo la casta sacerdotal; entre Dios y el hombre está en el cristianismo Jesucristo, Dios y hombre á un mismo tiempo. El sacerdote se eleva como un príncipe y Jesus se humilla como un esclavo. La espiacion en la antigua religion es la sangre de una víctima, y la espiacion en la nueva religion es la misma sangre de Dios. El sacerdote antiguo tiene que ofrecer un holocausto en desagravio de sus mismas culpas, Jesus es un sacerdote inmaculado. La víctima antigua se desvanece como el humo del sacrificio, la víctima cristiana está siempre en el ara de los cielos para desagraviar al Eterno. El rito hebreo consiste en cumplir las prácticas legales, y el rito cristiano consiste especialmente en la pureza del corazon, y en la eficacia de la gracia. El reino de Dios del antiguo Testamento era un reino limitado, la posesion pacífica de la tierra prometida; pero el reino del Nuevo Testamento se levanta sobre las alas de los ángeles, mas allá

del azulado éter de los cielos, donde están escritos en letras de estrellas los nombres de los justos.

De estas luchas continuas salia mas clara la nueva religion y los grandes progresos que encerraba para el mundo. Aquella revelacion sembrada por un hombre oscuro, pobre, muerto en el mas oprobioso de los patíbulos, se levantaba sobre toda la revelacion antigua, sobre la frente de los doctores profetas, esplicando las ideas ocultas en sus símbolos. Pero, fuerza es confesar que esta lucha permanente, diaria, comprometia gravemente la paz de los espíritus y la unidad maravillosísima de la Iglesia. Porque si en esta lucha predominaba el espíritu de los judíos, era muy fácil que el mundo pagano se hubiera quedado fuera del nuevo templo, alejado del candor de la nueva revelacion, y la obra de Cristo hubiera sido inútil. Pero si predominaba la tendencia opuesta, la tendencia pagana, amenazaba al mundo un mal no ménos grave y lastimoso; el Evangelio se hubiera aislado de la Biblia, si se hubiera perdido toda la vida anterior, toda la historia precedente, todas las ideas de los profetas y de los sacerdotes antiguos, cuando en la historia, por la inmanencia de las ideas, la vida no debe perderse, ni evaporarse nunca, sino caer como una catarata sin fin, de generacion en generacion, de siglo en siglo, de gente en gente, para que el trabajo de la humanidad nunca sea perdido. Por eso era necesario, indispensable, buscar una síntesis entre estas antítesis, un armisticio en esta lucha, una ley superior, que resolviese y armonizase todas estas grandes y trascendentales contradicciones.

Ninguno de los partidos podia por sí y ante sí resolverse la contradiccion. Cualquiera de las opiniones impuestas hubiera sido una herida abierta en el seno de la Iglesia, que no debia chorrear sangre, cuando Dios la destinaba á ser el único regazo de la humanidad atribulada y herida. Por fin, el espíritu de Dios inunda con su luz aquellos corazones, la Iglesia universal se levanta sobre las guerras de las comuniones en lucha, las puertas del Concilio se abren, los apóstoles discuten sus diferentes ideas, Pablo es pregonado de comun acuerdo apóstol de los gentiles, misionero del Eterno, la circuncision es abrogada para los paganos, el bautismo queda como el único signo de la reconciliacion del hombre con Dios, los ántes desavenidos se abrazan, la conciencia general de los fieles pronuncia su primer palabra de paz, y aquellos hombres estraordinarios, tocados en el corazon por el amor divino, que obra milagros y hace maravillas, se dispersan por el mun-

do para derramar la salud y la verdad, y encontrar en cambio el dolor y el martirio.

El espíritu de reconciliacion entre los dos partidos está admirablemente representado en uno de los monumentos mas grandes del primer siglo, las actas de los apóstoles. En ese libro se ve que la lucha entre los judíos cristianos y los paganos-cristianos va á tener un término. Los dos grandes actores del libro, los dos principales personajes son San Pedro y San Pablo, el primero como gefe de la Iglesia, el segundo como apóstol de los gentiles. Se ve en todo el libro que su autor ha querido arrancar dos banderas distintas á dos partidos batalladores, para unirlos en la enseña comun del Evangelio. San Pedro y San Pablo, que el espíritu de secta habia presentado como enemigos, se ofrecen aquí en este libro maravilloso, como dos hermanos que sienten lo mismo, que acarician una misma idea. Es verdad que San Pedro ofrece alguna resistencia á abrazar á los paganos, mas por inspiracion de Dios admite en el seno de la Iglesia al centurion Cornelio. Es verdad que Pablo quiere abolir la circuncision, mas llevado del mismo espíritu, ordena que se circuncide Timoteo. Es cierto que San Pedro ha recibido el espreso mandato de Dios para evangelizar á los judíos, pero tambien es cierto que San Pablo ha recibido la inspiracion divina para evangelizar á los paganos. La vocacion de San Pedro está clara y no necesita el libro insistir en este punto, en que Jesus manifestó su voluntad; pero la vocacion de San Pablo está aún esplicada con mas insistencia, con mas amplitud, con mas minuciosidad á los ojos de los primitivos cristianos. San Pablo como San Pedro tiene el don de los milagros, cura á los enfermos, vuelve la luz á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, la salud á las almas oscurecidas por el error. La lucha entre los primitivos cristianos se representa mas bien que como una consecuencia natural de las ideas, como una discordia levantada por la mano de los fariseos. San Pedro y San Pablo tienen las mismas ideas sobre la fé, sobre la ley, sobre la gracia. Por fin, Pedro y Pablo y todos los apóstoles reciben por mandato divino en su alma el espíritu de Dios, y el espíritu de Dios les sostiene, y el espíritu de Dios les da fuerzas para el combate, y el espíritu de Dios reparte la verdad por igual entre todos, y una eterna paz va á sonreir como iris celeste sobre la frente de la Iglesia, que guarda el pensamiento de Dios.

Este gran cuadro del siglo apostólico lo completa la figura mística, divina, de San Juan, el San Pablo de los Evangelistas. Amigo predilecto de Jesus; su discípulo mas íntimo, su compañero mas inseparable; el que recogió todos los secretos de su corazon y vivió al calor de su vida; el que en el desierto, en los torrentes de Cedron, en el monte de las Olivas oyó sus discursos, vió sus milagros, presenció sus angustias; el que muchas veces velaba en el fondo de las grutas su sueño; el que recogia los frutos para satisfacer su hambre, el agua en el hueco de su mano para apagar su sed; el que sostenia la cabeza del Salvador, cuando los dolores de su predicacion y de su apostolado le asaltaban y le oprimian; el que le seguia por el camino del Calvario, derramando amargas lágrimas, y al pié de la cruz, cuando todos le abandonaron, recogió su último suspiro, su postrer aliento, y sentia despedazarse su corazon como se despedazaban las piedras y los montes; el apóstol querido de Jesus conservando en su pecho aquel amor intensísimo, aquella amistad tan pura, aquel recuerdo de gloria, que habia circundado la frente del Salvador, solo, en el mar risueño de la Grecia, abandonado á sus recuerdos, y á sus grandes pensamientos, despues de haber recogido el espíritu de Platon, profeta pagano del cristianismo, escribe su Evangelio que viene á ser como la hermosa luz que ilumina con místicos resplandores todo el gran cuadro de los progresos del cristianismo en el siglo primero de la Iglesia.

El Evangelio de San Juan se diferencia de todos los demas Evangelios. Estos son mortales, destinados á enseñar la vida práctica de Jesus; el Evangelio de San Juan es dogmático, destinado á mostrar la vida de Jesus en la eternidad. La idea que siempre tienen fija en la mente los tres primeros evangelistas es la idea de la humanidad de Cristo; la idea que tiene siempre fija San Juan es la idea de su divinidad. San Mateo empieza su Evangelio, dándonos la genealogía humana de Jesus; San Lúcas, describiendo la encarnacion del hijo de Dios, y su nacimiento; San Márcos pinta el bautismo; pero San Juan se eleva en alas de su genio á las alturas y ve al Verbo ántes que se desplegaran los cielos, y lloviera el espíritu creador sobre los cielos las estrellas, y nos ofrece á Jesus en la eternidad. Este es el carácter especial del gran apóstol. Los tres evangelistas precedentes tienen un espíritu práctico, moral, y el último evangelista tiene un gran carácter místico y teológico. El presenta al cristianismo como la religion absoluta, coadyuvando de una manera maravillosa á la obra de San Pablo. Sus grandes pensamientos son hijos de su corazon, están enrogecidos en el fuego del amor divino. Parece como que su rutina conserva la purísima imágen del Salvador, como que su alma

lleva grabada en el fondo todos sus amorosos suspiros, todas sus dulces palabras; y aquellos suspiros y aquellas palabras bastante fecundas para animar un mundo entero, son el alma de su alma, el espíritu de su palabra, la esencia de su idea. El amor llena hasta los abismos mas profundos de su alma, el sentimiento de su criterio, el misticismo mas puro, mas entusiasta, toda su doctrina. El Verbo, sí, el Verbo es toda su idea; el Verbo en la eternidad; el Verbo en el tiempo; el Verbo esistiendo como una virtud de Dios en el cielo, y el Verbo esistiendo como la encarnacion de Dios sobre la tierra. Tal es la primera y la última idea de su Evangelio, la trama de toda su vida espiritual.

La primera idea de San Juan es la idea de Dios, centro de la vida y de la ciencia. Dios en su inmortalidad, en su esencia, en su naturaleza incondicional y absoluta, no puede ser comprendido ni esplicado, segun San Juan, por el humano entendimiento; pero Dios puede ser comprendido y esplicado por sus maravillosos atributos, y de aquí la necesidad de que Dios se revele á la inteligencia, no en todo su esplendor y grandeza, sino por medio de la encarnacion de su Verbo; Dios es, segun San Juan, espíritu impalpable para nuestras manos, invisible á nuestros pobres ojos; Dios es luz, y de sus resplandores son como un ligero y ténue reflejo esos mundos que brillan en los infinitos espacios; Dios es amor, y con su amor sostiene la naturaleza y une los corazones y las inteligencias de los hombres; Dios es vida, y esa vida se irradia sobre toda la creacion y la alimenta, pues sin Dios, ni el espíritu seria, ni la luz del sol teñiria los desiertos cielos, ni los séres se enlazarian unos con otros, ni el mundo podria vivir; y la naturaleza y la humanidad serian sombras que se dibujan un instante en la boca de los abismos.

Pero el Dios-esencia, el Dios-espíritu, luz, amor, vida, para revelarse á los mortales, debia encerrar su esencia en una persona, en un hombre, en su hijo. De aquí la nocion del Verbo, esa nocion que la escuela platónica habia adivinado, que la escuela alejandrina habia presentido, y San Juan esplica con maravillosa elocuencia, uniendo el espíritu cristiano con todo lo que la filosofía habia sentido de grande y habia pensado de verdadero. El Verbo, [logos en el lenguaje de San Juan] es el hijo único que Dios engendró ántes del principio de las cosas, distinto del Eterno como persona, idéntico al Eterno como sustancia; palabra creadora, que al caer sobre el caos le dió vida, órden y armonía; revelacion sublime, que al herir la conciencia humana,

le mostró el verdadero Dios, y que como Dios, tiene en sí una luz, sin la cual no brillarian los astros; un amor, sin cuyo soplo no reverdeceria eternamente la creacion; una vida, sin la cual serian polvo, y nada todos los séres todo el universo.

El Verbo ha sido como una segunda revelacion de Dios, ó mejor dicho, como la última revelacion de Dios. La primera revelacion divina es la naturaleza. El cielo azul, sereno; los astros luminosos que lo pueblan; el sol, que llena todas las esferas con su lluvia de luz; los planetas, que giran en concertadas armonías como otros tantos soles; el polvo de mundos que forma esa vía láctea, perdida como un vapor indeciso en los últimos confines del Universo; la casta luna, que inunda la callada noche con sus rayos melancólicos y suaves; la tierra que se levanta en los espacios coronada de bosques, envuelta en el azul manto de sus mares; todos los séres que se desprenden del eterno manantial de la vida, y que pueblan el Universo, revelan, ó con su luz, ó con su respiracion, ó con sus amores, ó con su movimiento, el eterno artista que los ha modelado, que les ha infundido su soplo, que ha concertado sus esferas, que los ha unido en una misma atmósfera; Dios, á cuyos piés han de depositar la parte de vida que les ha tocado, porque Dios es la primera y la última palabra del Universo, y sin él nada seria, y por él todas las cosas se mueven, como que todas le deben su sér y revelan su existencia. Pero esto era la revelacion mediante el Universo, y el espíritu humano necesitaba la revelacion inmediata del mismo Dios, que penetrara hasta el fondo de su conciencia, que hablase con voz divina al espíritu; y para este fin supremo el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nos trajo la eterna palabra, la eterna idea, la revelacion espiritual de Dios, la luz de nuestra alma y de nuestra vida. Dios se revela en el Verbo como amor. Sí, el amor inmenso, que posee al hombre su hechura, al hombre su hijo predilecto, le ha obligado á desasirse de los brazos de la eternidad, y envolverse en nuestra forma, y sujetarse á nuestros dolores, y pasar esta angustia sin fin, y vivir esta vida tristísima y morir esta muerte congojosa. Pero la muerte es la gran exaltacion de Cristo. Cuando, rodeado del pueblo que le escarnece, de los soldados que le hieren, de los escribas y fariseos que le insultan, abandonado de sus discípulos que le niegan y le desconocen; teñido el rostro con la palidez de la muerte, nublados los ojos con un velo de sangre, caida la cabeza sobre el pecho, lívidos los labios, fatigoso el aliento, frios ya todos sus miembros, Jesus siente sobre la

cruz el último estertor de la agonía mezclado con la hiel y vinagre que humedecen sus labios, léjos de humillarse en el suplicio y en el dolor, se exalta, se glorifica como en su trono de nubes, vence y encadena la muerte, y desde aquel momento, la Cruz, el signo del crímen y de la deshonra, va ser el lábaro eterno de la victoria de la humanidad; pues Dios, que tan grande se manifiesta al inclinarse sobre el mundo recien creado para con su omnipotencia dar la vida al hombre, se manifiesta aún mas grande cuando se reclina en la tierra por su amor sobre la Cruz para recibir de manos del hombre la muerte. Estas dos ideas, la idea de la unidad de la naturaleza humana y la naturaleza divina en el Verbo, y la idea no ménos grande, no ménos trascendental de la exaltacion de Dios en la Cruz, que San Juan presenta con tan admirable sencillez y con un gran rigor lógico y científico, son dos ideas, en que la doctrina de San Juan, como la doctrina de San Pablo, rompe el círculo de hierro en que los judíos habian querido encerrar la verdad cristiana, círculo de hierro que le hubiera oprimido y le hubiera ahogado en el mismo dia de su nacimiento.

Frente á frente de Dios se levanta, segun San Juan, el mundo. Dios lo habia creado, y el mundo se volvió contra su Creador. Dios lo habia coronado de flores, y el mundo coronó á Dios de espinas. Dios le habia dado la luz del sol para que iluminara sus dias, y el pálido reflejo de la luna para que encantara sus noches, y el mundo dió á su Dios las frias tinieblas de un sepulcro. Dios lo habia suspendido en los infinitos espacios con el mismo cuidado que la madre suspende la cuna de sus pequeñuelos, y el mundo suspendió á Dios de un patíbulo. Dios le mandaba su aliento, le refrescaba con las claras dulces aguas, y el mundo mandó á Dios su maldicion, y aumentó su sed con hiel y vinágre. Dios hizo caminar al mundo entre los colores de las estrellas inundado de alegría, y el mundo hizo caminar á Dios por las piedras del Calvario y entre las serpientes del desierto. Dios, en una palabra, habia dado vida al mundo, y el mundo dió á su Dios la muerte. Porque este mundo no es aquel mundo primitivo, inocente, que salió de las manos del Creador en los primeros dias de la creacion, sin una sombra, sin una mancha; aquel mundo en que todos los árboles ostentaban flores y frutos, y todas las aves cantaban con mágico acento, y todas las alimañas eran mansas y humildes como palomas, como corderos, y todos los mares mostraban su fondo trasparente como lagos, y todas las estaciones sonreian plácidas como la primavera, y todos los vientos volaban como las suaves brisas y las auras, y todas

las flores destilaban miel como la celeste campanilla, y todos los insectos vestian ligeras alas, hermosísimos colores, como la mariposa, y la vida corria tan pura como la inocencia del niño, y el hombre era tan hermoso, tan bueno como los ángeles, con la intuicion de Dios en la mente, y el amor al bien en el fondo de su corazon, vaso lleno de todas las bendiciones divinas, y perfumado con todos los aromas de la entónces inmaculada naturaleza. Este mundo presente es un mundo oscurecido, es el mundo, segun San Juan, dominado por Satanas, es un sepulcro cubierto de tinieblas, que en su seno encierra viles gusanos, y que anida las aves nocturnas entre sus sombras, es un mundo maldito. ¿Y quién ha estendido esa sombra? El pecado. ¿Y de quién es hijo el pecado? De la flaqueza del hombre y de la tentacion de Satanas, dice San Juan. Pero el mundo, la obra predilecta del Creador, no puede ser siempre esta mansion de tinieblas; es preciso restaurarlo, devolverle su prístina pureza. Para este fin, Dios nos ha enviado su Verbo, su eterna palabra, su revelacion. El rito antiguo ha desaparecido desde este instante, el sacrificio material se ha disipado como una nube de humo, el pueblo escogido ha dejado de poseer la dignidad primitiva del sacerdocio; el Verbo no es judío, ni griego, ni romano; ha venido del cielo á redimir todo el mundo. San Juan aquí completa la obra maravillosa de San Pablo. Los cristianos, perdidos en la Sinagoga, los cristianos, abrazados al antiguo altar, tendrán que abandonarlo, porque el fuego de ese altar no calienta ya el espíritu humano, que necesita la vida encerrada en la nueva idea que representan los grandes discípulos de Cristo. El Verbo que trae consigo el amor y la luz del cielo, restaurará el Universo, redimirá al hombre, y dándoles las fuerzas que les falten, los llevará á la verdad, al conocimeinto de su doctrina, testificada por sus milagros, por sus profecías, para que despues de aprender en el Verbo, norma de nuestras acciones, su ciencia el entendimiento, su ejemplo la vida, seamos salvos por su muerte, que fué la manifestacion mas clara y mas evidente del sublime milagro de su amor. Por eso el Evangelio es la reconciliacion del cielo con el mundo, y de Dios con el hombre.

Como se ve bien claramente, toda la doctrina de San Juan está impregnada de un misticismo purísimo y entusiasta. Para él la vida, la luz, la verdad del mundo son como si no fueran; y solo ve en Dios la realidad de todas las ideas, la fuente de toda la vida. El mundo es á sus ojos como una nube de incienso, que debe perderse en la mansion del Eterno. Todas las cosas pasarán: el sol como un relám-

pago, las estrellas como flores de un dia, el cielo como el suspiro del aura, el mar como una lágrima que se evapora, la tierra como el vuelo de un ave, y Dios quedará inmóvil, recogiendo en su seno inmortal la vida que al morir despidan todas las cosas, uniendo nuevos rayos de luz á las aureolas de sus ángeles con el destello que al apagarse en los espacios produzcan los mundos, porque solo Dios es la eterna verdad, la eterna luz y la eterna vida.

La idea que mas claramente indica el estado del ánimo de San Juan, es la idea de la fé en Dios. La fé para San Juan, como para el Apóstol de los gentiles, no se reduce á la creencia: la fé abraza tambien la voluntad. Para creer en Jesus, es necesario asentir á su doctrina, é imitar su ejemplo, como decia San Pablo. Ademas, es necesario, segun el comun pensar de los dos Apóstoles, tener el corazon lleno de amor hácia Dios y hácia nuestros hermanos, sentir esa pasion que nos lleve á vivir en Dios, como Dios vino á morir entre los hombres; para que así sea para Dios nuestra vida un testimonio del amor del hombre, como fué su muerte para el hombre un testimonio del amor de Dios. Al hablar del amor divino, el discípulo querido de Jesus se exalta, se engrandece de tal suerte, toma una elocuencia tan maravillosa, que se conoce muy claramente que aun guarda en su alma la imágen de Jesus, y en su corazon los suspiros de su pecho.

Dios, en premio de esta fé tan grande, de este amor, nunca puede abandonarnos. Es verdad que nuestra mente delante del sér absoluto se desvanece como la fosfórica luz de la trémula luciérnega delante de los resplandores del dia; pero la idea abstracta y pura de Dios se hizo concreta y humana en el Verbo, para que nosotros la oyéramos con nuestros mismos oidos, la viéramos con nuestros mismos ojos, la amáramos con nuestros mismos corazones, y siguiéramos sus huellas impresas en el polvo de la tierra con nuestra pobre vacilante planta. Es verdad, que el Hijo de Dios nos abandonó en la tierra; porque si bien pobló de sus palabras el aire, y purificó con sus lágrimas los arroyos, y regó con su sangre las piedras, y tiñó con su mirada los cielos, y llegó á tocar con el reclamo de su amor los corazones, tambien es cierto que murió en la cruz, y se durmió en su sepulcro, y despertó para volver resplandeciente de gloria al lado de su padre. ¿Y es posible, que despues de aquella pasion tan cruenta, de aquellos padecimientos tan intensos, de aquella muerte tan gloriosa, aún estemos huérfanos y vivamos sin Jesus, que tanto nos ha amado? San Juan no deja en este desconsuelo el corazon del hombre, no; le enseña, que así como el Padre se revela en toda la primera fase de la eterna religion, en la Biblia, y el Hijo en toda la segunda fase de la eterna religion, en el Evangelio, el Espíritu procedente del Padre y del Hijo se revelará en toda la historia, en toda la vida, siendo como el lazo de amor que une la tierra con el cielo, como la eterna presencia de Jesus en la naturaleza y en el espíritu, como la mística paloma que trae en su pico el pan de la vida para sostener al hombre. El Padre es el sér absoluto, es la esencia divina, es el eterno vivificador de la naturaleza y del espíritu, es la idea; el Hijo es la idea concreta, es la encarnacion de la divinidad en el hombre, es el amor; el Espíritu es la ciencia, es la eterna inspiracion de Dios en la humanidad, es la luz; y así Dios llena toda el alma de la humanidad.

¿Y el corazon del hombre podrá faltar á Dios, que le trajo la luz, el amor y la vida? El hombre, que conoce á Dios, lleva en sí su espíritu, y no puede faltar á su amor. Cuando el hombre falta, cuando peca, es porque no reconoce ni recuerda la idea de Dios, y el sentimiento que tiene de su poder y de su grandeza. El cristiano, que recuerda el sacrificio de Dios por su alma, no mancha el alma santificada por las bendiciones y el rocío del cielo. El cristiano vuelve á Dios todo el amor que Dios le ha inspirado. Y al mismo tiempo que vuelve á Dios ese amor, lo irradia en rayos de suave luz sobre sus hermanos en Cristo, sobre los individuos de una inmensa comunion, sobre los hijos de una misma Iglesia. Y este amor bañado en la luz divina, es como la esencia, como el aroma purísimo de ese otro amor, que los hombres deben sentir entre sí para estender su alma por el mundo y dilatar su vida hasta el cielo. Porque si el hombre se ama solo á sí mismo, su alma se torna estéril, y si ama á Dios y en Dios á los demas hombres, su alma es como una armonía viva, como una imágen del cielo. Solo en Dios el hombre alcanzará la vida.

La vida en Cristo no es la vida que se pierde como una hoja seca, no es la vida que pasa como un suspiro, no es la vida que se desvanece como una sombra, no es la vida que se evapora como una lágrima, no es la vida que se disipa como un aroma, no es la vida manchada por el insecto roedor, herida por llagas cancerosas, vida imperfectísima, que tiene siempre sobre sí pendiente como una eterna amenaza la guadaña de la muerte, no, es esa vida llena de angustias y dolores que se hiere con el placer como con la desgracia, que está inquieta en el reposo é inerte en el movimiento; que toma todas sus ideas por sombras sin color; y sigue con ansia una sombra; vida de un dia, que es

como una perpetua congoja; no, la vida en Dios, la vida que guarda bajo sus nacaradas alas el ángel de nuestra esperanza, es serena, tranquila, libre de imperfecciones y de continuos cambios, perenne, y corre delante de Dios en majestuoso curso entre un cauce de flores que han hecho brotar sus virtudes, reflejando en la corriente de la actividad infinita de su pensamiento y de su amor, toda la hermosura y toda la claridad de los cielos, como que es la vida, que ascendiendo en impalpables vaporosas gasas desde el barro de este bajo mundo á las alturas, se ha condensado nuevamente al beso de Dios en la eternidad, cual una transformacion maravillosa de nuestra naturaleza en otra naturaleza mas grande y mas sublime, en que la inteligencia tiene la intuicion de lo infinito, y el corazon se pierde en el divino amor. Esta vida es la promesa de Jesus, el premio de la redencion, es la esperanza del corazon, es el eterno ideal que se oculta entre los resplandores del cielo, es la estrella que el apóstol querido señala á sus discípulos como el eterno objeto de sus deseos y de sus pensamientos, es el resúmen de toda su doctrina, de todo su maravilloso Evangelio.

San Juan representa las dos fases de la idea cristiana en este primer siglo. Por el Apocalipsis pertenece á la primera época, por el Evangelio á la segunda. En el Apocalipsis se ve por sus ideas, por sus imágenes, por sus cuadros que el sentido de los cristianos sometidos á la Sinagoga domina aún su corazon y su inteligencia; en el Evangelio se ve por sus ideas, por sus imágenes y por sus cuadros que ha respirado el balsámico soplo de la Grecia. En el Apocalipsis nos presenta el leon de Judá irritado, los muertos levantándose de su sepulcro al eco de la trompeta del ángel, los mártires agitando sus palmas, y pidiendo al Señor un castigo para sus verdugos; y el Evangelio nos ofrece el Dios de amor, la nueva vida en el cielo, la fuerza del Verbo para salvar al mundo, las eternas esperanzas, que se guardan tras los coros del mundo. En el Apocalipsis todos los recuerdos son de la Biblia, todas las ideas están impregnadas del espíritu judío, que es la primera manifestacion del Cristianismo; en el Evangelio, todos los recuerdos son puramente cristianos, todas las imágenes caen de un corazon encendido en amor purísimo, todas las ideas están impregnadas de este espíritu universal, que rompiendo la corteza del antiguo templo, se dilataba por todo el mundo, y recogia en su seno á todos los pueblos. El Apocalipsis y el Evangelio son dos monumentos cristianos, hijos de un mismo autor, pero escrito el primero á la sombra de la idea antigua para edificar al pueblo hebreo, y escrito el segundo

entre los reflejos del mar de Grecia para atraer á la nueva religion todos los hombres, para bautizar en el nuevo espíritu de vida especialmente á los paganos. Así el Evangelio rompe el recinto estrecho en que se agitaban los primitivos cristianos, muestra que el templo mas digno de Dios, es la conciencia de la humanidad, enseña las ceremonias y los ritos caidos en el polvo merced á la reconciliacion del hombre con su Criador por medio del Verbo, y abre los brazos para recibir á los paganos, á todas las gentes, porque Jesus no es hijo de Dios, es hermano de todos los hombres, y ha sido enviado para redimir de la culpa á todos los pueblos. El destino del primer siglo está consumado.

Resumamos todas las ideas capitales, que hemos encerrado en estas dos lecciones, que estudian el cristianismo en su primer siglo. El pueblo judío debia ser elegido para dar la idea religiosa al mundo, porque el pueblo judío guardaba en su templo la unidad de Dios. El pueblo judío habia llevado esta idea entre las tempestades, y como un solitario, como un eremita, se habia refugiado en el seno de una caverna para que el viento no apagase, no estinguiese su idea. Todas las razas de la tierra habian pasado ante el pueblo judío, y el pueblo judío habia resistido á sus espadas, á sus encantos, á sus cadenas. Babilonia le habia sometido, y en su cautiverio se dilató el horizonte de sus esperanzas. Grecia cantó sus antiguas dulces armonías en sus oidos, y la idea griega fué como una flor nueva nacida en el ara de Jehová. Alejandro con su espada abrió un camino triunfal á la idea griega, y el pueblo judío holló este camino para llevar por el mundo su Dios y su culto. Roma llevó á Jerusalem sus águilas, y bajo las alas del águila creció el espíritu del pueblo judío, la idea de su conciencia y de su vida. Protestó contra los romanos con todo el vigor de su espíritu, y vencido, no resignó á su vencimiento. La esperanza de un salvador, de un mesías, fué el refugio, el asilo de su corazon atribulado y doforido. Todos los dias en las calles de Jerusalem se levantaba un libertador, que blandia su espada como una eterna amenaza sobre la frente de los romanos. Estos libertadores del pueblo vivian vida tempestuosa en las calles y en los campos, y morian muerte dolorosísima en el patíbulo, en la cruz. Y de aquí dos partidos en el seno de Judea, un partido, que transigia con el espíritu pagano, el saduceo; un partido, rígido, severo, incontrastable, que no transigia con el espíritu de ningun pueblo, con la idea de ninguna raza, los fariseos. El saduceo llevaba al pueblo judío las ideas de todos los pueblos, y el fari-

seo aislaba al pueblo judío en el seno de su templo, para que su idea no se perdiese entre el tumulto de los antiguos dioses. Y allí en el fondo de los desiertos, léjos de la vida civil y política, y religiosa de los hebreos, se refugiaban sectas que rompian todo lazo con la tierra, que vivian vida comun, que buscaban un nuevo Dios en la soledad de su pensamiento y de su conciencia. Y aquí, en el desierto, se levantaban los últimos profetas, los que venian á preparar las vías al verdadero Dios. Por fin, y en consonancia con las promesas del Señor, y con el estado verdaderamente estraordinario, aparece en la Judea Jesucristo, el redentor de los hombres, el salvador, no de un pueblo, de una raza, no, el salvador de toda la humanidad. Nacido en la pobreza, criado en el dolor, errante en sus primeros años, encerrado en los desiertos, seguido de unos pobres discípulos educados á las orillas del mar de Tiberiades, al reves de todos los reveladores, no se dirigió á los sacerdotes, sino al pueblo; no predicó á los soberbios, sino á los humildes; no amó á los fuertes, sino á los débiles; no buscó guerreros que estendieran por la fuerza su doctrina, sino el corazon del niño, el amparo del desvalido, las lágrimas de la pobre mujer, las bendiciones de los desheredados; y con su doctrina y con su ejemplo mostró que no solamente traia á la tierra y á la conciencia humana una nueva idea, sino tambien una nueva vida. Cristo no habia venido á destruir la ley y los profetas, sino á completarlos y cumplirlos; no habia venido á continuar la opresion de los pueblos, sino á declararlos á todos libres, iguales y hermanos; no habia venido con sed de mando y de riqueza, sino con sed de amor para el pobre; no habia venido á mantener la ley del fuerte contra el débil, sino á exaltar al humilde, al desgraciado, al inocente; no habia venido á continuar la guerra del hombre contra el hombre, sino á volver bien por mal, á orar por los que le perseguian y le calumniaban, á ofrecer un ideal de perfeccion á sus enemigos, á dar vida eterna con su muerte á sus mismos martirizadores, á sus propios verdugos; señal evidente de que encerraba en sí la naturaleza de un Dios. Esta doctrina debia ser contrariada por los fariseos, debia ser perseguida por los sacerdotes de la antigua ley. Y en efecto, Jesus muere; pero deja su herencia á sus discípulos. Era necesario estender esta gran doctrina moral del bien práctico y positivo por el Oriente, embriagado con su misticismo y sus ensueños; ofrecer este ideal de dolor y de sufrimiento á la Grecia, hundida en su lecho de flores y embriagada con su vino de Chipre; elevar este ideal de la debilidad y de la mansedumbre á los ojos de Roma pretoriana,

adoradora de la guerra; infundir, en una palabra, este soplo de libertad en la tierra bien hallada con su antigua histórica servidumbre. Y para esto, el espíritu de Dios descendió del cielo á iluminar á los apóstoles de la nueva doctrina, porque el espíritu de Dios jamas abandona á la tierra en sus grandes crísis, á la humanidad en los momentos decisivos de su vida. El Cristianismo venia de la antigua ley, pero era necesario que rompiese sus ceremonias, sus ritos, como la caña de trigo rompe la semilla para dar de sí mas tarde la dorada espiga. El Cristianismo debia manifestar en su primera manifestacion que era hijo natural del Antiguo Testamento, porque si no nunca hubiera convertido al Oriente. Y esta primera necesidad la satisfacen San Pedro y Santiago. San Pedro y Santiago no se apartan de la Sinagoga, no llaman á los paganos, no quieren que los neófitos sean admitidos sino despues de la circuncision y de las ceremonias antiguas, fundando aquella primera Iglesia de Jerusalem, humilde, modesta, que maldice á los poderosos y exalta á los pobres, que establece la comunidad de bienes, que no estiende sus ojos mas allá de la Judea. Esta primera manifestacion cristiana está perfectamente representada por Santiago y San Pedro. Y la doctrina cristiana no debia encerrarse en el Oriente, debia pasar á Roma, porque si era necesario que el Oriente se despertase de su sueño místico para darse á las buenas obras, era tambien indispensable que Roma encontrara un ideal de virtud capaz de domeñar su fuerza, y Grecia, un amor purísimo, que la limpiara de sus amores epicúreos y carnales, y el mundo, la libertad y la vida, que lo sacaran del fondo de las gemmonias de los esclavos. Para mostrar el cristianismo universal, Dios tocó el corazon de uno de sus mas ardientes enemigos, en San Pablo. Con él comienza la edad de la fé, y concluye la edad de los ritos, y de las ceremonias antiguas. Activo, batallador, de un carácter severo, de una fuerza de voluntad incontrastable, innovador como toda alma grande y generosa, práctico, sumamente práctico y positivo en sus obras, gran organizador, carácter que parece impropio de los apóstoles y propagadores de una nueva idea y de una nueva doctrina, sufrido como un mártir, dispuesto á desafiar toda suerte de inclemencias por su fé; el gran Apóstol, alza sobre las ruinas de la Sinagoga la Iglesia universal, abre los brazos á los gentiles, destruye los ritos y las ceremonias mosáicas, proclama que la verdadera circuncision es la circuncision del alma, predica la salvacion por la fé en la verdad viva y manifiesta en Cristo, nos ofrece al Salvador como la

imágen visible del Dios invisible, como el resplandor de su gloria, como la encarnacion de su sustancia, único mediador entre la tierra y el cielo, y de esta suerte muestra la universalidad de su doctrina y la grandeza de su fé. Era necesario estender estas doctrinas por otros mas dilatados horizontes, mostrar que el Verbo está en Dios como la luz en el sol, como la vida en el mundo; unir á los hombres con su Dios por medio del amor, de la caridad, y este gran fin lo cumple S. Juan, el discípulo predilecto, el compañero de Jesus, el testigo de su muerte y de los triunfos de la Iglesia, San Juan que vive un siglo, y que corona con su Evangelio los tiempos apostólicos.

Las ideas principales de S. Juan son la esplicacion del Verbo, y las relaciones del hombre con Dios. El Verbo en la tierra habia sido esplicado ántes de S. Juan; la esplicacion del Verbo en el cielo corresponde á este maravilloso apóstol. Y al mismo tiempo que esplica las relaciones de identidad y de diferencia del Verbo con Dios, esplica las relaciones de armonía del hombre con su Creador. S. Juan, iluminado con ese amor divino, que es la esencia de su vida, la luz de su doctrina, no se contenta con acercar los hombres á Dios, quiere unirlos, sí, unirlos indisolublemente por medio del Verbo, Dios y hombre á un mismo tiempo; del Verbo, que habre á la frágil humanidad el océano de la vida celeste, de la vida perenne, de la vida divina, en cuya presencia son como minutos los siglos de los siglos. S. Juan esplica tambien admirablemente el sentido de la vida futura, no bien comprendida por los primitivos cristianos. Por medio del amor al Padre está unido con el Hijo, y el Hijo con el Espíritu, y el Espíritu con la Iglesia, y la Iglesia con toda la humanidad. Así el hombre se levantará del fondo de la tierra, se despertará del seno de la muerte, y trasformándose por la gracia y el amor divino, dejará su frágil naturaleza, su naturaleza de un dia aquí en la tierra, para subir mas allá de los mundos á participar en el seno del Padre de esa vida divina, que ha criado todo el universo. Hé aquí cómo Dios habia completado su idea. San Pedro, Santiago y San Márcos habian esplicado la ley; S. Pablo, S. Estéban y San Lúcas la fé, y la idea de la humanidad unida en el cristianismo; S. Juan el amor y el Verbo unido con Dios. Tal es la doctrina contenida en los primeros monumentos del Cristianismo. El Padre, centro de la vida; el Hijo, revelacion del Padre en el tiempo; el Espíritu, unido con el Padre y el Hijo, y revelándose á toda la humanidad en la Iglesia. El Padre como Creador es vida; el Hijo como redentor es Amor: el Espíritu como revelador es luz. El Padre, el Hijo y el Espíritu son la vida, la luz y el amor del mundo. No lo olvidemos. Todavía me parece que veo á Jesus en la montaña predicando una moral como no la habian podido presentar los filósofos del mundo; todavía el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermon de la montaña todos los dias me las repetia mi madre; todavía me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, estableciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraiso, habia de salir una nueva humanidad; todavía me parece que veo el Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los aullidos de las muchedumbres predicar la verdad divina; todavía mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último canto en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se, pierde en el indeciso límite del horizonte y aparece la primer estrella en el desierto cielo, vé cómo el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del ¡Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad.—He dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL GNOSTICISMO.

LECCION SESTA.

Señores:

Hemos visto el Cristianismo en el primer siglo, sí, el Cristianismo en su movimiento interno, en su progreso propio, en sus dogmas fuera del contacto de toda otra idea, de toda otra escuela. Le hemos visto nacer con el Salvador, triunfar desde la cruz, estenderse por Oriente con San Pedro, por Roma con San Pablo, por Grecia con San Juan. Hemos visto que contenia en sí la idea del Padre, del Sér eterno absoluto, superior á la idea del Oriente; la idea del Verbo como no la habia concebido Grecia; la idea del espíritu, á que no habia llegado Roma en su trabajo por constituir la unidad del mundo y de la humanidad. El Oriente, ese gran cenobita, ese gran solitario de la historia antigua, meditando en el fondo de sus bosques, á la orilla de sus lagos, al pié de sus volcanes, en las riberas de aquellos caudalosos rios, entre el ruido que producia la vida de tantos séres como enjendraba su exhuberante naturaleza, no habia llegado por ningun esfuerzo de su misticismo á comprender el Dios creador, conservador de todas las cosas, distinto del mundo, mas hermoso que la noche estrellada, que la luna rielando en el mar, que el sol naciendo entre las blancas espumas; no habia llegado á esta idea, sino por el milagro de un pueblo, pequeño, oscuro, despreciado de todos, esclavo en Babilonia, esclavo en Ninive; pueblo, que guardaba en el fondo de sus desconocidos desiertos y de sus grutas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la verdadera raiz de la verdadera religion. Grecia, la sacerdotisa del hombre, la que habia bajado á las orillas del mar á recoger perlas para su corona, la que habia cubierto de flores su peana, la que habia engarzado las estrellas en su palacio, la que habia puesto en sus manos una hermosísima lira, en sus labios un eterno cántico, en sus ojos una luz mas deslumbrada que la luz del sol, en su frente una idea absoluta, la que le habia enseñado que en todos los séres, en toda la naturaleza, lo mismo en la gota de rocío que en el aliento del aura, lo mismo en la hoja del árbol que en la cinta de alga, se encierra un suspiro de su amor, un reflejo de su espíritu: Grecia, la eterna artista de la historia, despues de haber recogido la voz del hombre en todos sus poemas, la idea del hombre en todas sus escuelas, las formas del hombre en todas sus estatuas, las fuerzas del hombre en toda su naturaleza, la idea del hombre en toda su vida, no habia llegado, sin embargo, á comprender que el hombre podia recibir en su carne, en su organizacion, un Dios dispuesto á exaltarle, á darle su vida, á divinizar hasta sus dolores, hasta su muerte. Y Roma, sí, Roma que habia abandonado su cabaña, su sencilla primitiva vida del campo para lanzarse audaz á los combates á dar unidad á todas las razas, disciplina superior á todos los pueblos, á unir el Oriente con el Occidente, Grecia con Asia, Jerusalen con Babilonia, Alejandría con Italia, el mundo entero hasta entónces fraccionado consigo mismo, Roma no habia podido fundar su unidad en una idea superior á su ciudad, superior á su derecho, superior á la fuerza de sus ejércitos y á las lanzas de sus soldados, en la unidad del espíritu, que traia consigo la nueva religion. Y hé aquí, Señores, tres mundos, tres épocas de la historia, trabajando incesantemente, hiriendo los cielos y la tierra, para encontrar tres ideas, y no hallándolas perfectas y cumplidas, sino cuando amanece un nuevo dia en la historia, y empieza una nueva fase en la vida de la humanidad.

Pero ¿cuál fué la primer impresion que el Cristianismo hizo en la conciencia del mundo pagano? ¿Cómo recibió sus dogmas? ¿Cómo comprendió sus primeras ideas? ¿Cómo interpretó sus secretos? Cuestion es, señores, difícil, pavorosa, y que abordo con recelo, con temor, contando con la benevolencia de los que han tenido valor bastante para seguirme hasta aquí. El mundo antiguo se divide en dos grandes porciones en el espacio, en dos grandes épocas en el tiempo, en Oriente y Occidente. El Oriente, primer albor de nuestra idea, primer floreci miento de nuestra vida, primera manifestacion de nuestro espíritu, rodeado de la naturaleza que lo envuelve como una gasa, lleno de fábulas como el arbusto en primavera de flores, perdiéndose en el seno de la creacion como el vapor de sus lagunas, por el instante en que aparece en la historia, por el medio en que vive en el mundo, viene á representar el sueño de la inocencia, la exaltacion del misticismo, el hombre escondido en el polvo, y el espíritu escondido en el hombre, como la miel y el aroma se esconde en el seno de la flor, ántes que haya abierto sus hojas, y haya regalado al viento sus esencias.

Por eso el Oriente debia tener en la historia un carácter exaltado, místico, religioso. El soldado que pelea por su religion; el eremita que se macera; el solitario que se pierde en la contemplacion de su Dios, debian ser como las estatuas levantadas sobre esa gran cuna de la humanidad. El oriental se apartaba de la tierra, de la vida práctica, deponia su conciencia en el ara del sacerdote, su voluntad en el carro triunfal de su rey, su futura suerte en manos de sus dioses, su porvenir en la trasformacion de su sér en otro sér, su vida en la naturaleza, su personalidad en la casta; y no acertaba á comprender qué destino venia á cumplir en la inmensidad de la creacion el hombre, suspiro de un instante, fantasma pasajero, ténue vapor de la vida universal, mustio rayo de la luz eterna, pequeño átomo de la infinita y absoluta sustancia. Por eso es necesario ver, estudiar qué impresion hacia en su ánimo místico, soñoliento, exaltado, una religion práctica, positiva, una moral que hacia consistir la virtud, no en la contemplacion mística y silenciosa de Dios, sino en la actividad del espíritu, en las buenas ideas y las buenas obras; una vida, en fin, que devolvia al hombre la conciencia de su personalidad, y al espíritu lo que el oriental no habia comprendido ni habia soñado nunca, perdido como estaba en la creacion, su santa libertad.

Y al mismo tiempo que el Oriente debia sufrir una impresion profunda con la idea cristiana, el Occidente, Grecia y Roma debian sufrir otra impresion no ménos grande, no ménos trascendental y estraordinaria. El mundo clásico tenia un carácter positivo, práctico, limitado á la vida presente, á la vida real. Sus dioses eran hombres; sus templos casas; sus cielos montañas tocadas por las humanas manos; sus dogmas hermosas poesías, armoniosísimos cánticos; sus ceremonias danzas alegres, dramas, coros, procesiones cubiertas de flores; sus víctimas corderillos, palomas que abrasados en el sacrificio se perdian entre los pliegues del cielo como una nube de estío; sus tumbas hermosos cenotafios coronados de estatuas rientes; su gran libro teológico la concien-

cia humana; su primer sacerdote el pueblo; su eterna mansion la tierra; su ciencia religiosa la filosofía; y todas sus teogonías, y todos sus recuerdos y todas sus esperanzas eran símbolos y nada mas que símbolos de las fases, de las trasformaciones, de los aspectos, de las formas que toma la vida de la humanidad en la historia y en la naturaleza. ¿Qué impresion habia de producir en el ánimo de aquellas naciones guerreras, de aquellas naciones artísticas, de aquellas naciones filosóficas, dispuestas siempre á creer que toda su vida se encerraba en los límites de la tierra, que todo su destino se cumplia en las esferas de la historia, aquella religion espiritualista, trascendental, que mostraba al hombre una idealidad inagotable en el cielo, un Dios escondido en la eternidad, un espíritu invisible derramado como eterna fuente de vida en la conciencia y en la naturaleza, una alma inmortal, un destino infinito, destino que debia cumplirse no aquí, no en este mundo de un dia, sino en otro mundo mas bello, superior al sentido, en que el hombre, despojado de esta vestidura mortal, de esta organizacion, que los griegos habian creido el eterno tipo de la hermosura y del arte, debia por su propia intuicion ver y amar á Dios en esencia y en espíritu?

Ah, señores, el Cristianismo debia por vez primera en su aparicion, trastornar completamente el espíritu del Oriente y de Grecia. El cenobita oriental debia levantarse del polvo, sacudir su largo sueño y darse á la actividad del espíritu; y el artista griego debia sacudir su corona de verbena, su eterna sonrisa y darse á la contemplacion de Dios. El uno debia fijar los ojos en la tierra, para comprender que en la tierra se siembra el grano que mas tarde se ha de recoger en el cielo; y el otro debia levantar al cielo sus ojos para comprender que del cielo viene la luz que baña esta vida, que ilumina y vivifica este mundo.

El Cristianismo realizaba en la conciencia una idea semejante á la idea que Roma realizaba en el espacio. Si alguna vez hubiérais dudado de la armonía viva que existe entre el espíritu y la naturaleza, entre la conciencia y la vida, entre la filosofía y la historia, este espectáculo del Cristianismo y de Roma seria bastante á convenceros de que es tan imposible separar la idea del hecho, la idealidad científica de la realidad histórica, como es imposible separar, divorciar el alma del cuerpo. Roma traia la unidad del hombre, y el Cristianismo la unidad de Dios. Roma conquistaba todas las razas con su espada, y el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un cuerpo, y el Cristianismo un espíritu. Roma reunia en su recinto el espíritu político del Oriente y de Grecia, y el Cristianismo reunia en sus dogmas el

Dios de Oriente y el hombre de Grecia. Roma realizaba una revolucion material, profunda, profundísima, y el Cristianismo realizaba una revolucion en la conciencia, trascendental, inmensa. Roma bajaba las gradas del Capitolio con sus emperadores y con sus soldados, y el Cristianismo subia esas gradas teñidas de sangre con sus doctores y con sus mártires. Roma debia sellar el libro del antiguo derecho, de las legislaciones antiguas, y revelar la idea de un nuevo derecho humano, y el Cristianismo debia sellar el libro de las antiguas teologías, de las antiguas religiones, y derramar una nueva idea religiosa en el mundo. Roma infundia el Oriente en Grecia, y Grecia en el Oriente, y el Cristianismo debia reunir los orientales, los griegos, los romanos, todos los hombres, en la luz del cielo, en el espíritu de la verdad y de la justicia.

Pero era difícil que el mundo antiguo adivinara toda la trascendencia de las ideas cristianas. Para separarse el mundo de sus antiguos altares, de sus primitivos dioses, necesitaba hacer un esfuerzo supremo sobre sí mismo, porque nada es tan triste como dar un adios á lo que por espacio de muchos siglos ha sido nuestra vida. Así es que los pueblos antiguos pedian á la nueva idea, á la nueva religion, que les dejase vivir un poco al pié de sus altares, que admitiese sus dioses nacidos en el seno de la naturaleza, que les permitiera llevarles las ofrendas de sus antiguos sacrificios, celebrar las ceremonias de sus antiguos ritos, acariciar los pensamientos de sus antiguas teogonías, ó al ménos que entrara en sus templos, y viera el resplandor de su lumbre, el ara cubierta de flores, la víctima coronada, el pueblo llevando las ofrendas de la naturaleza, los coros de las vírgenes, las danzas que trenzaban los jóvenes delante del altar, las hermosas estatuas resplandecientes de alegría, las esperanzas, las ideas que encerraban todas aquellas fiestas, y despues dijese si debia morir irremisiblemente tanta grandeza y tanta hermosura. Y de este esfuerzo para unir el paganismo con el cristianismo nació evidentemente la principal idea gnóstica, que representa la primer impresion que en la conciencia pagana hizo la nueva idea religiosa. Era imposible, absolutamente imposible, que el paganismo comprendiera el cristianismo en un momento, en uno de esos momentos, que Dios guarda para sus elegidos. Antes de llegar á comprender en toda su pureza la idea cristiana debia andar la conciencia estraviada; cayendo y levantando, errando mucho, como sucede al que aprende una nueva doctrina, una nueva ciencia. El paganismo comprendia, adivinaba que era cercana y fatal la hora de su muerte. Los empera-

dores habian convertido en una política la religion, señal evidente de la muerte de las religiones; los filósofos abandonaban los templos para enseñar un Dios mas puro en las escuelas; los poetas iban desterrando de sus teogonías aquellos antiguos génios que habian dado su lira á Homero y á Pindaro; los estatuarios no derramaban en el mármol aquel fuego celeste que tenia Júpiter de Fidias, y en vez de dioses modelaban hombres; los guerreros fiaban mas en sus propias fuerzas y en su propia espada que en la espada de Marte; los navegantes no veian formarse en las indecisas líneas de las olas y entre las blancas espumas la imágen de Glauco ceñido de algas y de perlas; los altares poco á poco iban quedando en el aislamiento; los pueblos guardaban del culto la materialidad, la ceremonia esterior, la liturgia, pero no la idea; los sacerdotes gemian en la soledad, los oráculos callaban, las tradiciones se perdian; y así miéntras se desertaba de la mágica hermosura del paganismo la naturaleza, y huian los faunos de los campos, y se desvanecian las yánades, y se ahogaban las sirenas en el mar, y se reunian como en un sepulcro todos los dioses mutilados en el Panteon, todos los vencidos, todos hechos trofeos de las fuerzas del hombre; la conciencia humana que no puede vivir sin un Dios, sin aspirar á lo infinito, se abrazaba al Cristianismo, pero volvia los ojos á sus antiguos templos donde humeaba aún el fuego del sacrificio, donde exhalaba sus aromas la religiosa verbena, donde aún estaba henchido el aire con los cánticos de los antiguos poetas.

El espíritu pagano hacia un esfuerzo para infiltrarse en el Cristianismo. Conocia que su vida pasaba, y queria dilatar en la nueva religion su vida. Para conseguir este fin, envolvia sus dioses, sus genios en el manto rasgado del dios del Oriente, y los llevaba al templo de la nueva religion. Creia, en un arrebato de locura, que era posible bautizar con el agua purísima del Jordan á Juno, á Venus, á Júpiter, á todo el Olimpo. No podia comprender, cómo habiéndose encarnado el espíritu de Dios en el hombre, ese espíritu pudiera rechazar las encarnaciones de otros dioses en el seno de la naturaleza. El paganismo se resistia, retirándose. Dejaba en buena hora la cúspide de la creacion, la eternidad, los cielos, al Dios-Padre y á su Verbo; pero queria que ese inmenso espacio estendido entre el cielo y la tierra, ese vacío fuera poblado por sus antiguos genios, que Castor y Polux lucieran aún en las estrellas, que Apolo guiara el sol, y concertase la armonía de las esferas, que Júpiter vibrara el rayo, que Juno perfumase con su aliento los aires, que Venus se meciera hermosa

en las ondas del plateado mar, que Naturaleza se conservara con todos sus genios, con todos sus dioses, con toda su vida, para que el monoteismo oriental no secara esa fuente de inspiracion de los poetas, y no quitase ese último asilo á la rica fantasía de los pueblos, necesitada de dioses, de armonías, de cánticos, de toda la varia vida del paganismo. Y de esta suerte las escuelas gnósticas venian á mostrar que no habian comprendido la trascendencia de la religion cristiana, que venia á matar el Dios-naturaleza, para dar libertad al espíritu.

Pero no es solamente este carácter el que presenta el gnosticismo; ofrece tambien otro carácter muy digno de señalarse. Así como las almas apegadas á la religion de sus padres quieren que el paganismo, en cuanto sea posible, se salve delante de la nueva religion, las almas incrédulas quieren que el paganismo cobre vida en el filtro de la mágia para contrastar la religion cristiana. Para estos ya no es el paganismo aquella religion sencilla de la naturaleza, en que el culto es la ofrenda del campesino y del labrador, en que los dioses gozan de una eterna tranquilidad, en que las vírgenes danzan y cantan sencillamente al compas de sus liras, recordando ora la primavera, ora las lluvias benéficas, ora la siega, ora los frutos del otoño. no, el paganismo, ha perdido esta inocencia primitiva, candorosa, y se ha armado fuertemente para resistir á la nueva religion, ha entrado en las cavernas mágicas del Oriente, ha visto hervir las sustancias en las calderas de los hechiceros, ha probado aquellos filtros, ha recogido aquellos conjuros, y trasformándose en esta nueva vida, llena de amuletos, de sortilegios, de demonios, de genios estraordinarios, espera hacer lanzar á la humanidad de su seno el espíritu del Cristianismo. ¡Cuántas veces se veia en la antigua Atenas, en la severa Roma, que miéntras el templo estaba desierto, miéntras el sacerdote se afanaba en vano por atizar el fuego del sacrificio, miéntras los misterios de Eleusis se veian abandonados; el pueblo, aquel pueblo que habia vencido con sus dioses y por sus dioses, anhelante, respetuoso, medrosísimo, se acercaba al hechicero persa, que ceñido de blanca túnica, envuelto en manto de púrpura, coronado con la tiara de oro, agitando en sus manos un hierrecillo, profiriendo balbucientes palabras árabes, trazaba círculos mágicos al rededor de su templo, le infundia una voluptuosidad estraordinaria, lo atraia como la serpiente al pajarillo, lo domaba, le hacia reir, cantar, llorar, le abria los secretos de lo porvenir, los misterios del templo, le esplicaba sus propios dioses, su propia religion, dándole un sentido místico, oriental, bien ageno al espíritu

pagano, y en una palabra, llegaba con sus ideas hasta el corazon de las muchedumbres, cuando las muchedumbres veian vacilantes sus templos y mudos sus oráculos! Y en la mágia caian muy especialmente las aristocracias, las gentes de educacion y alto espíritu. No hay que hacerse ilusiones. En la organizacion, si es permitida esta palabra, de nuestro espíritu, se encuentra la necesidad religiosa. El espíritu humano jamas vivirá sin religion. La vida de un dia no satisface este anhelo infinito de vivir; el amor de un instante no puede llenar los deseos de este inquieto corazon; la hermosura de la tierra no puede corresponder al amor, á la hermosura absoluta, que siente nuestro espíritu, y el espacio entero es pequeño y estrecho para estas nuestras ideas, que necesitan estenderse, espaciarse en lo infinito. Pero por lo mismo que la religion es una necesidad del espíritu humano cuando esta necesidad no se satisface naturalmente, no se llena con el rayo de luz que viene del cielo, toma un carácter oscuro y todo lo corrompe y emponzoña. Y si Dios no desciende á consolar al espíritu, si una esperanza infinita no se apodera del corazon, en cambio viene la supersticion, vienen las preocupaciones; el miedo á la naturaleza, en una palabra, el vicio. Y como la aristocracria romana no tenia religion, se contentaba con adorar la mágia, con profesar el sortilegio con hacer conjuros, con creer en una ciencia oriental, que despojando á la naturaleza de la hermosura, de que la habia revestido el paganismo, la convertia en un inmenso laberinto, donde se evaporaban y se volatilizaban las sustancias, y se convertian en sombras todos los séres, y se disipaba el espíritu. Y de aquí nació otro de los fines del gnosticismo, porque el espíritu de estas sectas no se contentaba con las ideas orientales, ni con las ideas griegas, y corria al Panteon á ver el nuevo Dios muerto llevado allí por los emperadores, y tomaba tambien como juego de su vida el cristianismo y sus ideas, mostrando que en ninguna religion tenia fé, y que habia perdido hasta la última luz de la vida, hasta la consoladora esperanza.

Lo cierto es, señores, que el gnosticismo nacia del espíritu de su tiempo, de la vida de su siglo. Alejandro habia abierto el Oriente al Occidente, Roma habia agrandado el pensamiento de Alejandro, por todas partes la espada de los guerreros llamaba á la puerta de los templos, en todos los caminos del mundo se encontraban unas con otras las razas, y al encontrarse contábanse sus dolores, sus creencias, sus esperanzas; el sacerdote persa entraba encadenado en Roma; el mago oriental subia las gradas del Capitolio; el judío escapado de Jerusalem iba á Alejandría, y llevaba allí su Dios, que aterraba con su grandeza al espíritu humano; el filósofo griego corria al Asia menor, y en aquel gran caos de pueblos y de razas esparcia sus ideas; los dioses todos iban en los carros de los vencedores, en los trofeos de los ejércitos; y de esta confusion de ideas, que traia sobre el mundo la ebullicion, digámoslo así, de una nueva humanidad, nacia la confusion de la theurgia persa en la filosofia griega, del Dios único de los hebreos con el Dios materialista de los indios, de las armonías pitagóricas con la magia discordante del Egipto, de la lucha de las divinidades entre sí con el reposo olímpico de los dioses griegos, del materialismo con el espiritualismo del Hijo del hombre muerto en la cruz con las legiones de los batalladores ángeles caldeos; confusion que era la trama de la vida del gnosticismo. Así nada mas confuso que estos sistemas, nada mas indescifrable. Eran como la entrada en un templo de infinitos pueblos, que no alcanzaran á entender ni los símbolos, ni los dioses guardados en ese templo. Eran como el caos de donde iba á salir una nueva ciencia. La luz no habia caido sobre el caos, la palabra creadora no habia ordenado sus elementos, y unas ideas luchaban con otras ideas, y unos principios con otros principios, y unos dogmas con otros dogmas. Parecia como que Dios, inclinándose sobre la historia cual un dia se inclinó sobre el caos, queria ver pasar ante sus ojos todo el antiguo mundo; los dioses alados; las flores del Lotho que habitaban en los azules mares de la India; las esfinges; las coronas de oro que habia llevado sobre sí Thebas, maga de la historia; el sol reluciente, brillantísimo, que en el fondo de su templo habia encerrado Persépolis como una eterna imágen del sol que habita los cielos; las estrellas errantes y silenciosas, que para recibir la adoracion de los hombres se habian posado sobre las altas torres de la Caldea; los cocodrilos y las grandes tortugas de Menfis, que llevaban sobre sus conchas el peso de la tierra; las guirnaldas de acanto cinceladas por los mas divinos artistas de la tierra, con que Corinto se presentaba á la orilla de su mar, siempre riente, á celebrar las fiestas de sus dioses; Atenas con su lira, con su cincel, con su trompa épica, seguida de sus dioses de mármol, verdadera apoteósis del hombre, de sus coros de poetas, que le llevaban la miel de la inspiracion á sus lábios agitados por un eterno cántico; Roma con sus divinidades sabinas y etruscas, con su mohosa lanza, con su Panteon, único refugio del Olimpo; Alejandría con sus mil escudos, con los sacerdotes de todos los cultos, con los filósofos de todas las escuelas, con los sortilegios de todos

los dogmas; el mundo, sí, el mundo antiguo con todos sus dogmas que se disipaba, que se perdia como un poco de humo delante del nuevo Dios triunfante desde la cruz en la cima del Calvario.

Pero no era esto solamente le que significaba el gnosticismo: significaba mas en alguna de sus escuelas. Era, digámoslo así, en la fase que mas se unia al Cristianismo, como la preparacion del espíritu á separarse de la naturaleza. No se puede juzgar el gnosticismo con arreglo á un sistema fijo, ni bajo el tipo de una sola idea. Esto es imposible, porque son tantas y tan varias las imágenes que nos presenta que el reducirlas á la unidad es empresa vana é imposible. El gnosticismo es la impresion que en la conciencia pagana hace la nueva religion, impresion profunda. Y como es la impresion que en la conciencia pagana hace el Cristianismo, es vario, es multiforme, como todas las impresiones. Las ideas, que son la unidad, que tienden á lo absoluto, se prestan facilmente al conocimiento, porque la idea, producto del ejercicio de todas nuestras facultades, representa lo mas primordial y sencillo. Pero la impresion, por lo mismo que es confusa y varia, por lo mismo que tiene tantos matices y toma tantas formas, la impresion se escapa á la síntesis. Es muy fácil sistematizar grandes ideas; pero es muy difícil sistematizar ligeras impresiones. La idea solo tiene una forma en la razon; la impresion toma aspectos innumerables, varias formas en el indeciso mar de nuestra sensibilidad. Por eso el gnosticismo, que unas veces aparece como la última transacion posible entre la idea pagana y la idea cristiana, aparece otras veces como la imágen de una estrema oposicion al paganismo. Es el espíritu jóven y entusiasta del creyente, que no se detiene á pesar las ideas, sino que huyendo de las que le parecen falsas, va á dar fatalmente en profundísimos abismos. Es la oposicion á las ideas antiguas, oposicion irreflexiva y apasionada, que no quiere ver lo que han tenido de grande y de verdadero. Es el espíritu como el neófito, que abraza una nueva causa, como el jóven que siente la primera pasion. El paganismo habia puesto en cada sér de la naturaleza un Dios, habia divinizado el mundo material. Para el paganismo, en la ola, en el suspiro del aura, en la hoja del árbol, en el rayo indeciso de la estrella que riela en el lago, se encierran divinidades, cuyo soplo, cuyo ciego espíritu animan el mundo material. Para el paganismo los séres, los fenómenos de la inmensa naturaleza son como manifestaciones de los dioses, eterna vida, sustancia eterna de la materia. No, el aire no gime en la enramada, son los dioses campestres; el sol no

alumbra, es la antorcha de Apolo; el arroyo no murmura, es la ninfa que se desliza en su seno; la flor no embalsama la tierra, no, es la divinidad encerrada en su corola; el mar no palpita en blancas y azuladas ondas, es la eterna sirena que se mece entre sus espumas; la brisa no enjuga la frente del marinero con su soplo, es el suspiro de la hermosa Thetis; la primera luz no dora por la mañana el horizonte, es la aurora que tiñe con sus rosados dedos el cielo; la naturaleza no tiene vida, sino porque la divinidad habita en su seno, y se esconde en su fondo como se esconde la esencia en el cáliz de las flores, y el ténue vapor en el seno del agua y la etérea luz en el misterioso planeta. Ahora bien, ¿era posible que el espíritu de los paganos, que habian llegado á ser neófitos del Cristianismo no se exaltase contra su antigua religion hasta el punto de abrazar una idea radicalmente enemiga del Cristianismo? No era posible. Su ardor, su pasion les debia llevar una idea opuesta, pero absolutamente opuesta al paganismo. Esta idea, es como la base de muchas escuelas gnósticas, unánimes en creer que la naturaleza era el mal absoluto, que la materia era la imágen del demonio, que el mundo no habia sido obra de Dios, sino obra de otros séres inferiores á Dios, y por consiguiente, que el mundo está destinado á un eterno tormento, á una denegacion eterna, hasta que llegue el dia fatal, en que se hunda como una piedra arrojada á un lago en los profundos abismos de la nada, cargada con las lágrimas de la humanidad, y con las maldiciones de Dios. Así en la estrella errante, en el vapor del lago, en el aroma de la rosa, en el iris que forma la descomposicion de la luz, en el alba hermosísima, en la callada noche iluminada por la luna, en la gota de rocío suspendida á las hojas de los árboles, en las líneas del azul horizonte cuando se confunde con el mar en calma, en todos esos espectáculos tan hermosos de la creacion, veian como tentaciones de Satanas, como reclamos con que el genio del mal queria llamar al espíritu para confundirlo y perderlo en la naturaleza.

Pero no se puede estudiar el gnosticismo, esta escuela, que bajo un aspecto parece una transacion entre el espíritu y el cristianismo y el espíritu antiguo, y bajo otro aspecto un estremo misticismo que llega hasta caer en la negacion de la materia, sin unirlo ántes al estudio é idea general de su época. En esta crísis del mundo, que nos hemos propuesto estudiar, crísis estraordinaria como no recuerdan los anales de la historia, se verificaba la trasfusion de la idea griega en el Oriente, y del espíritu oriental en Occidente. Esta revolucion estraor-

dinaria tiene tres grandes representantes: en la esfera religiosa, el Cristianismo; en la esfera filosófica Alejandría; en la esfera política y práctica Roma. Pero es necesario ver cómo se unia, cómo se indentificaba, cómo llegaba á una síntesis, esa eterna antítesis del Oriente y del Occidente, escrita con sangre generosa en Marathon, en Platea, en Salamina, en el Gránico, en Trasimeno y en Cannas. Un dia la civilizacion griega llegó á su madurez, á su unidad. Sus luchas internas cesaron, perecieron sus repúblicas. Grecia parecia morir como nacion, pero era para vivir como humanidad. Un hombre estraordinario se levantó entre tantas ruinas. Era hermoso como una estátua de Fidías; resplandecia en su mirar el reflejo de los mares y de los horizontes de Grecia; llevaba en su aliento el perfume de la miel del Hibla; sonreia su imaginacion como aquellas continuas fiestas celebradas en loor de los antiguos dioses; agitaba en sus manos á un tiempo la espada de los héroes, la lira de los poetas; reflejaba en su mente los rayos de la filosofia y del pensamiento de su patria; sentia en su corazon ese anhelo de lo desconocido, de lo maravilloso que es como el llamamiento secreto de la Providencia á los hombres que han de cumplir altos fines; tenia un deseo infinito en el abismo de su corazon, que no podia llenarse ni con todo el mundo, y como la civilizacion griega, aquella civilizacion tan grande y tan hermosa se habia aposentado en su seno, como habia caido con todo vigor en su alma inmensa, en su alma varia y múltiple, á un tiempo ateniense y espartana, oriental y griega, Alejandro arroja sus escuadras al mar, pone el pié vencedor en el Asia, entra en sus templos, interroga á sus oráculos, esparce por los aires las cenizas de sus imperios, deja las huellas del hombre, y del hombre griego y del hombre libre en el seno de la naturaleza esclava, de la creacion sometida á la magia de los sacerdotes; llama á su alrededor las razas párias y les da en la copa de sus festines á beber el licor de la verdadera vida, y con su soplo inmortal esparce en el Oriente misterioso y solitario el alma armoniosísima de la Grecia. Delante de este hombre debemos detenernos, porque su palabra y su idea son una clave de la historia, una esplicacion de los siglos que van á sucederle. Al herir de su espada, las puertas de los templos giran sobre sus goznes y se abren y revelan sus misterios. Las razas encerradas en su soledad, iluminadas por el fulgor de aquella alma estraordinaria, toman el camino de Occidente y van llenando el aire con sus lágrimas y sus quejidos. Los sacerdotes huyen y dejan caer sobre la muchedumbre de los pueblos por donde pasan sus enigmas. Los libros sagrados del Oriente, aquellos libros que solo podian entender sus elegidos, sus sacerdotes, se abren al viento de la guerra que agita su hogar, y dejan caer sobre los pueblos profanos sus ideas y sus esperanzas. El negro velo, que ocultaba á la antigua Isis, que la cubria entre sus pliegues, se rasga, y el filósofo griego con la antorcha en la mano se acerca á analizar y á comprender el secreto y el misterio de su vida.

No es solamente Grecia la que comprende el Oriente, es el Oriente mismo el que tiende á unirse á Grecia. Sus dos almas perdidas en los aires se unen, se confunden como el suspiro de dos amantes. La primera vez que se encuentran el espíritu científico de Oriente y el espíritu de Occidente luchan, aunque se encuentran en el lecho de sus amores, en Alejandría. El Oriente místico, severo, exaltado, austerísimo, no acierta á comprender el lenguaje ligero, gracioso, elocuente, vario de la Grecia. El alma del Oriente perdida en el éstasis, no se aviene con el alma indagadora y activa de Grecia. Ademas la razon de su lucha está mas honda. Sus pueblos, los pueblos animados de su espíritu, se han visto en todos los campos de batalla, y han empapado con su sangre la tierra, y aun sus huesos blanquean en los desiertos como testimonio de su eterno rencor, de su mutuo invencible odio. Los dioses griegos recuerdan que las espadas de los orientales muchas veces han llenado de luto el Olimpo, han interrumpido su eterna alegría. La lira griega tan ligera y armoniosa no quiere entregarse á las manos de aquellos sacerdotes tan austeros y tétricos. Los genios hermosísimos de la Grecia, sus dioses coronados de verbena, sonrientes, se estremecen al ver los dioses orientales, las serpientes, los grifos, las esfinges con sus cuerpos informes, los cocodrilos, los elefantes, y se apartan, temiendo perecer en la guerra de sus eternos enemigos. Y así Grecia y el Oriente luchan y se resisten á reconciliarse, cuando Dios los empujaba á unir sus inteligencias, á identificar sus espíritus en un pensamiento comun.

Y puesto que estaba en las leyes de la historia y de la vida la union de Grecia con el Oriente, esta union habia de realizarse tarde ó temprano. La filosofia griega se dividia en tres grandes y capitalísimas escuelas en esta edad que vamos historiando; la escuela platónica, la escuela aristotélica, la escuela estóica. Dios habia destinado el pensamiento de Aristóteles para Grecia. Esta filosofia positiva y práctica, esta filosofia de la esperiencia llamaba á Grecia á su verdadero centro de gravedad, á la interpretacion de la naturaleza. Y así

como la escuela aristotélica era muy especialmente para Grecia, la escuela estóica estaba muy especialmente destinada para Roma. La severidad de su carácter, la grandeza de sus principios, la elevacion de sus miras, la universalidad de su espíritu, hacian la escuela estóica muy idónea para concertarse con el fin general de Roma y grabar en el espacio la idea de su derecho. Y así como la escuela aristotélica estaba destinada principalmente á Grecia, y la escuela estóica principalmente á Roma, la escuela platónica estaba destinada principalmente al mundo oriental. El espiritualismo de Platon; su mirada de águila que se perdia en el eterno sol de lo absoluto; el vuelo de su espíritu, que se cernia sobre la creacion; la idea que presentaba de la naturaleza cayendo como una eterna catarata del seno de Dios en los infinitos espacios; sus tipos de la verdad y de la hermosura y de la bondad, teología tan en consonancia con la base de las teogonías antiguas; su imágen del alma caida del cielo en la tierra como un reflejo de la eterna luz, como un átomo de la eterna sustancia; su Dios levantándose sobre los soles y los mundos, sobre la naturaleza y el espíritu; sus genios, sus ángeles que llenan el espacio que media entre el Creador y la criatura; sus logos, su eterna palabra, que da fuerza á la creacion, vida á todas las cosas; su amor inmenso y puro que llega hasta convertirse en el misticismo; su contemplacion de Dios que raya en el éstasis; su idea de la sustancia tan cercana al pensamiento espiritualista, su lenguaje iluminado, elocuentísimo, toda su vida, todo su genio, todo su espíritu debian herir el alma del Oriente.

En efecto, cuando el Oriente oia el lenguaje de aquel ángel, que semejaba un sacerdote huido de sus templos, le escuchaba estático cual si hubiera encontrado su propia alma, sus propias creencias entre las espesas tinieblas del paganismo. ¿Quién le habia enseñado á hablar de un Dios eterno, realidad perfecta de la hermosura, del bien y de la verdad? ¿Quién le habia revelado la esencia de toda la verdad? ¿Quién le habia enseñado las legiones de ángeles, descendiendo del cielo á sostener la tierra, á iluminar los astros, á llevar en sus alas á Dios el aroma de todas las cosas, el cántico de todos los séres? ¿Quién le habia dicho que el alma del hombre está desterrada en la tierra, que anda errante por un mundo que no es su mundo, y que toda su ciencia, toda su poesía, todas sus virtudes son como recuerdos de su eterna patria, que se oculta en el cielo? El Oriente debia encontrar en Platon un reflejo de su genio, un eco de su palabra, un recuerdo de todas sus doctrinas. Y al mismo tiempo la escuela platónica, al encontrarse con

las teogonías orientales, con sus grandes ideas sobre el Creador y la creacion, con un misticismo exaltado y estático, con sus esperanzas sobre otro mundo mas hermoso y mejor, con sus pensamientos sobre la nada de esta vida, con sus aspiraciones á penetrar en el seno de Dios, á confundirse en su esencia, debia decir del Oriente lo que decia César: "Solo hay espacio para trabajar en el Asia." Y así el platonismo y el Oriente formaban una nueva fase de la vida del espíritu.

Y esta gran trasformacion necesitaba no solo el espíritu oriental, sino tambien el espíritu griego. La filosofía griega habia ido cayendo poco á poco en el puro positivismo. La vida práctica era toda su vida, la ley moral toda su ley. Cada dia habia cerrado mas estrechamente el horizonte de sus indagaciones y de sus ideas. Ya no se levantaba como en otro tiempo á contemplar el cielo, ya no sentia ese amor infinito que habia sido como la esencia de su alma. Bien hallada en la tierra, se limitaba á conducir al hombre por el mundo práctico, á darle la ley para su vida de un dia. La base de toda ciencia se habia perdido, la metafísica. Pero apénas el espíritu oriental se acerca al espíritu griego para interrogarle y pedirle la misteriosa clave de su ciencia, el espíritu griego se exalta, crece, y vuelve á entrar triunfante en la esfera de la metafísica, y vuelve á interrogar al genio del idealismo, á Platon. La misma escuela estóica que parecia bien hallada con el carácter positivo y práctico de la filosofía, rejuvenece al soplo de esta nueva vida, y puede bañar su idealidad de virtud y de ciencia en el dulce aroma de la verdad infinita, del sublime amor. Y así notadlo, señores, en toda esta época que vamos á historiar, las escuelas griegas callan, y dejan hablar á su antiguo oráculo, á Platon. El aristotelismo abandona las imaginaciones metafísicas y se guarece en el seno de las ciencias naturales. El estoicismo se refugia en el fondo del derecho romano, y lo trasforma con su savia. Pero todas las escuelas, en lo que no tienen de metafísica, se enlazan con Platon, que las lleva al manantial de la verdadera vida, al seno misterioso del Oriente. La filosofía, pues, tendia al idealismo. Del seno de la naturaleza se levantaba al hombre, y del hombre á Dios. Thales, Sócrates y Platon representan toda esta admirable evolucion del pensamiento humano.

La conciencia universal tendia, como hemos dicho, al idealismo. El mundo conocia muy bien que iba á consumirse pronto, muy pronto, una revolucion religiosa. Y en esta revolucion religiosa trabajaban

todos, unos con conciencia y otros sin conciencia de su trabajo. La humanidad dejaba caer la espada de Roma tinta en sangre, la lira de Grecia rota de dolor, y fijaba sus ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo. Conocia que en el seno de sus inmensos imperios, en el fondo de sus antiguas instituciones, en el ara de sus templos no se encontraba ya la vida, y ansiosa de respirar y anhelante de la nueva luz, convertia su pensamiento al Oriente. El misticismo era la ley de todo este siglo, el carácter de toda esta edad. El hombre se sentia infeliz; una continua tiranía pesaba sobre todas las almas, una desgracia universal sobre todos los pueblos; las razas habian sido dispersas, los hogares profanados, las naciones borradas, los dioses de todos los cultos se hallaban poseidos de una tristeza infinita, nuncio de su muerte; los sacerdotes de todas las religiones antiguas buscaban en vano calor en las paganas cenizas del sacrificio, la naturaleza se despojaba de sus divinidades como el árbol helado por el aterido invierno se desnuda de sus hojas, y un llanto universal, y un sollozo infinito se oia por todas partes; y en tal desolacion, y en tan intensa y amarguísima amargura, el hombre se refugiaba en el único asilo de su alma, en el único lenitivo á su dolor, en el seno del misticismo. Todo tiende al misticismo en esta época. El aristotélico compone, con las notas perdidas de los ecos de la naturaleza, un cántico á su Dios; el estóico esplica un sér universal que envuelve la vida como la atmósfera envuelve la tierra; el epicúreo quiere gustar un amor infinito, hasta un placer inesplicable, el placer que debe sentir la vida al animar todas las cosas; el pagano mismo anhela que sus dioses pierdan su antigua ligereza, su clásica alegría, y se conviertan en idea, en espíritu, en símbolos de moral; el mundo entero se deja llevar al misticismo, y Platon lo lleva como de la mano al eterno templo del misticismo, al Oriente. Pues bien, señores, la exaltacion de este misticismo, á un tiempo oriental, platónica y cristiana, es otro de los caractéres de las escuelas gnósticas.

Pero al mismo tiempo que el Occidente buscaba al Oriente por medio de sus filósofos, el Oriente buscaba el Occidente por medio de sus teólogos. El alto Oriente habia quedado perdido en la noche de sus misterios. El nuevo dia que brillaba en los horizontes de la historia no habia podido penetrar las espesas paredes de su templo; y allí adoraba sus antiguos dioses en el instante mismo en que estos dioses habian perdido su vida y su espíritu. Por consiguiente, la India, recluida en su gigante naturaleza, no habia despertado de su eterno éstasis, no habia salido de su místico arrobamiento. Pero así como el Occidente tenia en Grecia un intérprete, el Oriente tenia en Judea un oráculo. Al fin de la historia y de la vida oriental, el pueblo judío se levantaba á revelar al mundo los secretos del Oriente. El pueblo judío habia recorrido con la cadena al pié todos los imperios orientales; probado con toda suerte de tribulaciones por su Dios, habia padecido el mal de la servidumbre en Babilonia, en Nínive, en la Caldea, en la Persia. Y si bien habia conservado su Dios en toda su pureza, con esa constancia que fué el secreto de su maravilloso destino, habia aprendido á conocer tambien la naturaleza de los pueblos, sus tiranos y sus enemigos. Ademas, el pueblo judío habia de heredar á todos los pueblos orientales, porque aparte de su carácter religioso y de las promesas del Eterno, era el pueblo mas libre del Oriente, y la libertad es como la sal que purifica y conserva nuestra vida. No existia en el seno del judaismo esa teocracia absorbente, dominadora, que ocultaba sigilosamente á Dios en el fondo de su templo, y la verdad en lo mas oscuro y mas recóndito de su conciencia; esa teocracia, que atenta á su dominacion temporal, consumia la existencia forjando cadenas, remachando hierros; no, no existia esa teócracia; allí, en los montes, en las plazas, entre las muchedumbres, nacian grandes profetas, tribunos de la verdad, que hablaban el lenguaje de la elocuencia, que protestaban contra las tiranías de los reyes, que presentaban como títulos de su doctrina y de su ciencia la inspiracion del espíritu divino, siempre pronto á centellear en la conciencia del virtuoso y del cumplidor de sus mandatos. El espíritu de este pueblo, siempre trabajando sobre las ideas religiosas, debia elaborar un gran pensamiento que fuese como la síntesis del Oriente y el lazo de su union con Grecia.

El primer ensayo de union entre el espíritu oriental y el espíritu se personifica en Aristóbulo. Este filósofo conoce que la vida del Oriente necesita reunirse con Grecia, si el Oriente no ha de morir consumido al pié de sus altares. Y para unir el Oriente con Grecia, léjos de buscar una síntesis espiritual, trata de probar que un mismo espíritu ha animado la teología de los dos pueblos. La fusion entre el Oriente y Grecia no puede celebrarse en Aristóbulo. Era preciso que el anillo nupcial fuese bastante á unir los dos continentes en el espacio las dos edades divorciadas en la historia. Y Aristóbulo quiere unir la escuela peripatética, positiva, práctica en el espíritu mismo del Oriente. Mal podian avenirse el silogismo y la intuicion el racio-

cinio y el éxtasis. La union era indispensable y se habia de cumplir, porque estaba en la ley lógica y real de esa edad; pero la ley no podia cumplirse de ninguna suerte bajo esa fórmula. Era necesario buscar otra síntesis. El espíritu humano la encontrará, porque el espíritu humano tiene una vida inagotable.

Para dar la fórmula de la union, que á un tiempo mismo se verificaba en todas las esferas de la vida, aparece Philon, de orígen judío. El movimiento de la filosofía griega hácia el Oriente se realiza bajo los auspicios de Platon, y el movimiento del Oriente hácia Grecia se realiza bajo los auspicios de Philon. Su alma toca en los misterios mas sublimes y mas augustos de la Biblia, y en las verdades mas prácticas y positivas de la filosofía. A un tiempo reune aquella exaltacion religiosa, sin la cual no era posible ser judío, y aquella sutileza de raciocinio, sin la cual no era posible ser griego. En Grecia parece uno de aquellos sacerdotes que reveló á Pitágoras las armonías encerradas en los números, y las cadencias formadas en sus círculos por los astros; y en Jerusalen parece uno de aquellos filósofos, que conversaban con Alejandro en el carro de sus triunfos, y que le ausiliaban á sembrar la idea griega en el Oriente. Y este doble carácter se debe á que Philon es una de esas almas, que permanecen idénticas á sí mismas en toda la vida, y que habiendo oido á un tiempo las salmodias hebreas y los cánticos griegos, habiendo orado en las sinagogas y en los templos paganos, habiendo leido la Biblia y los libros de Platon, habiendo adorado aquel pueblo judío, que en medio del desierto habia levantado un santuario para su Dios, y aquel pueblo griego, que entre las olas del Mediterráneo habia levantado un templo de mármol para un hombre, indeciso entre estas dos doctrinas, entre estas dos grandes edades de la historia, como el espíritu de su siglo, quiso unirlas, identificarlas en el seno de su alma, para formar de esta antítesis una como divina armonía.

El espíritu de Philon es primitivamente oriental. Dios llena todos los abismos de su alma. Dios es la palabra siempre fija en sus lábios, Dios la idea siempre viva en su inteligencia, Dios el eterno amor de su corazon, Dios su vida, porque en Dios toma su luz el sol, su mústio resplandor la luna, sus matices el cielo, sus rumores el Océano, su magestad la noche, su claridad el dia, su movimiento todo lo que se mueve, la ley de su forma todo lo que vive, su existencia todo lo que es, porque Dios es mas bueno que todo bien, mas hermoso que toda hermosura, mas verdadero que toda verdad, mas sencillo que la unidad, mas esencial que la esencia, mas vivido que la vida, mas real que el sér, porque Dios tiene por lejanos écos de su palabra los vientos, por apagados reflejos de su gloria los mundos, por ténues emanaciones de su luz las ideas, porque Dios es el que es, y ninguna palabra podrá espresar su nombre inefable, y ningun espíritu llegar hasta su invisible é innarrable grandeza.

Y el conocimiento de Dios es para Philon el verdadero conocimiento, y la ciencia de Dios es la verdadera ciencia. Mas para alcanzar la ciencia divina sigue un procedimiento contrario al procedimiento griego, funda un axioma opuesto al axioma de Sócrates. El gran filósofo griego habia dicho que el conocimiento de toda idea, de toda verdad, el conocimiento de Dios mismo está fundado en el conocimiento del alma, en el estudio del hombre y de su conciencia; pero el filósofo judío, ménos humano, mas místico, cree que el alma no llegará nunca á la ciencia, que no comprenderá la verdad como no se niegue á sí misma, como no se pierda y aniquile por el éxtasis, por el arrobamiento, por la oracion, por todo aquello que la lleve á su propio olvido. El orgullo que es la esencia del pecado, se levantará siempre como una niebla espesa entre la criatura y el Creador. El alma para presentarse ante Dios, para llegar hasta el conocimiento de su bondad, de su verdad de su hermosura, debe, como los serafines, cubrirse, envolverse en sus alas, para que no le ciegue la luz de la eterna verdad, luz tan intensa que abraza los ojos humanos.

Dios, segun Philon, no ha podido revelarse á sí mismo y en su propia esencia. Para revelarse, para darse á conocer al hombre ha necesitado un intermediario, un revelador. Su eterna palabra, cayendo sobre el hombre, lo hubiera abrasado como el fuego del cielo abrasa á la pobre arista. Su esencia hubiera consumido nuestra esencia como la ardiente lava del volcan consume toda vegetacion y toda vida. Su idea absoluta hubiera estallado en el frágil vaso de nuestra pobre conciencia. Dios es irrevelable al hombre. Pero Dios tiene sabiduría, y la sabiduría de Dios puede revelarse al hombre. Y su sabiduría es su Verbo, sí, su Verbo, mediador entre el hombre y Dios, instrumento de su revelacion, eco de su palabra, reflejo de su esencia, que dulcifica la eterna luz de Dios como la luna recogiendo en su disco los ardientes rayos del sol, los envia á la tierra mas dulces, y mas serenos, y mas melancólicos, y mas propios para que puedan bañarse en ellos los frágiles globos de nuestros pobres y empañados ojos; y por lo mismo que no está en la naturaleza de Dios, segun Philon, re-

velarse en esencia, no está crear por su propia voluntad, por su propio esfuerzo, no es permitido aplicar á Dios esta palabra. El poder, la fuerza creadora de Dios, su virtud vivificante, no reside en sí mismo, no, reside en su Verbo. Así como el Verbo es poder, es tambien el Verbo vida. El Verbo no es Dios mismo, segun Philon, no. Dios retirado en la soledad de la esencia, en el recóndito seno de su propia sustancia, quiso un dia crear, y creó. Y su primera obra, su primogénito fué el Verbo. En el Verbo, primer esfuerzo de su amor, primer palabra de sus lábios, puso todos los dones, la sabiduría, que penetra hasta los últimos y mas profundos abismos; el poder que refrena todos los elementos; la luz que, inunda todos los cielos; la fuerza, que mantiene todos los astros; la vida, que puebla de séres todo el universo; el eterno, el infinito amor, que esparce y reparte y difunde por las venas de la creacion, la vida; el soplo inmortal de que nacen todos los invisibles espíritus; el secreto, en una palabra, de todo sér, de todas sus creaciones.

Para crear Dios al hombre necesitaba un arquetipo. Todas las cosas que son en el mundo real, tienen un modelo en el mundo inteligible. Sin este modelo á que ajustarse, la creacion no seria, como no seria la estátua sin la mente del artista, aunque el brazo diera con el cincel golpes en el mármol. Mas allá de los cielos y de los astros se levanta ese mundo invisible, donde están en idea todos los modelos á que se han ajustado todos los séres. Allí tienen su ideal, su norma desde la estrella hasta la luciérnega, desde el sol hasta la pobre esponja perdida en el limo de los mares. Pero este mundo ideal, este mundo arquetípico, este mundo-modelo, se halla contenido en la inteligencia del Verbo. Por eso el Verbo es el eterno artista de la naturaleza, el pintor que con su dedo ha teñido de rosa la aura, de encendido carmin el sol, de desvanecido celeste los aires, de hermosos matices los iris, de variedad infinita de colores los campos; el músico, que ha enseñado á susurrar el arroyo, á bramar á las olas, á murmurar á los bosques, á gorgear á las aves; el arquitecto, que levantado las montañas, que ha hundido los valles, que ha hecho las islas, que ha cortado los continentes, que ha colgado del cielo esas lámparas que se llaman estrellas; el escultor, que sin ningun cincel ha modelado esta eterna estátua, este tipo de la hermosura y de la fuerza, el cuerpo humano; el poeta, que para comentar todos estos colores, todos estos matices, todos estos reflejos, ha escrito un eterno poema, que se llama la imaginacion, la fantasía del hombre.

Dios, en sentir del filósofo judío, no podia crear el hombre á su semejanza. No es posible que esta pequeña frente se parezca al eterno pensamiento que todo lo abarca, ni estos ojos á la eterna luz que todo lo ilumina, ni esta vida de un dia á esa eterna vida que todo lo fecunda, ni esta pobre organizacion á esa divina hermosura que todo lo forma y lo hermosea, ni en una palabra, este sér limitado, que apenas nace muere, á el sér absoluto é infinito que se asienta en los cielos sobre la cúspide de la creacion, sobre el océano, donde se revuelven y chocan todas las existencias, perfecto é inmutable. Pero así como naturaleza no podia ser, si no habia sobre ella un modelo eterno é invisible, el hombre no podia ser sino en sus arquetipos, á que ajustar su organizacion y su vida. El tipo del hombre es el Adan divino, engendrado en la eternidad, en el Verbo. En él está virtualmente la idea de la creacion; en él la norma de toda la vida; en él los ejemplares de todas las cosas; en él, en fin, el tipo, el ideal de nuestra organizacion y de nuestro espíritu. El hombre, pues, segun Philon, no fué hecho á semejanza de Dios, porque Dios no puede tener ni aun semejanza en la creacion; el hombre fué hecho á semejanza del Verbo, en el cual residen todas las virtudes que constituyen la naturaleza racional.

Pero si en la creacion no hay cosa que se parezca á Dios, la creacion y el hombre ¿estarán alejados de Dios? No, responde Philon. El mundo se comunica con Dios, el hombre tambien se comunica con Dios. El Eterno hizo de una materia mas brillante, mas trasparente, mas hermosa que la naturaleza humana, los ángeles, sus emisarios. Los ángeles son como Verbos menores, incorporables, que se estienden por toda la creacion á sostener sus criaturas. Si la flor exhala un laroma, es que lleva envuelto en su corola el espíritu de un ángel; si a estrella brilla en la soledad de la noche, es que un ángel la tiñe con su luz; si el ave vuela y se pierde gorgeando en los espacios, es que le impulsa un ángel; si el árbol susurra y mueve sus hojas, es que se posa un ángel sobre sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, son los ángeles los que llevan el compás de este movimiento, y adelantan y retardan los mundos para que no se choquen y no desconcierten la armonía del Universo. La comunicacion individual de Dios con el mundo se realiza por el intermedio de sus ángeles, que llevan en sus alas un soplo de su aliento creador, como las mariposas se perfuman en las flores, y se tiñen en sus matices. Pero esta comunicacion es la comunicacion individual, y el Universo necesita una comu-

nicacion universal con Dios. Subiendo á las mas altas montañas y bajando á los mas profundos valles, viendo el indómito océano agitado por la tempestad, y la trémula gota de rocío suspendida en las hojas de las flores; escuchando el bramido del huracan que se levanta como á derrocar de su asiento el mundo, y la mansa brisa que se mece entre las florestas; abarcando con la imaginacion desde el sol que centellea sobre el universo hasta el último grano de polvo escondido en las profundidades maravilosas del mundo invisible; mirando toda la creacion, se ve que de la misma vida participan todos los séres, que en la misma sustancia se empapan todas las cosas, que del mismo aliento se vivifican todos los mundos, que el alma universal llena toda la creacion, y con su virtud la alienta y la sostiene. El mundo se comunica con Dios individualmente por medio de los ángeles, esencialmente por medio del alma universal.

Mas ¿y el hombre? ¿Qué es el hombre? Ese ángel desterrado que lleva en su mano una lira del cielo, ese pobre viajero que atraviesa senderos sembrados de espinas siempre en pos de una patria celestial que nunca encuentra, ese poeta que sobre el borde de un abismo, y bajo el peso del dolor idea séres, finge mundos ¿es un átomo perdido en el torbellino de todas las cosas? Philon muestra bien su naturaleza oriental en lo poco que se para á contemplar al hombre. El alma no tiene una actividad propia, no, Dios trabaja en el alma. La actividad, la fuerza de espíritu, no es mas que la actividad, la fuerza de Dios que en ella reside tambien. El alma es vegetal, es animal, es racional. Como vegetal vive cual vive el helecho, como animal se mueve como se mueve la paloma, como racional piensa. Pero el alma para identificarse plenamente con el objeto de su actividad, para llegar al cumplimiento de su destino, necesita unirse á Dios. Y la union del alma con Dios se realiza por medio del entusiasmo, del arrobamiento, del éxtasis, que nos hace sacudir los átomos de leve polvo depositados por el mundo en nuestro espíritu, y nos levanta hasta la luz increada, hasta la esencia incomunicable, hasta Dios; porque á medida que el alma sale fuera de sí, entra en su creador, y se pierde en el cielo.

La doctrina del mundo, despues de la doctrina del alma, completa todo el sistema de Philon. El misticismo oriental se revela en toda esta parte de su sistema. El mundo sensible tiene un ideal en el mundo inteligible. Este ideal es el Verbo. Pero la materia fué no creada, sino fundada por Dios. El mundo material es una creacion inferior á la supremacía divina. Así, por ejemplo, los ángeles hicieron

nuestro cuerpo, y el Verbo nuestra alma. Y las cosas sensibles fueron tambien obra de arquitectos inferiores al divino arquitecto. Los seis dias de la creacion muestran las esferas, las escalas de todos los séres, las grandes gerarquías del universo. Mas para crear el mundo, para combinar sus innumerables sustancias, para enlazar sus formas, se necesitaba una idea superior, tipo invisible de todo lo visible. Y esta idea, y este tipo superior, y este ideal, bajo cuya mediacion se preformó el universo, fué el número. Los números combinándose en séres, los números agregándose, los números encerrando los filamentos con que se habian de tejer las varias formas que en la reacion revisten todos los séres, todos sus innumerables individuos. Sin el número no se hubieran tejido las sustancias, no se hubieran combinado las formas. Así como el Verbo es ideal asoluto del mundo sensible, los números son los ideales particularísimos de las diversas creaciones derramadas en el Universo. Estas son pues las ideas generales de Philon, estos, ligeramente recordados, los fundamentos de su sistema.

El mundo oriental ha encontrado al mundo griego, le ha visto, y le ha amado. Ha sentido que estrechaba contra su seno un hijo de su corazon que respiraba una esencia perdida de su alma. Ha adivinado que el espíritu humano en larga peregrinacion por la tierra, es siempre idéntico á sí mismo, y que ningun pensamiento viene estéril mente al mundo. En aquella filosofía griega maldecida por sus padres, el mundo oriental ha encontrado las consecuencias de sus premisas, el corolario fatal de toda su lógica. Conociendo que apegado á su sentido antiguo se perdia irremisiblemente, ha renovado sus sentidos y su alma. Philon preparaba en la escuela esta síntesis de dos mundos, que el Cristianismo realizaba en el cielo, y Roma en la tierra. Adoremos, adoremos á la Providencia. La mitad de la historia de la humanidad se hubiera perdido para la otra mitad, sin este esfuerzo supremo del espíritu humano, para ligar, para unir dos continentes enemigos. Son dos suspiros que se penetran, dos almas que se confunden, dos hijos que se encuentran, despues de haberse herido bajo el techo amoroso de su padre. Philon ha unido pues el espíritu oriental con el espíritu griego. Si habeis fijado la atencion un instante en su por mí mal espuesta doctrina, habreis visto que Dios es un hebreo y bíblico; que su Verbo es semi-judío y semi-platónico; que sus ángeles tienen algo de la teogonía de los persas y de las tendencias de la academia; que el espíritu universal, que anima el mundo, es

puramente estóico; que el alma del hombre es semi-mística y semi-aristotélica; que su creacion es persa, índica y hebrea á un mismo tiempo; que las formas de la creacion son esencialmente pitagóricas, y la moral de todo punto esenta, de suerte, señores, que en él veis dos mundos que al hablarse no se entienden y confunden, pero que se abrazan y se preparan á identificarse en un mismo pensamiento.

Despues de examinar este movimiento del espíritu humano, ya es fácil de comprender el sincretismo característico de las escuelas gnósticas. Cuando el Oriente y el Occidente se unian, cuando los dioses de todas las teogonías andaban errantes por el mundo, cuando las razas iban como en peregrinacion á Roma á llevarle la sangre de todos los pueblos, cuando el Panteon se habria para recibir las reliquias de todas las religiones; cuando Alejandría llamaba con la voz de sus sábios á todos los pensadores del mundo á refugiarse en sus escuelas; cuando el místico Oriente despertaba de su arrobamiento para aprender en la conciencia de su eterna enemiga, la Grecia, una nueva idea; cuando el espíritu griego se exhalaba de su preciosa ánfora, y derramado por los sucesores de Alejandro se infiltraba en la Palestina, en la Siria en el Egipto; cuando Platon llevaba á Grecia al pié de los altares orientales á recibir el bautismo de la pristina vida de la humanidad; cuando Aristóbulo y Philon reconocian que el Oriente habia engendrado á Grecia y unen estos continentes como el hijo se une al padre; cuando todo esto sucedia en la conciencia y en espacio: no es maravilla que naciera una escuela sincrética para unir el Oriente con Grecia, el espíritu cristiano con el espíritu clásico, el genio del maniqueismo con la unidad de Dios; porque todas estas ideas eran el esfuerzo del espíritu humano para encontrar la verdad, secreto de la nueva civilizacion, ley de aquel gran siglo.

El gnosticismo era en verdad un peligro para la idea cristiana, pero al mismo tiempo era un poderoso auxiliar. Era un peligro, y un peligro vivísimo y amenazador, porque intentaba quitar á la verdad cristiana aquel carácter moral y aquella fuerza práctica, en que consistian sus principales virtudes; y al mismo tiempo era un poderoso y vivísimo auxiliar, porque reunia todas las ideas, las condensaba, las ofrecia al juicio universal y absoluto de la nueva religion. Como Roma cumplia el gran destino de llevar todos los pueblos delante del Capitolio para que el Cristianismo pudiera mas fácilmente convertirlos y bautizarlos, las escuelas gnósticas llevaban todas las ideas, las reunian en presencia del espíritu cristiano para que rechazase las erróneas y admitiese las que podian favorecer sus progresos. Este trabajo del gnosticismo era un doble trabajo de descomposicion y de union. El trabajo de descomposicion era útil á la verdad cristiana, porque iba quitando obstáculos en su camino, iba enterrando cadáveres que podian emponzoñar el aire en su triunfal carrera. El trabajo de recomposicion contribuia con su sincretismo de poderoso auxilio para que la idea cristiana lograse recomponer la perdida unidad del espíritu humano. El gnosticismo contribuye tambien á separar al cristianismo de las ceremonias antiguas, de los antiguos ritos; porque ofrece el carácter de una gran oposicion al pueblo judío. Pero si todo esto es cierto, no es ménos cierto que esa escuela señala en su idea principal, en su carácter mas elevado, en su espíritu mas propio y mas ingénuo, la indecision, las vacilaciones del espíritu humano, que aún no bien conocedor del Cristianismo, quiere enriquecerlo con los despojos de todos los pueblos, y lo hace místico en Siria, naturalista en Egipto, maniqueo en la Caldea y en Persia, pagano en el mundo clásico; y une á sus sencillas primitivas ideas, á sus dogmas tan propios para alimentar el espíritu humano, á sus ingénuas y candorosas verdades, las gerarquías de sus genios, las milicias de sus dioses, el cortejo de sus espíritus infernales, el horror al mundo sensible, el desprecio al hombre, el entusiasmo por el éstasis, por el misticismo vago, que petrificando al pié de un bosque oriental la gran idea, le hubiera quitado toda la divina eficacia que en sí tenia para salvar al mundo.

Naturalmente debia acompañar al cristianismo el nacimiento de estas dos sectas, que conocian muy imperfectamente esta doctrina, y la adulteraban con grandes y continuas adulteraciones. Eran estas sectas como el niño, que balbucea una palabra que no entiende. Abrazando el Cristianismo mas bien con el sentimiento que con la inteligencia, estremaban sus ideas, y viciaban sus tendencias. El Cristianismo, como doctrina verdaderamente celeste, era universal, y como doctrina verdaderamente regenerada, era moral y práctico. El gnosticismo queria arrebatarle estas dos grandes virtudes, que tenian y guardaban el secreto de su poder y de su gloria. Queria hacer de una doctrina universal, una doctrina apropiada solo á una region del mundo; de una doctrina moral y práctica, una doctrina mística exaltada y fantástica. Queria naturalmente el gnosticismo llamar mas la atencion de los pueblos, distraer las inteligencias de la moral con el espectáculo de una metafísica audaz y varia y brillante, poblar el génio severo del Cristianismo con génios y dioses; atraerse la fé no por

la santidad de sus doctrinas, sino por la fuerza de sus milagros. Su doctrina era mágica, su fé era fanatismo. Creia imposible que el mundo se apasionase de una doctrina puramente moral como la doctrina cristiana, y estimaba que los grandes principios de justicia de la nueva Iglesia debian ser parte á retardar su triunfo. Engañábase miserablemente la escuela gnóstica. El Cristianismo podia estar seguro de la regeneracion del mundo, porque comenzaba regenerando al hombre. En la raiz de la vida, en la voluntad humana iba á inculcar su poderosísima sávia. Al hombre esclavo iba á revelarle la libertad. Sobre todos los ritos antiguos iba á poner la conciencia; sobre todas las prácticas, la fé. Su palabra sencilla y clara se dirigia al corazon á persuadir la voluntad para abrazar el bien. Habia mostrado que todos los principios metafísicos no valen lo que vale la virtud; que la inteligencia no vive, sino cuando se alimenta del bien. Ahí estaba su secreto, ahí su porvenir, ahí su gloria. El Cristianismo ofrecia al mismo tiempo el bien, y la salud, y la vida á los hombres. Al prometer el bien supremo planteaba otro problema no ménos pavoroso y sombrío, el problema del orígen del mal. A esta cuestion pavorosa y trascendental, á esta cuestion, que habia sido el fantasma de los pueblos orientales, á esta cuestion que el panteismo no podia resolver, que el dualismo persa habia planteado, á esta cuestion, que fué el tormento de Job, cuando se veia inocente y castigado; á esta cuestion, que solo el Cristianismo debia conocer, se unió en gran parte todo el movimiento de las escuelas gnósticas, necesitadas de dar alguna fuerza á su doctrina que se perdia en las nubes. Creo haber estudiado el gnosticismo en sus caractéres principales. Estudiemos ahora sus principales determinaciones.

La doctrina gnóstica nace al mismo tiempo que nace el Cristianismo. Los apóstoles ya hacen alusiones á ese estravío de los entendimientos, á esa perversion de los corazones. San Pablo, que es el mas grande, y el mas previsor, y el mas práctico de los discípulos de Jesus, confiesa que es necesario preservarse de ese mal, ajustar las acciones á la ley del Evangelio, que guardan pura la fé apartándola de esas brillantes doctrinas que poblaban de ángeles, de dioses, de génios, de demonios el Universo, despreciar esas largas genealogías que llevan la turbacion á la conciencia, y la guerra al mismo cielo. Y en efecto, en Siria se hablaba de un mago particular, que se llevaba tras de sí el corazon de las gentes. Su palabra estaba iluminada por estraños reflejos, su inteligencia cubierta de profundísimos misterios.

La historia de este hombre era un misterio, cuya clave solo él poseia. El mundo necesitado de amar y de creer, seguia las huellas de todos los que amaban y creian, ó fingian creer y amar. Simon el Mago, que tal era el nombre de este hombre estraordinario, predicaba que la revelacion mosáica era una revelacion imperfectísima de un génio imperfecto; que Jesucristo es una segunda revelacion de Dios; que él mismo es la imágen del Padre descendida para mostrar toda su esencia; que del cielo cae constantemente una inmensa catarata de génios y espíritus y ángeles para vivificar la creacion; que la primera de las emanaciones divinas es su pensamiento, su verbo, en que está grabada la idealidad del mundo sensible; que el pensamiento fué vencido por los génios inferiores y encerrado, cual vil esclavo, en un cuerpo; que todas las cosas debian al pensamiento su vida, é ingratas se olvidaron de su orígen; que el Redentor venia á libertar el pensamiento de su servidumbre, á sacarlo del fondo de la impura materia, á subirlo al cielo para que estendiera sobre la creacion todo su dominio. Esta doctrina de que ya hemos hablado en otro lugar, predicada en el fondo de los ardorosos desiertos, seguida de portentos milagrosos de la mágia, idealizada por la presencia de una hermosa esclava llamada Elena, que seguia siempre á Simon, admirablemente concertada en el espíritu y con el génio mágico del Oriente, por su carácter particular, tendia á hacer imposible, é ineficaz la difusion en el mundo de la admirable doctrina de Jesucristo. A la doctrina de Simon el Mago unen muchos santos Padres la doctrina de Saturnino. Este tiene una tendencia al dualismo, pero tendencia no bien señalada y distinta. Dios está en en el cielo y es incomunicable, eterno é infinito; y los ángeles son sus creaciones, sus hechuras; y el mundo es hechura de los ángeles, que depositan todo su poder en la materia bruta; y el eterno habitante del mundo es el hombre, y el hombre nació débil, enfermizo, arrastrándose en la tierra como se arrastra el mísero reptil en el polvo, porque los ángeles, entre los cuales se contaba el Johová de los judíos, no pudieron hacerlo mejor; y el Verbo le envió su aliento, su soplo de vida, para que irguiera la encorvada frente y se coronara rey de la naturaleza; y los ángeles se apoderaron de fuerzas que no eran suyas, y quisieron separarse de Dios, y formarse muchos dioses; y vino el Cristo á combatir estas fuerzas congregadas contra su señor; y el espíritu abrió una nueva vida y se hundió mas profundamente la materia, porque el espíritu es el aér y la materia es el mal, y debemos separarnos de ella si hemos de ser libres y felices.

En esta doctrina, como fácilmente se echa de ver, con solo pararse un momento á contemplarla, el verbo, si bien no está bastante claro, es muy parecido al Verbo de los cristianos, y el mal está esplicado, no en un sentido dualista, sino como un engendro necesario de la materia. Toda la esposicion de estas doctrinas muestran cuán fundadas han sido mis observaciones, y cómo la escuela gnóstica confundia en su caótica mente todas sus ideas.

La idea del mal era el torcedor de estos estraviados cristianos. Esa idea estaba siempre fija en su memoria, siempre delante de sus ojos. Poco á poco la escuela gnóstica iba á dar en el dualismo. El espíritu oriental se habia apoderado de su espíritu, y el espíritu oriental es dualista por naturaleza. El Oriente, que no comprende la limitacion, no comprende el mal; el Oriente, que no conoce la libertad, no puede esplicarse cómo el mal llega hasta el hombre. El Oriente, que no concibe una ley intermedia del hombre á Dios, no puede concebir cómo Dios que todo lo llena ha podido crear en consonancia con su eterna justicia el mal, que es la mancha de la vida. El gnosticismo tenderá á esplicar este eterno torcedor del Oriente. Y á tal fin se encaminará muy principalmente la doctrina de Basílides. Este gnóstico empieza como todos pronunciando la primer palabra de su ciencia, el nombre incomunicable de Dios. El Dios-Padre es el sér absoluto, el sér bueno y justo por esencia. Pero ese Dios no puede estar encerrado en el silencio de su naturaleza y de su absoluto poder, necesita manifestarse en grandes y maravillosas manifestaciones. Dios, como es la vida, engendra vida, produce séres. La primer manifestacion, su primer engendro, el mas cercano á su naturaleza y á su esencia fué la razon, y por eso la razon es el instrumento de toda verdad. La razon, recibiendo un impulso tan soberano de Dios, no podia permanecer en la inmovilidad y en la inaccion. El hijo primogénito de la razon divina fué el Verbo. El Verbo debia tener ese amor inmenso que irradia fuera de nosotros la vida, y por consiguiente el Verbo debia irradiar de sí la inteligencia. La inteligencia desarrollándose da de si la sabiduría, y la sabiduría el valor para dominar las pasiones, y el dominio de las pasiones la justicia, y la justicia la paz. Como se ve, el gnosticismo no abandona el carácter moral propio de la idea cristiana; pero temiendo que esa moralidad sea poco eficaz, la paganiza, si es permitida la espresion, la encarna en séres que despierten amor en el corazon del hombre, porque el hombre no ama nunca las abstracciones. Estas virtudes, razon, verbo, inteligencia, fortaleza, justicia y paz, forman la ciencia divina. Despues las creaciones posteriores de Dios no tienen el poder, no tienen la vida que estas primitivas creaciones hechas dentro de su naturaleza y de su esencia. Las creaciones posteriores de Dios son como efluvios, como degeneraciones de su poder, que van perdiendo de brillo como pierde de brillo el horizonte, á medida que el sol va replegando sus rayos y hundiéndose en el ocaso. Los ángeles, los arcángeles vienen á ser como creaciones imperfectas de Dios. Y ya las últimas irradiaciones del poder de Dios son como sombras, son como el mal. Aquí Basílides se detiene á fin de evitar un profundo abismo. ¿Cómo el mal ha de provenir de Dios que es la ciencia absoluta, de Dios que es la bondad suprema, de Dios que es el poder infinito? Entónces Basílides busca instintivamente el orígen del mal, y ve el Satan maldecido, el Satan encadenado, el Satan orgulloso, levantándose como un poder frente á frente de Dios, y originando todos los males que agobian á nuestra naturaleza. Pero despues de haber asentado esta idea se encuentra fatalmente con un gran escollo inevitable. Si el mal es un poder, si el mal se levanta frente á frente de Dios, si el mal tiene un reino á donde la diestra del Eterno jamas puede alcanzar, levantais un Dios frente á frente de otro Dios, y si el uno es el Dios del bien y el otro el Dios del mal, los dos son fuertes, los dos son poderosos. Basílides contesta á este escollo inevitable de su doctrina, diciendo que el mal no es, no puede ser absoluto. El mal es necesario, porque es para el perverso un castigo, para el justo una purificacion. Si el mal no existiera, ni el perverso podria ser castigado, ni el virtuoso probado. El mal no es sino una degeneracion del bien; porque el mal absoluto no existe, no puede existir; las últimas degeneraciones, ó mejor dicho, la última degeneracion de Dios es la materia. Basílides considera la materia como un conjunto de fuerzas alteradas y viciosas, que pugnan por borrar la obra de Dios, el bien de Dios en la creacion universal. En cuanto al mal en el hombre, la esplicacion es mas sencilla. Solo el hombre que participa de alguna ciencia divina es justo. Los justos son tales por naturaleza como los perversos. El dualismo, que Basílides evitaba en la esfera del mundo, lo comete en la esfera del alma. Jesucristo solo ha venido á salvar á los buenos. Estas son las bases principales de su doctrina.

Basílides aún se sostenia en una esfera que si bien errónea, no era estremada, ni traia consigo los graves males que por todas partes derramaban sus discípulos. Estos, llevando á su estremo las doctrinas

de su maestro, adulterándolas, cayeron en muy graves errores metafísicos y morales; negaban que la pasion de Cristo fuera realidad y la tenian por mera apariencia; creian que la redencion habia tenido por único objeto elevarnos del fondo de este mar de la vida inferior á otra vida superior, pero material y guerrera; proclamaban que comprender la doctrina de las encarnaciones era tanto como hacerse incomprensibles á los ángeles y á los sabios y potestades del mundo; andaban inciertos en llamar á su criterio fé ó ciencia; despreciaban las buenas obras y las virtudes, y decian que basta conocer la gnósis para llegar al bien; asistian á los sacrificios paganos, manchándose con la sangre de las víctimas; se daban á todo linaje de desenfrenados goces, porque creian que el cuerpo era el mal destinado á perecer; estimábanse como los hijos predilectos de la naturaleza, y los elegidos de Dios, y aseguraban que aunque cometiesen toda clase de crímenes, su eleccion era irrevocable; sostenian que su doctrina era superior al mundo espiritual, superior á toda doctrina, incomprensible para los entendimientos que no estuvieran iniciados en su secta, y caian en un dualismo grosero y absurdo, como si trataran de interponerse entre Dios y el hombre, entre la conciencia humana y la nueva religion, para que no se renovara nuestra vida al calor de la verdad, que venia á ser como la virtud de nuestra alma, como la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. Así el gnosticismo iba levantando problemas para que la teología cristiana los resolviese. Así arrojaba en el camino triunfal del Cristianismo las antiguas creencias, los errores de todas las escuelas, las religiones de todos los pueblos, los pensamientos de todas las sectas, para que el Cristianismo no perdiera la herencia de la civilizacion, que le habia precedido en el tiempo, y que habia arrojado entre sus errrores, muchas verdades necesarias para que no se interrumpa ni un solo dia la trama de nuestra vida en la historia.

El gnosticismo tiende mas tarde á un idealismo absoluto, y vive en continuo delirio. El orientalismo no solo influye, absorbe completamente el espíritu de esta escuela. Y al Oriente, al génio misterioso de la naturaleza se une Platon, el intérprete del alma; Pitágoras, el gran sacerdote del simbolismo oriental que se abre sobre la Grecia para comunicarle la vida de las edades pasadas, y Zenon el apologista de la virtud, y de la severidad de la vida. Para el nuevo movimiento que personifica Valentino, el mundo, por sus grandes imperfecciones, no puede ser obra de Dios, sino degeneracion de Dios; por-

que la materia es el mal. Dios no puede ser comprendido por el hombre, porque la mísera criatura no puede levantarse hasta contemplar el sér absoluto y eterno; pues solo el reflejo lejano de su poder y de su gloria seria bastante para cegarla, ó consumirla. Dios se llama silencio y se llama abismo, porque en su inmensa soledad es insondable. Y la naturaleza divina es doble, porque no se puede concebir nada que no sea doble. Y de Dios se derivan varias naturalezas dobles, que son como los eslabones de la inmensa cadena de los séres. Dios engendra el macho y la hembra, la unidad y la variedad, la esencia íntima y la fecundidad, la razon y la verdad, el Verbo y la vida, el hombre y la Iglesia. De aquí se derivan otras creaciones gemelas hijas de las generaciones superiores, que pueblan los infinitos espacios. El mundo, este mundo tan vario, lleno de tantos séres de doble naturaleza, de tantas semillas contrarias, de tantos elementos distintos y opuestos, este mundo, que ya se corona de flores, ya se agita al embate de las tempestades, no es un mundo hijo del amor, sino un mundo ideado por un Dios poseido de un vértigo y de un delirio. Pero esta degeneracion, esta pérdida del mundo, que cae en tan profundos abismos, y se despeña continuamente, necesita del Verbo, del Redentor. El hijo desgraciado de la tierra es el hombre, en que se han unido el espíritu y la naturaleza. El hombre no es uno en esencia, no; su naturaleza, segun los gnósticos, es desigual, porque segun los elementos que entran en su composicion, así pertenece á una de las castas. De tres elementos se compone el hombre: de cuerpo, alma y espíritu. El hombre en quien predomina el cuerpo, es como un esclavo, pues la luz del espíritu no llega á su naturaleza. El esclavo del error, el que se sume en las espesas tinieblas del mundo material es el pagano. Pero hay otra luz superior de la vida, que purifica mas la naturaleza humana, y la dispone á recibir la verdad. Esta luz superior es el alma. El alma forma la segunda raza, á la cual pertenecen los judíos. Pero aún hay otra luz mas clara, mas intensa, derivada de un orígen superior, de un orígen mas cercano al eterno centro de la vida; y esta luz impalpable, superior, que todo lo inunda, es el espíritu. La gran obra de Jesucristo, la obra superior y divina de su predicacion, la unidad espiritual del género humano, esta obra se hallaba amenazada por el gnosticismo, la serpiente oriental, que aún no vencida, se arrastraba cautelosamente al pié de los altares cristianos para apagar su fuego, sí, su fuego, que debia ser el calor de un nuevo mundo, la vida de una nueva civilizacion, el espíritu inmortal de infinitas generaciones.

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginacion estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de génios; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia, con el vapor que desprendian los altares orientales; que recogia todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producian todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que la velaba con un negro sudario, que la comparaba al silencio que reina sobre la noche, y á los abismos que guardan los mares; que veia en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creacion los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolia el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvia sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éther de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvia á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religion su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraia á la conciencia de la contemplacion de Dios, y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales habia hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvia á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre Dios y unas veces con halagos, y otras con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendia detenerle en su camino, debia ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo dia, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPILOGO.

LECCION SEPTIMA.

Señores:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debiamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de ligero, sino detenerse en su presencia y recojer toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilizacion entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofia, toda una vida como he dicho ántes, precisa á detenerse en su fuente para ver si despues se ha viciado, ó se ha apartado de su orígen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el cristianismo, la creencia comun de tantos siglos, el alma de la civilizacion, el dogma en que se unen todas las conciencias, el númen que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nues-

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginacion estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de génios; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia, con el vapor que desprendian los altares orientales; que recogia todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producian todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que la velaba con un negro sudario, que la comparaba al silencio que reina sobre la noche, y á los abismos que guardan los mares; que veia en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creacion los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolia el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvia sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éther de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvia á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religion su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraia á la conciencia de la contemplacion de Dios, y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales habia hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvia á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre Dios y unas veces con halagos, y otras con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendia detenerle en su camino, debia ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo dia, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPILOGO.

LECCION SEPTIMA.

Señores:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debiamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de ligero, sino detenerse en su presencia y recojer toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilizacion entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofia, toda una vida como he dicho ántes, precisa á detenerse en su fuente para ver si despues se ha viciado, ó se ha apartado de su orígen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el cristianismo, la creencia comun de tantos siglos, el alma de la civilizacion, el dogma en que se unen todas las conciencias, el númen que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nues-

tro espíritu, debemos detenernos delante de esa idea, no solo para conocerla, sino tambien para adorarla, y para convencer á tantos fanáticos como la profanan, que todo cuanto es razon, justicia, libertad vida, proviene de esa fuente misteriosa, abierta por la misericordia divina al pié de la cuna de la civilizacion, para templar esa sed ardorosa de lo infinito que siente el hombre, viajero perdido en las sendas tortuosas de la tierra, ancioso de encontrar su patria que se esconde entre los misterios del cielo.

Pero es imposible, de todo punto imposible, estudiar el cristianismo sin estudiar la antigua civilizacion y el estado del mundo en el momento en que el cristianismo raya en los horizontes de la historia. Dos grandes escuelas se dividian á la sazon en el mundo inmenso del pensamiento. Estas dos escuelas eran la aplicacion práctica, positiva de todos los principios abstractos que habia ideado la filosofia griega. Siempre que una ciencia ó un pensamiento amanecen en la conciencia humana, despues de vagar por la esfera de lo ideal y del espíritu, tocan en la tierra, y crecen con nueva lozanía. Y despues de aquella filosofia platónica, que era un verdadero poema del espíritu humano, despues del idealismo eleático que pulverizaba el mundo material; despues de aquel movimiento metafísico, que habia alcanzado hasta á la gran escuela aristotélica, la mas práctica en toda la antigua ciencia, despues de haber agotado toda la vida del pensamiento, nada mas natural, nada mas lógico que el descenso del espíritu antiguo desde las alturas de la idealidad al terreno de la moral y de la política. Así las escuelas estóica y epicúrea, cuyos caractéres podremos estudiar con mas detenimiento cuando nos acerquemos al derecho, su principal obra, léjos de mirar al cielo, miraban á la tierra; léjos de analizar el pensamiento, analizaban la vida; léjos de buscar la ley de los séres, buscaban la ley moral del hombre; léjos de interrogar á los mares, á las montañas, á la creacion por su Dios, se posaban sobre la conciencia para conocer al hombre; léjos de perderse en la naturaleza, perdíanse en el seno de la sociedad.

¿Y qué habia sucedido? Que aquellas escuelas que disputaban en la Academia, en el Pireo, en los jardines, á las orillas del mar, bajo los plátanos, siempre dispuestas á seguir el vuelo del pensamiento en lo infinito, y á despreciar la sociedad como cosa transitoria y fugaz, se habian convertido en grandes bandos políticos, que bajaban á la arena encendida de las pasiones y desplegaban sus enseñas, y tenian sus ojos fijos en los acontecimientos, en los hechos, y anhelaban con

anhelo sin fin, posesionarse del poder, y dominar el mundo. La escuela estóica era la escuela en que se habia refugiado la aristocracia, no por virtud, no por convencimiento, sino por hacerse superior á sus dolores é insensible al continuo martirio que pesaba sobre su frente. Esa insensibilidad de la escuela estóica que ha sido exagerada por la tradicion, no existia realmente en los primitivos estóicos que inspiraban amor á la virtud; pero existia en los aristócratas romanos, que soñaban con la antigua república, y que desafiaban las iras de los emperadores, no con ese ímpetu ardoroso del que pelea, sino con esa paciencia del que sufre, resignados á morir el dia en que apareciese por las puertas de su vivienda un emisario del César pidiéndoles la vida. Así el estoicismo se habia asentado al pié del Imperio, creyendo que con sufrir sus injusticias, con manifestar en sus propias heridas la ira de su tirano, habia de llegar el dia en que derrocase á su enemigo en el polvo. La aristocracia creia tener derecho á esperar que sus dolores fueran mas sentidos y mas llorados que los dolores del pueblo. No se acordaba de aquellos tiempos, en que poseia el poder de Roma, de aquellos tiempos en que estaba frente á frente del pueblo, y le cerraba el paso para ir á los comicios, las gradas para subir á los altares, la puerta para entrar en el hogar doméstico, la senda para tener propiedad, y hasta el campo de batalla para llegar á la gloria; no se acordaba de aquellos tiempos, en que llevaba atado como un perro al plebeyo al fondo de sus oscuros calabozos, y allí le mataba de hambre, de miseria; no se acordaba, no, de su historia, porque si la hubiera recordado, si hubiera visto dibujarse en su conciencia sus negros crímenes, hubiera comprendido que su dolor presente, sus persecuciones, la lluvia de sangre que caia sobre su propiedad, eran justos castigos de todos los delitos que habia cometido contra el pueblo, porque nunca se quebrantan en vano las eternas leyes de la eterna justicia.

Y al mismo tiempo que una parte de la sociedad se maceraba en el estoicismo y se perdia en esa insensibilidad, que era como una muerte anticipada, otra parte de la sociedad evaporaba su vida entre el aroma de las rosas, el espíritu de los licores, el vapor de la sangre del circo, los suspiros del amor de los sentidos, las fiestas, los placeres, como si todos en este instante supremo de la historia, tuvieran una tendencia fatal y ciega al suicidio. Así como el estoicismo era la protesta contra el imperio, el epicureismo era el ausiliar del imperio. Los corrompidos epicúreos amaban el Imperio, porque el Imperio les daba paz, porque el Imperio velaba el sueño de sus placeres, porque el Im-

perio les retenia en sus lechos de flores, léjos del estruendo y del peligro de la guerra, porque el Imperio les divertia en teatros, juegos de gladiadores, convites públicos, batallas navales, con todo cuanto podia divertir su imaginacion, ansiosa de placeres. Así, en el seno de aquella sociedad, las ideas, las grandes ideas que parecian perderse por vagas y por etéreas, y por fantásticas en los aires, en el seno de la inteligencia, en el espíritu se condensaban, se resumian en grandes partidos, en grandes constituciones, y bajaban á la tierra, y se aparecian vestidas de carne y hueso en la superficie de la sociedad. Esto prueba que las ideas filosóficas, las que parecen mas abstractas, mas léjos de la realidad y de la vida, tienen virtud bastante para acercarse á la tierra y remover la materia, y fundir en un nuevo molde toda la sociedad.

Así en los tiempos que hemos historiado, el mundo se habia cansado del epicureismo de Neron, y volvia sus ojos á la virtud estóica. Una sombra de remordimiento habia cruzado por la conciencia de aquella Roma sumida en sus crímenes. Y parecia como que aquel remordimiento, taladrándole las sienes, la despertaba á una nueva idea, y la impelia á abrazarse á un nuevo signo de regeneracion y de esperanza. El mundo, tocado en el corazon, se levantó, y la tiranía neroniana cayó en el polvo. Entónces se vió que despues de medio siglo de Imperio, despues que sobre la idea aristocrática habian caido ocho generaciones de nobles machacadas por las fuerzas de los Césares, los Antonios, los Augustos, los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Nerones, aún habia entre tantas ruinas, entre tantas cenizas centellas apagadas de la República. Un viejo achacoso, enfermo, casi paralítico, encorbado sobre el sepulcro, habia ideado restaurar la idea aristocrática, fiel imágen de una idea gastada ya por el continuo progreso de la sociedad. Y este viejo, olvidado de su orígen, de que las lanzas pretorianas le habian levantado al poder, quiso disciplinar las costumbres que él mismo habia relajado, cerrar el cauce que él mismo habia abierto. Y así como Neron fué el hijo de la plebe, Galba fué el padre adoptivo de la aristocracia. Cuando la aristocracia vió á uno de los suyos, de sus mas queridos hijos adoptados por el nuevo César, se incorporó en su lecho, creyendo que habia pasado la luna de su martirio, y que habia desagraviado con su paciencia la justicia del cielo.

Pero la lógica no se puede nunca romper. Y la lógica se conoce en los hechos como una ley inflexible, inquebrantable, que no puede romper por ningun esfuerzo humano. Y en la lógica de los hechos no estaba, la antigua aristocracia, que habia imposibilitado la unidad del mundo tan necesaria á la vida; en la lógica de los hechos estaba la continuacion del Imperio, que hacia girar sobre sus goznes las puertas de la antigua Roma, para que en su recinto penetraran todas las razas de la tierra. Así es, que los pretorianos, inmediatamente despues que se vieron pospuestos á una aristocracia enfermiza y degradada, requirieron sus armas y se prepararon á soterrar á Galba. El epicureismo volvió á subir al trono de la tierra, volvió á ocupar su alto asiento, volvió á resucitar una imágen perdida de Neron. Mas no se puede entregar ciegamente la sociedad á una tendencia, sin ir á dar en sus últimos estremos, porque toda idea, por su propia naturaleza, tiende á lo incondicional y absoluto. Othon, el representante de esta idea, cuando vió que el desenfreno de los mismos principios por él proclamados, iba á posesionarse de Roma, se levantó sobre sí mismo, se transfiguró en el dolor, ese númen del heroismo, miró con indiferencia la vida, con asco el placer, y murió una muerte que hubiera envidiado el mas severo de los estóicos. Y estos grandes ejemplos de virtud, de heroismo, estos ejemplos dados por los que tenian mas oscurecida la inteligencia, mas corrompido el corazon, no eran parte á libertar aquella sociedad del epicureismo, que se bañaba en sangre en el circo, que aplaudia la inmoralidad en el teatro, que se revolcaba entre la embriaguez y el hartazgo en los festines, que viciaba la pureza de la primitiva matrona romana, que disipaba la vida del mancebo, que corrompia al niño en su cuna, que se suspendia hasta sobre la lira del poeta, y el cincel del escultor; epicureismo que era inevitable, que era fatal, que era el resultado de un gran movimiento metafísico, de una gran relajacion moral, y por consiguiente, que como todas esas ideas muy generalizadas, muy difundidas, se respiraba como los miasmas de las epidemias en el mismo aire destinado á conservar la vida. Vitelio representaba el desenfreno del epicureismo.

Pero esta exaltacion febril de una idea venia á distraer el Imperio del cumplimiento de su destino y de la conclusion de su maravillosa obra. Los pretorianos, rasgando con sus lanzas la púrpura imperial: los estóicos, empeñados en retroceder á un ideal perdido como un punto lejano á sus espaldas; los epicúreos, sumidos en profundo abyeccion moral, á cada paso viciaban, corrompian la idea providencial encomendada á la accion misteriosa del Imperio. Era necesario que naciese un hombre que acariciara la idea que habia sido como el secreto de la

vida de los Césares. Este hombre es Vespaciano. Un doble carácter hemos observado en este emperador. Como europeo tiene una tendencia señaladísima á la política práctica, y va organizando el gran principio de igualdad que habia triunfado en los Césares; pero como oriental, como hombre que habia por largo tiempo oido los cánticos de los sacerdotes asiáticos y habia visto las fastuosas ceremonias de su culto y habia respirado las esperanzas difundidas en los aires, tiene un carácter esencialmente gnóstico. Pero lo cierto es, que Vespaciano es plebeyo, y como plebeyo, fiel á su destino y á su idea hasta la muerte. Así, á un mismo tiempo abre las puertas del Senado al plebeyo, las puertas del Pœmerium al estranjero. Y esta su política es perseverantemente seguida por su hijo Tito, tambien semi-latino y semi-oriental como su padre. En este tiempo se recrudecia la oposicion de los estóicos al imperio, y especialmente á la familia Flavia, á que pertenecian Tito y Vespaciano. Y la causa principal de esta oposicion de los estóicos á Tito y Vespaciano, no consistia en que el espíritu oriental con que ambos á dos perfumaban sus ideas era un peligro muy grave para las tendencias positivas y prácticas de la escuela estóica. El estoicismo iba creciendo y trasformándose de pacífica secta filosófica en partido político, guerrero y militante.

Pero en este momento la recrudescencia de las pasiones, su gran tumulto, eleva al trono de la tierra un hombre apasionado y vengativo, un hombre que debia ser el gran azote del Senado. Este hombre se llamaba Domiciano. Como el Imperio debia estender una idea de justicia por el mundo, por la sociedad, Domiciano, á pesar de la perversidad de sus instintos, cumplia dos grandes ideas, borraba la diferencia de los caballeros y de los senadores, exaltaba la personalidad abatida y borrada del esclavo. Y al mismo tiempo estos dias de Domiciano eran los dias tristes, los dias fatales para el Senado. Cuando los senadores creian contar con la benevolencia del César, veian abrir se las puertas del Senado, entrar los emisarios del César, diezmarlos, como el carnicero diezma el ganado, arrastrarlos al palacio de su señor, y allí abrirles el vientre, y ofrecerlos en sacrificio á la insensata cólera del Imperio, cólera horrible, que iba creciendo á medida que de aquella antigua aristocracia tan grande y tan temida solo quedaban las cenizas que esparcia el soplo de la muerte.

Pero á medida que iban cayendo estos abstáculos levantados contra el torrente del progreso, el estoicismo, la única idea positiva y práctica y justa que flotaba sobre aquel negromar de pasiones, abr ia paos

hasta el trono del mundo. Los emperadores habian comprendido que el estoicismo era su enemigo, y quisieron ahogarlo. Pero como, si es fácil esterminar á los hombres, es difícil esterminar las ideas, de cada una de las cabezas de los estóicos que rodaba por el suelo, salia una centella bastante á iluminar las oscurecidas conciencias. Y al mismo siempo que el estoicismo propagaba sus ideas por el mundo con sin igual constancia, se persuadia de que era imposible, absolutamente imposible resucitar lo pasado, y que habia menester para realizar su idea, el principio capital de su existencia, transigir con el espíritu de la época, y con la idea de su siglo. Desde el momentó en que el estoicismo renunció á restaurar el Senado y la aristocracia, desde el instante en que se dió á exaltar la nueva idea, el derecho universal, la igualdad del género humano, la justicia, la ley moral, el estoicismo debia triunfar, porque encerraba en sí la idea del progreso. Esta idea en su primer ensayo, se personifica en Nerva. Hé aquí como la conciencia humana se acercaba por sí sola para recibir el bautismo del cielo con la idea inmortal del cristianismo.

Y así como la conciencia por el estoicismo se iba acercando á la moral cristiana, el mundo por el trabajo de Roma se iba acercando á la unidad espiritual del cristianismo. Dos grandes razas se habian dividido el mundo antiguo; la raza semítica y la raza indo-europea. La raza indo-europea es la raza de los artistas y de los filósofos; la madre del paganismo. La raza semítica es la raza de los sacerdotes, de los teólogos y de los guerreros, la raza guardadora del monoteismo. La oposicion de estas dos razas ensangrienta toda la historia antigua, desde la primera hasta la última de sus páginas. Babilonia y Persia, Tiro y Grecia, Cartago y Roma representan la lucha, la oposicion sangrienta de todas estas razas entre sí. Y esta oposicion no se fundaba en una pasion, en un odio instintivo, se fundaba en grandes y poderosas ideas. La raza semítica representaba la idea divina, la idea teológica; y la raza indo-europea representaba la idea humana, la idea filosófica. ¿Qué genio superior habia tocado en el corazon de estas razas, que las obligaba á caminar hácia la fusion y la unidad de todas ellas? El carácter aristocrático y el carácter democrático se unian en la política general; la raza semítica y la raza indo-europea en el recinto de Roma; el pensamiento griego y el pensamiento oriental, en Alejandría, la idea divina guardada por Jerusalen y la idea humana difundida por Aténas en el cielo del cristianismo.

Y así todas las razas iban sufriendo esta trasformacion, iban acer-

cándose al ideal humanitario, á la sublime idea de la unidad. Al Occidente se hallaban batalladores íberos, que se estendian desde las cumbres de los Pirineos hasta las riberas del Mediterráneo; en las Galias, en la Britannia, en los desfiladeros de los Alpes, los sacerdotes celtas; las razas germánicas desde el mar del Norte harta el Caspio, acampadas en las orillas del Rhin y del Danubio; la raza elena á las puertas del Asia, interrogándole por la clave de sus misterios; y en Italia, trono del mundo, los romanos dictando su pensamiento á los pueblos. En las riberas africanas del Mediterráneo se hallaban pobladas de semitas, que habian recibido en sus venas la infusion de sangre griega. En el Asia los pueblos luchaban con los romanos en retirada, y allí, en el fondo del Oriente meditaba el pueblo indio en sus grandes y profundos misterios. Y de esta suerte, ora por la guerra, ora por el pensamiento, ora por la religion, todos estos pueblos se unian, se mezclaban, se confundian formando el cuerpo robusto de una nueva humanidad, que debia recibir el espíritu del cristianismo, fuente de la nueva vida, númen del progreso.

Hemos estudiado la trasformacion de estas razas en el instante de la aparicion del cristianismo. Los españoles habian resistido en el campo con Indivil y Mandonio; en los desfiladeros con Viriato; en los muros con Numancia; en las montañas con los astures; en el martirio con los vascos; dentro de la misma familia romana con Sertorio; habian resistido, decia, al secreto de la Providencia que señalaba al mundo como ley de su providencia el dominio de Roma. Los antiguos galos, que habian puesto espanto y terror en el pecho de Roma, ligeros, frugales, dados á librar su suerte al primer empuje de sus armas, amigos de batallas campales, habian caido bajo el yugo de Roma en ocho grandes combates; y con ellos habia caido aquella su religion céltica, llena de supersticiones, cuyo rito era la mágia, cuyo sacrificio consistia en derramar sobre el ara la sangre de los hombres. De esta suerte, Roma contribuia á limpiar el mundo antiguo de sus manchas para prepararlo á recibir en su frente el bautismo de la idea cristiana. Así, el Dios-naturaleza se enterraba poco á poco en los abismos, y caian al pié de su ara todos los sacerdotes.

Y si era esta la suerte de la Iberia y de las Galias, era mas triste la suerte de Grecia, la maestra de las naciones. Grecia habia caido en profundo abatimiento. Sus repúblicas habian muerto, sus poetas callaban, sus filósofos huian á la ciudad de Alejandría, sus guerreros estaban enterrados en el polvo de los campos, sus ciudades eran montones de ruinas, sus hermosas regiones como la Atica, la Thesalia, la Arcadia, apénas guardaban recuerdos de sus templos y de sus dioses. Unos sobre otros iban cayendo sus reinos, sus escuelas, sus oráculos, sus templos, sus dioses, porque cumplido su destino y realizada su maravillosa obra, no le quedaba mas remedio que seguir la ley de todo lo que vive en el mundo. Así la Grecia sacudia su corona de verbena y de laurel, dejaba caer su lira, se hundia en el Mediterráneo, y legaba al mundo en herencia su pensamiento que habia sido el filtro de su gloriosa vida. Las naciones miraban con ojos llorosos la ruina de este pueblo; los grandes pensadores se acercaban con religioso temor á su sepulcro; los poetas buscaban una centella de inspiracion entre sus cenizas, y sobre aquella desolacion se levantaba como una letra funeral inscrita en una lápida la ciudad de Corinto, última luz de Grecia, semejante á esos fuegos fátuos, resto de la vida, que cruzan por las hendiduras de los sepulcros.

Y este mismo destino alcanzaba á Sicilia. Las guerras cartaginesas habian despoblado la parte que miraba al Africa; las guerras civiles la parte que miraba á la Italia; la guerra servil el centro de la isla. Así, en aquellos campos donde habia encontrado el color de sus preciosos cuadros campestres Teócrito, y el primer suspiro de la musa cristiana Virgilio, solo se veian ruinas amontonadas, sobre las cuales se deslizaba el lagarto, ó hacia su nido la marina gaviota. Y lo mismo que sucedia á Sicilia, sucedia á Creta. Esta isla donde el genio de Oriente y el genio de Grecia habian celebrado sus nupcias, dejaba caer en el verde fondo de las aguas sus piedras, sus columnas y hasta sus dioses.

En el Asia Menor se veian como una copia de las razas que esplicaban toda la historia; al Occidente, los indo-europeos, al Oriente los siro-árabes, en el intermedio los frigios. El Asia Menor habia sido como la madre de la Grecia. En ella se levantó Apolo, en ella nació Cibeles, en ella entonaron sus primeros cánticos los poetas griegos, en ella habló el primer oráculo que interpretó el pensamiento de la inocencia de Grecia. En el Asia Menor, que habia sido la madre de la raza jónica destinada á dar su vida á la hermosísima Aténas, el espíritu griego sobrevivió por largo espacio de tiempo á la caida misma de Grecia. Roma respetó sus libertades históricas, la liga anfictiónica de sus ciudades, el espíritu de su civilizacion, aun bajo su dominio.

Y entre el mar de Chipre y el Eufrates se estendia el maravilloso Imperio sirio, que habia sido por espacio de mucho tiempo el depósito

de la conciencia religiosa de la humanidad. Este imperio hermosísimo, destrozado por los parthos, que descendian de las montañas á herirlo y martirizarlo continuamente, estaba rodeado de continuas, aflixiones. Roma lo libertó de estas irrupciones, lo ató á su carro triunfal y la agregó á su inmenso imperio. Y así la idea romana se estendia por todo el mundo como la atmósfera de una nueva vida mortapara el mundo. Y al mismo tiempo que dominaba estos pueblos, iba declarando tributarios suyos á los capadocios y á los tracios.

Y una profecía se cumplia y un gran castigo se consumaba con la estension que iba tomando el dominio romano por el Oriente. El pueblo hebreo habia guardado en sus rocas la idea divina, la idea de la unidad de Dios. Esta idea le habia sostenido en la adversidad, le habia consolado en la esclavitud. Con esta idea habia venido á ser el pueblo mas feliz del Oriente. Por esta idea habia visto pasar como las olas de un mar sereno los pueblos, sus amigos, delante de su presencia, sin apagar el vivido fuego de su santuario. Pero un dia se acercó el hombre á la puerta del templo de Jerusalen, llamó con redoblados golpes, y el pueblo quiso que su idea no fuera para los demas hombres. Pero Dios, que habia querido que esta idea se difundiese por toda la humanidad, sopló sobre la tierra el nuevo espíritu creador, el cristianismo. Entónces el templo se arruinó, se dispersaron los, sacerdotes, y no quedó en Jerusalen piedra sobre piedra. La Iglesia cristiana heredó el espíritu religioso de la Sinagoga; la humanidad el sacerdocio vinculado ántes en la raza semítica. Así el Oriente, el eterno é inmóvil cenobita de la historia, se veia lanzado de su templo, é iba á caer de hinojos ante nuevos y mas hermosos altares, ante la sagrada corona del cristianismo.

Y esta misma suerte habia alcanzado al Egipto. Sus templos, que fueron la eterna escuela de Grecia, yacian abandonados de tantos peregrinos como iban á beber la vida en sus misterios; sus sacerdotes no alcanzaban á entender el espíritu teológico guardado en sus geroglíficos y en sus símbolos; sus guerreros habian sido desarmados y vencidos, aquellos guerreros, eterno terror del Oriente; sus razas se perdian en la inundacion general de pueblos que por todas partes la rodeaba, y el espíritu de su civilizacion se evaporaba como la gota de rocío caida en el desierto. Sin embargo, Dios, para premiar su constancia en el trabajo de la civilizacion universal, hizo brotar en el mundo á Alejandría, sí, Alejandría que trasformaba todas las razas, que unia unas con otras todas las ciencias, que vertia un nuevo espíritu en

la antigua filosofía, que elevaba todas las escuelas al cielo, para que se bañaran en la idea divina, que á la sazon inundaba la humanidad; Alejandría, una de esas ciudades tan grandes en la historia como Atênas, como Jerusalen, como Roma, piedras miliarias de los siglos.

Y en la misma Africa, entre el Atlas, el desierto y el Mediterráneo, al lado de las tribus de los Kabilas, nómadas, errantes, como un nido de ruiseñores creado en un oasis, se estendia la hermosa colonia de Cyrene, mansion dichosa de los griegos, que al calor de aquella grandiosa naturaleza, habia producido grandes filósofos y grandes artistas; tierra en que los epicúreos encontraron su lecho de rosas, su mansion de delicias trasformada tambien por el espíritu de los romanos, pues su último rey, comprendiendo que es de todo punto imposible resistir al destino y á sus maravillosos decretos, entregó su corona al pueblo romano, para que la custodiara como un floron caido de la diadema de Grecia, de esa nacion, que habia irradiado su espíritu maravilloso y artístico por las regiones mas bellas y mas felices de las tranquilas orillas del Mediterráneo, mar, que ha besado con sus tranquilas ondas la cuna de todas las grandes trasformaciones de la civilizacion europea.

Y todas estas regiones se habian trasformado por el trabajo de Italia, patria del derecho, destinada, por poseer un ideal humanitario, á dominar el mundo. Italia, en este trabajo titánico de trasformar la humanidad, habia agotado sus fuerzas, habia estinguido hasta la vida de sus hijos. Así, en aquella Roma tan aristocratica y privilegiada entraban á tomar asiento los hombres de todas las razas de la tierra, y asiento, no al pié de la ciudad, sino en el Senado y en el trono de los emperadores. La dulce Italia habia en su pensamiento trasformado la conciencia humana; con su sangre, la vida de todos los pueblos. Así en esta edad se hallaba enflaquecida, exhausta, agotada por sus grandes, por sus inmensos trabajos, reina y mártir á un mismo tiempo de toda la tierra; porque los pueblos que conciben una gran idea, son como los individuos, y no realizan esa idea, sino á costa de consumir mucha vida, y derramar de sus venas mucha sangre, sentencia de que no se liberta la humanidad.

Y el pueblo romano en esta época tenia grandes enemigos. En las selvas oscuras de la Britannia, entre las verdosas ondas de los mares bajo las sagradas encinas, se levantaba el ara de los druidas ensangrentada por el sacrificio de infinitos hombres. Allí un pueblo entero abrazado á sus antropófagos dioses, resistia á la cuchilla de Roma

que, preparando sin conciencia de su destino una idea mas sublime, iba poco á poco destruyendo el Dio-naturaleza. Así aquellos pueblos britanos, defendian sus aras, su culto, sus selváticos templos, sus altares, con esa fé indomable, que es el carácter de los pueblos primitivos; y generaciones enteras se suicidaban contentas ántes que doblegarse á la ley de la Providencia. Pero no era este el gran peligro de Roma, el gran peligro de Roma estaba en las orillas del Rhin. Allí se estendian y se dilataban infinitos pueblos bárbaros, que aguzaban en silencio sus armas, que nacian y se criaban en carros de guerra, que no tenian amor patrio, que sentíanse movidos de un impulso ciego á caminar por el mundo, y que de vez en cuando se alzaban sobre las empinadas crestas de los Alpes, y al ver á lo léjos la tierra donde florece el almendron, el mirto y el granado, donde el sol reina como en su palacio, donde las aves entonan un concierto eterno, donde el mar se humilla y se convierte en un celeste lago, donde la vida es tan hermosa como el sueño de los inmortales; al ver esa tierta privilegiada lanzaban ahullidos de hambre, codiciosos de abrazarse á tan hermosa naturaleza. Y las orillas del Danubio todavía existian otras tribus mas feroces, ménos disciplinadas, mas salvajes, que eran como los residuos de los pueblos del Oriente, amenazando el Bósforo y la Grecia como los germanos amenazaban el Tirreno y la Italia. Y aun mas léjos, dilatándose hasta la laguna de Palus Meotides, se estendian los escitas, mas bárbaros que los getas y los germanos, mas indisciplinados, mas feroces, que bebian la sangre de sus enemigos, vestian su piel, se adornaban con las cabezas cortadas en los campos de batalla estaban en perpetua guerra como si conociesen que Dios les habia de empujar como un huracan sobre el mundo. Y al mismo tiempo el Cáucaso daba en sus riscos, en sus inaccesibles desfiladeros, abrigo á innumerables piratas, que se entregaban á merced del viento de las olas, y volvian á sus cavernas cargados de innumerables despojos á depositar el fruto de sus innumerables rapiñas, sus grandes presas.

Pero el pueblo rey no solo tenia enemigos en Europa, los tenia tambien y muy feroces en el Asia. El pueblo rey para contener á los germanos dominaba en las Galias; para contener á los getas en la Pannonia, la Iliria, la Tracia, y para contener á los parthos en la dichosa Armenia inundada por el espíritu de Grecia. Y estos parthos guerreros indómitos, estendidos por las orillas del Eufrates, forman un imperio, del cual no tenia Roma verdadera idea; un imperio feudal, inmensa, en que un rey poderoso y débil á un mismo tiempo, domina

sobre infinitos señores, que se reparten los girones de su purpura y viven abandonados á su instinto, y solo tienen un sentimiento en que se funden, se identifican todos sus corazones, el sentimiento de odio y de venganza contra Roma. Y por estas mismas orillas del Eufrates se estendian árabes desconocidos, y cerca del Nilo árabes nubianos, y al Sur la Abyssinia, fuera del alcance de Roma. Así hemos visto como Roma trasformaba toda la humanidad, toda la historia. Ella recibia en su seno el espíritu de Jerusalen, las sublimes interpretaciones que del Oriente habia hecho Alejandría, el cántico eterno que Grecia lanzaba al Mediterráneo, las ideas que cruzaban perdidas sobre las ruinas de las ciudades orientales, las teogonías del Asia, el misterioso dogma del Egipto; y al mismo tiempo, en virtud de su propia vida metamorfoseaba todas las esencias escapadas de estos pueblos y las elevaba á la unidad, deteniendo el paso á los pueblos del Norte, á los bárbaros hasta el dia en que, madura ya la idea que debia heredar y recoger, pudiesen servir á estender y propagar un nuevo espíritu, una nueva civilizacion por toda la faz de la tierra, para que así constantemente se renueve la vida universal.

Miéntras el pueblo romano guardaba la idea humana en su Capitolio, el pueblo judío guardaba la idea divina en su santuario. Dios habia premiado en este gran pueblo su constancia en guardar la idea que habia de ser la raiz universal, y la esperanza en la renovacion de su pacto con el pueblo por medio de su Mesías. Este doble instinto de tenaz conservacion y de progreso, era el gran carácter del pueblo judío. Las persecuciones, el destierro, sus incesantes penas, léjos de disminuir su fé en su Dios, la acrecentaban, y por eso ha de ser el elegido por Dios para dar una nueva alma á la humanidad, una nueva idea á la historia. Y en el seno del pueblo judío vivian dos grandes sectas, que con tendencias opuestas debian contribuir al movimiento religioso, que iba á inaugurar el cristianismo. Estas dos poderosísimas sectas eran los fariseos y los saduceos con ideas distintas, con opuestas tendencias. El fariseo intentaba conservar á Jerusalen y á su pueblo al pié del santuario, siempre con los ojos puestos en su Dios. Así en la cautividad los fariseos elevaban el espíritu del pueblo á Dios; en la irrupcion de Alejandro, los fariseos impedian que el pueblo se marchase tras los ídolos griegos; en la lucha con Roma, el fariseo se enterró en el polvo de sus colinas, en las ruinas de su templo. Y la otra secta era el saduceo, que intentaba unir el espíritu de Jerusalen con el espíritu de todos los pueblos. El saduceo seguia el

carro de Alejandro pidiéndole su idea, el saduceo se postraba ante los seléucidas, el saduceo llamaba hermanos á los conquistadores del mundo, que le habian hecho esclavo. Pero así, miéntras el fariseo conservaba pura la antigua religion, el saduceo enseñaba á todas las razas y á todas las gentes el camino de Jerusalen, y de esta suerte se iban uniendo las dos antítesis de la historia antigua para contenerse en la síntesis superior del cristianismo.

Así, en Jerusalen se estendió universalmente la idea de la venida del Mesías. Los guerreros esperaban un varon fuerte, que con su espada arrancara la corona de las sienes de Roma; los místicos en el resplandor de la aurora, en el reflejo del sol, esperaban ver venir el carro del divino Elías; los que guardaban pura la tradicion, creian ver levantarse de nuevo la casa de Jacob al trono de Israel; los judíos espirituales esperaban un Mesías, que restaurase el templo y levantara una nueva mística Jerusalen; los esenios rompian con el espíritu antiguo, y se maceraban en el fondo del desierto, esperando el prometido; y estas esperanzas universales se condensan, se personifican en profetas que aparecen en las soledades, preparando las vías al redentor del pueblo. Pero el que personifica esta esperanza mesiánica mas pura, es San Juan Bautista, el solitario, el misionero del desierto.

Por fin, la esperanza se cumple, la salvacion del mundo se realiza y aparece el Mesías, el que debia venir, el que era anhelantemente aguardado por la nacion judía. Vino, y su pueblo no le conoció, y no fué comprendido por sus hijos, por los que venia á salvar. Esperaban la renovacion y la fuerza de un pueblo, y vino la renovacion y la fuerza de toda la humanidad. Esperaban un guerrero y vino un justo. Esperaban un rey, y vino un pobre y desvalido misionero. Esperaban que exaltaria á Israel, y profetizó la destruccion del templo. Esperaban que destrozaria naciones y hundiria reinos, y predicó la paz entre los hombres. Esperaban una venganza, y vino un perdon. Esperaban que cumpliria la ley en todas sus partes, y sucedió que confirmando el espíritu y la letra de la ley, exaltó sobre la ley el espíritu y la fé. Y por eso los fariseos, los sacerdotes de la antigua ley, el pueblo de Israel, que aspiraba á la dignidad primitiva del sacerdocio, se indignaron contra el justo, le persiguieron, le crucificaron, y vieron con gozo cómo exhalaba su último suspiro, creyendo que en él habia muerto el espíritu de su inmaculada doctrina.

Mas el odio de los fariseos al cristianismo se recrudeció por estremo. Ellos creian que el Salvador de Israel debia confundir en el polvo á

sus enemigos, y no ser por sus enemigos confundido. Creian que la vida humilde y la muerte congojosa de Jesus, era una prueba cierta de que su doctrina no podia ser celeste; porque fingian un cielo iluminado por el sangriento reflejo de sus pasiones. Creian que la exaltacion de Israel era el único destino, la única obra digna del Verbo. Los primeros cristianos no querian romper con la Sinagoga y con sus sacerdotes. Por eso, para contrastar la venida de Jesus humilde, de Jesus pacífico, de Jesus crucificado en el Calvario, representaban á los ojos del pueblo con maravillosos colores, aquella otra venida sobre las nubes, sobre la tempestad, inundado con el resplandor de la gloria, y llevando en sus manos el libro de la vida, para juzgar á todos los hombres y premiarlos ó castigarlos segun sus obras, y mostrar así sobre los mundos, y sobre la humanidad, todo el resplandor de su justicia.

Mas los primitivos cristianos que rodeaban á Pedro, el primer gefe de la Iglesia, el que debia velar eternamente por la pureza de la fé, no se atrevian á salir de la Sinagoga. Asistian al templo, observaban todos los ritos y todas las prácticas antiguas, guardaban fielmente la letra de la ley, y no se apartaban un punto de las ceremonias. Temian que al salir del templo, el rayo de la cólera divina los habia de cerrar el paso. Este sentido limitado hubiera perdido la verdad cristiana, si su perdicion fuese posible. La nueva idea hubiera sido un brazo mas del gran candelabro, un grano mas de incienso quemado al pié del ara, una palabra añadida á la antigua ley; pero no hubiera sido de ninguna suerte la renovacion de toda la vida y de todo el espíritu, como habia prometido Jesucristo.

Era necesario apartar la Iglesia de la Sinagoga, abrir el capullo donde estaba contenida la nueva doctrina, dilatar el espíritu de Dios por toda la tierra, predicar, no al circunciso, no al griego, no al romano, sino al hombre, unir todas las razas en el espíritu divino del Evangelio. Esta tendencia debia ser la tendencia de los espíritus superiores de la nueva religion y debia pasar á dogma, á doctrina de toda la Iglesia. El primero que concibió esta gran idea, el primero que se atrevió á esponerla delante la Sinagoga, fué San Estéban. El fariseo cuando oyó unida á lo que él llamaba la blasfemia cristiana, esta blasfemia humanitaria, sacrificó despiadadamente al jóven, que despues de Jesus fué el primer mártir de la verdad en la tierra. Así los apóstoles se fueron dispersando por el mundo. Pero el estado del espíritu religioso, las promesas, las amenazas, los premios, los castigos

las ideas de los cristianos de esta edad sobre las naciones y sobre la historia universal, están reasumidas en el libro inmortal y divino del Apocalipsis.

Pero el hombre que inicia la edad de la fé es San Pablo. Todos los primeros apóstoles habian visto á Jesus. San Pablo no le habia conocido, y habia sacrificado á sus discípulos. Pero la fé sobrenatural hiere su conciencia, é ilumina su vida y lo lanza entre los apóstoles, entre los grandes mantenedores de la nueva idea. Para San Pablo, el rito ha pasado y ha venido el espíritu; la ley antigua ha sido esclarecida y completada por la nueva ley, el hombre se ha reconciliado con Dios por medio de su Verbo. Así delante del Salvador y delante de la Iglesia, ya no hay razas, ya no hay naciones, ya no hay privilegios, ya no hay sectas, ya no hay griego, ni romano, ni judío, ni príncipes, ni vasallos, ni esclavos, ni señores, sino solamente hombres, porque para todos ha llovido el cielo la verdad divina. San Pablo cree que el Evangelio es el resúmen de toda la revelacion, que el bautismo es el principio de la gracia, que la fé es muy superior á las antiguas ceremonias, que el pagano puede entrar como el judío en el nuevo templo. Esta doctrina incita contra el gran apóstol iras, persecuciones, tormentas. Pero su fé ciega, su indomable carácter, la pureza de su idea, la maravillosa virtud de su doctrina, su confianza en Dios, su celo, su amor inmenso que posee todo su corazon, que inunda toda su vida, le llevan á predicar su idea, á sostenerla contra todos, y do quier pasaba, iba dejando las huellas luminosísimas de su inmortal espíritu, que va á ser como un nuevo é inmortal faro encendido en las riberas de todos los tiempos. Así esta idea de San Pablo predomina, y viene á ser el dogma sostenido por el Concilio, predicado por la Iglesia Universal.

Pero todavía era necesario que se levantara mas el ideal del espíritu cristiano, que se esplicara mas claramente la idea del Verbo y del Espíritu. San Juan, el apóstol querido por Jesucristo, el que le habia acompañado por el desierto, el que le habia seguido hasta el pié de la Cruz, el que habia recogido de sus mismos labios la miel de su doctrina, testigo fidelísimo de todas las persecuciones, de todas las angustias, de todos los dolores de la primitiva Iglesia cristiana, en el fondo de una isla griega, allí conversando espiritualmente con Jesus, esplica la naturaleza del Verbo, su eterna union con Dios, y completa de esta suerte la revelacion cristiana, dejando en los horizontes de Grecia inundados por el espíritu pagano, en aquellas islas, cunas de tantos

dioses, en aquella naturaleza cubierta con el velo de gasa de la antigua religion, como un depósito sagrado, la eterna palabra de Jesucristo, miéntras su alma cándida y pura, asciende en raudo vuelo á los cielos llena de aquel amor, que fué su esencia miéntras cruzó por la vida.

¿Y qué impresion produjo el cristianismo por vez primera en la conciencia pagana? Esta impresion ha completado el trabajo de nuestro segundo curso, y con ella debiamos concluir por ser punto decisivo en la historia de nuestras investigaciones. El Oriente, cuyo carácter era místico, exaltado, misterioso, teocrático, debia resistir á esta doctrina moral, práctica, que era una nueva ley de la vida, y que enseñaba al hombre que en sus buenas obras consistia el secreto de su salvacion. La Grecia, por el contrario, la Grecia en su carácter práctico y sus tendencias positivas y su númen artístico, debia resistir á esta religion severísima, que llevaba en sus manos un nuevo filtro de vida. Pero la resistencia era inútil, los ídolos se caian, las escuelas desertaban del paganismo, los espíritus levantados pedian al cielo un nuevo Dios, y hasta las muchedumbres, último refugio de todas las ideas, hasta las muchedumbres perdian su fé. En esta desolacion no habia mas remedio para los mismos paganos que caer de hinojos ante los nuevos altares y abrazar con decision, con fé, la doctrina del Salvador.

El gnosticismo tiene varios caractéres; porque era imposible que la nueva religion pudiese trasformar en un instante el espíritu de los pueblos. El genio pagano conocia que espiraba su idea y se resistia á la muerte. Abrazábase á sus antiguos dioses, á las columnas de sus templos, cuando ya andaba errante por sus labios la oracion cristiana. Así algunas escuelas deseaban dejar el cielo y la eternidad para Dios y su Verbo, para poblar el aire y la tierra con los genios de la antigua religion. Mas no era este el único carácter del gnosticismo. Como representaba el caos de una edad que concluia y otra edad que empezaba, tenia varios caractéres distintos y aun opuestos. En varias escuelas el gnosticismo era el esfuerzo de la inteligencia para dar vida al paganismo con el filtro de la idea cristiana, y oponer así un obstáculo insuperable á la nueva religion. En otras, el gnosticismo era la señal del odio estremo á la religion antigua, á la religion pagana. Y como el paganismo habia divinizado la naturaleza, como habia difundido la idea de que en cada uno de los séres creados se encerraba un dios, el gnosticismo creyó maldita la naturaleza, obra de los genios inferiores al Creador, manchada con la sombra del pecado.

De cualquier lado que se miren estas sectas, son el resultado de las primeras impresiones que el cristianismo hace en el ánimo de los antiguos pensadores, impresiones, ora de odio y de horror, ora de estremo entusiasmo; de suerte que estas escuelas son aun la línea que separa dos horizontes en el espacio, dos edades en el tiempo.

Y nada en la historia indica tan claramente el estado del mundo como el gnosticismo. Desde que Alejandro abrió al Occidente las puertas del Oriente, todas las razas se encontraban en todos los derroteros de la tierra. Sus dioses se unian con otros dioses, sus escuelas con otras escuelas, unas teogonías con otras teogonías; y de esta suerte el Asia se iba acercando á la Europa. Al mismo tiempo el pensamiento de Platon, pensamiento trascendental, bañado en el espíritu místico del Oriente, se apoderaba de todos los espíritus, é influia en toda la historia, en todos los varios hechos que surgian en la vida. Y como el aristotelismo, el estoicismo y hasta el epicureismo buscaban en una idea trascendental un punto de apoyo, la escuela platónica les ofrecia esta idea, que inundaba de esperanza los espíritus entristecidos por la universal desolacion. Así en la corriente natural de los hechos estaban los dos grandes caractéres del gnosticismo; primero, la union del Oriente con Grecia, segundo, la tendencia exagerada al misticismo. Así el espíritu griego buscaba instintivamente, conducido por Platon, los altares orientales, porque agotada su propia vida, volvia á las fuentes de su religion y de su ciencia: que no en vano se ha pintado nuestra existencia como la serpiente, que se mordia la cola.

Pero al mismo tiempo que Grecia buscaba al Oriente, el Oriente buscaba instintivamente á Grecia. Los filósofos orientales pretendian unir el pensamiento vivo, armonioso de la Grecia con el pensamiento místico del Oriente. Aristóbulo ensaya esta primera union, pero entre dos ideas, que radicalmente se contradicen. Por fin, suena la hora de la armonía y aparece en el espacio Philon. Sacerdote del Oriente, embebido en el misticismo, amante de la idea griega, recogiendo en su alma los ecos de dos mundos, la esencia de dos civilizaciones; el filósofo judío enlaza, armoniza el Dios de los hombres, el alma de Aristóteles, las ideas de Platon, el espíritu universal de los estóicos, los números y la música de las esferas de Pitágoras, y así contribuye con su doctrina á esa misteriosa unidad que entónces buscaba la civilizacion en todas sus esferas, el pensamiento en todas sus manifestaciones, y prepara el gran desarrollo del gnosticismo.

Las tendencias de las escuelas platónicas á unir á Grecia con el

Oriente, tendencia que se manifiesta tambien en las escuelas judías, debia ser el secreto del gnosticismo, porque el gnosticismo era esencialmente sincrético. Pero el gnosticismo cumplia un doble trabajo un trabajo de descomposicion, examinando todas las antiguas ideas, y otro trabajo de recomposicion, sintetizándolas en una grande síntesis. Con su trabajo de descomposicion el gnosticismo conseguia allanar el camino á la nueva idea, y con su trabajo de recomposicion conseguia plantear grandes problemas en el espacio, para que estos problemas fueran resueltos por la verdad cristiana. Así el gnosticismo elevaba á los ojos de las nuevas escuelas varias ideas: la idea de libertad, la idea de creacion, la idea del orígen del mal; ideas, cuya solucion solo estaba y podia estar en el espíritu de la nueva religion.

La aparicion de esta doctrina en el mundo coincide con la aparicion del Cristianismo. Cuando la verdad cristiana daba sus primeros pasos, ya levantaba su áspid esta nueva serpiente perdida y oculta entre las flores. San Pablo ya condena esta tendencia como un peligro vivo para la nueva revelacion. El espíritu práctico del apóstol, no podia avenirse con la fantasmagoría de la escuela histórica, con sus innumerables dioses, con sus gerarquías, con aquel gran caos de principios y de escuelas. Y las dos primeras tendencias del gnosticismo están representadas en Simon el Mago y en Saturnino. Simon personificaba el panteismo espiritualista, Saturnino el dualismo, dos grandes escollos que se levantan en el camino de la idea cristiana; pero que la idea cristiana destruirá como apaciguó aquella gran tempestad, que azotaba los mares con solo estender sobre los mares su manto. Pero la idea del orígen del mal continúa siendo el torcedor de todas estas escuelas. Basílides para esplicar esta idea finge una continua degeneracion de Dios, y allí, en sus últimas degeneraciones encuentra la causa, la raíz del mal; y huyendo del dualismo en la naturaleza, viene á crear el dualismo donde todavía es mas grave, en el espíritu, que mata la libertad del hombre, y escupe á la frente de Dios la idea injustísima de creerle como un tirano, que destina las almas al bien ó al mal, segun la arbitrariedad de su capricho. Mas ya no bastaba esto. El gnosticismo se perdia en un delirio idealista, vago y soñador. Dios no habia podido crear la materia, porque la materia es el mal. El hombre no es uno en esencia, porque el hombre es distinto segun la casta á que pertenece. La naturaleza divina es doble, y dobles todas las naturalezas creadas, por-

que repugna la idea de la unidad. Así el mundo, la creacion, es la obra de un Dios en delirio, de un Dios poseido de un vértigo. De suerte que el gnosticismo era la impresion producida por el cristianismo en la conciencia pagana. Pero estos peligros pronto se salvan, porque el cristianismo tenia una virtud divina, porque el cristianismo encerraba el númen del progreso, porque el cristianismo vivia para toda la humanidad, porque el cristianismo se apercibia á perdonar á todos los que le habian herido, porque el cristianismo elevaba á los desvalidos, á los menesterosos, á los pobres, porque el cristianismo tenia un ideal de moralidad inagotable, porque el cristianismo iba á resolver todos los problemas planteados por la conciencia humana, porque el cristianismo iba á ser, en la ley de la providencia, el alma de toda la historia.—He dicho.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE.

—

LECCION PRIMERA.

INTRODUCCION.

Exordio.—Trascendencia del asunto.—Fin práctico y moral de las lecciones.—Necesidad de elevar á la fé el espíritu de la juventud.—Necesidad del estudio de la historia.—Carácter de la raza latina.—Esplicacion de sus tendencias á los estudios históricos.—Naturaleza de la historia tal como se concibe en los tiempos modernos.—Encarnacion del espíritu en los diversos grados de la vida histórica.—Decadencia del mundo antiguo.—Significacion de la familia.—La mujer—Su destino en la familia y en la sociedad.—La mujer en tiempo de la República.—La mujer en tiempo del Imperio.—El Imperio.—Esplicacion de la idea del Imperio.—El Imperio es la dictadura democrática.—Naturaleza del despotismo.—Edades del Imperio.—Edad desde César hasta Neron.—Caractéres de esta edad.—Carácter de la edad que se estiende desde Neron hasta Trajano.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que repugna la idea de la unidad. Así el mundo, la creacion, es la obra de un Dios en delirio, de un Dios poseido de un vértigo. De suerte que el gnosticismo era la impresion producida por el cristianismo en la conciencia pagana. Pero estos peligros pronto se salvan, porque el cristianismo tenia una virtud divina, porque el cristianismo encerraba el númen del progreso, porque el cristianismo vivia para toda la humanidad, porque el cristianismo se apercibia á perdonar á todos los que le habian herido, porque el cristianismo elevaba á los desvalidos, á los menesterosos, á los pobres, porque el cristianismo tenia un ideal de moralidad inagotable, porque el cristianismo iba á resolver todos los problemas planteados por la conciencia humana, porque el cristianismo iba á ser, en la ley de la providencia, el alma de toda la historia.—He dicho.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE.

—

LECCION PRIMERA.

INTRODUCCION.

Exordio.—Trascendencia del asunto.—Fin práctico y moral de las lecciones.—Necesidad de elevar á la fé el espíritu de la juventud.—Necesidad del estudio de la historia.—Carácter de la raza latina.—Esplicacion de sus tendencias á los estudios históricos.—Naturaleza de la historia tal como se concibe en los tiempos modernos.—Encarnacion del espíritu en los diversos grados de la vida histórica.—Decadencia del mundo antiguo.—Significacion de la familia.—La mujer—Su destino en la familia y en la sociedad.—La mujer en tiempo de la República.—La mujer en tiempo del Imperio.—El Imperio.—Esplicacion de la idea del Imperio.—El Imperio es la dictadura democrática.—Naturaleza del despotismo.—Edades del Imperio.—Edad desde César hasta Neron.—Caractéres de esta edad.—Carácter de la edad que se estiende desde Neron hasta Trajano.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Carácter de la edad que se estiende desde Trajano hasta Marco Aurelio.—Carácter de la edad que se estiende desde Marco Aurelio hasta Probo.—Necesidad que tenia el imperio de la fuerza militar.—Cómmodo.—El gnosticismo en el imperio.—Heliogábalo.—Alejandro Severo.—Maximino.—Carácter de Tácito y de Probo —Carácter del imperio desde Diocleciano hasta Teodosio.—Espíritu religioso de esta edad.—Persecuciones y martirios de los cristianos.—Muerte del paganismo.—Constantino.—Concilio de Nicea. —Los eremitas.—La creacion pagana personificada en Juliano.—Las heregías.—Triunfo definitivo del cristianismo con Teodosio.—Los bárbaros.—Caida de los bárbaros sobre el imperio.—Alarico. —Atila.—Angustias de Roma.—Vándalos y Alanos.—Jenserico.—Correrías de Jenserico.—Desesperacion del mundo.—La ciudad de Dios de San Agustin.—Conclusion.

3

LECCION SEGUNDA.

EL IMPERIO DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

Carácter de esta época.—Tendencias de la República.—Causas de la caida de la República.—Tristísimo estado de Roma.—Carácter del pretoriano.—El aristócrata.—La postracion esplicada por su desamor al trabajo.—El esclavo.—Carácter particular del esclavo.—El pueblo romano.—Su decadencia.—Vida del pueblo.—Fiestas del pueblo.—El campo de Marte.—Corrupcion del pueblo.—Carácter del pueblo de la República.—Carácter del pueblo del imperio.—La aristocracia era la responsable del estado del pueblo.—Muerte de Neron.—Impresion que la muerte de Neron hizo en el pueblo.—Epicureismo romano.—Tristeza que hay en el fondo del epicureismo.—Un convite romano.—Perversion del ejército.—Historia de los acontecimientos en esta edad.—Partidos y clases, á quienes habia satisfecho la muerte de Neron.—Partidos y clases, á quienes habia dolido la muerte de Neron.—Ninfidio Sabino.—Corrupcion de los emperadores.—Galba.—Carácter de Galba.—Pasiones que habia contra sí concitado Galba.—Entrada de Galba en Roma.—Favoritos de Galba.—Avaricia y largueza de Galba.—Disgusto de los pretorianos.—Pensamiento reaccionario de Galba.—Adopcion de Pison.—Lucha entre la idea epicúrea y la idea estóica.—El epicureismo personificado en Othon.—Carácter de Othon.—Estado de los

ánimos.—Cómo se aprovechaba Othon del estado de los ánimos para conquistar el imperio.—Galba interroga á los dioses sobre la suerte reservadada á su imperio.—Othon en el Foro —Principio de la sublevacion.—Othon ante los pretorianos.—Galba sabedor de la sublevacion.—Indecision de su ánimo.—Salida del emperador de su palacio—Atrevimiento de los pretorianos—Muerte de Galba.—Muerte de Pison.—Othon.—Idea que representa.—Su carácter y hechos principales de su vida.—Insurreccion de las legiones del Norte.—Vitelio.—Heróica muerte de Othon.—Familia de Vitelio.—Carácter de Vitelio.—Vitelio desde su campamento hasta Roma.—Política de Vitelio.—Reflexiones sobre la idea y la vida de los emperadores.—Insurreccion de las legiones de Oriente.—Vitelio renuncia el poder—Se arrepiente y acomete y destroza el Capitolio.—Lucha dentro de Roma.—Asquerosa muerte de Vitelio.—Dos ideas en el imperio.—Idea positiva que representa Vespasiano.—Carácter místico de Vespasiano.—Oposicion entre el estoicismo y la familia de Vespasiano.—Reconstruccion del Capitolio.—Tito.—Continuacion de la idea de Vespasiano.—Carácter de Tito.—Generosidad de Tito. Oposicion del estoicismo.—Muerte de Tito.—Domiciano.—Su carácter.—Su política.—Su crueldad.—Decadencia del Senado.—Vida del pueblo.—Fiestas en el circo.—Violenta muerte de Domiciano.—Fases del imperio que representa cada uno de los emperadores.—Triunfo del estoicismo.—Realidad de las ideas.—Nerva.—Oposicion de los pretorianos al estoicismo.—Su triunfo prueba la inmanencia de las ideas en la historia.—Conclusion.

29

LECCION TERCERA.

EL MUNDO ROMANO.

Naciones que se reunen al pié del Capitolio.—Razas.—Carácter de la raza indo-europea.—Carácter de la raza semítica.—Tendencias á la unidad.—Estado de los diferentes pueblos.—Iberos.—Finandeses. Celtas.—Germanos.—Raza helénica.—Pueblo Romano.—Semitas en las orillas del Mediterráneo.—Carácter de las dos luchas que Roma sostiene en los pueblos del Norte y en los pueblos del Mediterráneo.—Fusion de todos los pueblos en Roma.—España.—Las Galias.—Pueblos de los Alpes.—Grecia—Sicilia.—Creta.—Asia Me-

nor.—Colonias griegas del Asia Menor.—Imperio Sirio.—Los sirios y los parthos.—Tracia y Capadocia.—Pueblo hebreo.—Egipto.—Tribus Normandas del Norte del Atlas.—Tribus de las orillas del Mediterráneo.—Colonia griega de Cyrene.—Grandes ciudades del Norte de Africa.—El Mediterráneo.—La Italia.—Enemigos de Roma.—Los Britanos.—Los pueblos de las orillas del Rhin.—Pueblos de las orillas del Danubio.—Los Getas.—Pueblos piratas del Cáucaso.—Ideas que cumplen estos pueblos, segun la diversidad de su carácter.—Armenia.—Los parthos.—Arabes Nabateos.—Arabes Nubianos.—Abyssinia.—Resúmen.—Conclusion.

75

LECCION CUARTA.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

Necesidad que tenia el mundo pagano de una nueva idea.—Constancia del pueblo hebreo.—Su fé en lo porvenir.—El pueblo en el cautiverio.—Reforma de los profetas.—Educacion del pueblo despues que vuelve del cautiverio.—Los Fariseos.—Su carácter y su destino providencial.—Los Saduceos.—Su carácter y su destino providencial.—Peligros que encerraba el carácter de los saduceos.—Destino providencial de Alejandro.—Trasformacion de las razas.—El Dios de la Biblia.—Necesidad del Dios del Evangelio.—Sectas que rompian la unidad de Israel.—Los esenios.—Esperanza en el Mesías.—Distintos caractéres de estas esperanzas.—San Juan Bautista.—Aparicion del Mesías.—Carácter divino de Jesucristo.—Conjunto de su doctrina.—El reino de Dios en la tierra.—Jesus llama á todos los hombres.—Necesidad de la venida de Jesus.—Promesas de la nueva religion.—Jesucristo como hijo del hombre y como hijo de Dios.—Fundacion de la Iglesia.—Caractéres que separan al cristianismo de todas las sectas de su tiempo.—Felicidad de la generacion que vió á Jesus.—Felicidad mayor de los que sin verle creen y profesan su doctrina.—La Sinagoga.—Los primitivos cristianos.—Los fariseos y los saduceos delante de la primera predicacion de los discípulos de Cristo.—Carácter humanitario y popular de la predicacion evangélica.—Ideas de los fariseos sobre Cristo.—Dogma que afirmaban los primitivos cristianos para combatir esta idea.—La primitiva iglesia á la sombra de la Sinagoga.—Santiago.—San Pedro.—Necesidad de que la Iglesia Universal separara á los primeros cristianos de la Sinagoga.—San Estéban.—Su martirio.—Primeros mártires.—Dispersion de los apóstoles.—El apocalipsis.—Su carácter bíblico.—Epílogo.

113

LECCION QUINTA.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

(Continuacion de la leccion anterior.)

Respeto religioso que inspira el cristianismo.—Conciencia religiosa de la humanidad.—Solo un pueblo poseia la verdad religiosa.—Peligro que habia en que este pueblo se creyera el privilegiado del Evangelio como lo habia sido de la Biblia.—Aparicion de San Pablo.—Primeras ideas religiosas de San Pablo.—Su conversion.—Su predicacion en varios países.—Sus epístolas.—Ideas de San Pablo.—Idea de Dios.—Idea del Verbo.—Idea del antiguo y el nuevo Testamento.—Criterio de la antigua y de la nueva religion.—La fé.—La redencion.—La iglesia.—Carácter humanitario y universal de la doctrina de San Pablo.—El reino de Dios.—La libertad.—La Gracia.—Diferencia entre los cristianos de la Sinagoga y San Pablo.—Trascendencia de la doctrina de San Pablo.—Luchas que promueve la doctrina de San Pablo dentro de la Iglesia.—Epístola á los hebreos.—Peligros de de estas luchas.—Necesidad de la paz.—La Iglesia Universal proclama la paz.—Espíritu de conciliacion.—Las actas de los apóstoles.—San Juan.—Comparacion de su Evangelio con los demas Evangelios.—Ideas de San Juan.—Dios.—El Verbo.—Revelacion de Dios por el Verbo.—El mundo.—Misticismo de San Juan.—La fé en Dios.—Revelacion del Padre, del Hijo y del Espíritu.—El amor á Dios.—La vida en Cristo.—San Juan representa todo el cristianismo.—Resúmen de todas las ideas vertidas en estas dos últimas lecciones.

147

LECCIÓN SESTA.

EL GNOSTICISMO.

El cristianismo.—Nuevas ideas capitales que habia traido á la historia.—Impresion que el cristianismo produjo en la conciencia pagana.—El Oriente.—Su carácter.—Impresion que en el Oriente de-

bia hacer el cristianismo.—El Occidente.—Impresion que debia hacer en Occidente.—El cristianismo y Roma.—Dificultad de que el mundo antiguo adivinara la trascendencia del cristianismo.—Esfuerzos del paganismo para infiltrarse en la idea cristiana.—El gnosticismo pretende trasformar el paganismo con la mágia.—El gnosticismo presenta al juicio de la nueva religion todas las ideas. —El gnosticismo en una de sus fases representa la estrema oposicion al paganismo, diciendo que la materia es el mal.—Tendencias de union entre Grecia y el Oriente.—Alejandro.— Tendencias del Oriente á unirse á Grecia.—Carácter de la filosofia griega en esta edad.—Platon.—Tendencias al misticismo en la filosofia griega.— Tendencias al grecismo en los pensadores orientales.—Aristóbulo. —Philon.—Espíritu de este filósofo.—Dioses segun Platon.—La ciencia.—El revelador de Dios.—El arquetipo de la creacion.— Creacion de hombre.—Comunicacion del mundo y del hombre con Dios.—¿Qué es el hombre?—El mundo.—El Oriente y la filosofia griegra.—Peligros que el gnosticismo encerraba para la idea cristiana.—Marcha que el gnosticismo ofrecia al cristianismo.— E gnosticismo pretende elevar el sentido místico sobre el sentido moral.—El orígen del mal es su problema fundamental.—Orígen del gnosticismo.—Simon el Mago.—Saturnino.— Basílides.— Discípulos de Basílides.— Valentino. —Ojeada general sobre la doctrina gnóstica. 185

LECCION SETIMA. 185

EPILOGO.

Resúmen de las ideas capitales contenidas en las seis lecciones precedentes. 217

FIN DEL IIDICE DEL TOMO SEGUNDO.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN
DAD AUTÓNOMA D
CIÓN GENERAL DE BIB